Bajo las lilas

Louisa M. Alcott

Comentario [LT1]:

CAPITULO 1

LA avenida de los olmos estaba cubierta de malezas, el gran portón nunca se abría, y la vieja casona permanecía cerrada desde hacía varios años. No obstante, se escuchaban voces por ese lugar, y las lilas, inclinándose sobre el alto muro parecían decir: "¡Qué interesantes secretos podríamos revelar si quisiésemos!...", en tanto que del otro lado del portón, una caléndula procuraba alcanzar el ojo de la cerradura para espiar lo que ocurría en el interior.

Si por arte de magia hubiera crecido de súbito y mirado dentro cierto día de junio, habría visto un cuadro extraño pero encantador. Evidentemente, alguien iba a dar allí una fiesta.

Un ancho sendero de lajas color gris oscuro bordeado de arbustos que se unían formando una bóveda verde iba del portón hacia el "porch". Flores silvestres y malezas salvajes crecían por doquier cubriendo todo con un hermosísimo manto. Un tablón sostenido por dos troncos que estaba en medio del sendero se hallaba cubierto por un descolorido y gastado chal, encima del cual había sido dispuesto, muy elegantemente, un diminuto juego de té. A decir verdad, la tetera había perdido su pico, la lechera su asa, -y el azucarero su tapa, y en cuanto a las tazas y los 'platos, todos se hallaban más o menos deteriorados; pero la gente bien educada no toma en cuenta esas insignificancias y sólo gente bien educada había sido invitada a la fiesta.

A cada lado del "porch" había un asiento, y quien hubiera atisbado curiosamente a través de la cerradura del mencionado portón, habría sorprendido un espectáculo extraordinario. Sobre el asiento izquierdo se veían siete muñecasy seis sobre el derecho, y en tal estado se encontraban casi todas ellas -la que no tenía un brazo de menos mostraba la cara o el vestido lleno de manchas -que cualquiera hubiese podido pensar que se trataba de un hospital de muñecas y que las pacientes aguardaban la hora del té. Grave error, pues si el viento hubiera levantado el cobertor que las tapaba, se habría observado que todas estaban completamente vestidas y que tan solo reposaban hasta que la fiesta comenzase.

Otro detalle que habría asombrado a quien no conociese las costumbres de estas criaturas, era el aspecto que ofrecía una decimocuarta muñeca con cabeza de chino que atada por el cuello pendía del herrumbrado llamador de la puerta. Un racimo de lilas blancas y otro de lilas rojas se inclinaban hacia ella; un vestido de color amarillo adornado con un festón de franela roja envolvía su cuerpo; una guía de pequeñas flores coronaba sus lustrosos bucles, y sus piececitos calzaban un par de botas azules. Una sensación de sorpresa y angustia habría estremecido a quienquiera que presenciase esa escena, porque ¡oh!, ¿por qué habían colgado a esa hermosa muñequita delante de los ojos de sus trece hermanas? ¿Era acaso una criminal cuyo castigo observaban las demás con mudo horror? ¿O era un ídolo al cual adoraban con humilde devoción? Ni una cosa ni la otra, amigos míos. La pequeña Belinda ocupaba, o mejor dicho, colgaba del puesto de honor porque se festejaba su séptimo aniversario y tan magno acontecimiento iba a ser celebrado con una gran fiesta.

Era evidente que solo se aguardaba una señal para dar comienzo a la celebración, mas tan perfecta era la educación de las muñecas que ni uno de los veintisiete ojos (Hans, el holandés, ha. bía perdido el derecho) miro en dirección a la mesa o parpadeo ligeramente mientras permanecían en perfecto orden observando a Belinda con muda admiración. Ésta, incapaz de dominar la alegría y el orgullo que henchía su pecho de aserrín amenazando hacer saltar las puntadas, daba pequeños saltos al compás del viento que movía su falda amarilla e imitaba un paso de baile golpeando con sus

botitas contra la puerta. Parecía que no le resultaba doloroso estar colgada, pues sonreía alegremente como si la cinta roja que tenía atada al cuello no le molestara lo más mínimo. En consecuencia, ¿quién podía apiadarse de ella si demostraba hallarse tan a gusto en aquella, situación? Por eso reinaba allí un silencio tan agradable que ni siquiera turbaba el ronquido de Dinah, la punta de cuyo turbante era lo único que asomaba del cobertor, o el llanto de la pequeña Jane que tenía uno de sus piececitos torcido de tal manera que hubiera hecho proferir ayes de dolor a una criatura menos educada que ella.

En ese momento se oyeron voces que se aproximaban y por la glorieta de un sendero lateral se acercaron dos niñas, una de las cuales traía una jarra en tanto que la otra sostenía con cuidado una canasta cubierta con una servilleta. Parecían mellizas, pero no lo eran, ya que Babe, quien medía apenas dos o tres centímetros más que Betty, era un año mayor que su hermana. Llevaban ambas vestidos de percal oscuro bajo los limpios delantales rosados confeccionados expresamente para usarlos en aquella especial ocasión, lo mismo que las medias grises y las gruesas botas.

Las caritas redondas y tostadas por el sol de las dos niñas mostraban mejillas sonrosadas, sus naricitas eran respingadas y pecosas, pícaros los ojos azules, y largas las trenzas que colgaban a sus espaldas (como las de la pequeña Kenwigses).

-¿No son preciosas? -exclamó Bab contemplando con maternal orgullo la hilera de muñecas que estaba a la izquierda, las cuales habrían ratificado:

-¡Somos siete!...

-Muy bonitas, pero mi Belinda las supera a todas. ¡Creo que jamás ha existido una criatura tan maravillosa!... -Y Betty dejo la cesta para correr a abrazar a su predilecta, que golpeaba los talones en gozoso abandono.

-Mientras acomodamos a los niños el pastel irá enfriándose. ¡Hm!... ¡Qué deliciosamente huele!... -dijo Bab levantando la servilleta y metiendo la nariz dentro de la cesta para aspirar el apetitoso aroma.

-¡Deja un poco de olor para mí!... -ordenó Betty corriendo a aspirar la parte de sabroso aroma que le correspondía.

Las respingadas naricillas aspiraron con fruición mientras los ojos brillaban glotones al contemplar el rico pastel, tostadito y esponjoso, con una gran B dibujada con crema y un poco torcida hacia un costado.

-Recién a último momento mamá me dio permiso para decorarla. Por eso se torció. Pero daremos ese trozo a Belinda v así quedará mejor -observo Betty, quien, por ser la madre de la homenajeada, dirigía la fiesta.

-Coloquémoslas aquí alrededor así también ellas pueden ver -propuso Bah en tanto que saltando y brincando reunía a su pequeña familia.

Betty estuvo de acuerdo con ella, y durante unos minutos ambas estuvieron muy ocupadas sentando a sus muñecas alrededor de la mesa; porque algunas de sus queridas criaturas eran tan cojas y otras tan rígidas que tuvieron que fabricar toda clase de asientos para acomodarlas. Cumplida esta difícil tarea las amorosas madrecitas dieron un paso hacia atrás para disfrutar del espectáculo que era, por cierto, imponente. Belinda, sentada con gran dignidad a la cabecera de la mesa, sostenía. entre las manos que descansaban graciosamente sobre su falda, un pañuelo. Joseph, su primo, en el otro extremo, lucía un elegante traje rojo y verde y un sombrero de paja el cual. por ser demasiado grande restaba gallardía a su bizarra persona. A cada lado de la mesa se sentaban los demás invitados, los cuales, por la variedad de su tamaño, expresión y atavío producían un extraño efecto que acentuaba la absoluta ignorancia de la, moda que revelaban sus vestidos.

-A ellos les complacerá vernos tomar el té. ¿Olvidaste los bollos? -preguntó Betty

ansiosamente.

-No; los tengo en el bolsillo. -Y Bah extrajo de ese extraño aparador dos desmigajados bollos que salvara del almuerzo y reservase para la fiesta. Los cortó y dispuso en platos circularmente alrededor de la torta, que aun estaba dentro de la cesta.

-Mamá no pudo guardarnos mucha leche, de modo que mezclaremos la que nos dio con un poco de agua. Además ella dice que el té demasiado cargado no es bueno para los niños.

Y tranquilamente inspeccionó Bab la pequeña cantidad de leche que debía alcanzar para satisfacer la sed de toda la concurrencia.

-Sentémonos y descansemos mientras se colorea el té y la torta se enfría; ¡estoy tan cansada!. . . -suspiró Betty dejándose caer sobre el umbral de la puerta y estirando sus piernas regordetas que todo el día habían andado de aquí para allá, ya que- los sábados, así como hay diversiones hay también obligaciones que cumplir, y hubo que hacer varios trabajos antes de que llegara el momento de gozar de aquella extraordinaria diversión.

Bah se ubicó a su lado y miró distraídamente hacia el portón donde una gran telaraña brillaba bajo los rayos del sol de la tarde.

-Mamá dice que va a ir a la casa grande dentro de dos o tres días, puesto que, pasada la tormenta, vuelve todo a estar seco y tibio; y nosotros iremos con ella. Durante el otoño no pudimos ir porque teníamos tos convulsa y había allí mucha humedad. Ahora podremos ver muchas cosas bonitas. ¿No te parece que será muy divertido? -observó Bah después de una pausa.

-¡Sí, con toda seguridad! Mamá dice que en una de las habitaciones hay muchos libros y yo podré mirarlos mientras ella recorre la casa. Puede ser que tenga tiempo de leer alguno que luego te contaré -prometió Betty, a quien le encantaban las historias y pocas veces tenía oportunidad de leer alguna nueva.

-Yo preferiría subir al desván y ver la rueca, los grandes

cuadros y los curiosos vestidos que guarda el arcón. azul. Me muero de rabia cuando pienso que todas esas maravillas con las cuales podríamos divertirnos tanto están guardadas allí arriba... ¡A veces me dan ganas de echar abajo esa vieja puerta! ... -Y Bah giró en redondo dando un golpe con sus botas-. No te rías, que tú lo deseas tanto como yo -agregó, retrocediendo algo avergonzada de su impaciencia.

-No me río.

-¿Ah, no? ¿Supones que no me doy cuenta cuando la gente se ríe?

-Pues te aseguro que te equivocas.

-Tú te ríes. . . ¿Cómo te atreves a mentir así?

-Si repites eso alzaré a Belinda y me iré derechito a casa. ¿Qué harás tú entonces.?

-Me comeré el pastel.

-¡No lo harás! Mamá dijo que era mío; tú eres tan sólo una invitada, de modo que, o te comportas como se debe o aquí concluye la fiesta.

Esta terrible amenaza calmó al instante el enojo de Bab, quien se apresuró a cambiar de tema.

-Bueno, no discutamos delante de los niños. ¿Sabes que mamá ha dicho que la, próxima vez que llueva nos permitirá jugar en la cochera y guardar luego la llave?

-¡Qué bien!... Eso lo dice porque le confesamos que habíamos descubierto la ventana bajo la viña y no obstante poder hacerlo no entramos en la cochera -exclamó Betty sin rastros de rencor hacia su hermana, ya que al cabo de diez años de vivir con ella estaba acostumbrada a su carácter arrebatado.

-Me imagino que el coche estará todo sucio y lleno de ratas y telarañas; pero no me

importa. Tú y las muñecas serán los pasajeros, y yo, sentada al pescante, conduciré.

-Siempre .eres tú el conductor... Yo quisiera serlo alguna vez, en lugar de hacer siempre el papel de caballo y llevar en la boca un trozo de madera mientras tú me tiras de los brazos -chilló la pobre Betty, quien estaba cansada de hacer de cabalgadura.

-Creo que lo mejor será que vayamos a buscar el agua -sugirió Bab, quien consideró conveniente hacer como que no oía las quejas de su hermana.

-No debe haber muchas personas que se atrevan a dejar solos a sus hijos frente a un pastel tan tentador con la certeza de que ellos ni lo tocarán siquiera -dijo Betty orgullosamente mientras se alejaban hacia la fuente llevando sendos recipientes en la mano.

¡Ay!..., ¡cuán pronto se desvanecería la confianza de estas buenas madrecitas!... No habían pasado cinco minutos cuando, de regreso ya, sorprendieron una escena que las dejó atónitas al mismo tiempo que se estremecían de temor. Rígidas, boca abajo, yacían las catorce muñecas, y la torta, la tan apetecida torta había desaparecido...

Durante un instante las dos pequeñas permanecieron inmóviles contemplando la terrible escena. Mas Bab, reaccionando de su estupor, arrojó lejos de sí el jarro de agua y haciendo un gesto amenazador con el puño gritó con furia:

-¡Ha sido Sally!... Juró que se vengaría de mí por castigarla cuando ella molestaba a la pobre Mary Ann y ha, cumplido su juramento. Pero, ¡ya me las pagará! ... Corre tú por ese lado. Yo la buscaré por este otro. ¡Rápido! ¡Rápido!

Y salieron corriendo: Bab hacia adelante y la asombrada Betty dobló obedientemente en dirección opuesta y se alejó tan ligero como se lo permitieron sus piernas, mojándose con el agua del jarro que aún conservaba en la mano. Dieron vuelta alrededor de la casa y se encontraron en la puerta del fondo, sin haber dado con los rastros del ladrón.

-¡En la calle! -gritó Bab.

-¡Bajo la fuente! -jadeó Betty, y corrieron ambas, una para trepar sobre unas piedras y mirar por encima del muro hacia la calle, en tanto que la otra se precipitaba hacia el sitio que acababan de abandonar. Pero Bab no descubrió nada más que las cari- tas inocentes de las caléndulas y Betty sólo logró asustar con su brusca aparición a un pajarillo que tomaba su baño en la fuente.

Regresaron ambas adonde las aguardaba un nueva sorpresa que las hizo sobresaltar y proferir un gritó de temor mientras escapaban a refugiarse en el "porch".

Un extraño perro estaba tranquilamente sentado entre los despojos del festín saboreando los últimos bollos que quedaban.

-¡Qué animal malvado!... -chilló Bab con deseos de pelear, pero atemorizada por el aspecto del animal.

-Se parece a nuestro perro de lanas, ¿verdad? -susurró Betty haciéndose lo más pequeña posible tras de su valiente hermana.

Y así era en efecto, porque aunque más grande y sucio que el perrito de juguete, ese perro vivo tenía igual que aquél una borla en la punta de la cola, largos pelos en las patas y el cuerpo la mitad pelado y la mitad peludo. Pero sus ojos no eran negros y brillantes como los del otro sino amarillos-, su nariz roja husmeaba descaradamente como si se tratara de descubrir dónde había más torta. Y por cierto que el lanudo perrito de juguete que desean saba sobre la repisa de la sala jamás había hecho las pruebas con las cuales el extraño animal se disponía a aumentar el asombro de las dos niñas.

Se sentó primero y alargando las patas delanteras pidió limosna con toda gentileza. En seguida levantó las patas traseras y caminó con gracia y facilidad sobre las delanteras. No habían vuelto las niñas aún de su asombro cuando ya el animal bajaba

las patas y levantando las manos desfilaba con aire marcial imitando a un centinela. Pero la exhibición culminó cuando el animal, tomándose la cola con los dientes, bailó un vals pasando sobre las muñecas y yendo hasta el portón y regresando otra vez.

Bab y Betty, abrazadas, sólo atinaban a proferir chillidos de alborozo, pues nunca habían presenciado un espectáculo tan divertido. Pero cuando la exhibición concluyó y el perro jadeando y ladrando se acercó a ellas y las miró con sus extraños ojos amarillos la diversión volvió a trocarse en miedo y las niñas no se atrevieron a moverse.

-¡Chist, vete!... -ordenó Bab.

-¡Fuera!... -articuló temblorosamente Betty.

Para alivio de ambas, el lanudo animal se desvaneció con la misma rapidez con que apareciera. Movidas por un mismo impulso las dos niñas corrieron para ver hacia dónde se había ido y tras una breve inspección descubrieron el pompón de la cola que desaparecía por debajo de una cerca.

-¿De dónde habrá venido? -preguntó Betty sentándose a descansar sobre una piedra.

-Más me agradaría saber adónde se fue para ir a darle su merecido a ese viejo ladrón -gruñó Bab recordando las fechorías del animal.

-¡.Ojalá pudiésemos hacerlo! ¡Espero que se haya quemado con la torta!... -rezongó por su parte Betty, acordándose con tristeza de las ricas pasas que ella misma picara para que su madre pusiese dentro de la torta que habían perdido para siempre.

-La fiesta se ha estropeado, de modo que lo mejor será volver a casa. -Y con pesar se dispuso Bab a emprender el regreso.

Betty frunció la boca como si estuviera por echarse a llorar, pero repentinamente, rompió a reír no obstante su enojo.

-¡Que gracioso estaba el perro bailando en dos patas y girando sobre su cabeza!. . . -exclamó-. A mí me gustaría verlo otra vez hacer esas piruetas, ¿y a ti?

-También, pero eso no impide que continúe odiándolo. Quisiera saber que dirá mamá cuando... ¡Oh!... ¡Oh!... -y Bab se calló súbitamente abriendo unos ojos tan grandes casi como los azules platitos del juego de te.

Betty miró a su vez y sus ojos se dilataron aún más, porque allí, en el mismo sitio donde la pusieran ellas estaba la torta perdida, intacta, como si nadie la hubiera tocado, solamente la B se había torcido un poquito más...

CAPÍTULO 2

Ambas permanecieron silenciosas por espacio de un minuto, ya que tan grande era el asombro que no tenían palabras para expresarlo; luego, y a un mismo tiempo, saltaron las dos y tocaron tímidamente la torta con un dedo, preparadas para verla volar por los aires arrastradas por alguna fuerza mágica. Sin embargo, el postre permaneció tranquilamente en el fondo de la cesta. Las niñas exhalaron entonces un profundo suspiro de alivio porque, aunque no creían en hechicerías, lo que acababa de ocurrir parecía cosa de magia.

-¡El perro no la comió! ...

¡Sally no se la Ilevó!...

-¿Cómo lo sabes?

-Ella no nos la habría devuelto…

-¿Quién lo hizo, pues?

-Lo ignoro, pero de cualquier manera, lo perdono.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó Betty pensando que después de aquel susto iba a ser imposible sentarse tranquilamente a tomar el té.

-Comamos la torta lo más rápido que podamos. -Y dividiendo la torta con un solo golpe de cuchillo Bab aseguró su trozo contra todo posible riesgo.

Pronto le dieron fin acompañándola con sorbos de leche, y mientras comían apresuradamente no dejaban de mirar en derredor, pues temían que el extraño perro volviera a aparecer..

-Bueno, ¡quisiera ver ahora quién se, atreve a quitarme mi trozo de torta!... -exclamó Bab en son de desafío al mismo tiempo que mordía su mitad de la B.

-¡O el mío!... -tosió Betty, ahogada por una pasa que no quiso pasar rápidamente por su garganta.

-Deberíamos limpiar todo esto y simular que nos azotó un terremoto -sugirió Bab, juzgando que sólo semejante conmoción de la naturaleza podía explicar el aspecto desolado que ofrecía su familia.

-¡Buena idea!... A mi pobre Linda la golpearon en la nariz. ¡Querida mía!... ¡Ven con tu mamá que ella te sanará!

-murmuro Betty levantando a su ídolo que yacía entre una maraña de pasto y limpiando el rostro de Belinda que, sin embargo, sonreía heroicamente.

-Con toda seguridad que esta noche tendrás tos ferina. Sería bueno preparar una tisana con un poco de agua y el azúcar que nos queda... -manifestó Bab a quien agradaba en extremo inventar recetas para las muñecas.

-Quizás ocurra lo que tú dices, pero entretanto no necesitas ponerte a estornudar por mis hijos -replicó Betty fastidiada, pues los últimos acontecimientos habían alterado su natural carácter conciliador.

-¡Yo no estornude!... Bastante tengo con conversar, llorar y toser por mis pobres criaturas para ocuparme de las tuyas -gritó Bab más enfadada aún que su hermana.

-¿Quien lo hizo, entonces? Yo he oído un estornudo con toda claridad -y Betty miro hacia el verde techo como si el sonido hubiera provenido de allí. A excepción de un pajarito amarillo que piando se balanceaba sobre las grandes lilas no había ningún otro ser viviente a la vista.

-Los pájaros no estornudan, ¿verdad? -preguntó Betty dirigiendo al animalito una mirada de sospecha.

-¡Tonta!... ¡ Por supuesto que no! ...

-Me agradaría saber entonces quién anda por aquí estornudando y riéndose. Quizá sea el perro... -sugirió Betty algo tranquilizada por esa idea.

-Excepto el de mamá Hubbard ningún perro se ríe. Pero este es tan extraño que tal vez también él separa hacerlo. ¿Adonde se habrá ido? -y Bab echo un vistazo hacia ambos lados de la avenida con el deseo de volver a ver al gracioso animal.

-Lo que se es adonde me voy a ir yo dijo Betty guardando las muñecas en su delantal con más apuro que cuidado-. Voy derecho a casa a contarle a mamá lo ocurrido. No me gustan estas cosas y además tengo miedo.

-Yo no, pero creo que está por llover de manera que también tendré que irme -contesto Bab aprovechando la excusa que le ofrecían unas nubes que cruzaban el cielo, ya que le molestaba demostrar que sentía temor por algo.

Bab levanto la mesa rápidamente tomando el mantel por las cuatro puntas, puso la vajilla en su delantal, amontono encima a sus hijos y declaro que estaba lista para partir. Betty se demoro un instante guardando las cosas que la lluvia podía estropear y

cuando se volvía para recoger el rojo dogal que colgaba del llamador vio sobre los escalones de piedras dos hermosas rosas rojas.

-¡Oh, Bab!... ¡Mira!... He aquí las rosas que tanto deseábamos. ¿No es maravilloso

que el viento las haya arrojado a nuestros pies? -gritó levantándolas y corriendo tras de su hermana quien se alejaba preocupada sin poder dejar de pensar en declarada enemiga Sally Folsom.

Las flores llenaron de alegría a las dos niñas. Mucho las habían deseado, pero resistieron con firmeza la tentación de treparse a las rejas para cortarlas. La mamá les había prohibido semejantes piruetas desde que Bab se cayera por querer alcanzar una rama de madreselva que florecía sobre el dintel del "porch".

Se fueron a su casa y divirtieron a la señora Moss contándole lo ocurrido. Porque a ella no le impresionaron ni los misteriosos estornudos ni las extrañas risas, e imaginó que todo sería consecuencia de alguna travesura de las niñas.

-El lunes haremos una excursión para descubrir qué hay oculto por allí -fue su único comentario.

Pero la señora Moss no pudo cumplir su promesa porque el lunes llovió. Protegidas por sus botitas de goma, las pequeñas fueron al colegio chapoteando como dos patitos en cuanto charco encontraban. Llevaron sus almuerzos, y a mediodía, entretuvieron a un grupo de compañeras relatándoles lo que vieran hacer al misterioso perro, el cual andaba merodeando por la vecindad y había sido visto por varias niñas en el patio del fondo de sus casas. A todas se había dirigido como si quisiera pedirles algo, pero ante ninguna había hecho las exhibiciones y proezas que hiciera ante Betty y Bab, razón por la cual ellas se daban importancia llamándolo nuestro perro. El paseo de la torta continuaba siendo un enigma, ya que Sally Folson declaro solemnemente que esa tarde, y a esa misma hora, ella había estado jugando al tejo en el granero de Mamie Snow. A excepción de las dos niñas, nadie se había acercado a la viera casa, de modo que ninguna pudo arrojar una luz sobre aquel sino alar suceso.

La historia produjo gran efecto, pues basta la maestra se mostró interesada y relato las habilidades de un prestigitador por obra de quien ella viera como una pila de pasteles permanecían suspendidos en el aire por espacio de varios minutos. -Durante el primer recreo Bab casi se desarticulo parte del cuerpo tratando de imitar las contorsiones del perro. Las había practicado en la cama con gran éxito, pero el piso de madera era cosa muy distinta como lo demostraban sus codos y rodillas.

-¡Parecía tan fácil!... Pero no sé cómo lo hizo... -dijo después de darse un tremendo golpe al tratar de caminar sobre las manos.

-¡Mi Dios!... ¡Helo aquí!... -gritó Betty quien estaba sentada sobre una pila de leños junto a la puerta, mirándolo con curiosidad.

Se produjo una corrida general y dieciséis niñas, no obstante la lluvia, asomaron sus curiosas cabecitas como si en lugar de un pobre perro que trotaba sobre el barro fueran a ver la carroza de la Cenicienta.

--¡Llámalo y hazlo bailar!... -pidieron las pequeñas trinando a coro. Parecía que una bandada de gorriones había tomado posesión del cobertizo

--Lo llamare. Él me conoce -y Bab se incorporó olvidando que dos días antes había perseguido v maldecido al animal.

Pero, evidentemente, éste no lo había olvidado, porque, aunque se detuvo y las miro ansiosamente, no se acerco y permaneció parado bajo la lluvia, manchado de barro, moviendo con lentitud el pompón de la cola y dirigiendo la punta de su rosada nariz hacia donde estaban, ya vacías, las canastas de la merienda.

-Tiene hambre; dale algo de comer así se convencerá de que no queremos hacerle daño -sugirió Sally ofreciéndole ella misma su último trozo de pan con manteca.

Bab tomo su cesta vacía y recogió todas las sobras y restos de comida; luego trató de convencer a la pobre bestia para que entrara a comer y a buscar un poco de consuelo. Pero el perro solo se acerco hasta la puerta y sentándose sobre sus patas

traseras suplicó con ojos tan conmovedores que Bab dejo en el suelo el canastito y retrocediendo unos pasos dijo:

-¡Está muerto de hambre!... Dejemos que coma tranquilo todo lo que quiera.

Las niñas se retiraron haciendo comentarios llenos de compasión e interés. Pero hay que advertir que la caridad de las niñas no fue recompensada como ellas esperaban, pues no bien el perro vio el campo libre, se abalanzo hacia la cesta, v tomándola entre los dientes, desapareció calle abajo a toda velocidad. Las niñas lanzaron grandes gritos, especialmente Bab y Betty, quienes habían sido violentamente despojadas de su cesta nueva. Pero nadie pudo perseguir al ladrón, porque sonó la campana y las niñas tuvieron que regresar a clase; mas lo hicieron en tal estado de excitación, que los varones se acercaron en tumulto a averiguar la causa de tamaño alboroto.

A la hora de salida el sol brillaba en el cielo y Bay y Betty corrieron a casa para contarle a la madre lo que ocurriera seguras de que ella las consolaría. como lo hizo efectivamente.

-No se preocupen, queridas; yo les comprare una cesta nueva si el perro no se las devuelve como la vez anterior. Ya que está muy húmedo para jugar afuera, iremos a visitar la vieja cochera como les prometí. No se quiten los zapatos de goma y vamos.

La perspectiva de tan extraordinaria excursión calmó el desconsuelo de las pequeñas, y para allá salieron saltando alegremente por el arenoso sendero mientras la señora Moss las seguía recogiéndose la falda con una mano y llevando en la otra un gran manojo de llaves. Ellas vivían en el pabellón de entrada, y la señora tenía a su cargo el cuidado de la casa grande.

La puerta pequeña de la cochera estaba cerrada por dentro, pero la principal tenía un candado que fue abierto rápidamente para permitir que las niñas entraran. Tal era la curiosidad y ansiedad que las embargaba, que ni siquiera atinaron a lanzar una exclamación cuando se encontraron dueñas del viejo coche que tanto habían deseado. El carruaje se hallaba polvoriento y mohoso, pero tenía un asiento alto, una puertecilla, una escalerilla y varios detalles más que a los ojos de las niñas superaban todas las maravillas imaginables.

Bah se dirigió derecho al pescante y Betty a la portezuela, pero ambas descendieron más rápido de lo que habían subido al oír un ladrido que salía del interior del coche y una voz muy baja que decía:

-¡Quieto, Sancho!... ¡Quieto!...

-¿Quien está allí? -preguntó la señora Moss con acento autoritario mientras retrocedía en dirección a la puerta con ambas niñas colgadas de sus faldas.

Una cabeza blanca, lanuda y bien conocida apareció por la ventanilla rota y emitiendo un suave quejido pareció decir:

"No se alarmen, señoras; no les liaremos daño".

-¡Sal en seguida si no quieres que vaya a buscarte!... -ordenó la señora Moss súbitamente envalentonada al ver que por debajo del coche asomaba un par de pequeños zapatos polvorientos.

-Sí, señora. saldré tan pronto como pueda... -respondió una voz, humildemente, cuyo dueño resultó ser un atado de ha. rapos que surgió de la oscuridad seguido del perro, el cual se sentó a los pies de su am,, en actitud vigilante como si quisiera decir que saltaría sobre cualquiera que osase acercarse demasiado.

-¿Me dirás quien eres y cómo llegaste hasta aquí? -inquirió la señora Moss procurando hablar con severidad, aunque su mirada reflejaba una gran piedad al posarse en la triste figura que tenía delante de sí.

CAPÍTULO 3

-Dispense, señora. Mi nombre es Ben Brown, y estoy viajando.

-¿Adónde vas?

-A donde pueda encontrar trabajo.

-¿Qué clase de trabajo sabes hacer?

-De todo un poco. Estoy acostumbrado a cuidar caballos…

-¡Dios bendito!... ¿Una criatura tan pequeña como tú?...

-¡Tengo doce años, señora, y puedo montar cualquier animal de cuatro patas!... -manifestó el muchacho con un gesto de orgullosa seguridad.

-¿No tienes familia? -preguntó la señora Moss divertida, pero también apenada al contemplar aquella tostada carita delgada, de ojos hundidos por el hambre y los sufrimientos, y la harapienta figura que se apoyaba en una de las ruedas del coche como si careciera de fuerzas para mantenerse de pie.

-No, señora; no tengo a nadie, y la gente con quien vivía me castigaba tanto que... me escapé -respondió con decisión el pequeño.

Las últimas palabras pareció haberlas pronunciado muy a pesar suyo, como si no hubiera podido resistir a la simpatía de la mujer que sin darse cuenta iba ganando su confianza.

-Entonces no te haré ningún reproche. Pero, ¿cómo viniste a parar aquí?

-Estaba tan cansado que no pude proseguir mi camino, y se me ocurrió que la gente de la casa grande podría darme algún trabajo. Pero el portón estaba cerrado y yo me hallaba tan desesperado que me dejé caer por allí afuera sin pensar en nada más.

-¡Pobrecito, me imagino tu estado!... -murmuró la señora, mientras las niñas contemplaban al muchacho profundamente interesadas-al oírle mencionar el portón de ellas.

El niño suspiró profundamente y sus ojos brillaron en tanto que proseguía su relato; por su parte el perro paró las orejas cuando oyó que lo mencionaban.

-Mientras descansaba oí que que alguien entraba, me asomé y vi a estas dos niñas jugando. Confieso que deseé las cosas que ellas traían, pero yo no toqué nada; fue Sancho el que me trajo la torta.

Bab y Betty dieron. un respingo y miraron con expresión de reproche al lanudo animal el cual entrecerró los ojos con gesto humilde pero lleno de picardía.

-¿Y tú se la hiciste devolver? -indagó Bab.

-Sí.

-¿Y fuiste tú quien estornudó? -agregó Betty.

-Sí.

-¿Y luego dejaste las rosas? -gritaron ambas.

-Sí; y a ustedes les, gustaron, ¿verdad?

-Pues, ¡es claro que sí! ... Pero, ¿por qué te escondiste? -inquirió Bab.

-No podía presentarme con esta facha -murmuró Ben, mirando sus andrajos con ganas de desaparecer en las profundidades del coche.

-¿Cómo entraste aquí? -preguntó la señora Moss, recordando de pronto su responsabilidad.

-Oí a las niñas hablar de una enredadera que cubría una ventanita del cobertizo, y cuando ellas se alejaron la busqué y entré. El vidrio está roto de modo que lo único que hice fue descorrer el pestillo. Le aseguro que no he hecho nada malo durante las

dos noches que he dormido aquí. Estaba tan fatigado que no logre continuar mi camino a pesar de haberlo intentado el domingo.

-¿Volviste aquí?

-Sí, señora. Se estaba muy mal bajo la lluvia mientras que este lugar era casi tan acogedor como una casa. Además,. oí conversar a las niñas y Sancho me conseguía algo de comer. Estaba muy cómodo...

-¡Por Dios!... -articuló la señora al mismo tiempo que levantaba una punta del delantal para secarse los ojos, porque la idea de que aquel pobre niño desamparado había pasado dos noches con el pasto por lecho y sin más alimento que los restos de comida que le conseguía el perro le destrozaba el corazón.

-¿Sabes qué voy a hacer contigo? -manifestó luego procurando permanecer serena e impasible mientras un lagrimón corría por su redonda mejilla y una sonrisa de bondad se dibujaba en la comisura de sus labios.

-No, señora; pero eso no me preocupa. Sólo le pido que no sea severa con Sancho. Es muy bueno conmigo y los dos nos queremos mucho, ¿no es así, viejo amigo? -dijo el muchacho, echando un brazo alrededor del cuello del perro, ansioso por la suerte que pudiera correr el pobre animal más que por la suya propia.

-Te llevare a casa; te lavarás, vestirás y acostarás en una buena cama, y mañana..., bueno, ya veremos que ocurre mañana.

-Usted es muy buena señora, y yo sería inmensamente feliz si pudiera trabajar para usted. ¿No tiene un caballo para que lo cuide? -preguntó ansiosamente el muchacho.

-No, sólo tengo gallinas y un gato.

Bab y Betty echaron a reír al oír a su madre y Ben esbozó una sonrisa. Sin duda se habría unido a la alegría de las niñas si sus fuerzas se lo hubieran permitido, pero le temblaron las piernas y experimentó un ligero mareo. Atinó a sostenerse tomándose de Sancho y parpadeó como lo hacen los búhos frente a la luz.

-Vamos, vamos a casa. Corran niñas adelante, pongan el resto del caldo a calentar y llenen la pava de agua. Yo me ocupare del muchacho -ordenó la señora Moss. En seguida tomó el pulso a aquella nueva carga que acababa de echarse encima, pues de

pronto se le ocurrió que el niño podría estar enfermo y que entonces sería peligroso llevarlo a casa.

La mano que tomó era escuálida pero limpia y fresca, y los ojos oscuros, aunque rodeados de profundas ojeras, brillaban sanos. Lo único que tenía el niño era que estaba medio muerto de hambre.

-Estoy harapiento, pero limpio. Anoche me di un baño bajo la lluvia, y estos últimos días he vivido casi permanentemente debajo del agua -explicó el niño, extrañado de que la señora lo observara con tanto cuidado.

-Saca la lengua...

Él obedeció, pero en seguida la escondió para decir precipitadamente:

-No estoy enfermo. Sólo tengo hambre. Durante estos tres días no he comido más que lo que Sancho me traía y compartiéndolo con el, ¿no es cierto, Sancho?

El perro ladró repetidas veces y se paseó nerviosamente entre su dueño y la puerta como si comprendiera cuanto pasaba y quisiera recomendar que saliesen en seguida en busca del alimento y el abrigo prometidos. La señora Moss adivinó la insinuación y rogó al muchacho que la siguiera y llevara consigo todas sus cosas.

-No tengo nada que llevar. Unos hombres me robaron mi atado de ropa. Por eso me encuentro en este estado. Lo único que guardo es esto. Lamento que Sancho le tomara; yo lo habría devuelto de buena gana si supiese de quién es -y mientras hablaba sacó del fondo del coche la nueva cesta de las niñas.

-Eso tiene arreglo: es mía. Me alegro de que fueran para ti los restos de comida que

consiguió tú perro. Y ahora vamos, debo cerrar -la señora Moss hizo sonar significativamente el manojo de llaves.

Ben salió renqueando y apoyándose en el mango de una azada rota, pues sus miembros estaban entumecidos de vivir en la humedad y su cuerpecito rendido por la fatiga de tantos días de vagar por esos caminos bajo el sol y la lluvia. Sancho mostraba gran alegría, pues adivinaba que tanto las penas como las fatigas tocaban a su fin, y brincaba alrededor de su amo ladrando de contento o bien se restregaba contra los tobillos de su benefactora quien gritaba: "¡Fuera! ¡Fuera!" y se sacudía la falda como lo hacía para espantar al gato o las gallinas.

Un hermoso fuego brillaba en la cocina bajo la escudilla de saldo y la pava con agua, y Betty, cuya mejilla mostraba una gran mancha de tizne, agregaba más leños, mientras Bab cortaba gruesas tajadas de pan con tal entusiasmo que ponía en peligro sus deditos. Antes de que Ben advirtiera dónde estaba, se hallaba ya sentado en la vieja silla de hamaca devorando los trozos de pan con manteca como sólo puede hacerlo un muchacho muerto de hambre.

Y Sancho, a sus pies, roía un hueso como si fuera un lobo con piel de cordero.

Mientras los recién llegados se dedicaban a tan grata tarea, la señora Moss hizo salir a las niñas de la cocina y les lió las siguientes órdenes:

-Bab, corre hasta la casa de la señora Barton y pídele alguna ropa vieja de Billy que él ya no use. Tú Betty, irás a casa de los Cutters y les dirás a la señorita Clarindy que te dé un par de camisas de esas que cosimos los otros días. Un par de zapatos, sombrero, medias, cualquier cosa le vendrá bien a este pobrecito que no tiene más que hilachas sobre el cuerpo.

Partieron las niñas ansiosas por poder vestir a su recogido, y tan bien abogaron por él entre los buenos vecinos que Ben apenas se reconoció cuando hora y media más tarde salió del dormitorio vestido con un descolorido traje de franela de Billy Barton, una camisa de algodón que regalaran los Dorcas y calzado con un par de zapatos viejos de Milly Cutters.

También Sancho estaba más presentable, pues luego que su amo se hubo dado un baño caliente, se dedicó a lavar a su perro mientras la señora Moss daba algunas puntadas a la nueva ropa vieja. Y cuando Sancho reapareció, se parecía más que antes al perrito que estaba sobre la chimenea. El pelo bien cepillado era blanco como la nieve, y el animal movía orgullosamente el gracioso pompón de la cola.

Sintiéndose respetables y presentables, los dos vagabundos aparecieron y fueron recibidos con sonrisas de aprobación por parte de las niñas en tanto que la señora, con maternal sonrisa, los acomodaba junto a la estufa, pues ambos estaban aún húmedos después de la prolija limpieza.

-Confieso que no los habría reconocido -exclamó la buena mujer observando satisfecha al muchacho; pues aunque el niño estaba muy delgado y pálido, tenía un aspecto agradable y el traje, no obstante ser holgado, le sentaba bien. Los alegres ojos negros lo miraban todo, la voz tenía un acento sincero y la tostada carita parecía más infantil al desaparecer la expresión de desconsuelo que la ensombrecía.

-Son ustedes muy buenas, y Sancho y yo les estamos muy agradecidos, señora -murmuró Ben, turbado y ruborizándose bajo la mirada cariñosa de los tres pares de ojos que estaban fijos en él.

Bab y Betty limpiaban la vajilla del té con desusada presteza, pues querían estar libres para poder atender al huésped, y en el momento en que Ben hablaba Bab dejó caer una taza. Para gran sorpresa suya no golpeó contra el suelo, pues el muchacho, inclinándose rápidamente, la recogió en el aire, y se la ofreció sobre, la palma de la mano haciéndole una ligera reverencia.

-¡Cielos!.. ¿Cómo lo hiciste? -preguntó Bah, a quien aquello le pareció cosa de magia.

-¡Bah!... ¡Eso no es nada!... ¡Mira! -Y Ben tomó dos platos y los arrojó hacia arriba recogiéndolos en seguida para volverlos a arrojar, con tal velocidad que Bab y Betty quedaron boquiabiertas como si fueran a tragarse los platos si llegaban a caerse, mientras la señora Moss, con el repasador aún entre las manos, contemplaba los saltos que daba su loza, con la ansiedad propia de una ama de casa.

-¡Esto va a terminar mal!... -fue lo único que alcanzó a decir, mientras Ben, deseando demostrar su gratitud en la única forma que sabía hacerlo, sacó de un canasto que había por allí varios ganchos de la ropa, tiró los platos al aire, los tomó con los broches y colocando éstos sobre el mentón, la nariz, la frente, caminó luciendo aquella especie de hongos que le habían salido en la cara.

Las niñas se divertían enormemente, y la señora Moss estaba tan entretenida que hasta habría sido capaz de prestarle la sopera de porcelana si el muchacho se la hubiese pedido. Pero Ben se hallaba cansado para demostrar todas sus 'habilidades esa misma noche, de modo que se detuvo casi arrepentido de haber iniciado aquella maravillosa exhibición.

-Se me ocurre que has trabajado con algún malabarista -insinuó la señora Moss, quien observó de inmediato que la cara del muchacho reflejaba aquella misma expresión que tomara cuando dijera su nombre, Ben Brown; la expresión de quien no dice toda la verdad...

-Sí, señora.. Solía ayudar al señor Pedro, el Rey de los Magos, y aprendí algunos de sus juegos de mano -tartamudeó Ben con gesto inocente.

-Óyeme, muchacho, es mejor que cuentes tu historia completa, sin ocultar nada, de lo contrario tendré que enviarte a casa del juez Morris. No me gustara hacer eso, porque el señor Morris es un hombre un poco duro. Si tú no has hecho nada malo no tienes por qué temer que conozcan tu historia. Yo haré cuanto pueda por ti -aseguró la señora con seriedad al mismo tiempo que se sentaba en el sillón de hamaca como un juez que se dispone a escuchar una declaración.

-¡Yo no he hecho nada malo! ¡No tengo miedo, sólo que no deseo regresar, y si digo de dónde vengo, usted es capaz de hacerles saber que estoy aquí!... -murmuró Ben, atribulado por su deseo de confiarse a su nueva amiga y el temor de tener que volver junto a sus viejos enemigos.

-Si ellos te maltrataron yo nunca les haré saber dónde estás. Cuéntame la verdad que yo te protegeré. ¡Niñas!, vayan ustedes a buscar la leche.

-¡Oh, mamá!, ¡deja que nos quedemos aquí!... ¡Nosotras no contaremos ni una sola palabra!... ¡Lo prometemos! ¡Lo prometemos!... -gritaron Bab y Betty consternadas ante la idea de tener que alejarse precisamente en el instante en que iban a poder conocer un importante secreto.

-Por mí pueden quedarse -manifestó Ben, gentilmente.

-Muy bien. Quedaos entonces, quietas y calladas. Y ahora, muchacho, dime: ¿¿de dónde vienes? -preguntó la señora Moss mientras las pequeñas se ubicaban con toda rapidez frente a su madre, en el banco que era propiedad de ellas, llenas de curiosidad y satisfechas de poder enterarse de algo interesante.

CAPÍTULO 4

-Me escapé de un circo -comenzó Ben, pero no pudo continuar, porque las niñas, dando un salto gritaron a un mismo tiempo llenas de entusiasmo

-¡Nosotras estuvimos en uno cierta vez!... ¡Qué hermosos son los circos!...

-No pensarían así si los conocieran tan bien como yo -exclamó Ben frunciendo el ceño y encogiéndose corno si aún sintiera sobre sus espaldas los golpes recibidos.

-Nosotros no los consideramos hermosos, ¿verdad, Sancho? -agregó produciendo un ruido extraño que hizo que el perro comenzara a gemir y a golpear el suelo con la cola mientras se pegaba a los pies de su amo como si quisiese hacerse amigo de los nuevos zapatos de éste.

-¿Cómo fuiste a parar allí? -preguntó la señora Moss asombrada e inquieta.

-Mi padre era "el feroz jinete de los llanos". ¿Nunca oyeron hablar de él? -inquirió Ben extrañado de que no lo conocieran.

-¡Dios mío, hijito!... Hace diez años que no voy a un circo y te aseguro que ya no recuerdo lo que viera entonces -replicó la señora Moss divertida y también enternecida por la evidente admiración que demostraba el hijo por su padre.

-¿Ustedes tampoco lo conocen? -interrogó volviéndose hacia las niñas.

-Nosotras vimos varios indios, acróbatas, a los saltimbanquis de Borneo; vimos un payaso, monos y un asno enano de ojos azules. ¿Era tu padre alguno de ésos? -dijo Betty inocentemente.

-¡Uf!... Mi padre no alternó nunca con esa clase de gente. Guiaba dos, cuatro, seis, ocho caballos a la vez y mientras fui pequeño yo le acompañaba. Era el primer domador de caballos -explicó Ben con tanto orgullo corno si su padre hubiese sido el mismísimo presidente de la república.

-¿Murió tu papá? -indagó la señora Moss.

-Lo ignoro y eso es lo que quiero saber. -Y el pobre Ben carraspeó para disimular un sollozo que estaba a punto de sofocarlo.

-Cuéntanos qué pasó, querido, y quizás entre todos podamos descubrir el paradero de tu papá -dijo la señora Moss inclinándose para acariciar la negra cabecita doblada sobre la del perro.

-Así lo haré, señora...- Haciendo un esfuerzo compuso la voz y prosiguió la historia.

-Papá fue siempre muy bueno conmigo y a mí me gusto ir a vivir con el después que abuelita murió. Estuve con ella hasta que cumplí siete años; luego papá me llevó consigo y me enseñó a montar. Hubieran tenido que verme entonces todo vestido de blanco, con un cinturón dorado, subido sobre las hombros de papá o colgado de la cola del viejo General que galopaba veloz mente o bien, siempre conmigo sobre los hombros papá conducía dos o tres caballas mientras yo agitaba unas banderas y la gente aplaudía delirante de entusiasmo.

-¡Oh!... ¿No te morías de miedo? -preguntó Betty temblando de sólo pensar en aquello.

-¡Qué esperanza!... ¡A mí me gustaba hacerlo!

-También a mí me hubiera gustado... -exclamó Bab entusiasmada.

-Luego aprendí a conducir los cuatro "ponnies" que tiraban de una pequeña carroza cuando desfilábamos -continuó Ben -o me sentaba sobre el gran globo que llevaba en el techo el gran carro arrastrado por Hannibal y Nero. Pero eso no me gustaba; el globo eta muy alto y se sacudía mucho, el sol demasiado fuerte, los a-rboles me golpeaban el rostro y las piernas me dolían de tenerlas recogidas.

-¿Quiénes eran Hannibal y Nero? -preguntó Betty.

-Los grandes elefantes. Papa- no permitía que me sentaran allí arriba y no se atrevieron a hacerlo hasta después que él se hubo marchado. Entonces tuve que

obedecer, si no me castigaban.

-¿Nadie te defendía? -interrogó la señora Moss.

-Sí, señora; casi todas las mujeres me protegían. Eran muy buenas conmigo, especialmente Melia. Ésta juró que no saldría a escena si me golpeaban, porque yo me negaba a ayudar al viejo Buck a cuidar los osos. De modo que tuvieron que dejarme tranquilo porque entre las mujeres no había quien pudiese reemplazar a Melia.

-¿Tenían osos? ¡Oh!, ¡cuéntanos, cuéntanos qué hacían! -exclamó Bab alborozada. Ella tenía pasión por los animales.

-Buck era dueño de cinco osos -malos bichos- y los exhibía. Por divertirme me puse a jugar con ellos en cierta_ ocasión y a Buck se le ocurrió que sería toda una sensación que yo los pre- sentara ante el público. Pero los osos muerden y arañan, cosa nada agradable, y uno no puede saber nunca cua-ndo esta-n de buen humor o cua-ndo tienen ganas de arrancarle la cabeza de un mordisco. Por esa razón Buck tenía el cuerpo cubierto de cicatrices y yo no quería que a mí me ocurriera lo mismo. Y me libré gracias a la intervención de la señorita St. John quien se puso de mi parte.

-¿Quién era la señorita St. John? -preguntó la señora algo confundida al oír constantemente nombres nuevos.

-La señorita Melia... La señora de Smithers... La esposa del dueño del circo. Ésta ya no usaba su nombre, Montgomery, ni el verdadero apellido de ella que era St. John. Todos se cambian el nombre por alguno que produzca más efecto en los carteles. Papá se hacía llamar José Montebello y yo Adolphus Bloomsbury en cuanto dejé de ser Cupido y el niño Prodigio.

Soltando la risa, la señora Moss se echó hacia atrás ante el asombro de las niñas que habían quedado muy impresionadas por la elegancia de aquellos nombres.

-Prosigue tu historia, Ben, y dinos por qué huiste y qué se hizo de tu papá -dijo la dama recobrando la seriedad y verdaderamente interesada por la suerte del niño.

-Pues bien, papá se peleó con el viejo Smithers y partió de improviso el otoño pasado, al finalizar la temporada. Me dijo que iba a trabajar en una gran escuela de equitación de Nueva York y que, cuando lograra asegurar su posición, enviaría por mí. Yo tuve que quedarme en el circo y ayudar a Buck en sus exhibiciones de prestidigitación. Era éste un hombre bueno, yo le quería, Melia iba a verme a menudo y durante el primer tiempo no extrañé nada. Pero papá no me mandaba a buscar y entonces comencé a soportar malos tratos. Si no hubiera sido por Melia y Sancho mucho antes me habría escapado ...

-¿Qué te obligaban a hacer?

-Una infinidad de cosas, pues los tiempos eran difíciles y yo demostraba ser un muchacho listo. Así pensaba Smithers y yo tenía que obedecer sus órdenes sin chistar. A mí no me importaba ayudar en los números de prestidigitación o hacer exhibiciones con Sancho, pues papa- lo había amaestrado y él estaba acostumbrado a actuar conmigo. Pero querían obligarme a beber gin para que me conservara pequeño y yo me negaba, pues sabía que a papa- no le gustaban esas cosas. Solía viajar encaramado al carro ma-s alto y eso me agradó, hasta que me caí y me lastimé la espalda. Después, aunque sufría horriblemente y me mareaba tuve que continuar haciéndolo.

=¡Qué hombre bruto debía ser el dueño del circo!... Y Melia, ¿por qué no puso fin a tus sufrimientos? -preguntó la señora indignada.

-Ella había muerto, señora. Ya no me quedaba nadie más que Sancho. Fue entonces cuando decidí huir.

Tornó Ben a acariciar a su perro tratando de ocultar las la- grimas que se le escaparon al recordar a su difunta amiga.

-¿Qué pensabas hacer?

-Encontrar a papá-. Pero no lo hallé. No estaba en la escuela de equitación y allí me dijeron que se había ido al Oeste a comprar potros salvajes para un señor que quería una tropilla. Entonces me encontré desorientado sin saber a dónde ir ya que ignoraba el paradero de mi padre y no quería regresar al circo donde volverían a maltratarme. Procuré ingresar a la escuela de equitación, mas allí no querían niños. Tuve, pues, que continuar mi peregrinación en busca de trabajo y si no hubiera sido por Sancho me habría muerto de hambre. Al huir lo había dejado atado, pues no quería que dijeran, si me lo llevaba conmigo, que lo había robado. Es un perro de mucho valor, ¿sabe usted, señora? Es el mejor perro amaestrado que he visto en mi vida, y sin duda desearán más su regreso que el mío. Era de papá, y a mí me dolía tener que dejarlo; no obstante, así lo hice. Una noche oscura lo dejé atado y nunca pensé que volvería a verlo. A la mañana siguiente, estaba tomando el desayuno a varias millas de distancia del circo cuando lo vi aparecer mojado y cubierto de barro, arrastrando un trozo de soga. Había mordido hasta romperlo el cordel que lo sujetaba y siguió mis pasos sin perder mi rastro en ningún momento. Ya no volveré a abandonarlo, ¿no es así, viejo camarada?

Sancho había escuchado esta parte del relato con gran interés, y cuando Ben se dirigió a él, se levantó, puso sus patas delanteras sobre los hombros del muchacho, lamió la cara de éste y emitió un suave aullido que podía traducirse tan claramente como si hubiera dicho con palabras:

-Quédate tranquilo, mi pequeño amo. Los padres pueden desaparecer y los amigos morir, pero yo nunca te abandonaré.

Ben apretó contra sí y por encima de la blanca cabeza lanuda sonrió a las niñas, quienes batieron palmas de alegría al observar aquel cuadro encantador, y se acercaron a acariciar al buen animal para asegurarle que le habían perdonado definitivamente el robo de la torta y la cesta. Movido por estas ternezas y por unas indicaciones que por lo bajo le dio su amo, Sancho se aprestó a realizar sus mejores pruebas con extraordinaria gracia y destreza.

Baby Betty bailaban por la habitación locas de entusiasmo, mientras la señora Moss declaraba que le daba miedo tener en su casa un animal tan maravilloso. Las alabanzas que dirigían a 'su perro complacieron a Ben más de lo que leí hubieran satisfecho las dirigidas a él, y cuando el entusiasmo se calmó un poco, el muchacho entretuvo a su auditorio con un colorido relato sobre la inteligencia de Sancho, su fidelidad y las numerosas aventuras en las que aquél había' desempeñado su parte con gran nobleza.

Mientras el niño hablaba la señora Moss deliberaba acerca de lo que haría con él, y cuando Ben concluyó de enumerar las perfecciones del perro, dijo ella gravemente:

-¿Te quedarías aquí si yo te encontrara alguna ocupación?

-¡Sí, señora! ¡Me agradaría mucho quedarme!... -respondió Ben entusiasmado. Él veía un hogar en aquella casa, y la señora Moss le parecía casi tan buena y maternal como la señora Smithers.

-Bien... Mañana iré a visitar al alcalde para consultar su parecer. No sería extraño que te tomara para que cuidaras su establo, si eres tan listo como aseguras. Durante el verano emplea siempre un peón, y aún no he visto ninguno por allí. ¿Podrías cuidar vacas?

-¡Ya lo creo!... -y Ben se encogió de hombros como si considerase ridículo que le hiciesen esa pregunta a él que había conducido a cuatro "ponnies" que arrastraban una carroza dorada.

-No será un trabajo tan interesante como el de montar elefantes o jugar con osos, pero será una tarea honrada y te resultará más agradable azotar a Brindle y a Butter

que recibir tú los azotes -declaró la señora Moss acercando al niño su rostro sonriente.

-¡Oh, sí!... -murmuró Ben con súbita humildad al recordar los malos tratos de que fuera víctima y que le obligaran a huir.

Poco después le enviaron a dormir a una pequeña pieza, y a Sancho junto con él para que lo cuidara. A ambos les resultó difícil conciliar el sueño debido al ruido que hacían las niñas en el piso superior. Bab insistía en que era un oso y que iba a devorar a la pobre Betty a despecho de los lamentos de ésta. Pero la madre pronto puso fin al alboroto amenazando enviar lejos a Ben y a su perro si no se quedan quietas como dos gatitos.

Ellas prometieron obedecer y casi en seguida estaban soñando con carrozas doradas y grandes carruajes, con muchachos fugitivos, cestas que desaparecían, perros danzarines y tazas voladoras.

CAPÍTULO 5

AL despuntar el día siguiente, Ben miro a su alrededor medio desorientado. No vio ni la carpa de lona, ni descubrió encima de su cabeza el techo de un granero o el azul del cielo, sino que diviso un blanco cielo raso donde se posaban un grupo de moscas muy sociables. Del exterior llegaban a sus oídos el cacareo de las gallinas y el sonido de dos vocecitas que repetían a coro la tabla de multiplicar en lugar de aquellos otros ruidos que estaba acostumbrado a escuchar: coces de caballos, piar de pájaros, el rugido de los animales salvajes.

Sancho, sentado frente a la ventana abierta observaba como la vieja gata se lavaba la cara y trataba de imitarla, mas con tal torpeza, que Ben se echó a reír y Sancho, para ocultar su confusión saltó de la silla a la cama y comenzó a lamer el rostro de su amo tan enérgicamente que el muchacho se escondió bajo las sábanas para escapar a su cariñosa lengua.

Un ruido que provenía del piso de abajo obligó a ambos a salir de un brinco de la cama, y diez minutos después un muchacho de rostro sonriente y un perro juguetón descendieron corriendo la escalera. El primero saludo con un:

-¡Buen día, señora!...-Y el segundo agitó alegremente la cola al olor del jamón que se freía en la hornalla y por el cual era particularmente afecto.

-¿Dormiste bien? -preguntó la señora Moss, dándole la bienvenida tenedor en mano.

-¡Ya lo creo!... Jamás dormí en una cama mejor. Estaba acostumbrado a dormir sobre un colchón de heno y a cubrirme con la manta de los caballos, y últimamente, ni siquiera eso tenía: el cielo era mi único techo y la tierra mi mullida cama -bromeó Ben riéndose de las penurias pasadas y agradecido de las comodidades que le brindaban.

-El heno no es lecho malo para los huesos jóvenes, aunque a éstos los cubra tan poca carne como a los tuyos -comentó la señora Moss dándole un cariñoso golpecito en la cabeza al pasar a su lado.

-En nuestra profesión no se tolera la gordura. Cuanto más delgado más ágil para bailar sobre la cuerda floja o saltar en los trapecios. Músculo es lo que se necesita, y ahí lo tiene usted...

Ben estiró su bracito delgado como un alambre, el puño cerrado con la actitud de un joven Hércules dispuesto a jugar a la pelota con la cocina si le daban permiso para ello. Contenta de verlo de tan buen humor la señora señaló el pozo que estaba afuera y

dijo amablemente:

-Bien, prueba tus músculos trayendo agua fresca.

Ben buscó el balde y corrió decidido a ser útil: y mientras aguardaba que el balde se llenara miró a su alrededor y se sintió complacido por todo lo que viera: la pequeña casita rojiza con un penacho de humo que salía por la chimenea, las dos hermanitas sentadas al sol, las verdes colinas, por aquí y por allá, campos recién sembrados, un arroyuelo que atravesaba saltando la huerta, pájaros que cantaban en la avenida de los olmos y toda la tierra cubierta de ese hermoso color verde que sólo se ve a principios del verano.

-¿No te parece esto muy bonito? -preguntó Bab cuando la mirada del niño, después de su prolongado recorrido en que pareció querer abarcarlo todo se detuvo sobre ella.

-¡Jamás he visto sitio más hermoso! Sólo se necesitaría un caballo que anduviera dando vueltas por aquí para que el cuadro fuese completo -contestó Ben al mismo tiempo que tiraba de la larga soga que subía el balde lleno de agua.

-El juez tiene tres, pero los cuida tanto que ni siquiera nos deja acercarnos a ellos y arrancarles tres pelos de la cola para hacer anillos -se quejó Betty cerrando su libro de aritmética.

-Cuando el juez no está en casa y Mike los lleva al bebedero, me deja a menudo montar el caballo blanco. ¡Es tan divertido pasearse sentada sobre su lomo, bajar hasta el valle y luego regresar!... ¡Yo adoro a los caballos!... -exclamó Bab saltando en el banco tratando de imitar los movimientos de Jenny, la yegua blanca.

-Me parece que eres una niña muy valiente.- Y Ben dirigió a Bab una mirada de aprobación al pasar a su lado sin olvidarse por eso de salpicar con agua a la señora Puss que arqueó el lomo y mostró las uñas al ver a Sancho.

-¡Al tomar el desayuno!... -llamó la señora Moss; y por espacio de veinte minutos poco se dijo, pero en cambio el cereal y la leche desaparecieron con tal rapidez que hasta Jack el gigante, de la bolsa de cuero, se habría asombrado de ello.

-Ahora, niñas, a volar a hacer vuestros quehaceres. Tú, Ben, ve y corta un poco de leña; yo arreglaré la casa. Luego saldremos todos juntos -dijo la señora Moss al mismo tiempo que se esfumaba el último bocado y Sancho se relamía los bigotes saboreando las migad que de su parte se le habían caído.

Ben se puso a cortar leña con tanto entusiasmo que las astillas volaban a su alrededor y cubrían el piso de la leñera; Bab acomodaba con peligrosa rapidez las tazas sobre una bandeja y Betty barría levantando una nube de polvo en tanto que la madre parecía estar en todas partes a la vez. Hasta Sancho que comprendía que su destino se hallaba unido al de esta gente procuraba ayudar a su modo: ora brincaba alrededor de Ben a riesgo de que le cortaran la cola, ora corriendo a meter la nariz por los armarios y habitaciones que la señora Moss abría y cerraba en sus rápidas evoluciones por toda la casa, ora arrastrando el felpudo para que Betty lo cepillase o, parado sobre las patas traseras, inspeccionando los platos que lavaba Bab. Y si lo echaban no se ofendía sino que se iba a ladrar a Puss, refugiada en un árbol, espantaba a las gallinas o enterraba con cuidado un zapato viejo donde ya había escondido un hermoso hueso de cordero.

Cuando todos estuvieron preparados, Sancho, tranquilo ya, trotó detrás de la comitiva como un perro bien educado y acostumbrado a pasear con damas. Se separaron al llegar a un cruce de caminos: las niñas corrieron a la escuela mientras la señora Moss y Ben subían la colina hasta la casona del señor alcalde.

-No te asustes, muchacho; yo me ocuparé de contarle por qué has escapado. Si el señor alcalde te emplea, dale las gracias y procura ser juicioso y trabajador. No me cabe la menor duda de que si así lo haces progresarás -manifestó ella al mismo tiempo

que hacía sonar la campanilla de una puerta lateral sobre la, cual brillaba escrito con grandes letras un nombre: MORRIS.

-¡Adelante! -chilló una voz áspera, y Ben, aunque se sentía como si fueran a sacarle una muela, siguió dócilmente a la buena mujer, la cual esbozaba su más agradable sonrisa ansiosa de causar buena impresión.

Un anciano caballero de cabeza blanca que leía un diario sentado en un sillón, dirigió a , los recién llegados una mirada escrutadora por sobre sus anteojos y dijo con un tono rudo que habría atemorizado a quien ignorase que bajo su amplio chaleco se ocultaba un gran corazón.

-¡Buenos días, señora! ¿Qué le trae hoy por aquí? ¿Acaso ha pillado a algún ladronzuelo robándole sus pollos?

-¡Por Dios!... No, señor -exclamó la señora Moss sobresaltada. En seguida, en pocas palabras, le relató la historia de Ben y con un tono tan patético refirió las penurias y el abandono del muchacho, que logró despertar el interés del juez y conmover al mismo Ben como si no fuera de él de quien estaba hablando.

-Vamos a ver, muchacho, ¿que sabes hacer? -preguntó el anciano después de escuchar con expresión comprensiva el relato de la señora Moss clavando la penetrante mirada que asomaba bajo sus tupidas cejas en el pobre Ben quien se sintió atravesado por ella como si fuese transparente.

-De todo un poco, señor ...

-¿Sabes arrancar yuyos?

-Nunca lo he hecho, señor, pero puedo aprender...

-¿A arrancar las remolachas y dejar los yuyos? ¿Te enseñaron a recoger frutillas?

-No, señor. Lo único que he hecho ha sido comerlas...

-Humm... También hay que saber hacer esa parte del trabajo. ¿Puedes conducir al caballo que arrastra el arado?

-¡Eso sí, señor! -y los ojos de Ben se encendieron de alegría. Quería mucho a esos nobles animales, los cuales, en los últimos tiempos, habían sido sus más leales camaradas.

-Pero no se permite ninguna clase de bromas. Mi caballo es un animal muy delicado y yo le tengo mucho afecto.

El alcalde habló muy seriamente, mas en sus ojos brillaba una luz de picardía. La señora Moss por su parte procuraba disimular una sonrisa; porque el caballo del alcalde era el hazmerreír de toda la ciudad, tenía más de veinte años y un paso muy característico: levantaba las patas delanteras como si fuese a emprender una veloz carrera, pero luego no pasaba de un lento trote. Los muchachos decían que galopaba hacia adelante y luego retrocedía y se reían del gran animal de nariz roma el cual, sin embargo, no permitía que se tomaran ninguna libertad con él.

-¡Quiero mucho a los caballos para hacerles daño, señor! Y en cuanto a montarlo, me atrevo a hacerlo sobre cualquier bicho de cuatro patas. El Rey de Morocco daba coces y mordía como si fuese una fiera, pero yo lograba dominarlo con bastante facilidad.

-Tal vez puedas entonces llevar las vacas a pacer al campo...

-He conducido elefantes y camellos, avestruces y osos pardos, mulas y seis ponnies. Si me empeño quizá pueda cuidar vacas... -contestó Ben tratando de mostrarse humilde y respetuoso aunque le ofendía terriblemente que pusieran en duda su capacidad para cuidar vacas.

Al alcalde le agradó la mezcla de indignación y picardía que asomaba a los ojos del muchacho y la sonrisa socarrona que jugueteaba en sus labios.

Divertido por la lista de animales que enumeraba Ben, manifestó con gravedad:

-Por estos alrededores no criamos elefantes ni camellos. Hubo osos, pero la gente se cansó de ellos. Abundan las mulas, mas sólo las de la especie de dos patas, y en general preferimos las gallinas a los avestruces.

No pudo continuar porque Ben lo interrumpió con una alegre carcajada a la que ellos se unieron; y la risa los hizo ponerse de acuerdo mejor que las palabras. Tratando de recuperar la seriedad el señor alcalde dio unos golpecitos en la ventana que estaba tras de él y dijo:

-Te probaremos como cuidador de vacas. El peón te indicará adónde debes llevarlas y te dará algún otro trabajito para que hagas durante el día. Así sabremos para qué sirves, y por la noche se lo diré a usted, señora Moss. El niño podrá dormir en su casa. ¿verdad?

-Desde luego. Continuará en casa y vendrá a trabajar si así lo desea. Yo me ocuparé de 'que no sea una carga para nadie -respondió la señora Moss.

-Y yo procuraré descubrir el paradero de tu padre, muchacho. Mientras tanto pórtate bien para que podamos darle buenos informes de ti cuando venga en tu busca -manifestó el señor alcalde haciendo un gesto de advertencia con el índice.

-Gracias, señor. Le obedeceré. Estoy seguro de que papá vendrá tan pronto como le avisen, si no está enfermo o se ha perdido -murmuró Ben al mismo tiempo que para sus adentros se felicitaba de no haber hecho nada que lo hiciera temblar delante de aquel dedo.

En ese momento, un irlandés pelirrojo apareció en el vano de la puerta, el cual, mientras escuchaba las órdenes que comenzó a darle el juez, echó al muchacho una mirada de poca simpatía.

-Pat, este niño quiere trabajar. Llevará las vacas al prado y las traerá de regreso. Haz que se ocupe de algunas tareas livianas y comunícame cómo se comporta.

-Sí, señoría... Vamos, muchacho, ya te indicaré qué es lo que debes hacer -exclamó Pat. Y Ben, después de despedirse con un ligero adiós de la señora Moss, lo siguió con la secreta intención de jugarle una mala pasada para vengarse de lo mal que lo recibiera.

Pero olvidó por completo la existencia de Pat en cuanto divisó en el patio a "Duque de Wellington", el caballo, al que llamaban así por su nariz. Si Ben hubiese leído a Shakespeare habría exclamado

-¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!... -porque eso era lo que clamaba su corazón. Echó a correr adonde se hallaba el majestuoso animal. "Duke" paró las orejas y movió la cola con enojo, pero Ben lo miró 'a los ojos, le dio un amistoso golpecito en la nariz e hizo un particular sonido con la boca que tranquilizó al animal.

-Te pateará si lo sigues molestando. Déjalo y ocúpate de las vacas como lo ordenó su señoría -ordenó Pat quien respetaba en público a "Duke", pero lo castigaba brutalmente en privado.

-¡Yo no le tengo miedo! Tú no me harás daño, ¿no es así viejo amigo? Mira, sabe que soy su amigo y como a tal me recibe -dijo Ben pasando su brazo alrededor del cuello del animal y pegando su mejilla al hocico del caballo.

Porque él entendía la mirada de la inteligente bestia y comprendía que sus relinchos eran un amistoso saludo.

El alcalde presenció la escena detrás de la ventana y sospechando por la cara de Pat que algo desagradable se preparaba, ordenó:

-Deja que el niño ate el caballo al coche, si puede... Probaremos si sirve para eso. Debo salir en seguida.

Ben se puso tan contento y desplegó tal actividad que en menos de lo que canta un

gallo el caballo estuvo atado al coche, y cuando el alcalde salió encontró que lo aguardaban ya "Duke" y el sonriente y pequeño palafrenero.

Al anciano caballero satisfizo la destreza del muchacho y el afecto que demostraba por el caballo, pero no se lo dijo a Ben y sólo hizo un gesto de aprobación con la cabeza y exclamó

-Muy bien, muchacho...- Y en seguida se alejó en el carruaje que rechinaba e iba dando tumbos.

Poco después cuatro vacas lustrosas salían por el portón que abriera Pat, y Ben las llevó a que pacieran a un lejano prado donde el pasto tierno aguardaba a las hambrientas segadoras. Pasaron junto a la escuela y el niño, con un poco de compasión, miró a través de la ventana abierta las cabezas rubias y morenas que inclinadas repasaban la lección. A un muchacho como él que tanto amaba la libertad le parecía algo terrible tener que permanecer encerrado tantas horas en una mañana semejante.

Una ligera brisa que jugaba alegremente por el sendero, sin saberlo, hizo a Ben un gran favor. Al soplar con un poco más de fuerza arrastró hasta los pies del muchacho una hoja de papel que aquél levantó al ver que tenía una ilustración. Sin duda se había desprendido de algún viejo y usado manual de historia, pues la lámina mostraba unos barcos muy curiosos, próximos a la costa, un grupo de hombres vestidos con extraña indumentaria que echaban pie a tierra y en la orilla una multitud de indios bailando. Ben procuró descifrar lo que decía acerca de estos extravagantes personajes pero, para desdicha del joven lector, la tinta se había corrido y manchado la hoja de modo que de poco pudo enterarse.

-Les preguntaré a las niñas. Puede ser que ellas sepan lo que esto significa -dijo Ben, y luego de buscar en vano otras hojas siguió su camino escuchando con alegría el canto de las aves, gozando del calor del sol y tan agradable era la sensación de paz y seguridad que experimentaba, que se puso a silbar jubilosamente como si fuera un mirlo.

CAPÍTULO 6

ESA noche, después de comer, Bah y Betty se sentaron en el viejo "porch" a conversar con- Josephus y Belinda sobre los acontecimientos del día. La aparición del muchacho y su perro había sido el suceso más extraordinario de sus vidas. No veían al niño desde la mañana, pues éste había almorzado en casa del alcalde y estaba trabajando con Pat en el campo cuando ellas regresaron. Sancho no se había apartado de su amo, y asombrado del nuevo piro que tomaban los acontecimientos cuidaba de que nada malo fuera a ocurrirle a Ben.

-Es hora de que regresen. El sol se ha puesto ya y oigo a las vacas que mugen en el corral -dijo Betty impaciente, pues ella consideraba al recién llegado como si fuese un libro muy interesante cuya lectura deseaba proseguir lo más rápidamente posible.

-Voy a aprender las señas que le hace a Sancho cuando quiere ordenarle que baile, así podremos divertirnos con él las veces que lo deseemos. ¡Es el perro más simpático que he visto en mi vida!... -comentó Bab, quien tenía más afecto a los animales qué a su hermana.

-Dijo mamá... Pero, ¿que es eso? -se interrumpió Betty con un repentino sobresalto. Algo había golpeado por fuera del portón. En seguida, en lo alto, apareció

la cabeza de Ben y su cuerpo se balanceó colgado del arco de hierro en lugar del farol de luz.

-¡Por favor, señores, ocupen sus localidades!... ¡Por favor, sus localidades!... La función va a comenzar con el número del Cupido Volador, el número con el cual el señor Bloomshury se ha presentado ante las principales coronas de Europa. ¡Reconocido por todos los críticos como el niño prodigio y la maravilla del siglo!... ¡Atención, aquí está!

Después de repetir el elegante y conocido discurso del señor Smither, Ben comenzó a dar tales volteretas en el aire que hasta un grupo de serias gallinas que descendían por la calle e iban a dormir, se detuvieron admiradas e imaginaron sin duda que alguien habría echado sal sobre aquel muchacho para que se sacudiese de esa manera. Aunque en su tiempo fue testigo de cosas muy divertidas. el viejo portón no había visto nunca semejantes acrobacias. Porque de todos los muchachos que se treparon a él ninguno se mantuvo como ése cabeza abajo 'sobre los capiteles de las columnas. o quedo colgado del arco por los pies, o comenzó a dar vueltas, sin parar, como una rueda, con la barra por eje, sacudiendo los pies y sosteniéndose por el mentón, o camino apoyado sobre las manos a lo largo del muro para concluir la exhibición con una pose casi aérea suspendido del gancho del farol besándose la mano y saludando al público como debía hacerlo Cupido al despedirse.

Las pequeñas aplaudieron y golpearon con los pies entusiasmadas, mientras Sancho que con toda calma había seguido el espectáculo lanzó unos ladridos de aprobación y corrió a mordisquear los pies de su amo.

-Baja y cuéntanos lo que hiciste en casa del alcalde. ¿Es muy severo? ¿Trabajaste mucho? ¿Te gusta el trabajo? -preguntó Bab cuando se hizo un poco de silencio.

-Aquí arriba está más fresco -respondió Ben acomodándose mejor y abanicando su cara enrojecida con la rama que había arrancado a uno de los árboles que cerca de él perfumaban el aire.

-Hice de todo un poco. El anciano caballero no es malo: por el contrario, simpaticé con él en seguida. Me dio una moneda. Odio en cambio a "Pelo de Zanahoria". Jura como un carrero. Me tiró con un leño... ¡Ya me las pagará!

Metió la mano en el bolsillo para sacar la reluciente moneda y al encontrar también la página rota recordó la ansiedad de saber que le asaltara esa mañana.

-¡Eh! ¡Miren ustedes! ¿Qué están por hacer estos hombres? La tinta ha estropeado la lámina y es imposible leer lo que dice aquí abajo. ¿Quieren explicarme lo que significa? Llévasela, Sancho.

El perro recogió la hoja que descendía volando y sujetándola cuidadosamente con los dientes la dejó a los pies de las niñas y luego se sentó frente a ellas con aire de profundo interés. Bab y Betty la tomaron y juntas y en alta voz se pusieron a leer, mientras Ben se inclinaba para escuchar y aprender.

-"Clareaba el día cuando divisaron tierra. Parecía un hermoso país. Se veían llores maravillosas y árboles gigantescos cuyas hojas y frutos eran desconocidos para ellos. Por la playa corrían hombres desnudos, de piel cobriza que miraban asombrados los barcos de los españoles. Creían ellos que eran grandes pájaros, sus velas las alas y los tripulantes seres' superiores enviados por los cielos."

-¡Eso es el descubrimiento de San Salvador hecho por Cristóbal Colón! ¿Acaso no sabes quien es? -preguntó Bab, quien se sintió uno de aquellos seres superiores y le pareció estar en contacto directo con el inmortal Cristóbal.

-No, no lo se. ¿Quién era? Supongo que es ese que va adelante, pero, ¿cuál de los indios es San Salvador? -interrogó Ben un poco avergonzado de su ignorancia, pero decidido a saber lo que había comenzado a averiguar.

-¡Mi Dios!... ¡Doce años y no sabes eso! -rió Bab muy divertida y contenta de poder enseñarle algo a aquel muchacho acróbata a quien consideraba un ser excepcional.

-¡Al diablo con mis doce años!... Háblame de ese muchacho que desciende del barco; me gusta -insistió Ben.

Así fue cómo Bab, interrumpida frecuentemente por Betty quien agregaba algo al relato, le refirió la maravillosa historia con sencillez y en forma comprensible, pues a ella le gustaba esa materia y tenia una gran facilidad de palabra.

-Me gustaría leer algo más. ¿Podría comprar un libro con mis diez centavos? -preguntó Ben, ansioso de aprender picado por las risas de Bab.

-No, por cierto. Yo te prestaré el mío cuando no lo necesite y te explicaré todo -prometió Bab olvidando que ella misma no sabia "todo' aún.

-Pero yo no dispondré de mucho tiempo. Sólo estaré libre al atardecer. y entonces tú podrás necesitar él libro... -se lamentó Ben, quien no podía dominar la curiosidad que despertara en el la hoja de papel.

-Yo tengo historia por la tarde, pero tú podrás leer el libro por las mañanas antes de la hora de ir al colegio.

-Debo salir. muy temprano, de modo que tampoco entonces tendré tiempo para leer. Pero sí, ¡lo tendré!... Te diré en que momento: leeré cuando lleve las vacas al campo. Al -alcalde le gusta que las vacas coman lentamente mientras van por el camino. Así dijo Pat, y entretanto yo podría estudiar historia en lugar de vagar de aquí para allá -gritó Ben satisfecho de su brillante idea.

-¿Y cuándo me devolverás el libro para que yo estudie? -interrogó prudentemente Bab.

-A mi regreso lo dejaré sobre el alféizar de la ventana o junto a la puerta. Lo leeré con todo cuidado y tan pronto como haya ganado lo suficiente te compraré uno nuevo y yo me quedare con el viejo, ¿quieres?

-Bueno, pero yo tengo una idea mejor. No conviene dejarlo sobre la ventana porque la maestra lo puede ver, ni en la puerta porque alguien lo puede robar. Déjalo en mi escondrijo. En el rincón de la pared, junto al gran arce encontrarás un hueco disimulado entre las raíces y bajo una piedra chata.

Es mi caja de caudales, allí guardo mis cosas. No hay escondite mejor v nos turnamos para usarlo.

-Me parece un buen lugar; ya lo. encontraré -dijo Ben agradecido.

-Si quieres algunas veces podré dejar mi libro de lectura. Tiene muchos cuentos y láminas preciosas -ofreció tímidamente Betty, pues ella quería colaborar en el generoso proyecto de su hermana aunque no era mucho lo que podía dar, ya que no era una estudiante tan brillante como aquélla.

-Preferiría uno de aritmética. Si puedes préstame el tuyo para que yo lo lea de vez en cuando. Ahora que voy a ganar un jornal debo aprender a sacar cuentas -dijo con aire de un Vanderbilt preocupado por el cuidado de sus millones.

-Yo te enseñare. Betty no entiende mucho de sumas. Pero ella lee maravillosamente y en eso es la mejor de la clase. La maestra está orgullosa de ella porque nunca se equivoca cuando deletrea palabras tan difíciles como ex-cep-ción, ex-ha-lar, o ex-pli-ca-ción.

Bah rebosaba de fraternal orgullo y Betty alisaba su delantal con un gesto de modesta satisfacción, pues aquélla pocas veces la elogiaba y a ella eso le gustaba mucho.

-Yo nunca fui al colegio; por esa razón soy tan ignorante. Sin embargo, se escribir mejor que algunos muchachos que van a la escuela. Vi escritos muchos nombres en el

soportal. Observen ahora ustedes -y descendiendo de un salto Ben extrajo un trozo de tiza y dibujó con hermosos rasgos sobre las lajas oscuras que cubrían el camino diez letras del alfabeto.

-¡Qué bien! Yo no puedo hacer esos rasgos tan perfectos. ¿Quién te enseñó a escribir así? -preguntó Bah mientras ella y Betty caminaban arriba y abajo admirando las letras.

-Las mantas de los caballos -explicó Ben, brevemente.

-¿Qué? -exclamaron al unísono las dos niñas deteniéndose a mirarlo.

Todos los caballos tenían el nombre escrito en la manta y yo solía copiarlos. Los carruajes tenían inscripciones que aprendí a descifrar después que papá me enseñó a reconocer las letras escritas en los grandes cartelones amarillos. L a primera palabra que aprendí a leer fue león, pues iba a menudo a visitar la jaula del viejo Jubal. Papá se mostró muy satisfecho cuando la leí de corrido. También sé dibujarlo.

Ben comenzó a bosquejar un animal que pretendía se pareciese a su perdido amigo.; pero Jubal no habría reconocido su retrato, pues este se parecía más a Sancho que al rey de la selva. No obstante las niñas lo admiraron sinceramente y a continuación Ben les dio una lección de historia natural que las tuvo interesadas hasta la hora de irse a dormir. El muchacho contó cuanto había visto con un lenguaje tan pintoresco e ilustró sus descripciones con tal gracia, que no es de extrañar que ellas lo escucharan encantadas.

CAPÍTULO 7

Al día siguiente Ben fue a trabajar con el manual de Historia Elemental en cl bolsillo, y las vacas del alcalde dispusieron de mucho tiempo para desayunarse con las hierbas que crecían al borde del camino antes de llegar al campo de pastoreo. Para entonces Ben no había concluido de leer la amena lección porque tuvo que ir hasta la ciudad a hacer un mandado; pero presto mucha atención a lo que leía, se detuvo en las palabras difíciles y dejo los trozos que no entendía para que Bah se los explicase por la noche.

Tuvo que hacer alto en "La Primera Fundación" porque había llegado frente al colegio y debía devolver el libro. En seguida descubrió el hueco junto al gran arce y allí, bajo la ancha piedra dejó una pequeña sorpresa. Con dos caramelos en forma de bastoncitos, uno rojo v otro blanco, pagaba Ben el privilegio de sacar libros de la nueva biblioteca.

Cuando llego la hora del recreo, grande fue la sorpresa y la alegría de las niñas al hallar el inesperado regalo, pues a la señora Moss no le sobraban las monedas para caramelos, y las pequeñas encontraron que estos tenían un sabor particularmente exquisito. pues habían sido comprados con la única moneda que poseía el agradecido Ben. Las niñas compartieron las golosinas con sus compañeras más íntimas, pero nada les dijeron acerca de su plan temerosas de que éste se malograra sin llegaba a ser conocido. Empero se lo comunicaron a su madre, quien les dio permiso para que prestasen sus libros a Ben y animaran a este a estudiar. También les propuso que aprendiesen a coser y le ayudaran a hacer algunas camisas azules para Ben. La señora Barton le había dado el género necesario para ello, y se le ocurrió que era una excelente ocasión para iniciar las lecciones de costura y al mismo tiempo hacer un regalo útil a Ben, quien, como todos los muchachos, no se preocupaba por lo que se

pondría cuando se le gastara la ropa que tenía en uso.

El miércoles por la tarde era día de costura, de modo que las dos pequeñas "B" trabajaron afanosamente confeccionando las mangas de las camisas. Sentadas en un banco junto a la puerta mientras las agujas se movían sin cesar, cantaban con sus voces infantiles canciones escolares que interrumpían a cada dos por tres para charlar un poco.

Durante una semana Ben trabajo con mucho entusiasmo y nunca se le oyó protestar o quejarse no obstante las tareas rudas y desagradables que le ordenaba hacer Pat y lo monótonas y fastidiosas que le resultaban las faenas domésticas. Su único consuelo era saber que la señora Moss y el alcalde estaban satisfechos con él; sus únicos placeres, estudiar las lecciones mientras apacentaba las vacas y recitarlas por las tardes cuando se reunía con las niñas bajo las lilas para "jugar al colegio".

Comenzó sin intenciones de ponerse a estudiar y no se dio cuenta que era eso lo que estaba haciendo cuando leía los libros que sacaba de la biblioteca. Pero las pequeñas lo interrogaban acerca de lo que ellas sabían, y el se sintió mortificado al descubrir cuán ignorante era. No lo dijo, mas recibió muy contento cuanto ellas le transmitían de su pequeña sabiduría. Deletreaba palabras "solo para que Betty se divirtiera"; dibujaba para Bob todos los osos y tigres que le pedía a condición de que ella le enseñase a hacer sumas sobre las lajas, y a menudo se entretenía durante sus solitarios paseos repasando en alta voz la tabla de multiplicar como lo hacían las niñas. El martes por la noche, el alcalde le pago un dólar, le dijo que era "un buen muchacho" y que podía quedarse una semana más si lo deseaba. Ben dio las gracias y pensó quedarse, pero a la mañana siguiente, después de haber levantado las barras del portón, se sentó en lo alto de la verja a estudiar sus perspectivas, pues le molestaba la idea de tener que soportar la compañía del grosero Pat. Como la mayoría de los muchachos odiaba el trabajo. a menos que éste fuese de su gusto; en ese caso era capaz de trabajar como un castor sin cansarse nunca. Su vida errante no le había permitido adquirir hábitos de disciplina, y no obstante ser un niño excepcionalmente dotado para sus años, le gustaba demasiado vagar y gozar de- una vida variada e interesante.

Pero en aquellos momentos sólo veía delante de él días de trabajo paciente y aburridor. Estaba harto de trabajar en la huerta: hasta la tarea de ensillar a Dulce frente a su amo había perdido su interés y sabía que muy pronto tendría que apilar en el cobertizo los leños que estaban desparramados en el patio. Inmediatamente después de plantar espárragos tendría que recoger las frutillas; luego habría que seriar el heno, v así transcurriría todo el verano, sin diversiones, hasta que su padre fuera a buscarlo.

Sin embargo, no estaba obligado a quedarse contra su voluntad. Con ropa nueva, un dólar en el bolsillo, las canastas con las viandas colgadas en la despensa del colegio adonde podría ir en busca de provisiones si se atrevía, ¿qué cosa más fácil que escapar otra vez? Cuando hacía buen tiempo vagar sin rumbo fijo tenía sus encantos y Ben había vivido durante muchos años bajo las carpas como un gitano. No tenía miedo a nada, y empezó a mirar los caminos cubiertos de hojas con expresión ansiosa e inquieta a medida que la tentación de partir se hacía cada vez más fuerte.

Sancho daba muestras de compartir esa inquietud porque ladraba, saltaba y corría un trecho: luego regresaba y se sentaba a los pies de su amo` a quien miraba con ojos inteligentes que parecían decir: "Vamos, Ben, escapemos por ese alegre camino para no detenernos hasta que nos rinda el cansancio". Pasaban las golondrinas, blancas nubes volaban conducidas por el fragante viento del oeste, una ardilla corrió a lo largo del muro, todo respondía al deseo del niño de tirar la carga y correr libre como ellos. Una cosa lo detenía: la idea de que la señora Moss lo considerara un ingrato y que las

niñas sufrieran al perder a sus dos nuevos compañeros de juego. Mientras así pensaba, algo sucedió que impidió que hiciera aquello de lo cual se habría arrepentido, sin duda, más adelante.

Los caballos habían sido siempre sus mejores amigos, y uno de ellos llego trotando a prestarle un servicio; mas él no lo supo hasta mucho tiempo después. En el momento en que iba a dar un salto para lanzarse al camino el sonido de los cascos de un caballo al que no acompañaba ruido alguno de ruedas le obligó a aguzar el oído; se mantuvo quieto y ansiosamente observo quién llegaba a ese paso.

El rápido trote se detuvo en la curva del camino y en seguida vio acercarse lentamente a. una dama que montaba una yegua baya; una dama joven y bonita, vestida con un traje azul oscuro. luciendo en la solapa un ramillete de dientes de león que parecían estrellas amarillas; de la montura de su cabalgadura pendía un rebenque plateado el cual, sin duda, solo servía de adorno. La hermosa yegua cojeaba un poco y sacudía la cabeza como si algo la molestara, mientras su dueña, inclinándose para saber qué le ocurría, exclamaba con un tono que parecía exigir contestación:

-Vamos, Chevalita, si te has clavado una piedra en una pata, yo la encontraré y la sacaré. ¿Por qué no miras donde caminas y me evitas así estas molestias?

-No se preocupe, señorita; yo me ocuparé de eso. ¡Permítamelo usted! -exclamó una voz anhelante, que, por lo inesperada,

sobresaltó a la amazona y a su cabalgadura, que vieron en ese momento a un muchacho que descendía del muro de un salto.

-Me harías un favor. No tengas miedo, Lita es mansa como una oveja -replicó la dama, quien sonrió divertida por la solicitud del muchacho.

-Es un animal muy hermoso -murmuro Ben al mismo tiempo que levantaba una después de otra las patas del animal hasta encontrar la piedra que extrajo con alguna dificultad.

-Lo has hecho muy bien y te lo agradezco. ¿Puedes decirme si este atajo lleva hasta los Olmos? -preguntó la dama, quien prosiguió su camino lentamente acompañada por Ben.

-No lo sé, señora; recién he llegado a estos lugares y solo sé donde viven el alcalde y la señora Moss.

-Deseo ver a ambos, de modo que indícame el camino. Viví aquí hace mucho tiempo y creí que podría encontrar el camino que conduce a la vieja casa de la Avenida de los Olmos y el gran portal, mas no lo he logrado.

-Conozco la casa. Ahora la llaman "Las lilas" porque estas plantas crecen a lo largo del sendero y del muro. Bab y Betty juegan allí; yo también.

Ben no pudo dejar de sonreír al recordar su primera aparición en aquel sitio e interesada tal vez por la sonrisa y las palabras, la dama preguntó amablemente:

-¿De quién hablas? ¿Bab y Betty son tus hermanas?

Olvidando por completo su intento de fuga, Ben comenzó a relatar su historia con todos los detalles y hablo de sus nuevos amigos animado por la expresión de bondad, las preguntas interesadas y la sonrisa de simpatía que lo acompañaron hasta el final de su relato. Al llegar a la esquina del colegio se detuvo y dijo extendiendo los brazos a modo de señales:

-Por allí se va a "Las lilas", y por este camino a la casa del alcalde.

-Ahora estoy muy apurada para visitar la vieja casa. Iré primero por aquí si tú tienes la amabilidad de llevarle mis saludos a la señora Moss y de comunicarle al alcalde que la señorita Celia almor- zará con él. No me despido de ti porque volveremos a vernos luego.

Con un movimiento de cabeza y una sonrisa la joven se alejó al galope y Ben

ascendió la colina para llevar los mensajes, experimentando la sensación de que iba a suceder algo agradable, de modo que decidió postergar la fuga un tiempo, por lo menos.

La señorita Celia llego a la una en punto y Ben tuvo el placer de ayudar a Pat a llevar a Chevalita al establo. Luego de comer ligero su almuerzo se dedico a la ingrata tarea de apilar los leños con desusada energía; es que mientras lo hacía podía echar una mirada en dirección al comedor, donde, entre dos cabezas canas, pues eran tres los comensales, se veía una castaña y ensortijada. Como las -ventanas se hallaban abiertas no pudo de dejar de oír una que otra palabra y esa conversación escuchada a medias despertó su curiosidad. Los nombres de "Thorny", "Celia" y "George" eran repetidos con frecuencia y de vez en cuando se oía una alegre carcajada de la joven señora que sonaba a música en aquel sitio habitualmente tan silencioso.

Cuando el almuerzo concluyo, la furia del trabajo abandono a Ben, y desganadamente llevo de uno a otro lado la carretilla hasta que la invitada partió. Pero esta vez no tuvo ocasión de prestar ayuda porque Pat, que quería ganarse una propina, atendio con mucha diligencia a la yegua y a su ama hasta el momento de la partida. Pero la señorita Celia no había olvidado a su pequeño guía y descubriendo una carita contrita tras la pila de leños, se detuvo en el portón e hizo un gesto que acompaño con su más encantadora sonrisa. Si en aquel instante Pat se le hubiera cruzado por el camino, lo habría derribado Ben, quien, saltando la cerca, corrió con el rostro radiante deseando que ella le pidiera un último favor. Inclinándose la señorita Celia deslizo una moneda en la mano del muchacho al mismo tiempo que decía:

-Lita quiere que te dé esto por haberle sacado la piedra de la p ta.

-Gracias, señorita. Lo hice con gusto. Me duele ver que los animales sufran, especialmente cuando son tan lindos como esta yegua -contestó Ben acariciando con amor el cuello lustroso.

-Dice el alcalde que conoces mucho a los caballos, de modo que supongo conocerás su lenguaje. Es muy hermoso yo lo estoy aprendiendo -rió la señorita Celia. Chevalita relincho suavemente y metió el hocico en uno de los bolsillos de Ben.

-No, señorita. Yo, no he ido al colegio.

-No es allí donde se enseña. Cuando regrese por aquí te traeré un libro para que lo aprendas. Gulliver fue al país de los caballos y allí los oyó hablar en su propia lengua.

-Mi padre ha estado en las praderas donde hay cientos de potros salvajes, pero nunca los oyó hablar. Sin embargo, aunque no hablen, yo sé lo que quieren -contestó Ben sospechando que era objeto de una broma más sin llegar a descubrirla.

-No lo dudo. No obstante, no olvidaré el libro. Adiós, amigo, pronto volveremos a yernos -y la señorita Celia se alejo velozmente como si le corriera mucha prisa.

-Si tuviera un vestido rojo y una pluma blanca sería tan bonita como Melia. Es tan buena y monta tan bien como ella. ¿Adonde irá? ¡Ojalá vuelva pronto!... -pensó Ben que no aparto la mirada hasta que la última onda del vestido azul se perdió en un recodo del camino. Entonces regreso a sus quehaceres sin apartar la cabeza del libro prometido, deteniéndose de tanto en tanto para hacer sonar las dos monedas de plata que ya tenía junto con la nueva y pensando qué podría comprar con una suma tan enorme.

Entretanto, Bab y Betty habían tenido un día muy agitado: cuando al mediodía regresaron a su casa, encontraron allí a la hermosa dama, quien les hablo como si fuese una vieja amiga. Les hizo dar una vuelta a caballo, y cuando las niñas regresaron al colegio les dio un beso a cada una. Por la tarde la dama había partido, mas hallaron en. cambio la vieja casona abierta y a la madre barriendo, limpiando y ventilando las habitaciones con gran animación. Ellas se divirtieron mucho saltando

sobre las camas de pluma, sacudiendo alfombras, abriendo cajones y corriendo desde la bohardilla a la despensa como un par de gatitos traviesos.

Así las encontró Ben, a quien abrumaron con las novedades, las cuales excitaron al muchacho tanto como a ellas: la señorita Celia era la dueña de la casa, vendría a vivir allí y había que poner todo en orden lo antes posible. Cada uno entrevía una hermosa perspectiva: la señora Moss, para quien la vida había sido muy triste durante ese año en que tuvo a su cargo la vieja casa; las pequeñas, quienes habían oído rumores de que enviarían muchos animales, y Ben, que al saber que vendrían un niño y un burro. resolvió que solo la presencia de su padre lo arrancaría de aquel lugar que comenzaba a tornarse realmente interesante.

-Tengo muchas ganas de ver y oír gritar a los pavos reales. Ella dijo que gritan y que reiremos cuando el viejo Jack rebuzne -exclamó Bab saltando sobre un pie sin poder dominar su impaciencia.

-¿El "faeton" es algún pájaro? Dijo que lo guardarían en la cochera -comentó Betty en tono de interrogación.

-Es un carruaje -explico Ben haciendo unas cabriolas y divertido por la ignorancia de Betty.

-Eso es. Lo busqué en el diccionario. Pero no se dice Phaeton[1] aunque se escriba con p -agregó Bab a quien le gustaba aprovechar cualquier ocasión para formular una regla, sin confesar, por supuesto, que se había roto la cabeza buscando la palabra en la f hasta que una compañera le enseñó cómo se escribía.

-No serás tú quien me dé lecciones a mí sobre clases de carruajes. Además, lo que ahora me interesa sabes es donde pondrán a Lita -exclamó Ben.

-La dejarán en las caballerizas del alcalde hasta que todo esté en orden. Luego tú la traerás aquí. Él mismo vino a decírselo a mamá, asegurándole que podía confiarse en ti, pues ya te habían probado.

Ben no contestó, pero secretamente agradeció a su buena estrella que le hubiese detenido cuando estaba a punto de huir, con lo cual habrá perdido, por desagradecido, todas aquellas nuevas alegrías.

-¡Qué hermoso será ver la casa siempre abierta!... Podremos entrar, ver los cuadros y los libros cuantas veces queramos. Sé que podremos hacerlo porque la señorita Celia es muy buena -comenzó a decir Betty, quien prefería esas cosas a los pavos reales o a los burros.

-Tendrás que aguardar a que te inviten -indicó su madre cerrando detrás de ellas la puerta principal-. Es mejor que recojan los juguetes; a ella no le gustará verlos desparramados por el patio. Ben, si no estás muy cansado podrías pasar el rastrillo mientras yo cierro las persianas. Quiero que todo esté limpio y en orden.

Las pequeñas exhalaron gritos de aflicción y observaron con tristeza el querido "porch", las vueltas de la avenida por donde ellas acostumbraban a correr "mientras el viento silbaba en sus cabellos", como decían los libros de cuentos.

-¿Qué haremos? En el altillo hace calor, el cobertizo es muy pequeño y el patio está siempre lleno de ropas y gallinas. Tendremos que guardar nuestras cosas y no volver a jugar e lamento Bab, trágicamente.

-Quizá Ben pueda construirnos una casita en la huerta -sugirió Betty, quien creía firmemente que Ben era capaz de hacer cualquier cosa.

-No tendrá tiempo. A los muchachos no les gusta hacer casas para las muñecas -rezongo Bab con gesto desconsolado terminando de recoger sus efectos y sus bienes que quedaban sin hogar.

[1] En inglés, faeton se escribe phaeton, pero se pronuncia como si se escribiera con "f".

-Ya verás cuán poco nos importará todo esto cuando lleguen cosas nuevas - exclamó alegremente la pequeña Betty quien descubría un rayo de sol en medio de las nubes más negras.

CAPÍTULO 8

Como Ben no se hallaba muy cansado, comenzó la limpieza esa misma noche. Y su premura no era exagerada, ya que dentro de uno o dos días iban a llegar las cosas, para felicidad de las niñas, quienes consideraban que una mudanza era uno de los juegos más divertidos. El faetón fue lo primero que llegó, y Ben dedico todos sus momentos libres a admirarlo al mismo tiempo que, con secreta envidia, pensaba quién sería el muchacho que ocuparía el pequeño asiento trasero:, y decidió que, cuando fuera rico, viajaría en un carruaje igual que aquél y llevaría a dar-una vuelta en él a cuanto muchacho encontrase en el camino.

Luego llego la parte del mobiliario, y las niñas lanzaron exclamaciones de admiración al ver el piano, algunas sillas pequeñas y una mesa baja a la que consideraron adecuada para sus juegos. Después trajeron los animales, y éstos causaron un gran revuelo en el vecindario; pues los pavos reales eran desconocidos allí, el burro con sus rebuznos inquieto a los demás animales y despertó la hilaridad de la gente, los conejos se escapaban continuamente de sus cuevas, construidas en el jardín y Chevalita escandalizo al viejo Duke con sus paseos por el establo del que éste había sido único morador durante muchos años.

Finalmente, llegaron la señorita Celia, su joven hermano y dos criadas, pero era ya tan tarde, que solo la señora Moss acudió para ayudarlos a instalarse. Los niños se consideraron defraudados, pero los conformaron asegurándoles que irían por la mañana a saludar a los recién llegados.

Se levantaron muy temprano, pero tanta impaciencia tenían, que la señora Moss los dejó salir aunque advirtiéndoles que solo hallarían levantadas a las criadas. Se equivocaba, sin embargo, pues cuando la procesión se acercaba a la casa, una voz les gritó

-¡Buenos días, pequeños vecinos!...

Y el saludo llegó tan inesperadamente, que Bab estuvo a punto de derramar la leche, Betty dio un respingo tal que los huevos acabados de recoger casi se le caen del plato donde los tenía en tanto que la cara de Ben, que asomaba sobre el atado de alfalfa que llevaba para los conejos, se iluminaba con una amplia sonrisa, y, al mismo tiempo que saludaba con la cabeza, el niño dijo alegremente:

-Lita está muy bien, señorita; se la traeré en cuanto usted quiera.

-La necesitaré a las cuatro de la tarde. Thorny no podrá viajar, pues está muy cansado, pero yo necesito ir al correo caigan rayos o centellas-. Y mientras así hablaba, las mejillas de la señorita Celia se colorearon de rubor provocado, tal vez, por un pensamiento feliz, tal vez, por la turbación que le produjera la mirada de aquellos sinceros ojos juveniles que sin reparo mostraban su admiración por la dama vestida de blanco que se hallaba de pie bajo las madreselvas.

La aparición de Miranda, la criada, les recordó el motivo de su visita, y después de ofrecer sus presentes con gran confusión se disponían a partir cuando los detuvo la amable voz de la señorita Celia.

-Quiero agradecerles la ayuda que han prestado poniendo todo en orden. He visto

rastros de manos hacendosas y de pies ligeros por la casa y el jardín.

-Yo pasé el rastrillo a los canteros -dijo Ben mirando con orgullo los perfectos óvalos y círculos de tierra.

-Yo barrí todos los senderos -agregó Bab al mismo tiempo que observaba con disgusto algunas hojas de trébol que del manojo de alfalfa habían caído sobre el sendero.

-Yo limpié el "porch"-. Y el delantal de Betty se infló y desinfló a consecuencia del profundo suspiro que emitió la niña al echar una mirada a lo que había sido la residencia veraniega de su pobre familia exilada.

La señorita Celia comprendió el sentido de ese melancólico suspiro, y se apresuró a trocarlo en una alegre sonrisa preguntando rápidamente:

-¿Qué se ha hecho de vuestros juguetes? No los veo por ninguna parte ...

-Mamá dijo que a usted le desagradaría ver nuestras cosas dando vueltas por aquí, por eso las guardamos en casa -contestó Betty con expresión apenada.

-Pues a mí me gusta ver juguetes desparramados por el jardín. Siempre he querido a las muñecas y echo de menos no verlas en el "porch" o caídas en el sendero. ¿Por qué no vienen a tomar el té conmigo esta tarde y traen, algunas? Me apenaría mucho privarlas del sitio donde acostumbraban venir a jugar.

-¡Nosotras vendremos, 'sin duda alguna!... Y traeremos nuestros más hermosos juguetes.

-Mamá nos deja llevar el juego de té y el perro de porcelana cuando vamos a jugar con alguien -dijeron Bab y Betty casi al mismo tiempo.

-Traigan todo lo que quieran; yo buscaré mis antiguos juguetes. Ben vendrá también y a su perro lo invitamos especialmente -agregó la señorita Celia al ver a Sancho que se acercaba a ella suplicante, como si sospechara que estaban tratando un agradable proyecto.

-Gracias, señorita. Yo les dije a las niñas que a usted le gustaría que la visitásemos de vez en cuando. Ellas adoran este lugar y yo también -dijo Ben, pensando que pocos sitios ofrecían la ventaja de reunir árboles por los que se pudiera trepar, un portón con arcada, un largo muro y muchas otras maravillas, especiales para un muchacho que, desde los siete años, ha desempeñado el papel de Cupido volador.

-Y yo -agregó con calor la señorita Celia-. Hace diez años, cuando era apenas una niña, llegué aquí; bajo esos mismos árboles tejí guirnaldas de lilas, junté pajitas para los pajaritos y por estos senderos paseé al pequeño Thorny en su cochecito. Entonces abuelito vivía aquí y en su compañía pasamos días muy felices. Pero todos han partido ya y sólo nosotros dos hemos quedado.

-Tampoco nosotras tenemos papá -murmuró Bab, quien creyó ver algo en el rostro de la señorita Celia que la impresionó como si, de pronto, tina nube hubiera oscurecido el sol.

-En cambio yo, si lo encontrara, podría presentarles a mi padre, que es extraordinario -comentó Ben mirando ansiosamente en dirección al sendero como si esperase hallar a alguien aguardándole del otro lado del portón cerrado.

-Tú eres un muchacho afortunado y ustedes un par de niñas felices que tienen una mamá muy buena; yo misma lo he comprobado.

Y el sol volvió a brillar cuando la joven agitó la cabeza ale. gremente y miró a las sonrientes niñas, de pie delante de ella.

-Ya que usted no tiene mamá puede compartirla con nos. otras -musitó Betty con una mirada tan compasiva que sus ojos azules parecieron convertirse en dos suaves y húmedas violetas.

-¡Con mucho gusto!... Y ustedes serán mis hermanitas menores. Como no he tenido

ninguna me causará una gran alegría que ustedes sean mis hermanas.

Y la señorita Celia tomó entre las suyas las dos manecitas regordetas, dispuesta a amar a todos, aquella primera y hermosa mañana que pasaba en su nuevo hogar, donde esperaba ser muy dichosa.

Bab sacudió la cabecita con satisfacción y contempló los anillos que brillaban en la bella mano que sostenía la suya. Betty, en cambio, echó los brazos al cuello de su nueva amiga y la besó con tanta suavidad, que el corazón ansioso de ternura de la señorita Celia experimentó un delicioso calor. Pues eso era lo que aquél anhelaba, ya que Thorny no había aprendido aún a retribuir ni la mitad de la ternura que se le prodigaba. Sostuvo a la pequeña junto a sí, y mientras jugaba con sus trenzas rubias, les habló de una, niñas alemanas que ella viera, las cuales usaban graciosas cofias de seda negra, polleritas cortas, zapatones de madera y cuidaban gansos o llevaban cerdos al mercado, tejiendo o hilando por el camino.

De pronto, "Randa" -así llamaba ella a su robusta criada- apareció para decirle que el señorito Thorny no quería esperar ni un minuto más. Entonces la señorita entró a desayunar con muy buen apetito mientras los niños corrían en busca de la señora Moss, a quien aturdieron contándole todos al mismo tiempo, como locos, lo sucedido.

-Quiere el faetón a las cuatro ...

-Estaba muy linda, con su vestido blanco ...

-Esta tarde iremos a tomar el té con ella; llevaremos a Sancho. pues él y todas las muñecas han sido invitados.

-¿Podemos ponernos nuestros vestidos de los domingos?

-Lita tendrá nuevos y hermosos arneses ...

-Y a ella le gustan las muñecas...

-¡Cómo nos divertiremos!...

Con gran dificultad la señora logró formarse una idea aproximada del asunto y no sin trabajo consiguió que los niños se sentaran a tomar el desayuno, pues la perspectiva de la reunión se había trastornado completamente.

Bab y Betty pensaban que el día no acabaría nunca y pasaron las horas imaginando y magnificando de antemano los futuros placeres, hasta un punto tal, que sus compañeras quedaron tristes al no poder ir ellas también. A mediodía la madre tuvo que contenerlas para que no corrieran a la casa grande. Entonces las pequeñas, para consolarse, fueron hasta el bosquecillo de lilas desde ronde pudieron aspirar los ricos olores que llegaban de la cocina donde Katy, sin duda, estaría preparando deliciosos bocados para la hora del té.

Ben trabajó frenéticamente hasta las cuatro de la tarde, luego e acercó a Pat quien cepilló a Lita hasta dejarle el cuero lustroso.

En seguida el muchacho se hizo cargo del animal y con todo cuidado lo condujo hasta la cochera donde tuvo la satisfacción de colocarle los arneses "él solo".

-¿Doy la vuelta y la espero junto al portón, señorita? -preguntó Ben una vez que todo estuvo preparado mirando en dirección al "porch" desde donde la joven dama lo contemplaba mientras se colocaba los guantes.

-No, Ben. El gran portón no se abrirá hasta octubre. Yo entraré y saldré por la puerta pequeña y dejaremos que sólo el césped y las flores recorran la avenida principal -contestó la señorita Celia al mismo tiempo que, muy sonriente, subía al coche y tomaba las riendas.

Pero no partió, ni aún después que Ben sacudió el nuevo rebenque que luego dejó delicadamente sobre las rodillas de la dama.

-¿No está todo en orden? -preguntó el niño ansiosamente.

-No todo. Falta algo. ¿No te das cuenta?

La señorita Celia observó el rostro preocupado del muchacho, cuyos ojos iban desde la punta de las orejas de Lita hasta las ruedas traseras del faetón tratando de descubrir lo que faltaba.

-No, señorita, yo no ... -comenzó mortificado ante la idea de haber olvidado algo.

-¿No te parece que un pequeño palafrenero sentado en el asiento de atrás completaría el buen aspecto del carruaje? -dijo ella con una expresión tal que no cabía duda de que "él" iba a ser el dichoso muchacho que ocuparía el asiento posterior.

Ben, enrojecido de placer, pero contemplando sus pies descalzos y su blusa azul, vaciló y tartamudeó:

-No estoy presentable, señorita... No tengo otro traje.

La señorita Celia sonrió más bondadosamente que antes y con un tono que Ben comprendió mejor que las mismas palabras, contestó

-Cierto gran hombre dijo que toda su armadura eran las mangas de su camisa y un excelso poeta dedicó sus versos a un niño descalzo. ¿He de ser yo tan orgullosa como para que me moleste lleva a un muchacho sin zapatos en mi coche? ¡Arriba, Ben, pequeño palafrenero!... Vamos, de lo contrario llegaremos luego tarde a nuestra fiesta.

De un salto el nuevo palafrenero se encaramó en su sitio donde se sentó muy derecho, las piernas rígidas, los brazos cruzados y la cabeza alta, como él había visto que lo hacían los verdaderos palafreneros cuando acompañaban a sus amos en los coches. La señora Moss los saludó cuando pasaron por la puerta, y Ben se tocó el roto sombrero con toda seriedad sin poder evitar, sin embargo, una sonrisa de placer, la que se transformó en franca risa de alegría en cuanto Lita arrancó con un trote vivo por la suave carretera, rumbo a la ciudad.

Con tan poco se puede hacer feliz a un niño, que es una pena que los mayores no lo recuerden más a menudo y distribuyan un poco de placer entre la gente menuda como quien reparte migas de pan entre los gorriones. La señorita Celia sabía que Ben estaba contento, aun cuando éste no encontrara palabras para expresar su agradecimiento por la gran alegría que ella le había proporcionado. Sólo atinaba a saludar con una inclinación de cabeza a cuantos cruzaban por el camino, a sonreír cuando la punta del largo velo gris de la señorita Celia le rozaba la cara, mientras de lo más profundo de su corazón brotaba el deseo de abrazar a su nueva amiga como lo hiciera tantas veces cuando su querida Melia conmovía su ternura.

Cuando pasaron frente al colegio, los alumnos estaban en clase, y la clara de asombro que pusieron niños y niñas cuando vieron a Ben tan tieso en el coche, fue todo un espectáculo. Lo mismo que la soberbia indiferencia con que aquél contempló a la humilde grey que marchaba a pie. Sin embargo, no pudo tejar de saludar amablemente a Bab y Betty porque éstas se hallaban bajo el gran arce y, al recordar la librería circulante, la gratitud le hizo olvidarse de su dignidad.

-La próxima vez las llevaremos también a ellas -prometió la señorita Celia cuando comenzaron á ascender la loma-, pero hoy deseo hablar contigo. Mi hermano ha estado enfermo y lo he traído aquí para que se restablezca. Quiero hacer cuanto pueda para entretenerlo y divertirlo y pienso que tú puedes ayudarme de muchas maneras. ¿Te gustaría trabajar para mí en lugar de hacerlo para el alcalde?

-¡Ya lo creo que sí!... -exclamó Ben con tanto entusiasmo que no fue necesario que agregase nada más, razón por la cual la señorita Celia continuó muy complacida:

-Verás: el pobre Thorny está muy débil y es muy miedoso, no le gusta hacer esfuerzos a pesar de lo cual se lo ha sacado a pasear a menudo para que olvide sus pequeños preocupaciones. No puede caminar mucho aún, por eso le he comprado una silla de ruedas para llevarlo. Como los senderos son buenos, será fácil pasearlo. Esa es una de las cosas que tú puedes hacer. Otra, será cuidar sus animales preferidos hasta

que él esté en condiciones de hacerlo. También, le relatarás tus aventuras y conversarás con él como sólo un muchacho puede hacerlo con otro. Eso lo entretendrá mientras yo escribo o salgo; nunca lo dejo mucho tiempo solo, y espero que pronto podrá correr como el resto de nosotros. Qué te parece el trabajo que te propongo?

-De primera. Cuidaré muy bien al pequeño y haré cuanto pueda para complacerlo, lo mismo que Sancho, pues éste quiere mucho a los niños -contestó Ben entusiasmado, ya que el nuevo trabajo era en todo de su agrado.

La señorita Celia rió y enfrió un tanto el entusiasmo del muchacho con las siguientes palabras:

-No sé qué diría Thorny si te oyera llamarlo "pequeño". Tiene catorce años y cada día está más alto. A mí me parece un niño porque tengo casi diez años más que él. Cuando lo veas, no deben atemorizarte ni sus piernas largas ni sus grandes ojos: está demasiado débil para causar daño alguno, y sólo procurarás no incomodarte si te manda demasiado.

-Estoy acostumbrado a ello. Tampoco me enojaré si me grita o me tira algo por la cabeza -aseguró Ben recordando su última experiencia al lado de Pat.

-Puedo prometerte que tal cosa no ocurrirá, y estoy segura de que Thorny te querrá. Le he contado tu historia y está ansioso por conocer al "muchacho del circo", como te llama. El alcalde Allan dice que puedo confiar en ti y eso me alegra, porque de lo contrario, me habría dado mucho trabajo encontrar lo que necesitaba. Tendrás buena comida y buena ropa, excelente trato y conveniente paga si resuelves quedarte conmigo.

-Está decidido: me quedaré con usted hasta que papá venga a buscarme. El alcalde le ha escrito a Smithers, pero no ha recibido aún ninguna contestación. Como están de gira, pasará mucho tiempo antes de que lleguen noticias -respondió Ben, quien ante tan magnífica proposición que le acababan de hacer, tenía menos impaciencia por partir.

-Bueno. Entretanto, veremos cómo nos llevamos y quizá consigamos que tu padre te deje con nosotros durante el verano mientras él viaja. Ahora, guíame hasta la panadería, la confitería y el correo -concluyó la señorita Celia cuando llegaron a la calle principal de la población.

Ben se mostró muy eficiente, y una vez realizadas todas las diligencias recibió, como recompensa, un paz de zapatos y un sombrero de paja adornado con una cinta azul, en cuyos extremos brillaban dos anclas plateadas. Y de regreso, mientras 'su nueva ama leía la correspondencia, le fue permitido conducir el coche. Una de las cartas, particularmente larga, con una extraña estampilla en el sobre, fue leída dos veces por la joven, quien no volvió a pronunciar una palabra durante el resto del viaje. Luego, Ben tuvo que llevar a Lita y entregar las cartas al alcalde, no sin prometer realizar con premura estas diligencias para estar de regreso a la hora del té.

CAPÍTULO 9

A las seis menos cinco en punto los invitados llegaron de gran gala. Bah y Betty lucían sus mejores vestidos y llevaban cintas en el cabello. Ben se había puesto zapatos y blusa azul nueva, como si vistiera de etiqueta, y a Sancho le habían cepillado prolijamente de modo que su pelo brillaba.

Nadie los esperaba aún, pero la mesita enana ya estaba colocada en medio del

sendero con cuatro sillas y un banquito alrededor. El hermoso juego blanco y verde de porcelana china provocó la admiración de las niñas que miraron embelesadas las tazas y platos, en tanto que Ben observaba todo con ansiedad y Sancho debía dominarse para no repetir su primera hazaña. No era extraño que el perro levantara el hocico para olfatear ni que los niños sonrieran, pues delante de ellos había un gran despliegue de postres, bizcochos y emparedados, una bonita lechera en forma de cala blanca parecía emerger de sus verdes hojas, y una graciosa y sonora tetera colocada sobre un pequeño calentador, cantaba alegremente.

-¡Qué hermoso es todo esto!... -murmuró Betty, quien jamás había visto nada semejante.

-Quisiera que Sally nos viese ahora -comentó Bab, que no olvidaba a su rival.

-Y yo desearía saber dónde está el niño -agregó Ben, cuyo corazón rebosaba bondad y amor, aunque trataba de disimularlo, temeroso de lo que los demás pudieran pensar de él.

De pronto, un rumor que llegaba desde el fondo del jardín, hizo que los invitados miraran hacia allí. Entonces vieron aparecer a la señorita Celia empujando una silla de ruedas y, sentado en ella, a su hermano. Una manta liviana cubría sus largas piernas, un sombrero de alas anchas escondía casi por completo sus grandes ojos y la expresión de descontento de su rostro delgado era tan desagradable como el tono irritado y áspero de su voz que se quejaba:

-Me iré en cuanto comiencen a hacer ruido. No comprendo para qué los invitaste.

-Para entretenerte, querido. Ellos lo harán si tú procuras serles grato -susurró su hermana al mismo tiempo que sonreía y saludaba con la cabeza por sobre el respaldo de la silla para agregar luego en alta voz-: ¡Qué invitados puntuales! ... En seguida nos sentaremos a tomar el té. Este es mi hermano Thorton, del que espero se harán buenos amigos. Y éste es el perro del cual te hablé, Thorny. ¿No te parece gracioso y simpático?

Pero, no obstante las amables palabras de la señorita Celia, como Ben había oído lo que el otro muchacho dijera decidió que no iba a simpatizar con éI; en tanto que Thorny tenía resuelto de antemano no jugar con un vagabundo aunque este supiera hacer toda clase de piruetas. Por eso, ambos muchachos se miraron con frialdad e indiferencia cuando la señorita Celia los presento. Pero Sancho, que tenía mejores maneras y carecía de orgullo, les dio una buena lección aproximándose a la silla, agitando la cola como bandera que pide tregua, y ofreciendo su pata delantera en señal de amistoso saludo.

Thorny no pudo mostrarse indiferente ante ese gesto cordial. Palmeó la cabeza blanca y mientras acariciaba y miraba amistosamente los afectuosos ojos del perro, dijo a su hermana:

-¡Qué animal inteligente!... Si hasta parece que hablara...

-Pues, ¡naturalmente que habla! -exclamó Ben, quien, ablandado por la expresión de admiración que vio en el rostro de Thorny, ordenó-: ¡Sancho!... Di "¿como está usted?"

Y Sancho, sentándose sobre las patas traseras se tocó la cabeza con una de las delanteras como si fuera a quitarse el sombrero y ladro suavemente:

-¡Gua! ¡Gua! ¡Gua!

Thorny se rió a pesar suyo, y la señorita Celia, comprendiendo que el hielo estaba roto, empujo la silla del niño hasta colocarlo junto a uno de los extremos de la mesa. Luego ubico a las niñas a un lado y a Ben y a Sancho al otro; en seguida se sentó ella a la cabecera e indico a sus invitados que comenzasen a servirse.

Muy pronto, Bab y Betty conversaban animadamente con su nueva amiga como si

la conociesen desde mucho tiempo atrás. Los niños, en cambio, no habían perdido la timidez, y Sancho hacía de intermediario. El excelente animal se comportaba con toda corrección y se había sentado sobre su almohadón con tanta seriedad, que hasta parecía que era una falta de respeto ofrecerle algo de comer. Habían preparado especialmente para el un plato de "sandwiches" y cuando Ben, de tanto en tanto, le ponía uno delante, afectaba completa indiferencia hasta el momento en que recibía la orden de comerlo. Entonces lo devoraba de un solo bocado, e inmediatamente volvía a absorberse en sus profundos pensamientos.

Pero en cuanto hubo probado aquel delicioso manjar, penoso le fue reprimir sus deseos, y a despecho de los esfuerzos que hacía por quedarse quieto, el hocico le temblaba, los ojos mantenían una estrecha vigilancia sobre el plato y la cola se movía inquieta y golpeaba impaciente el rojo almohadón. Por último, llego un momento en que la tentación fue más fuerte que él. Ben escuchaba lo que decía la señorita Celia; encima del plato quedaba un indefenso pastel. Sancho miro a Thorny y como éste, que no apartaba la vista del animal, hiciera un gesto de aprobación con la cabeza, se engullo de un solo golpe el pastel y en seguida clavo sus ojos pensativos en un gorrión que se balanceaba sobre una rama.

La astucia del pícaro perro divirtió tanto al niño, que echando atrás el sombrero golpeo las manos y rompió a reír como hacía mucho tiempo no reía. Los demás se volvieron a mirar, sorprendidos y entonces Sancho, sin abandonar su aire de inocencia, los observo con una expresión que parecía querer decir:

"¿A que se debe todo este alboroto, amigos míos?"

Después de aquello, Thorny olvido su tristeza y timidez y, súbitamente, comenzó también él a hablar. A Ben le halago el interés que el niño demostraba por su perro. Dio entonces rienda suelta a su buen humor y entretuvo a la concurrencia relatando sus aventuras en el circo. Recién en ese momento la señorita Celia pudo sentirse satisfecha y tranquila. Todo continuo muy bien y en especial la comida, pues los platos vacíos eran reemplazados inmediatamente por otros llenos, la tetera tuvo que ser llenada dos veces, y llego un momento en que la dueña de casa creyó que iba a ser necesario poner un límite al voraz apetito de sus invitados. Pero ocurrió algo que libro a la joven de realizar tan ingrata tarea.

Imprevistamente descubrieron a un niño que, de pie, detrás de ellos, en medio del sendero, observaba todo con gran atención. Era un hermoso niño de unos seis años de edad,, bien vestido, de pelo negro recortado sobre la frente, carita sonrosada y unas piernas regordetas que las medias caídas sobre los zapatos polvorientos dejaban al desnudo. El sombrero de paja colgaba a su espalda, la mano derecha apretaba con fuerza una pequeña tortuga y la izquierda sostenía una variada colección de pajitas. Antes de que la señorita Celia hablara, el recién llegado anuncio sus propósitos con toda calma:

-He venido a ver los pavos reales.

-Antes me dirás... -comenzó a decir la joven. Pero no pudo continuar porque el niño la interrumpió al mismo tiempo que daba unos pasos hacia adelante:

-Y los conejos.

-¿No quieres primero? ...

-Y el perro -concluyo con su suave vocecita el resuelto per. sonaje..

-Aquí lo tienes.

Una pausa, una larga mirada; en seguida otro pedido hecho con el mismo solemne tono seguido de un nuevo avance.

-Quiero oír rebuznar al burro.

-Si él quiere, nosotros no tenemos inconveniente.

-Y oír cómo gritan los pavos reales.

-¿Algo más, señor?

Como a esta altura de la conversación el pequeño y exigente muchacho había llegado junto a la mesa, descubrió su superficie arrasada. Esto le indujo a señalar con su dedo gordezuelo un último trozo de pastel olvidado quién sabe cómo y a exigir dejando de lado los buenos modales:

-¿Quiero un trozo de eso!...

-Sírvete y siéntate en ese escalón a comerlo. Pero, entretanto, dime quién eres -pidió la señorita Celia a quien había divertido extraordinariamente la descarada actitud del niño.

Dejando las pajitas en el suelo el pequeño tomó el trozo de torta, y acomodándose en el escalón, con la boca llena, contestó:

-Soy el hijo de mi padre. Él hace un diario y yo le ayudo mucho.

-¿Cómo se llama?

-Señor Barlow. Nosotros vivimos en Springfield -aclaró el visitante por propia voluntad, más locuaz gracias a la dulzura de la torta.

--¿Tienes mamá, querido?

-Está durmiendo la siesta. Yo aprovecho para salir a dar una vuelta.

-Sospecho que sin permiso. ¿No tienes hermanos o hermanas que te acompañen? -inquirió la señorita Celia al mismo tiempo que pensaba a quién pertenecería el pequeño vagabundo.

-Tengo dos hermanos: Thomas Merton Barlow y Harry Sanford Barlow. Yo soy Alfred Tennyson Barlow. No hay niñas en nuestra casa; sólo tenemos a Bridget.

-¿No vas al colegio?

-Mis hermanos van. Yo no estudio griego ni latín todavía. Juego en la arena, leo y hago poesía para mi madre.

-¿No podrías hacer alguna para mí? A mí me gustan mucho las poesías -propuso la señorita Celia al comprobar que la charla divertía a los niños.

-No creo que pueda componer una ahora. Le diré la que compuse esta mañana.

Y cruzando sus cortas piernas, el pequeño e inspirado poeta en parte recitó y en parte cantó el siguiente poema:

Dulces son las flores de la vida
que adornan los días de mi hogar;
dulces son las flores de la vida
que engalanan mi niñez bendecida.

Dulces son las flores de la vida
que con mi madre y mi padre comparto;
dulces son las flores de la vida
de los niños que juegan en
la paterna casa querida.

Dulces son las flores de la vida
cuando del hogar las lámpara iluminan la noche;
dulces son las flores de la vida
cuando con el verano llega la estación- florida.

Dulces son las flores de la vida,
que la nieve del invierno mata;
dulces son las flores
a las que la Primavera devuelve sus colores[2].

-Este es un poema. Hice otro mientras buscaba la tortuga. Se lo recitaré también. Es muy bonito -afirmó el poeta con encantadora sencillez. Respiró profundamente y volviendo a templar su lira comenzó:

Gratos transcurren los días,
en mi feliz hogar,
cruzando con sus raudas alas el valle de la vida.
Fríos son los días cuando vuelve el invierno.

Cuando pasaba los días placenteros en mi feliz hogar,
eran gratos los días a la verde orilla del arroyuelo;
eran gratos los días curando leía los libros de mi padre;
eran gratos los días del invierno, cuando ardía brillante el fuero.

-¿Bendito niño!... ¿De dónde sacará todo eso? -exclamó la señorita Celia asombrada, mientras los niños reían porque vieron que el pequeño Tennyson en lugar de darle un mordisco a la torta se lo había dado a la tortuga. Entonces, para descartar futuros errores, metió al pobre animal en un diminuto bolsillo con la mayor tranquilidad.

-Los saco de mi cabeza y hago versos a montones -explicó imperturbable.

-Aquí vienen los pavos reales a comer -interrumpió Bab cuando las elegantes aves hicieron su aparición, exhibiendo su brillante plumaje a la luz del sol.

El joven Barlow se incorporo para admirarlos; pero su sed de conocimientos no quedo saciada con eso, e iba a pedir inspiración a Juno y a Júpiter, cuando el viejo Jack, deseoso de compañía, asomo su cabeza por encima de la tapia del jardín y lanzo un tremendo rebuzno.

El inesperado sonido sobresalto al curioso indiscreto y lo saco de sus casillas; durante un momento, sus firmes piernecitas temblaron, perdió su solemne compostura y susurro asombrado:

-¿Así gritan los payos reales?

Los niños rompieron a reír como locos y la señorita Celia apenas logro hacerse entender del grupo al contestar alegremente:

-No, querido; ése es el burro que pide lo yayas a ver. ¿Quieres ir?

-No puedo quedarme un momento más aquí. Quizá mamá me necesite.

Y sin agregar otra palabra, el desconcertado poeta se retiro precipitadamente dejando olvidadas sus preciosas pajitas.

Ben corrió detrás del niño para cuidar que no le ocurriera nada. En seguida regreso

[2] Estas líneas fueron realmente escritas por un niño de seis años.

y dijo que un sirviente se había hecho cargo del pequeño, el cual, mientras se alejaba, iba recitando un. nuevo poema en el que se mezclaban payos reales, burros y "flores de la vida".

-Ahora les mostraré mis juguetes y nos divertiremos hasta que llegue la hora de hacer entrar a Thorny en casa -dijo la señorita Celia al mismo tiempo que Randa se ocupaba de retirar de la mesa el servicio de té y traía una enorme bandeja llena de libros ilustrados, mapas juegos de prendas, figuras de animales y en medio de todo eso, una muñeca muy grande vestida como si fuera una criatura.

Apenas la vio, Betty extendió los brazos para recibirla en ellos con un gritó de placer. Bab se apodero de los juegos de prendas y Ben quedo extasiado contemplando un pequeño jefe árabe que saltaba sobre un caballo blanco enjaezado y preparado para la lucha. Thorny revolvió todo hasta encontrar un curioso rompecabezas que armo sin equivocarse luego de un largo estudio. Hasta Sancho encontró algo que le intereso y, sentado sobre sus patas traseras, metió la cabeza entre los niños y se puso a mover con la pata unas letras rojas y azules que aparecían sobre unos cartones.

-Parecería que las reconociera -dijo Thorny, divertido con los movimientos y' esfuerzos del perro.

-¡Es claro que las conoce! ... Escribe tu nombre, Sancho. -Y Ben colocó en el suelo todas las letras mientras el perro, moviendo la cola, aguardaba la orden de su amo. Cuando todo el al

fabeto estuvo extendido delante de él, movió las letras hasta que separó seis que ordenó ayudándose con la pata y el hocico hasta que la palabra "Sancho" apareció correctamente escrita.

-¡Qué inteligencia extraordinaria!... ¿Sabe hacer algo más? -exclamó Thorny encantado.

-Infinidad de cosas. Así ganaba Sancho su sustento y el mío -contestó Ben. Y orgullosamente ordenó al animal que exhibiera todas sus habilidades lo cual hizo con tanta maestría, que hasta la señorita Celia quedo maravillada.

-Está muy bien amaestrado. ¿Sabes como le hicieron aprender todas esas cosas? -preguntó la joven cuando Sancho se echo a descansar entre los niños.

-No, señorita. Papá lo educo cuando yo era aún muy niño, y nunca me dijo como lo hizo. Yo solo le ayudé a enseñarle a bailar, tarea muy sencilla porque Sancho es muy inteligente. Papá aseguraba que el mejor momento para darle lecciones era a la medianoche. A esa hora todo estaba tranquilo, nadie molestaba a Sancho ni le hacía equivocarse. Pero yo ignoro muchas de sus habilidades, que aprenderé cuando papá regrese. El me dijo que me enseñaría todo eso cuando yo fuera más grande.

-Tengo un libro sobre animales muy interesante. Hay en él un ameno relato acerca de dos perritos amaestrados que hacían cosas extraordinarias. ¿Les agradaría escucharlo mientras ordenan los juguetes? -preguntó la señorita Celia contenta de que su hermano hubiera hecho amistad, por lo menos, con su invitado de cuatro patas.

-¡Sí, señorita! ¡Sí!... -replicaron los niños.

Entonces la joven, tomando el libro, leyó el bonito relato que acortaba o simplificaba donde creyera conveniente para adaptarlo a su auditorio.

"Invité a dos perros a comer y a pasar la tarde. Vinieron con su amo, que era francés. Éste había sido maestro en una escuela de sordomudos, e imaginó que podía aplicar el mismo método para educar a sus perros. Había sido también malabarista, pero en esos momentos era mantenido por Blanche y su hija Lyda. Durante el almuerzo, los dos perritos se comportaron como cualquier otro animal; pero cuando le alcancé a Blanche un trozo de queso y le pregunté si sabía cómo se llamaba eso, su amo respondió que sí, que sabría escribirlo. De modo que en seguida prepararon la

mesa, trajeron la lámpara y colocaron las letras de colores del abecedario sobre unos cartones. Planche aguardó hasta que su señor le indicó que escribiera la palabra "queso", lo que ella realizó de inmediato, pero en francés -FROMAGE-. Luego tradujo la palabra haciendo

demostración de su gran inteligencia. Alguien escribió en una pizarra la palabra Pferd, que en alemán quiere decir caballo. Blanche miró y pretendió leerla aproximándose a la pizarra.

-Tradúcela al francés -ordenó el hombre, y ella en seguida escribió "CHEVAL".

-Ahora, como estás en casa de un señor ingles, escríbela en ingles. La perra reunió las letras y claramente se leyó: "CABALLO". Luego, uno u otro, escribió distintas palabras con algunos errores que la perra corrigió sin vacilar. Pero el animal parecía cansado, pues comenzó a gemir y gruñir y sólo se quedó tranquila cuando le permitieron retirarse a un rincón a comer un trozo de pastel, premio a su habilidad.

Entonces Lyda ocupó su lugar e hizo sumas con unos números de cartón y ejercicios mentales de aritmética.

Ahora, Lyda -pidió su maestro- quiero comprobar si has aprendida la división. Suponte que tienes diez terrones de azúcar y encuentras diez perros prusianos. ¿Cuántos terrones de azúcar le darás tú, un perro francés, a cada uno de los perros prusianos?

Lyda, sin vacilar, contestó eligiendo el cartón que tenía escrito el número cero.

-Supón ahora que tienes que dividir el azúcar conmigo. Lyda buscó el número cinco y, cortésmente, se lo ofreció a su amo.

-¡Qué animal más listo!... Sancho no sabría hacer eso -exclamó Ben quien, aun contra su voluntad debía aceptar que el perrito francés era más hábil que el suyo-. ¿Cree usted que es demasiado viejo para aprender?

-¿Continúo? -preguntó la señorita Celia al observar cuánto interesaba el relato a los niños aunque Betty no hubiera dejado en ningún momento la muñeca y Bab siguiera armando un rompecabezas.

-¡Oh, sí... ¿Qué más hicieron las dos perritas?

"Jugaron al dominó sentadas en sendas sillas una frente a la otra. Tocaban las piezas que querían jugar mientras el hombre las movía y comentaba el juego en alta voz. Lyda fue vencida y, avergonzada y abatida, fue a esconderse bajo_ un sofá. Entonces su orno rodeó a Blanche de un círculo de cartas y el se quedó con otro mazo igual en la mano. Nos hacía elegir una, luego preguntaba a la perra que carta habíamos escogido y esta nos traía entre los dientes la misma carta. Me pidieron después que, en la habitación contigua colocara una lámpara en el suelo rodeada, de cartas. En seguida, alguno de nosotros debía susurrar en el oído del animal la carta que queríamos nos trajese. Blanche iba inmediatamente a la pieza vecina y nos traía la carta demostrándonos que había entendido muy bien lo que le dijéramos. Lyda hizo también infinidad de pruebas con los números y algunas de ellas eran tan difíciles que dudo que otro perro pueda hacerlas. Lo que no logre descubrir fue cómo dirigía el hombre a sus animales. Quizá por el tono de la voz, ya que en, ningún momento movía las manos ni la cabeza". ... "Se necesitaría una hora diaria durante más de ocho meses para amaestrar así a un perro. Poco después de esta exhibición el dueño de los perros murió y los maravillosos animales fueron vendidos, aunque nadie supo después hacerles lucir sus habilidades".

-¡Cómo me hubiera gustado haberlos visto y saber cómo los amaestraban!... Sancho: tendrás que estudiar mucho porque no quiero que te derrote ningún perro francés -dijo Ben moviendo el índice con tanta severidad que el perro se arrastró a sus pies y se llevó ambas patas a los ojos como si estuviera a punto de echarse a llorar.

¿Hay alguna lámina o fotografía de esos inteligentes perros? -preguntó Ben echando una mirada al libro que la señorita Celia había dejado abierto sobre su falda.

-De ellos ninguna, pero sí de otros animales. Hay también anécdotas en las que intervienen caballos que no dudo te interesarán mucho. -Y la joven hizo volver rápidamente las hojas del libro sin imaginar cuánto consuelo irían a prodigar aquellas páginas al muchacho a quien, muy 'pronto- afligiría una profunda pena.

CAPÍTULO 10

-¡Gracias, señorita! Es un hermoso libro sobre todo por las láminas, pero algunas de éstas me hacen sufrir -y Ben señaló las que representaban a un grupo de caballos en un campo de batalla. Algunos, yacían muertos en el suelo y otros levantaban la cabeza como si quisieran dirigir un postrer adiós a sus compañeros que se perdían a lo lejos entre una nube de polvo.

-Deberían detenerse a prestarles auxilio -comentó el muchacho volviendo precipitadamente la hoja para fijarse en otra lámina que mostraba a tres caballos que, muy felices hundían las patas en el pasto alto que bordeaba el arroyo adonde se acercaban a beber.

-Ese caballo negro es muy hermoso. Me parece que veo sus crines flotando al viento, y que lo oigo relinchar llamando al pequeño, de cara colorada; o que lo contemplo corriendo y saltando obstáculos para llegar pronto a la nieta y poder descansar.

-¡Cómo me gustaría montar uno de esos caballos y galopar por la pradera! -exclamó Ben hamacándose en la silla como si estuviera sentado en una montura.

-Un día de estos puedes montar a Lita a ir a dar una vuelta por el campo. A ella le gustará el paseo. Podrás ensillarla con la montura de Thorny que estará aquí la semana próxima --dijo la señorita Celia contenta de que al niño le hubiese agradado el libro y de que demostrara simpatía por esos animales que ella tanto quería.

-No necesito esperar la montura. Me gusta montar en pelo. ¡Ah!... dígame, señorita: ¿era en este libro donde dijo usted que los caballos hablaban? -preguntó Ben recordando de pronto algo que la señorita Celia dijera y que lo dejara muy sorprendido.

-No. Atareada con los preparativos para el té olvidé buscarlo. Lo haré esta noche. Recuérdamelo en su oportunidad, Ben.

-¡Oh! ... También yo olvidé algo. El señor alcalde me dio esta carta para usted. Me distraje tanto, que no me acordé de dársela.

Confundido y avergonzado Ben extrajo la carta de un bolsillo al mismo tiempo que aseguraba que él no tenía ningún apuro por el libro y qué lo mismo se alegraría si se lo daba cualquier otro día.

Dejando a los niños entretenidos en sus juegos, la señorita Celia se sentó en el "porch" y se puso a leer las cartas, que eras dos. Y mientras las leía su rostro se nubló y luego reflejó tal expresion de tristeza, que, quien la hubiera estado observando, se habría preguntado qué malas noticias podían haber borrado la alegaría de su rostro. Pero nadie presto atención, nadie vio con cuánta pena fijaba ella sus ojos en el rostro radiante de Ben y cómo, haciendo a un lado las cartas, se acercaba a los niños con una expresión de infinita compasión. Ben pensó que nunca había encontrado una mujer más dulce que aquella que se inclinaba junto a él y le ayudaba a armar un rompecabezas sin burlarse de sus errores.

La joven se mostró tan bondadosa con todos, que cuando abandono un momento a los niños para llevar a Thorny a descansar, los tres aprovecharon para hacer sus elogios al mismo tiempo que acomodaban todos los juguetes y se preparaban para partir.

-Se parece al hada buena de los cuentos. Tiene la casa llena de cosas maravillosas -dijo Betty abrazando por última vez a la encantadora muñeca cuyos párpados que se subían y bajaban invitaban a cantar:

-Arroró, pequeña, duérmete, mi amor ...

Y cerrar los ojos para no echar a perder la ilusión.

-¡Cuánto sabe!.... Mucho más que la maestra... Nunca se impacienta, aunque la abrumemos a preguntas. Me gustan las personas que conocen tantas historias -agregó Bab cuya imaginación y sus ansias de saber jamás se saciaban.

-A mí me gusta mucho el niño y creo que él también me quiere, aunque al principio hayamos tenido dificultades para entendernos, Me ha pedido que, cuando pueda volver a sostenerse sobre las piernas, -le enseñé a montar y la señorita Celia me ha autorizado a hacerlo. Ella sabe qué es lo que hace feliz a su hermano.- Y Ben, agradecido, miraba al jefe árabe que le habían regalado y que era, sin duda, el mejor objeto de la colección.

-¿No les parece que llegaremos a divertirnos mucho aquí? La señorita dice que podemos venir todas las tardes a jugar con ella y Thorny.

-Y dejaremos nuestras cosas por acá para tenerlas siempre a mano.

-Yo seré su ayudante y estaré aquí todo el día. Creo que una de las cartas que traje era una recomendación del alcalde.

-Eso es, Ben -afirmó la señorita Celia, reapareciendo en ese momento-. Te aseguro que si no me hubiese decidido antes a tomarte a mi servicio lo habría hecho ahora.

El tono con que la señorita Celia pronunció las últimas palabras al mismo tiempo que apoyaba ambas manos sobre los hombros del niño hizo que éste levantara vivamente hacia ella el rostro que el orgullo había teñido de rubor.

-La mamá de las niñas debe también participar de la fiesta. Tomen algunas de estas cosas y lleven también la muñeca a pasar la noche con ustedes. Está tan dormida que da pena despertarla. Adiós. Hasta mañana, mis pequeñas vecinas -concluyó la señorita Celia despidiendo a las niñas con un beso.

-¿No viene Ben con nosotras? -preguntó Bab mientras Betty caminaba como enajenada llevando en brazos a su enorme y querida amiga, cuya cabeza se balanceaba sobre su hombro.

-Aún no. Tengo muchas cosas que arreglar con mi nuevo ayudante. Díganle a su mamá que Ben irá dentro de un rato.

Partieron las niñas con un plato lleno de dulces y cuando la señorita y el muchacho quedaron solos se sentaron ambos en la amplia escalinata. La señorita Celia sacó las cartas; una ligera sombra se extendió sobre su rostro, tan ligera como esa sombra que, al atardecer, cubre el campo envolviéndolo todo con un manto silencioso y quieto.p

-Ben, querido, tengo que decirte algo -comenzó ella lentamente.

Ben la escuchó con serenidad pensando que, desde que Melia muriera, nadie lo había llamado así.

-El alcalde ha tenido noticias de tu padre por intermedio de esta carta que le enviara el señor Smithers

-¡Hurrah!... ¡Por favor!... ¡Dígame en seguida!... ¿Dón. de está papá? -gritó el muchacho deseando apoderarse de la carta que la señorita Celia conservaba entre sus manos sin hacer ademán de ofrecérsela. Ella había bajado la cabeza y miraba a Sancho como si quisiera pedirle ayuda.

-Fue en busca de los potros y los envió al este. Pero el no pudo regresar.

-Supongo que habrá seguido viaje... Recuerdo que dijo que iría hasta California y que cuando llegara me mandaría a buscar. Me gustaría ir allá. Dicen que es una hermosa región.

-Tu padre ha ido más lejos aún, a un lugar más hermoso -y los ojos de la señorita Celia se elevaron hacia el cielo, donde comenzaban a aparecer algunas estrellas.

-¿Por que no me ha mandado a buscar? ¿Adónde ha ido? ¿Cuándo volverá? -preguntó Ben ansiosamente, pues había percibido un temblor en la voz de la joven cuyo significado no comprendió pero presintió.

La señorita Celia lo abrazó y le dijo con ternura:

-Querido Ben: si tu papá no volviera más, ¿sufrirías mucho? ¿Te resignarías a ello?

-Tal vez. Pero.... ¡Oh!... ¡Señorita!... ¿Acaso quiere usted decir que el... ha muerto? -gritó Ben exhalando un sollozo que partía el corazón y que hizo incorporarse a Sancho y ladrar lastimeramente.

-¡Mi pobre niño!... ¡Bien quisiera poder decirte que no!...

No hubo necesidad de agregar más. Ben comprendió' que había quedado huérfano e, instintivamente, buscó á su viejo amigo que tanto lo quería. Se arrojó al suelo, junto al perro, y apretándose contra el cuello del animal, sollozó amargamente.

Lo único que supo hacer el pobre Sancho fue gemir y lamer las lágrimas que humedecían el rostro semioculto mientras que con los ojos doloridos, de expresión casi humana, interrogaba a la buena amiga de ambos. Secando sus propias lágrimas la señorita Celia se inclinó y acarició primero la cabeza blanca y lanuda y luego palmeó la otra, negra, que se apretaba contra el animal. Al momento los sollozos cesaron y Ben susurró sin mirar a la joven:

-Cuénteme todo lo que ocurrió. Prometo portarme juiciosamente.

Entonces, con la mayor delicadeza posible la señorita Celia leyó la breve esquela que con muy pocas palabras daba la mala nueva. El señor Smithers confesaba saber la noticia desde hacía varios meses, y si no se la había hecho conocer al muchacho había sido por temor de que este no continuara cumpliendo debidamente sus obligaciones. De la muerte de Ben Brown padre había poco que decir. Había sido muerto en un lugar desierto del oeste y un desconocido escribió sobre el particular a la única persona cuyo nombre fue encontrado en un papel en la cartera de Ben. Smithers ofrecía hacerse cargo otra vez del muchacho, ayudarlo, asegurando que su padre deseó siempre que el hijo permaneciera donde el lo había dejado y siguiera el oficio para el que. había sido preparado.

-¿Quieres volver allá, Ben? -preguntó la señorita Celia con el objeto de distraer la atención del muchacho al hablarle de otras cosas.

-¡No!... ¡No!... Prefiero dar vueltas por el mundo y aun morirme de hambre. Ese hombre fue muy malo conmigo y con Sancho, y será peor ahora que no está papá. No me mande de regreso... ¡Déjeme quedarme aquí!... ¡Todos son tan buenos conmigo! ... ¡Y yo no tengo adónde ir!

La cabeza que Ben había -levantado con gesto desesperado volvió a caer sobre el cuello de Sancho como si ya no hubiera otro refugio para el.

-Te quedarás aquí y nadie podrá llevarte contra tu voluntad. Yo te llamaba en broma "mi ayudante"; ahora lo serás en serio. Esta es tu casa, y Thorny tu hermano. También nosotros somos huérfanos y viviremos juntos hasta que alguien más fuerte venga a cuidar de nosotros -prometió la señorita Celia con una mezcla tal de firmeza y ternura que Ben se sintió confortado, y demostró su agradecimiento apoyando su mejilla sobre el bonito zapato que estaba cerca de el, como si no hallara palabras para expresar lo que sentía por la gentil damita, a quien, desde ese momento, se prometió

servir con toda fidelidad y abnegación.

Sancho también se consideró obligado a demostrar sus sentimientos y, gravemente, colocó la pata delantera sobre la rodilla de la señorita Celia mientras gruñía- como si quisiera decir:

-Cuente conmigo, si con algo puedo ayudar a pagar la deuda de mi amo.

La joven apretó cordialmente la pata suplicante y el leal animal se acurrucó a sus pies como un pequeño león, dispuesto a cuidar de la casa y de su dueña contra todo riesgo.

-No permanezcas sentado sobre esa losa fría. Acércate, Ben, que yo procuraré consolarte -dijo ella inclinándose para secar los lagrimones que aún rodaban por las mejillas tostadas del muchacho, medio ocultas entre la falda de su vestido.

Pero Ben se cubrió la cara con ambas manos y sollozó con renovado dolor.

-Usted no podrá consolarme. Usted no conoció a mi padre. ¡Oh, papá!... ¡Padrecito mío!... Si pudiera verte siquiera una vez más...

Nadie podía satisfacer aquella súplica, pero la señorita Celia encontró la manera de tranquilizar al pequeño. Una música muy dulce y muy suave que parecía venir desde el interior de la casa flotó sobre el ambiente. El niño, casi instintivamente, dejó de llorar y se puso a escuchar. Lágrimas menos amargas rodaron entonces por sus mejillas, sentía que su pena se suavizaba y que la sensación de soledad se hacía menos terrible. Algún día él iría a aquel país lejano, más hermoso que la dorada California, a reunirse con su papá...

Nadie podría decir cuánto tiempo estuvo al piano la señorita Celia. Cuando ella se deslizó fuera para ver si Ben estaba aún allí, descubrió que otros buenos amigos habían acogido cariñosamente al niño en su seno. El viento que susurraba— entre las lilas le había cantado una suave canción de cuna, y la bondadosa cara de la luna enviaba sus rayos a través del verde arco de las hojas para que besaran y cerrarán los párpados del niño. Y el fiel Sancho permanecía inmóvil junto a su pequeño amo, quien con la cabeza apoyada sobre el brazo dormía profundamente, soñando, feliz, que "papá había vuelto a buscarlo... "

CAPÍTULO 11

A la mañana siguiente, la señora Moss despertó a Ben con un beso, apretando al huérfano contra su corazón sin hallar mejor manera para demostrar su simpatía. Ben había olvidado sus penas durante el sueño, pero tan pronto como entreabrió los párpados pesados de tanto llorar volvió a recordarlas. No lloró, pero se sintió extrañamente solo, y esa sensación persistió hasta que tuvo a Sancho junto a sí y le hubo contado todo. Delante de la bondadosa señora Moss se mostraba turbado y se alegró de que ella se marchara.

Sancho pareció comprender que su amo estaba preocupado, y escuchó su triste relato con demostraciones de interés, gemidos de condolencia, y cada vez que el muchacho expresaba la palabra "papá", lanzaba fuertes ladridos.

Era tan sólo una bestia, pero su afecto mudo confortaba a Ben más que cualquier palabra; porque Sancho había conocido y amado al padre tanto y tan bien como su propio hijo, y ese sentimiento los unía con más fuerza desde el momento en que habían quedado solos.

-Debemos ponernos luto, viejo amigo. Es lo indicado; nosotros seremos los únicos

que rendiremos ese homenaje -dijo Ben mientras se vestía, recordando que toda la compañía había llevado crespones negros durante el funeral de Melia.

Significaba un verdadero sacrificio para su vanidad de muchacho arrancar de su sombrero nuevo la cinta azul con ancas doradas en los extremos y reemplazarla por la cinta gastada del sombrero viejo, pero Ben lo hizo sin titubeos y con gesto sincero, aunque. por supuesto, la vida teatral que llevara hasta hacía poco tiempo influyese en sus actos diferenciándolos de los de cualquier otro niño. Entre su mezquino guardarropa no halló nada que le sirviera para enlutar a Sancho, a excepción de un bolsillo de batista negro. Estaba completamente descosido, destrozado por el peso de las bolitas, piedras y otros objetos semejantes que el muchacho solía guardar en él, de modo que lo arrancó y lo ató al collar del animal exclamando para sí, con un suspiro, mientras ponía a un lado sus tesoros:

-Un bolsillo es suficiente. Hoy no necesito más que un pañuelo.

Por suerte, ya que no tenía más que uno, ese accesorio estaba limpio, y colgándolo ostensiblemente del único bolsillo, el sombrero en la cabeza, los zapatos nuevos crujiendo tristemente, seguido por Sancho que con su moño negro estaba impresionante, salió el único deudo, convencido de que había hecho cuanto debía para mostrar su respeto por el muerto.

Los ojos de la señora Moss se llenaron de lágrimas al ver la rústica cinta negra y comprender por qué la llevaba Ben, pero no pudo evitar una sonrisa al descubrir el simbólico trapo negro que colgaba del cuello del perro. Sin embargo, nada dijo para no afligir al muchacho, a quien aquella demostración de su duelo pa. recia consolar. Ben salió a cumplir sus tareas, consciente de haberse convertido en el centro de interés de sus amigos, en especial de Bab y Betty, quienes, advertidas de la pérdida experimentada por el niño, lo miraban con una mezcla de piedad y admiración que a aquel le resultaron muy gratas.

-Quisiera que me llevaras a la iglesia. Va a hacer mucho calor y Thorny no está bastante fuerte aún como para aventurarse a salir -dijo la señorita Celia cuando Ben se presento ante ella, después del desayuno para preguntarle si tenía algo que hacer. Porque consideraba que ella era su ama, aun cuando tuviera que aguardar hasta el día siguiente para hacerse cargo de las nuevas obligaciones que se había impuesto.

-Con mucho gusto, señorita, si usted cree que puedo ir así -contestó Ben contento de que le pidieran algo aunque inquieto también al recordar cómo se vestía la gente en aquellas ocasiones.

-Podrás ir después que yo te haya arreglado un poco. Dios no mira la, ropa. Para Él son tan bien venidos los pobres como los ricos. ¿Tú no has ido nunca a la iglesia? -preguntó la señorita Celia que ansiaba ayudar al niño aunque sin saber como hacerlo.

-No, señorita. Nuestra gente iba muy rara vez y papá estaba tan cansado los domingos que los dedicaba al reposo o me llevaba a pasear al bosque.

Un ligero temblor sacudió la voz de Ben. Con un rápido movimiento echo el sombrero hacia adelante para ocultar sus ojos bajo el ala, pues el recuerdo de aquellas horas hermosas que no volvería a vivir fue demasiado doloroso para él.

-Me parece que es esa una excelente manera de descansar. Yo la he puesto en práctica a menudo. Esta misma tarde ¡reinos también nosotros al bosque. Pero de mañana me agrada ir a la iglesia; tengo la sensación de que eso me ayuda a estar bien durante el resto de la semana. Y si se tiene una pena, es allí adonde se. debe ir a buscar consuelo. ¿Quieres venir y comprobar si lo consigues, querido Ben?

-Haré todo lo posible para complacerla -murmuró Ben sin levantar la vista porque, aunque la bondad de la joven le llegaba hasta el fondo del corazón, deseaba que, por un tiempo, nadie hablara de su padre. Era difícil contener las lágrimas y no quería que

lo tomaran por un nene.

La señorita Celia pareció comprender porque con tono alegre se apresuro a decir:

-Mirá que precioso espectáculo... Cuando era una niña creía que las arañas hilaban las túnicas de las hadas y luego las tendían a secarse al sol.

Ben dejo de cavar el agujero que estaba haciendo en el suelo con el pie y levanto la cabeza. Vio entonces una hermosa tela de araña -un círculo dentro de otro círculo-, que una araña tejía en un ángulo del portón. La luz que atravesaba la tela hacía brillar diminutas gotitas, y una suave brisa la hacía temblar como si fuera a arrancarla.

-Es muy hermosa, pero se desprenderá-y perderá como todas. Nunca he visto un ser semejante a las arañas. Hilan diariamente su tela, sin cansarse, aunque se pierda su obra -comentó Ben a quien, como ella imaginara, agrado poder cambiar de tema.

-Así se gana la araña la vida. Teje su tela y espera recibir su pan diario, es decir, la mosca desprevenida que cae en la trampa. Pronto la tendrá llena de insectos, y cuando la señora araña haya hecho sus provisiones ya no lamentará. perder la delicada tela.

-Yo conozco a esa señora. Tiene el cuerpo negro y amarillo y vive allí arriba, en ese rincón oscuro. Desaparece en cuanto toco el portón, pero reaparece si me quedo quieto. Me gusta observarla, pero ella debe odiarme porque un día dejé en libertad a una mosca y varias hermosas mariposas.

-¿Has oído alguna vez la historia de Bruce y su araña? Muchos niños la conocen y a todas les gusta -manifestó la señorita Celia 'advirtiendo el interés de su interlocutor.

-No la conozco. señorita. Yo ignoro muchas de las cosas que saben los niños de mi edad -contesto Ben con seriedad, quien, desde que vivía con sus nuevos amigos había descubierto muchas lagunas en sus conocimientos..

-Pero en cambio conoces otras que ellos no saben. La mitad de los muchachos de la ciudad darían lo que no tienen por montar, correr y saltar como tú. Y más de una persona mayor es incapaz de arreglárselas solo como tú. La vida errante que has llevado ha hecho de ti, en muchos aspectos, un hombre, pero en otros te ha perjudicado, ¿no es así? Procuraremos ahora que tú olvides la parte mala y sólo recuerdes la buena mientras aprendes a ser como los demás niños que van al colegio, a la iglesia; y se preparan para ser hombres industriosos y honestos.

Ben había mirado fijamente a la señorita Celia mientras esta hablaba convencido de la verdad de lo que ella decía, pero convencido también de que el habría sido incapaz de expresar todas aquellas cosas aunque lo hubiese intentado. Cuando ella callo, el exclamó sinceramente:

-Quiero quedarme aquí y llegar a ser un hombre respetable. Desde, que vivo entre ustedes he comprendido que, aunque vayan al circo a divertirse no consideran muy digna a esa gente. Eso no me hubiera importado antes, tampoco pensaba ir al colegio,

pero ahora sí. Creo, además, que él preferiría verme aquí que rondando por esos mundos sin amparo ni protección.

-Así debe ser. Probaremos., pues, Benny. Al principio, la tarea será pesada y monótona, sobre todo si la comparas con la vida llena de variaciones que has llevado hasta hoy y que sin duda echarás de menos. Pero aquella vida no era la que te convenía y nosotros te ayudaremos con todos nuestros esfuerzos a que encuentres algo mejor. No te desanimes nunca, y cuando algo te mortifique demasiado acude a mí como lo hace Thorny que yo procuraré aliviar el peso de tu carea. A partir de este momento tengo dos niños y me propongo hacer mucho por ambos.

Antes de que Ben tuviera tiempo para demostrar su agradecimiento, una cabeza despeinada apareció por la ventana del piso superior y una voz somnolienta reclamo:

-¡Celia!... No puedo encontrar el cordón de mi zapato. Quiero que vendas a hacer el nudo de la corbata.

-¡Baja, perezoso, y trae una de tus corbatas negras! Los cordones de les zapatos están en la valija marrón, sobre mi tocador -respondió la señorita Celia, agregando con una carcajada después que la enmarañada cabeza desapareció murmurando aleo acerca de las "molestas valijas"-: Thorny ha sido muy mimado a causa de su enfermedad. No debes hacer caso de sus modales bruscos ni de sus caprichos. Pronto se le pasará y entonces estoy segura de que serán muy buenos amigos.

Ben tenía sus dudas al respecto, pero se propuso hacer cuanto estuviera de su parte para contentar a la joven, de modo que cuando el señorito Thorny apareció y saludo con un indiferente:

-¿Como estás, Ben?

El muchacho contesto respetuosamente:

-Muy bien, gracias-. Pero su saludo no era muy reverente, porque considero ene un muchacho que, como él, montaba en pelo y sabía dar un doble salto mortal no debía inclinarse ante ese niño que apenas tenía la fuerza de un gatito.

-Nudo marinero, por favor: dura más -dijo Thorny levantando el mentón para que pudieran ajustarle correctamente la corbata, va que él comenzaba a sentirse un pequeño "dando".

-Deberías usar la roja hasta que tengas más color, querido- su hermana frotó su mejilla sonrosada contra la pálida del muchacho como si quisiera prestarle sus colores.

-A los hombres no les importa su aspecto físico -exclamó Thorny escapando de su abrazo porque a él no le agradaban esas demostraciones de cariño delante de la gente.

-No, ¿eh? Aquí tenemos a un presumido que se cepilla el cabello doce veces por día y que se acomoda el cuello hasta cansarse -rió la señorita Celia pegándole un tironcito de orejas.

-¿Para quién es esta otra corbata? -preguntó Thorny con un tono muy digno presentando la otra prenda.

-Para mi otro niño. Tiene que venir a la iglesia conmigo. La joven hizo el segundo nudo de corbata al otro joven caballero con una sonrisa tan amable que hasta la cinta negra pareció iluminarse.

-Bueno, yo quiero que... -comenzó Thorny con un tono que no prometía nada bueno.

Una mirada de su hermana le recordó lo que ella le dijera media hora antes y se callo al instante comprendiendo por qué la joven era más buena con el "pequeño vagabundo".

-Yo también, pues tú no puedes conducir aún y yo no quiero estropear mi par de guantes nuevos sujetando a Lita -dijo la señorita Celia con una entonación que irritó un poco al señorito Thorny.

-¿Ben va a limpiar mis botas antes de salir? -preguntó dirigiendo una mirada a sus zapatos nuevos que crujían y le molestaban.

-No, limpiará las mías, si quiere tener esa bondad. Tú no necesitas las botas esta semana, de modo que sería perder tiempo inútilmente. Ben: encontrarás todo lo que necesitas en el cobertizo y a las diez puedes ir en busca de Lita.

Después de eso, la señorita Celia condujo a su hermano al comedor y Ben se retiro a desahogar su ira con el cepillo, y puso tantas energías que las botitas quedaron muy brillosas.

Cuando una hora después vio salir a la joven de la casa se dijo que jamás había visto nada tan bonito. Ataviada por, un chal blanco y un gorrito, sostenía un libro y un lirio del valle entre las manos cubiertas con guantes de color perla que apenas rozaron el coche al subir. Ben había visto en su vida infinidad de damas hermosas, pero todas

llamaban la atención por los colores chillones de sus sombreros v vestidos, lucían ¡ovas baratas e infinidad de plumas, cintas y velos. Por eso le asombró que la señorita Celia aparecieran tan bella y elegante vestida con aquel sencillo atavío. No comprendía que el encanto reside en las personas y no en las ropas. Viviendo junto a esa dama adquiriría modales gentiles, buenos principios v pensamientos puros. Él se daba cuenta que era agradable estar bien vestido e ir a la iglesia como un niño serio. La sensación de soledad que lo abrumaba se suavizo mientras rodaban por la avenida, entre campos verdes, bajo el sol de junio que hacía brillar todo a su alrededor: en el aire, flotaba una gran paz, sentada a su lado su buena amiga, silenciosa admirando la belleza del mundo con expresión feliz, expresión que Ben llamó después "cara de domingo", que hacía olvidar el cansancio de la semana y daba fuerzas para comenzar alegremente las tareas cuando el día de fiesta terminara.

-¿En que piensas, muchacho? -le preguntó sorprendiendo una de las muchas tímidas miradas que Ben le dirigiera sin que ella lo advirtiese.

-Pensaba que parecía como si usted ...

-¿Cómo si yo qué? Di: no temas -lo animó la joven, pues Ben se había callado y tiraba de las riendas, avergonzado de su imaginación.

-Como si usted estuviera rezando sus plegarias -murmuró apenas deseando que ella no lo oyera.

-Eso hacía, en efecto. ¿No rezas tú cuando te sientes feliz?

-No, señorita. Cuando yo estoy contento no digo nada.

-Tal vez las palabras no sean necesarias, pero, algunas veces, cuando son sinceras y buenas nos ayudan. ¿No has aprendido alguna plegaria, Ben?

-Solamente el Padre Nuestro. Abuela me lo enseñó cuando era muy pequeño. .

-Te enseñare otras; una muy hermosa que nos dice todo lo que debemos pedir.

-Nuestra gente no era muy piadosa; creo que les faltaba tiempo.

-Quisiera saber qué entiendes tú por piadoso.

-Pues, ir a la iglesia, leer la Biblia, rezar y cantar los himnos, ¿no es eso?

-Esas cosas forman parte de ello, pero ser bueno y alegre, cumplir con los propios deberes, ayudar al prójimo y amar a Dios es la mejor manera de demostrar nuestra piedad, que tiene así su verdadero sentido.

-Entonces usted lo es -y Ben demostró que a través de los actos de la joven había aprendido mejor que a través de sus palabras.

-Procuro serlo, pero a menudo fracaso. Por eso, todos los domingos formulo nuevos propósitos y durante la semana pongo mi voluntad al servicio de ellos. Eso me sirve de consuelo y de ayuda; tú lo comprenderás cuando lo pongas en práctica.

-¿Cree usted que si, durante la. misa, digo ¡no juraré más!, no volveré a hacerlo? -preguntó Ben seriamente, pues en esa. época, aquél era su pecado capital.

-Me temo que no sea tan fácil liberarse de nuestros pecados. ¡Ojalá fuera así! ... Pero si tú ruegas mucho y cuidas de no decir malas palabras, te curarás de esa fea costumbre antes de lo que imaginas.

-Jamás me había preocupado esa costumbre que tengo de blasfemar, hasta que vine aquí; Bab y Betty se espantan cuando oyen decir "voto a...", y la señora Moss me reprende. Por eso quiero corregirme. Pero me resulta muy difícil contenerme cuando me enojo. "¡Que lo cuelguen!... ", no me parece una expresión muy indicada para descargar mi furia...

-Thorny exclama "te confundan...", por cualquier cosa. Yo le aconsejé que silbara en lugar de decir eso, y a veces silba tan súbita y estridentemente que me hace saltar. ¿Por que no pruebas tú también? -propuso la señorita Celia a quien no sorprendían las costumbres del niño, ya que estas eran consecuencia natural de sus anteriores

compañías.

Ben sonrió y prometió hacer como la joven decía y experimentó una traviesa alegría al pensar que también en eso vencería -no le cabía la menor duda- al señorito Thorny. Dominaría a toda costa las palabras groseras que dos o tres veces por día le subían a los labios.

La campana repicaba en el momento que ellos entraban en el pueblo, y mientras ataba a Lita veía llegar, de todas partes. gente que se agrupaba junto a los peldaños de la vieja capilla como las abejas alrededor de la colmena. Acostumbrado a ver que los hombres entraban en las carpas del circo y no se quitaban los sombreros, Ben no se ocupó del suyo, y bajaba ya por la nave con el puesto cuando sintió que una mano suave se lo quitaba y que la señorita Celia le susurraza al entregárselo:

-Este es un recinto sagrado; recuérdalo y descúbrete siempre al entrar.

Muy avergonzado, Ben la siguió hasta el banco donde pronto se les reunieron el señor alcalde y su esposa.

-Encantado de verlo aquí -dijo el anciano caballero, con un gesto cordial, pues reconoció al muchacho y recordó su duelo.

-Espero que no se moverá durante el oficio -suspiró la señora Allen acomodándose en un rincón con gran ruido de sedas.

-Yo cuidaré de que no la moleste -respondió la señorita Celia empujando un banquito bajo las piernas cortas de la señora y poniendo un abanico de palma al alcance de su mano.

Ben contuvo un profundo suspiro; la perspectiva que se le ofrecía no era muy agradable. A un muchacho inquieto se le hace difícil soportar una hora de cautividad, y él quería portarse bien.

Lo primero que hizo fue cruzar los brazos y sentarse y quedar rígido, como una estatua. Sólo los ojos movía. Los hizo girar de un lado a otro, de arriba a abajo, desde el alto y rojo púlpito hasta los viejos libros de himnos colocados sobre el atril, reconoció dos caritas que asomaban bajo el ala de sendos sombreros adornados con cintas azules, y no pudo resistir la tentación de responder con una mueca al solemne saludo que Betty y Bab le hicieron desde el otro lado de la nave. Al cabo de diez minutos de buen comportamiento experimento necesidad de moverse, de modo que aflojó los brazos y cruzó las piernas con la misma cautela con que el ratón se mueve frente al gato, pues el ojo de la señora Allen no lo perdía de vista, y él conocía por experiencia propia el alcance de esa mirada.

La música que comenzó a oírse le produjo un gran alivio porque pudo sacudir los pies sin que nadie oyera el ruido que hacía. Cuando se pusieron de pie para cantar, tuvo la impresión de que todos los niños lo miraban y se alegró mucho de poder volver a sentarse.

El buen pastor leyó el capítulo dieciséis del sermón de Samuel y luego pronuncio un largo y monótono sermón. Ben lo escuchaba con toda atención, pues le agradó el "joven pastor pelirrojo de hermosa estampa" que resulto ser el escudero de Saúl. Hubiera querido enterarse del resto de su vida, saber si los malos espíritus volvieron a turbarlo, pero no continuaron relatando su historia; el anciano pastor hablo de otras cosas hasta que llegó un momento en que el pobre Ben comprendió que debía optar entre dormirse como el alcalde o tirar el banquito simulando que lo hacía sin querer para tranquilizarse un poco.

La señora Allen le dio una pastilla de menta y él, obedientemente la comió, pero era tan fuerte que le hizo saltar las lágrimas. Entonces, para desesperación suya, la señora lo abanicó y deshizo el correcto peinado que era todo su orgullo. Por fin, un suspiro de aburrimiento atrajo la atención de la señorita Celia quien, aunque parecía

absorta en sus devociones, había dejado que sus pensamientos volaran por encima del mar junto con las tiernas plegarias que ella elevaba por el ser a quien amaba tanto quizá como David a Jonathan. Comprendió de inmediato la inquietud del muchacho y le sonrió; sabía por experiencia que muy pocos soportan un sermón tan largo sin moverse. Escogió un trozo en el libro que había traído consigo, y, poniéndoselo a Ben en las manos susurro:

-Lee esto, si estás aburrido.

Ben tomo el libro y obedeció complacido, pero el título "Esa critura Narrativa" no le pareció muy divertido. Sin embargo, atrajo su atención la figura de un delicado joven que le cortaba la cabeza a otro hombre delante de una multitud que lo contemplaba asombrado.

-Jack, el matador del gigante -pensó Ben y dio vuelta la hoja para leer lo que decía: "David y Goliat". Eso basto para que comenzara a leer la historia con gran interés, porque descubrió que el pastor se convertía en héroe. Ceso de moverse, ya no oyó el sermón, el abanico podía agitarse: el no lo advirtió, y cuantos esfuerzos hizo Billy Barton por mostrarle las figuras cómicas que dibujara en el libro de himnos y despertar con ellas su admiración, fueron vanos. Ben estaba profundamente conmovido con la historia del Rey David relatada especialmente para niños e ilustrada con hermosas láminas que despertaron extraordinariamente su interés.

El sermón y la historia finalizaron casi al mismo tiempo. Ben escuchó entonces las plegarias, y mientras lo hacía comprendió lo que la señorita Celia había querido significar al hablar de las palabras que consolaban cuando se pronunciaban con sinceridad y bondad. Muchas de aquellas oraciones traducían exactamente sus sentimientos; las repitió para recordarlas, pues oídas por primera vez y cuando más necesitaba de ellas, lo conmovieron y confortaron en extremo. La señorita Celia descubrió una expresión distinta en el semblante del muchacho y cuando todos se pusieron de pie para salir cantando el Himno de Gracias, oyó un ligero suspiro a su lado.

-¿Te agradó el oficio religioso? -preguntó la joven mientras caminaban.

-Bastante... -respondió Ben con sincero entusiasmo.

-¿También el sermón?

Ben rió y dijo señalando con manifiesto agrado el libro que ella llevaba en la mano:

-No pude comprender el sermón, pero en cambio esa historia me pareció muy hermosa. Hay otras y quisiera leerlas, si fuera posible.

-Me alegra que te haya interesado; reservaremos las otras para los próximos sermones. Thorny también acostumbra leer en esas ocasiones y llama al libro "el libro del banco". Yo no pretendo que entiendas de primera intención todo lo que oyes en la iglesia, pero te conviene ir, y después que hayas leído varias de las historias que contiene el libro te interesará oír hablar de los personajes que aparecen en él.

-Sí, señorita... ¿No cree usted que David fue un gran muchacho? Me gusta todo lo que dicen de él; la historia del trigo y de los diez quesos, la muerte del león y el oso y la del viejo

Goliat a quien mata de un solo golpe. La próxima vez quiero leer algo acerca de Joseph porque vi una lámina con unos ladrones que lo ponían en una cueva y eso parecía muy interesante.

La señorita Celia no pudo dejar de sonreír al oír como hablaba Ben de aquellas cosas, pero le satisfizo mucho que al muchacho le atrajeran la música y los relatos y resolvió que le haría grata la obligación de ir a la iglesia para que se acostumbrara a ella y le gustase.

-Bien, esta mañana me has acompañado y procedido de acuerdo a mis costumbres. Esta tarde serás tú quien dirija y nosotros te seguiremos. Ven a eso de las cuatro para ayudarme a llevar a Thorny hasta la alameda. Pondremos allí una hamaca, pues el aroma de los pinos es bueno para su salud. Ustedes podrán conversar, reír y divertirse a gusto.

-¿Me permite llevar a Sancho? No le gusta que lo deje. Se puso furioso cuando lo encerré para que no me siguiera y fuera a buscarme dentro de la capilla.

-Pues claro que sí. Dejemos que el inteligente animal disfrute como ustedes de este hermoso domingo.

Satisfecho con el programa, Ben se fue a almorzar, lo que hizo muy de prisa para poder contar las mañas de que tuvo que valerse para burlar el aburrimiento que lo invadió durante la lectura del sermón. Pero no dijo nada de la conversación que sostuvo con la señorita Celia porque todavía no estaba muy seguro de que le agradara o no lo que ella le propusiera y prefería meditarlo antes de decidir nada.

Después de almorzar le quedo sobrado tiempo para pensar en sus tristezas; por eso deseo con todas sus fuerzas que llegaran las cuatro de la tarde ya que, ponerse triste le gustaba menos aún que cortar leña.

La señora Moss se fue a hacer la siesta; Bah y Betty se sentaron en dos banquitos a leer sus libros dominicales. A nadie se le permitía jugar, y hasta las gallinas fueron a cobijarse bajo los árboles junto con el gallo que cacareaba somnoliento, como si les estuviera recitando un sermón.

-¡Que día interminable!... -pensó Ben mientras se refugiaba en el rincón más apartado de su habitación para releer las dos cartas cuyo contenido le parecía una historia muy lejana. Porque pasado el primer choque le resulto imposible aceptar la muerte de su padre, de modo, pues, que decidió no creer en ella. Él era un muchacho sensato y comprendió que sería una tontería considerarse más desgraciado de lo que era en realidad. Por eso hizo a un lado las cartas, quito el bolsillo negro del collar de Sancho y hasta se permitió silbar suavemente mientras guardaba sus tesoros y estar así preparado para-mudarse al día siguiente llevando pocas penas y mucho optimismo.

-Thorny ... Quiero que seas bueno con Ben esta tarde y lo entretengas sin agitarte demasiado. Yo debo quedarme a esperar a los Morris que han prometido venir, pero ustedes pueden ir a la alameda y divertirse -dijo la señorita Celia a su hermano.

-No alcanzo a imaginar como podré divertirme charlando con ese cuidador de caballos. Me, apena su desgracia, pero no se me ocurre como podré divertirlo -replico Thorny levantándose del sillón en medio de un gran bostezo.

-Tú sabes ser amable cuando quieres y por hoy Ben ya ha estado bastante conmigo. Mañana tendrá que comenzar a trabajar, cosa que estoy segura hará muy bien. Pero hasta entonces debemos hacerle compañía, pues el pobre no sabe qué hacer a colas consigo mismo. Además, es el momento oportuno para influir sobre el. La muerte de su padre lo ha ablandado y estoy segura de que su mayor deseo es ser un buen muchacho. Debemos ayudarlo nosotros entonces, ya que no tiene a nadie más a su lado.

-Bueno, empecemos la obra. ¿Donde está?- y Thorny dio unos pasos conquistado por la tierna severidad de su hermana aunque dudaba de su éxito con el muchacho de los caballos.

-Esperando con la silla. Randa ya llevo la hamaca. Sé bueno que yo te lo premiaré algún día.

Después de recibir una sonrisa y un beso, Thorny salió con paso vacilante y subió al cochecito; saludó de muy buen talante a su conductor a quien encontró sentado sobre el travesaño trasero con Sancho a sus pies.

-Llévame, Benjamín. No conozco el camino de modo que no sabría como ir. Lo único cine te pido es que no me tires afuera.

-Muy bien, señor.- Y Ben lo condujo por el largo camino que cruza la huerta y que lleva hasta un bosquecillo, donde crecen siete pinos. ¡Hermoso lugar! Un suave susurro llenaba el aire y bajo los pies se extendía una oscura alfombra de agujas de pino, y pequeños conos y por encima de los altos helechos que adornaban la loma se divisaban fugazmente la sierra y el valle, las granjas y el río ondulado que. como una cinta de plata corre entre las profundas y verdes praderas.

-Una casa de verano -dijo Thorny observando el paisaje.- ¿Qué sucede, Randa? ¿No marcha eso? -preguntó a la rolliza doncella quien había dejado caer los brazos resoplando, después de haber intentado vanamente de arrojar la soga de la hamaca por encima de una rama.

-Até la primera muy fácilmente, pero no puedo con la segunda. Las ramas están tan altas que no las alcanzo.

-Yo la ataré.- Ben trepó al pino como una ardilla, hizo un fuerte nudo y bajó antes de que Thorny se hubiera movido de la silla.

-¡Mi Dios! ... ¡Qué muchacho ágil! ... -exclamó Randa llena de admiración.

-Eso no es nada; me hubiese visto trepando un palo completamente liso -dijo Ben sacándose la resina de las manos y balanceando graciosamente la cabeza.

-Puedes irte, Randa. Alcánzame el almohadón y los libros, Ben; luego, mientras te hablo, puedes sentarte en la silla -ordenó Thorny tumbándose en la hamaca.

-¿Qué me estará por decir? -se preguntó el muchacho al sentarse, en tanto Sancho se acomodaba entre las ruedas del cochecito.

-Ahora, Ben, creo que lo mejor que puedes hacer es aprender un poema. Yo solía hacerlo cuando era pequeño; no hay nada mejor para un día domingo -comenzó a decir el nuevo maestro con tal aire de suficiencia que eso enfadó a su discípulo tanto como el afrentoso "pequeño".

-Probaré ... si puedo.- Y Ben silbó para contener un juramento.

-Una persona bien educada no silba cuando está en presencia de otra -advirtió Thorny muy digno.

-La señorita Celia me dijo que lo hiciera. Iba a decir "Dios te confunda" ... Si te parece mejor que lo dina -contestó Ben al mismo tiempo que una astuta sonrisa brillaba en sus ojos.

-¡Ah! ... Ella te contó algo, ¿no? Bueno, si deseas complacerla en todo debes aprender un cántico religioso en seguida. Acércate. Mi hermana quiere que sea paciente contigo y yo estoy dispuesto a serlo, pero, ¿cómo conseguirlo si tú te sulfuras por cualquier cosa?

Thorny empleó un tono sincero que agradó a Ben e hizo que respondiera muy alegre:

-Si no adoptas esa actitud grave yo no me enojaré. Nadie más que la señorita Celia puede darme órdenes, pero si ella lo quiere, yo aprenderé los himnos.

-"En la florida época de tu niñez" es el más indicado para comenzar. Lo aprendí cuando tenía seis años. Es muy hermoso... Toma, léelo tú- y Thorny le ofreció el libro como lo hubiera hecho un patriarca que se dirigiera a un niño.

Ben observó con poco entusiasmo la página amarillenta cuyas grandes "S" en caracteres antiguos despertaron su atención. Cuando hubo concluido de leer no resistió la tentación de recitar las dos últimas líneas:

"La tierra no puede producir más hermosos frutos que una juventud religiosa."

-Jamás lograría aprender esto. ¿No tienes algo más fácil? -preguntó, volviendo las hojas con ansiedad.

-Mira al final y fíjate si no hay pegada una poesía. Apréndela y verás cómo se alegrará Celia si se la recitas. La escribió ella cuando era una niña; alguien la hizo imprimir para que la leyeran otros niños. Es la poesía que más me gusta.

Contento de matizar con algo divertido las lecturas piadosas, Ben se inclinó sobre el libro y leyó con sumo interés las líneas que la señorita Celia escribiera en su niñez:

MI REINO

Dueña soy de un reino en el que viven
todas mis ideas y pensamientos,
y es ingrata y difícil la tarea
de mantenerlos bajo mi gobierno.
Mi voluntad vacila y se extravía,
perturbada por malignas pasiones,
y el egoísmo sus sombras arroja
sobre mis palabras y mis acciones.

¿Cómo aprender a dominar mis ansias,
a ser la niña buena que debiera?
Honesta y valerosa, incansable
en mi afán de ser siempre la primera..
¿Cómo encender en mi alma la llama
para que alumbre con su luz mi vida?
¿Cómo templar mi pequeño corazón
en una eterna y dulce melodía?

Amado Padre, que tu amor me guíe
y arrojé de mi espíritu el temor.
Y para que sienta que estás a mi lado
llévame hasta ti, sé mi conductor.
Pues ninguna tentación es poca
ni es inadvertida la infantil pena,
para Ti, que con paciencia infinita
a todos reconfortas y consuelas.

No quiero para mí otra corona
que la que todos pueden obtener,
ni aspiro a la conquista de otro mundo
más que aquel que guardo en mi propio ser.
Guía. Tú mis pasos para que llegue
a encontrar en mi espíritu Tu reino,
y conducida por tu tierna mano

logre tomarlo bajo ni¡ gobierno.

-¡Me gusta! -declaró Ben con énfasis cuando concluyó de leer el breve canto. Lo comprendo y lo aprenderé en seguida. No me explico cómo ha hecho para escribir algo tan hermoso y delicado.

-Celia lo puede todo.- Thorny hizo con la mano un amplio gesto que indicaba claramente su fe en los poderes ilimitados de su hermana.

-Hace poco yo compuse una poesía. Bab y Betty la encontraron bonita, pero yo no opino igual -murmuró Ben a quien, el descubrimiento de las habilidades de la señorita Celia lo había predispuesto a las confidencias.

-Dila... -pidió Thorny y agregó inteligentemente-. Yo nunca he podido escribir poesías, pero me gustan.

"¡Chevalita!..
Criatura bonita ...
Como a una hermana
la quiero.

Montarla
es mi locura
ya que jamás
muerde o cocea..."

Así recitó Ben con orgullo, y modestia a la vez, esa primera poesía suya que había sido inspirada por un afecto sincero y juzgada "divina" por las admiradas niñas.

-¡Muy bien! ... Debes recitársela a Celia. A ella le satisface que alaben a Lita. Tú, ella y el pequeño Barlow deberían optar a un premió como lo hacían los poetas de Atenas. Te hablaré de ellos otro día. Ahora dedícate a aprender el himno.

Halagado por los comentarios de Thorny, Ben se aplicó a la tarea revolviéndose tanto en la silla que parecía que aprender esos versos fuera para el un acto doloroso. Pero era inteligente y a menudo había aprendido canciones cómicas de memoria, de modo que pronto pudo repetir, para satisfacción suya y de Thorny, cuatro versos sin equivocarse.

-Conversemos ahora -invitó, complacido, el preceptor-. Y, uno hamacándose y el otro dando tumbos por la alfombra de agujas de pino comenzaron a relatar sus aventuras. Aunque las de Ben eran más interesantes, las de Thorny no carecían de color, ya que él había vivido mucho tiempo en el extranjero y podía contar toda clase de curiosas anécdotas que tenían por escenario los países que había visitado.

No obstante hallarse muy entretenida con su amiga, la señorita Celia no podía dejar de preguntarse si los muchachos se habrían entendido. Cuando sonó el timbre llamando a tomar el te, aguardó ansiosa la llegada de aquellos, segura de que, a primera vista, advertiría si se habían divertido.

-Parece que todo marcha bien -se dijo con una sonrisa al verlos aparecer. Ben empujaba la silla y Thorny caminaba a su lado apoyándose en una caña que acababan de cortar. Ambos niños conversaban animadamente y Thorny reía de rato en rato como si la charla de su compañero fuera muy graciosa.

-¡Mira que hermosa caña cortó Ben para mí!... -dijo el mayor de los muchachos

blandiendo la caña mientras se acercaba.

-¿Qué han hecho por allá? Están tan contentos que sospecho habrán cometido alguna travesura -manifestó la señorita Celia observándolos desde la escalinata.

-Nos hemos portado como un par de angelitos. Yo no he hecho más que conversar y Ben aprendió un himno que te recitará. Acércate y dilo, amigo mío -invitó Thorny muy alegre.

Quitándose el sombrero Ben obedeció inmediatamente, divertido al descubrir el color que aparecía en las mejillas de la señorita Celia en cuanto ésta comenzó a oír la poesía. Y consideró que su estudio recibía su merecida recompensa cuando, luego de concluir el poema con un saludo, la joven le dirigió una complacida mirada acompañada de las siguientes palabras:

-Me enorgullece que hayas elegido ese poema y advierto que lo dices como si tuviera un significado especial para ti. Lo escribí cuando tenía catorce años, pero me salió del corazón y me hizo un gran bien. Deseo que a ti te ocurra lo mismo.

Ben murmuró que así era, pero no le gustaba decir esas cosas delante de Thorny, de modo que, precipitadamente, retiró la silla y todos entraron a tomar el te. Pero más tarde, al anochecer. mientras la señorita Celia cantaba al piano como un ruiseñor, se apartó de las medio dormidas Bab y Betty y fue a refugiarse juntó a las lilas para poder escuchar con todo su corazón, lleno en esos momentos de buenos propósitos y felices pensamientos. Nunca había gozado de un domingo como aquél... Y al irse a dormir repitió la tercera estrofa del poema de su amiga. Porque esa estrofa era la que más le había emocionado. El padre que tanto amara y que había perdido le hacía experimentar la necesidad de buscar el amor y el apoyo de ese otro Padre al que nunca había visto.

CAPÍTULO 12

Tonos se mostraron muy buenos con Ben cuando conocieron su desgracia. El alcalde escribió al señor Smithers que Ben había encontrado nuevos amigos y que se quedaría donde estaba. La señora Moss lo consoló con afecto maternal y las pequeñas hicieron cuanto estaba al alcance de ellas para ser "amables con el pobrecito Ben". Pero su verdadero consuelo fu¿ la señorita Celia, quien ganó por entero su corazón, no sólo a causa de las amistosas palabras que le dirigía o por las cosas que por él hacía, sino, sobre todo, por la simpatía que le demostraba a toda hora, en los momentos precisos, a través de una mirada, con una caricia o una sonrisa, mucho más eficaces, por cierto, que cualquier palabra de condolencia. Ella lo llamaba "mi hombrecito" y Ben procuraba serlo soportando su dolor con tal entereza que, no obstante ser un niño aún, inspiraba respeto a su amiga; porque Ben era toda una promesa para el futuro.

Por otra parte en aquel entonces, ella se mostraba siempre tan alegre que resultaba imposible para quienes vivían a su lado sentirse tristes, y muy pronto Ben volvió a estar contento, pues escondió su pena y guardó el recuerdo de su padre en un rincón oculto del corazón. No habría sido un verdadero niño si no se hubiera sentido dichoso en ese hermoso lugar donde, por primera vez, experimentaba la sensación de que tenía un hogar.

¡Basta de arrancar malezas!... Sus tareas ya no lo cansaban ni aburrían, pues eran variadas y livianas. Por fin no veía más la cara desagradable del malhumorado Pat, sino que podía contemplar el suave rostro de la señorita Celia, de cuyos labios siempre brotaban palabras de elogio gracias a las cuales cualquier trabajo parecía

agradable.

Al principio se creyó que iban a surgir dificultades entre los dos niños, ya* que Thorny era autoritario por naturaleza y a causa de la enfermedad que lo había dejado débil y nervioso a veces se mostraba despótico e imperativo. A Ben le habían enseñado a obedecer sin protestar a las personas mayores que çel, y si Thorny lo hubiese sido no habría hecho cuestiones. pero resultaba duro tener que obedecer continuamente a un muchacho y, sobre todo, a un muchacho tan caprichoso como aquél.

Sin embargo, una sola palabra de la señorita Celia alejaba de inmediato las tormentas. Por cariño a ella su hermano prometía ser paciente y Ben declaraba que-no se enfurecería aunque el señorito Thorny lo molestara. Y así, muy pronto, ambos niños se olvidaban, uno, de que era el amo, y el otro de que era un "hombrecito"; vivían en paz como dos camaradas, se disculpaban mutuamente su mal carácter y encontraban gran placer y provecho en su recíproca amistad.

En el único punto en que jamás lograban ponerse de acuerdo era en el que se refería a las piernas, cosa que provocaba la risa de la señorita Celia. quien los veía discutir esa cuestión con gran seriedad y calor. Thorny insistía en que Ben era patizambo. A Ben le disgustaba el epíteto y manifestaba que las piernas de todo buen jinete debía ser ligeramente curvas, y quienquiera que supiese algo sobre el particular estaría de acuerdo con él y reconocería que eso era una necesidad y un signo de belleza.

Entonces Thorny le replicaba que esas piernas estaban bien arriba del caballo pero que abajo, un hombre parecía un pato caminando. A lo que Ben contestaba que, por su parte, prefería caminar como un pato antes que tambalearse como un caballo mareado. Con eso daba en el blanco, porque el pobre Thorny parecía, en realidad, un débil potrillo cuando intentaba caminar, pero pretendía no tomar en cuenta la alusión y abrumaba a Ben hablándole de los centauros o mencionando a los griegos y a los romanos, quienes habían sido excelentes jinetes y, sin embargo, habían poseído piernas derechas y hermosas. A esas cosas Ben no podía responder, pero hablaba con orgullo de las carreras de caballos en las que él había intervenido y en las que nunca podrían tomar parte jóvenes de piernas débiles. Entonces Thorny observaba que no era propio de un caballero hacer referencia a las desgracias de sus amigos, lo cual movía a Ben a mirarse sus grandes manos con deseos de dar un buen sacudón a su amigo. Pero recordaba en seguida la condición del pobre muchacho y cuánto debía a su señorita y ponía punto final a la controversia con unos ágiles saltos mortales que calmaban su enojo y le ayudaban a recuperar el buen humor. O a veces, cuando Thorny se hallaba sentado en la silla de ruedas, lo empujaba llevándolo con gran velocidad hasta perder el aliento, con lo que quería demostrar que si los ignorantes consideraban que sus piernas no eran buenas él probaría que no las había mejores para correr.

A Thorny le gustaba aquello, de modo que se olvidaba de la enojosa discusión y se ponía a hablar de cosas más agradables. Y así la amenazadora pelea terminaba en carcajadas que festejaban alguna ocurrencia y, por tácito acuerdo, , evitaban el asunto "piernas" hasta que algún accidente lo traía a colación nuevamente.

El sentimiento de rivalidad existe hasta en los mejores de nosotros y es un sentimiento inspirador y provechoso si sabemos hacer buen uso de el. La señorita Celia sabía eso y se valía de ello para que los niños pudieran beneficiarse mutuamente. Impedía que hicieran comparaciones desagradables, pero los impulsaba a que imitaran y tomaran las cosas buenas y hermosas dondequiera las hallaran. Thorny admiraba la destreza de Ben, su actividad e independencia; Ben envidiaba los

conocimientos ele Thorny, sus buenos modales y la comodidad en que vivía, y cuando una palabra autorizada ponía cada cosa en su lugar, ambos quedaban tranquilos y contentos, seguros de que había una cierta igualdad entre ellos, ya que el dinero no podía comprar la salud, y el conocimiento práctico demostraba ser tan útil como cualquier conocimiento aprendido en los libros. De tal manera que intercambiaban sus experiencias, emociones y saber y así se sentían los dos mejores y más felices. Solamente de ese modo puede llegar a amarse al prójimo cono a uno mismo y a extraer la verdadera dulzura de la vida.

No tenían nunca fin las innumerables cosas agradables que Ben debía hacer: mantener bien cuidados los senderos y canteros de flores, dar de comer a los animales, hacer los mandados, atender a Thorny y representar el papel de hombre de confianza de la señorita Celia. En la vieja casona ocupaba una habitación que acababan de empapelar con escenas de caballería que Ben no se cansaba de admirar. En el armario colgaban varios trajes usados de Thorny, arreglados, para que pudiera usarlos su pequeño valet. Pero lo que más le gustaba a Ben era un par de botas bien lustradas que usaba en las grandes ocasiones, cuando montaba, por ejemplo, a las que agregaba una espuela que encontrara en la bohardilla y que, bien lustrada, sólo le servía para completar su atavío, ya que nunca la usaría para espolear a Lita.

Muchas láminas y fotografías de carreras. pájaros v toda clase de animales colgaban de las paredes, con lo que la pieza había adquirido un aspecto de circo. Eso era lo que había hecho que su dueño se sintiera en ella como en su propio hogar. Dueño de todas esas cosas, Ben se consideraba inmensamente rico v respetable, casi le parecía que era un empresario retirado que recordaba con placer pasados éxitos sin dejar por eso de sentirse feliz con su nueva vida más tranquila.

En un cajón de su curiosa cómoda guardaba los recuerdos de su padre; pocos y pobres, de interés sólo para él. Las cartas que contaban su muerte, una cadena de reloj bastante usada y una fotografía del señor José Montebello con su pequeño encaramado sobre la cabeza, ataviados ambos con ligeras vestiduras, sonrientes, con esa expresión tranquila y suficiente que usan en público los hombres de su profesión. Los otros tesoros le fueron robados a Ben junto con su lío de ropas, pero todas las noches, antes de acostarse, contemplaba con amor los que le quedaban mientras pensaba cómo sería el cielo; si era, en verdad, más hermoso que California, y generalmente se dormía con una expresión soñadora que debía parecerse a la que pusiera Colón cuando descubrió esa hermosa tierra donde crecían vistosas flores y altos árboles de hojas y frutos nunca vistos. Por aquel extraordinario país debía cabalgar su padre montado en un bonito y blanco caballo alado, parecido al que viera en una lámina que tenía la señorita Celia.

En su habitación, Ben vivía momentos muy felices hojeando sus libros -muy pronto tuvo sus propios libros-, pero sus favoritos eran "Los Animales", de Hamerton y "Nuestros amigos mudos", ambos llenos de ilustraciones y anécdotas de las que gustan a los niños. Aún más felices eran aquellos momentos que dedicaba a los trabajos de la casa, y ayudaba a poner todas las cosas en orden. Pero lo que indudablemente prefería eran los paseos diarios que, siempre que el tiempo lo permitía, realizaba con la señorita Celia y Thorny, o bien sus solitarios viajes a la ciudad, que emprendía aún bajo una lluvia torrencial, ya que había que llevar o ir a buscar ciertas cartas que no admitían demora fuera cual fuese el estado del tiempo. Los vecinos se acostumbraron pronto a "las rarezas del muchacho", pero Ben sabía que llamaba la atención cuando a toda carrera bajaba por la calle principal-en tal forma que hacía gritar a los viejos y asomarse a la gente a las ventanas para verlo pasar. Al principio creían que era alguien que huía llevándose algo.

Lita disfrutaba tanto como él con esos juegos y aparentaba querer lanzarlo por encima de la cabeza, pues había aprendido a obedecer las indicaciones que el muchacho le hacía con la mano o el pie o con una palabra.

Estas hazañas hacían que los muchachos miraran a Ben Brown con gran admiración, y las niñas con tímida reverencia, a excepción de Bab, quien procuraba imitarlo en la primera oportunidad que se le presentaba para desesperación del pobre Jack, pues sólo en ese sufrido y paciente animal le era permitido montar. Por fortuna, ni ella ni Betty disponían de mucho tiempo para juegos, pues como las clases iban a terminar muy pronto todos estudiaban con ahínco, para poder gozar luego, sin preocupaciones, las largas vacaciones. De molo que las reuniones "bajo las lilas", como ellos las llamaban, fueron diferidas para más adelante, y los muchachos tuvieron que entretenerse solos, aunque siempre bajo la vigilancia y los consejos de la señorita Celia.

Mucho tiempo necesito Thorny para ordenar sus cosas, ya que únicamente contaba con la ayuda le Ben para vaciar sus valijas. Mientras trabajaba, éste no dejaba de admirar todas esas maravillas y tesoros que veía por primera vez. La pequeña prensa le produjo una gran impresión, y Thorny, dejando lo demás a un lado y en completo desorden, le enseño a manejarla al mismo tiempo que se le ocurría fundar un periódico local del cual él sería el editor, Ben el impresor, su hermana el principal suscriptor, Bab el mensajero y Betty la oficinista.

Entre las cosas, apareció' luego un álbum de estampillas y una tarde lluviosa se entretuvieron pegando una nueva colección le sellos en sus correspondientes lugares, y Thorny dio a su amigo amplias explicaciones. Ben no demostró mayor interés por eso, en cambio se entusiasmo cuando descubrió un libro que traía dibujadas las banderas le todas las naciones. Se apoderó del libro, pues quiso copiar las banderas para saber como debía adornar la casa en ciertas y especiales ocasiones. Al advertir que eso divertía a su hermano, la señorita Celia, generosamente, les abrió sus cajones de retazos, y como éstos no dieran abasto, les compró géneros de tonos llamativos y papeles de colores y provoco el asombro del vendedor pidiéndole varios frascos de goma le pegar. A Bab y Betty se las invitó a coser las brillantes tiras o las estrellas y, aunque se pinchaban continuamente los dedos, encontraron esa labor mucho más interesante que unir cubrecamas.

Todo ese despliegue de tijeras y engrudo, la costura, llenaba la gran habitación de atrás que se les había destinado, y ese despliegue de banderas y pendones que pronto decoraron las paredes habrían hecho resplandecer de alegría, o por lo menos de admiración, la mirada del más triste. Por supuesto las estrellas y los galones estaban algo bien, y el león inglés brincaba sobre el estandarte real; después colgaba una galería de cuadros: el águila rusa, de dos cabezas, el dragón negro de la China, el león alado de Venecia y el par trenzado sobre la bandera roja, blanca y azul de Holanda. Las llaves y la mitra de los dominios del Papa dieron un poco le trabajo, pero por fin se les dio término, y a su lado quedaron la amarilla bandera turca y la roja luna llena del Japón; debajo pendía la hermosa bandera azul y blanca de Grecia y encima, la cruz de la libre Suiza. Si los materiales hubieran alcanzado, habrían hecho las banderas de todas las naciones americanas, pero la goma y la paciencia se terminaron y los laboriosos obreros tuvieron tiempo para descansar antes de que llegara el día en que "se agitaran con la brisa sus banderas".

A la furia de confeccionar banderas siguió la de construir embarcaciones y aparejos, y Thorny, que se consideraba demasiado grande para tales juegos, hizo una flota completa para "los niños" y acepto su dirección entregándoles luego todo, a excepción del barco le guerra que con su velamen desplegado y el oficial rojo, que

sobre el alcázar movía la espada, continuó adornando su habitación.

Estos preparativos los realizaban al aire libre, pues tenían que hacer un embalse en el arroyo para convertirlo en un océano donde el barco pirata de Ben, el "Rover Rojo", con la bandera negra al tope pudiera dar caza y capturar a la elegante fragata de Bab, "La Reina", mientras el "Intrépido", cargado de maderas, hacía sin tropiezos el viaje desde Kennebunleport hasta la bahía le Massachusetts. Desde su asiento, Thorny, que hacía de ingeniero jefe, dirigía su cuadrilla compuesta de un solo hombre a quien hacía cavar el foso, levantar el dique y, por fin, dejar entrar el agua hasta llenar el pretendido océano; después había que regular la pequeña compuerta para que no se rebalsara e hiciese zozobrar la bonita escuadra compuesta le barcos, botes, canoas y balsas que pronto anclaría en una de sus costas.

Cavar y chapotear en el barro y en el agua entretenía a los muchachos que continuaron en esa tarea hasta que con una serie de ruedas, molinos y cataratas artificiales transformaron lo que fuera una vez tranquilo arroyuelo en algo completamente distinto, y una ciudad industrial parecía levantarse en el pacífico rincón donde antes estaban las mojarritas y donde las ranas habían podido ensayar serenatas sin que nadie las molestara.

La señorita Celia aprobaba aquel juego le los niños, porque le gustaba que Thorny se distrajera al aire libre, ya que lo permitía la suave temperatura del mes le junio, y cuando la novelad de ese entretenimiento se hubo disipado, ella misma planeó una serie de excursiones de exploración que llenaron de alegría las almas infantiles. Como uno le ellos conocía muy bien el paraje, revistió gran interés salir una gloriosa mañana de sol con un lío de mantas y almohadones, una canasta con comida, libros e implementos para pintar, acomodados dentro del coche, partir sin rumbo fijo por las umbrosas praderas y detenerse dónde y cuándo les placía. Hicieron descubrimientos maravillosos, bautizaron muchos lugares y tuvieron, los peregrinos, toda clase de alegres aventuras.

Todos los días acampaban en un sitio distinto, y- mientras Lita mordisqueaba a su gusto la hierba fresca, la señorita Celia tomaba apuntes bajo una enorme sombrilla, Thorny leía a sus anchas o dormitaba sobre una colchoneta de goma, y Ben trataba de ser útil a todos. Descargaba el coche, llenaba la botella del agua, acomodaba los almohadones del inválido, preparaba las cosas de la merienda, corría de un lado a otro en procura de una flor o tras una mariposa, trepaba a un árbol desde donde describía el paisaje, leía, conversaba o jugaba con Sancho; realizaba, incansablemente, toda clase de actividades; la vida al aire libre gustaba a Ben y era su medio natural.

-¡Ben! ... Necesito un amanuense -dijo Thorny, cierto día arrojando cuaderno y lápiz, luego de un momento de silencio, interrumpido solamente por el murmullo de las hojas que llegaba desde lo alto y por el suave sonido de la corriente del arroyuelo cercano.

-¿Un qué? -preguntó Ben echando hacia atrás el sombrero con tal aire de asombro que Thorny preguntó casi a gritos:

-¿No sabes qué es un amanuense?

-A decir verdad, ¡no! ... A no ser que se trate de algo parecido a una anaconda[3]. ¿Será eso lo que quieres?

Thorny no pudo contener una ruidosa carcajada que obligó a su hermana, quien hacía un croquis de un viejo portón, a levantar la cabeza para observarlo.

-No necesitas reírte así de mí. Tú no supiste decirme qué era un amanuense cuando te lo pregunté y yo no me eché a reír a los gritos por eso.

[3] Juego de palabras intraducible

-La idea de que pudiera necesitar una anaconda me hizo tanta gracia que no conseguí dominarme. Estoy seguro que si hubiera sido eso lo que te pedía, tú me la habrías traído. Eres un muchacho tan servicial...

-Naturalmente. No sería extraño que se te antojara una cualquier día de éstos. Pides cosas tan raras... -respondió Ben apaciguado por el cumplido de su amigo.

-Por ahora sólo te pido que seas mi amanuense. Para eso hasta que escribas por mí; me cansa hacerlo sin tener una mesa en donde apoyarme. Tú escribes muy bien ya y te será útil, además, adquirir algunos conocimientos de botánica. Quiero instruirte., Ben -manifestó Thorny, como si pensara que le confería un gran favor.

-Eso parece algo muy difícil -murmuró Ben, dirigiendo tina

triste mirada al libro que yacía sobre un lecho de hojas y flores deshechas.

-No, no es difícil. Muy por el contrario: resulta realmente entretenido y podrás prestarme gran ayuda en cuando adquieras algunos conocimientos. Veamos... Supón que te diga: tráeme un "ranunculus bulbosus". ¿Cómo sabrías qué es lo que quiero? -preguntó Thorny moviendo el microscopio que tenía a su lado con aire doctoral.

-Me sería imposible saberlo ...

-Hay muchas a nuestro alrededor y yo quiero estudiar una.

-Trata de adivinar.

Ben recorrió cielo y tierra con la mirada y estaba por darse por vencido cuando cayó una vellorita a sus pies al mismo tiempo que los ojos de la señorita Celia le sonreían detrás del otro niño, quien no había visto la flor.

-Tal vez sea ésta la que quieres. Yo no la llamo "ranunculus bulbosus", por eso no estoy muy seguro de que sea ésta la flor a la cual te refieres. -Y Ben presentó la vellorita como si conociera todas sus particularidades.

-Perfectamente. Acertaste. Ahora tráeme un "leonton taraxacum" -pidió Thorny-, encantado por la rapidez con que aprendía su alumno y halagado de que se le permitiera hacer gala de sus conocimientos.

Ben volvió a mirar a su alrededor, pero el campo estaba lleno de flores de toda clase, y si no hubiera sido porque un largo lápiz le señaló un diente de león que tenía cerca no habría sabido cuál escoger.

-Aquí lo tiene, señor -ofreció con una risita ahogada, y esta vez le tocó asombrarse a Thorny.

-¿Cómo diablos lo supiste?

-Prueba otra vez y quizás lo descubras -rió Ben.

Thorny hojeó su libro y pidió un "frifolium platense". El inteligente lápiz señaló hacia una dirección determinada y Ben recogió un trébol. Gozaba enormemente con aquella burla mientras pensaba que la clase de botánica no era del todo aburrida.

-Mira aquí. ¡Nada de tonterías!... -Y Thorny se volvió para investigar aquel misterio. Tan rápidamente lo hizo que su hermana no tuyo tiempo de componerse-. ¡Ah! ... ¡Te descubrí! ... Haces mal al decirle, Celia. Ahora Ben. tendrás que aprender todo cuanto se refiere a esta vellorita ocre como castigo por el engaño.

-Muy bien, señor. Traiga su "rinoceronsis" -contestó Ben, quien no podía dejar de imitar a su viejo amigo el payaso cuando se sentía verdaderamente contento.

-Siéntate y escucha bien lo que voy a decirte -ordenó Thorny con la gravedad de un severo maestro de escuela.

Encaramándose sobre un musgoso tronco, Ben, obediente, se sumergió en el laberinto del siguiente análisis, tropezando con palabras desconocidas que apenas podía deletrear mientras pensaba perplejo cómo saldría de todo eso.

-Phaenogamus. Exogenous. Angrosperm. Polypetalus. Stameus, más de diez. Stameus en el receptáculo. Pistilo, más de uno y separados. Hojas sin estípulas.

Familia de las ranúnculas. Ranúnculas Genus. Nombre científico: "ranunculus bulbosus".

-¡Por Dios!... ¡Qué flor... Pistolas y oxígeno. Y Polly que pone su pata sobre ellas y qué sé yo cuántas cosas más... Si esto es la botánica te la devuelvo: no me gusta -dijo Ben, mientras resollaba rojo y sudoroso como si acabara de correr una larga carrera.

-Tiene que gustarte. Aprenderás todo eso de memoria: Luego te daré un diente de león para que lo estudies y te lo haré ver a través de mi lente. No te imaginas lo interesante que es eso y la cantidad de cosas bonitas que observarás -exclamó Thorny, quien había descubierto los encantos de ese estudio y conocía las satisfacciones que proporcionaba, sobre todo a él, a quien habían prohibido distracciones más activas.

-Pero después de todo, ¿qué utilidad tiene esto? -preguntó Ben, quien hubiera preferido segar todo el campo antes que continuar con el estudio que le imponían.

-Eso te lo explicará muy bien mi libro, esta "Botánica de Gray para jóvenes" como reza su título. Pero yo puedo decirte qué importancia tiene para nosotros -prosiguió Thorny cruzando las piernas en el aire, apoyándose en la espalda y preparándose para atacar el tema. Somos de la Sociedad Científica de Exploradores y debemos llevar un cómputo de todas las plantas, animales, minerales, etc., que descubrimos. Supongamos que nos perdemos y debemos juntar plantas y cazar animales para alimentarnos. ¿Cómo sabremos cuáles son inocuos y cuáles no? Oye, ¿conoces la diferencia que hay entre un hongo venenoso y uno que no lo es?

-No.

-Pues bien: te la enseñaré un día de éstos. Hay también gladíolos ponzoñosos y toda clase de bayas malignas y conviene que observes bien dónde caminas cuando vas por el bosque o tropezarás con alguna hiedra que te hará pasar un mal rato. Ya yes que conviene conocer botánica.

-Thorny aprendió todo esto a través de una triste experiencia: conviene que tú atiendas sus consejos -dijo la señorita Celia, recordando los incontables accidentes que había padecido el muchacho antes que se apoderara de él la manía por la botánica.

-Por cierto que no me hizo mucha gracia tener que andar durante una semana con hojas de plátano y cremas en la cara. Acércate a un cornejo, Ben, y comprobarás que tu cara se pone roja como un cangrejo y los ojos se te salen de las órbitas. Acércate y ponte a estudiar al momento; ello impedirá que te veas en dificultades como le ocurre a muchos.

Impresionado por esta advertencia y atraído por el entusiasmo de Thorny, Ben se tiró sobre la colchoneta y por espacio de una hora las dos cabezas se movieron del microscopio al libro; el maestro hacía gala de sus conocimientos y el alumno se interesaba más y más con aquellas novedades que veía y oía. Aunque debemos confesar que Ben prefería observar las hormigas, escarabajos, lombrices y moscas de alas transparentes en lugar de dedicarse a las plantas de nombres largos. Sin embargo, no se atrevió a decirlo. Pero cuando Thorny preguntó si no le parecía un agradable entretenimiento, eludió la respuesta con toda astucia y propuso que juntaran flores para la señorita, prometiendo estudiar las especies venenosas siempre que le dieran tiempo para dedicarse con toda atención a tan interesante ciencia.

Como Thorny estaba ya ronco de tanto explicar se apresuró a dar término a la lección v los dos muchachos se dedicaron a pescar la botella de leche que dejaran en el arroyuelo. El recreo se prolongó hasta el día siguiente. Pero ambos niños habían encontrado gran placer en este nuevo pasatiempo; el activo Ben recorría el bosque y los campos provisto de una caja de latón que llevaba sobre el hombro en tanto que a Thorny, que poco se podía mover, le destinaron una bonita habitación adecuada a su nueva ocupación, donde se entretenía pegando flores secas en sus cuadernos, hierbas

y hojas en las paredes, donde tenía botellas, probetas, bandejas y recipientes de distintas clases y podía hacer todo el desorden que quería.

Pronto Ben trajo tal variedad de ejemplares que arrancaba de verdes escondrijos, de las orillas de los arroyos donde crecían azulados helechos, de los sitios donde las pajarillas danzaban como sonrosados duendes alrededor de las piedras, o de los árboles sobre cuyas ramas los pájaros hacen sus nidos, las ardillas conversan y las marmotas construyen sus madrigueras, que Thorny experimentó un vehemente deseo de ver con sus propios ojos todas esas maravillas. Por eso ensillaron a Jack y éste salió diligente moviendo su viejo cuerpo al trepar por los hermosos parajes para 'traer de vuelta a su jinete más fuerte y tostado que antes.

Estas cosas complacían a la señorita Celia quien, muy contenta, los miraba partir mientras ella se quedaba tranquilamente en casa y se dedicaba a coser algunas prendas delicadas o a escribir cartas voluminosas o a soñar con otras cartas tan largas como las suyas, meciéndose en su sillón hamaca bajo las lilas.

CAPÍTULO 13

-¡Las clases han concluido!

-¡Ahora podremos jugar!...

Así cantaban Bab y Betty al regresar a su casa aquel último día de junio, al mismo tiempo que cerraban los libros como si no fueran a abrirlos nunca más.

La maestra, agotada, les había dado ocho semanas de vacaciones que ella aprovecharía para descansar. Se cerró la escuelita, las lecciones tocaron a su fin, las vacaciones comenzaron finalmente. La tranquila ciudad se llenó súbitamente de niños tan bulliciosos que las madres comenzaron a pensar cómo aquietarlos e impedirles cometer peligrosas travesuras, en tanto que los padres, siempre prácticos, se las, ingeniaban para utilizar esas pequeñas manos ociosas y las ponían a juntar bayas o a rastrillar el heno, mientras los ancianos, no obstante amar mucho a los niños, bendecían secretamente al inventor de las escuelas.

Lo primero que hicieron las niñas fue planear y realizar "pic-nics" y pronto los campos, sobre los que esparcían sus sombreros, parecieron cubrirse.de grandes hongos, y las colinas florecieron por doquier, como si los vestidos de alegres colores fueran flores que se iban de paseo; y los bosques se llenaron de pájaros sin plumas que piaban tan alegremente como los tordos, los petirrojos y los reyezuelos.

Los muchachos se entregaron al "baseball" como pato que se echa al agua, y grandes batallas de mucho ruido pero poca sangre sacudieron las praderas. A los profanos en estas cosas debía parecerles que estos jovencitos habían perdido el juicio, pues, sin preocuparse por el calor que hiciese, ellos estaban siempre allí, sin saco, arremangados, arrojando al aire gorras de todo tipo, dando golpes sobre pelotas de cuero muy gastadas, arrojándolas al aire y corriendo luego tras ellas como si sus vidas dependieran de eso.

Todos hablaban con aspereza, chillaban a voz en cuello, disputaban sobre cualquier incidente del juego y, no obstante el calor, el polvo, la gritería y el inminente peligro de perder en cualquier momento un ojo o un diente parecían muy contentos.

Thorny era un jugador excelente, pero, como no estaba lo bastante fuerte como para demostrar su destreza, Ben lo sustituyó. Aquel, sentado sobre una cerca, actuaba de árbitro con gran alegría de su parte. Ben prometía ser un buen discípulo, pues hizo rápidos progresos; sus ojos, pies y manos que fueran otrora tan bien adiestrados, le

prestaron un excelente servicio y Brown fue considerado casi en seguida un "catcher" de primera clase.

Sancho se distinguió por su habilidad en encontrar las pelotas extraviadas y cuando era necesario, cuidaba los sacos esparcidos sobre la hierba con el aire respetuoso que tiene la guardia que está junto a la tumba de Napoleón. Bab hubiera deseado unirse al juego de los muchachos que prefería a los aburridos "pie-nics" o a los paseos con las muñecas; pero sus héroes no, la querían a ningún precio y ella tuvo que conformarse y sentarse junto a Thorny a observar con ansioso interés los altibajos -del juego de "nuestro equipo".

Para el 4 de Julio, los muchachos proyectaron jugar un importante partido; pero cuando el club se reunió para organizarlo las circunstancias se mostraron poco propicias. Thorny se había ido con su hermana a la ciudad a pasar el día, dos de los mejores jugadores no aparecieron y los demás estaban completamente exhaustos a consecuencia de las fiestas que habían comenzado al alba.Se tendieron entonces -perezosamente sobre el césped bajo los grandes álamos a comentar sus decepciones y desilusiones.

-Es el 4 de Julio más pobre que he visto en mi vida. N; cohetes ha habido esta vez a causa de un caballo que por ellos se espantó el año pasado-rezongó Sam Kitteridge, disgustado con el severo edicto que prohibía a los ciudadanos quemar cuanta pólvora les viniese en ganas como lo hacían años anteriores.

-El año pasado Jimmy perdió un brazo cuando hicieron las salvas con el viejo cañón. ¿No resultó entretenido ir a visitarlo al hospital y luego acompañarlo de regreso a su casa? - comentó otro niño, a quien había defraudado la falta de accidentes, una de las partes más interesantes del programa de festejos.

-Y a menos que arda algún granero, tampoco habrá fuegos artificiales -manifestó otro muchacho, el cual en aquella ocasión se había dedicado con tal ardor e imprudencia a la pirotecnia que había asado en sus fuegos la vaca de un vecino.

Yo no daría ni dos céntimos por un lugar tan viejo y aburrido

como ésta. El 4 de julio del año pasado yo me pasee por las calles de Boston sentado en lo alto de nuestro gran coche y vestido con mis mejores galas. Hacía un calor sofocante, paro divertía poder ver a través de las ventanas altas de las casas y oír los gritos de las mujeres que se asustaban cuando el carricoche se tambaleaba y yo simulaba que me caía -dijo Ben apoyado en un palo con el aire de un hombre que ha recorrido al mundo y que deplora tener que descender desde su alta esfera.

-Si yo me hubiese encontrado en tu lugar nunca hubiera venido aquí-exclamó Sam quien trataba de sostener con el mentón su palo de "base-ball", pero fracasó, y como no pudo mantener el palo en equilibrio, este cayó y le golpeó la nariz.

-Tienes mucho que aprender, viejo. Te aseguro que la tarea es difícil y no se avendría con tus huesos perezosos. Por otra parte, eres demasiado grande para empezar a aprender. Lo único que podrías hacer en un circo es exhibirte como ejemplar de gordo, siempre que Smithers necesite uno-declaró Ben observando al robusto muchacho con un poco da desprecio.

-Vamos a nadar. Si no podemos jugar no hay nada que hacer aquí-dijo un pelirrojo que deseaba bañarse en el estanque de Sandy.

-Me parece bien. Tampoco yo descubro que otra cosa se puede hacer-suspiró Sam que se incorporó con la misma gracia de un pequeño elefante.

Todos se disponían a seguirlo cuando un agudo "¡chist, muchachos! ¡deténganse!...", hizo que se volvieran a observar a Billy Barton, quien se acercaba corriendo como un potrillo dasbocado y agitaba en la mano una gran hoja de papel.

-¿Qué ocurre ahora? - preguntó Ben mientras el otro, portador da grandes noticias,

se acercaba resoplando y haciendo gestos.

-¡Miren!... ¡Lean esto! ¡Acérquense!... -exclamó Bill poniendo el papel en manos de Sam y observando al grupo con su cara de luna llena resplandeciente de alegría.

-"¡Atención! ¡Gran exhibición!" -leyó Sam-. "Van Amburgh y Compañía. Gran Casa de Ferias, Circo y Coliseo. Se presentará en Barryville el cuatro de julio a las trece y a las diecinueve horas en punto. Cincuenta céntimos la entrada. Los menores pagan media entrada. No olviden al día y la hora de la exhibición. H. Frost, Gerente".

Mientras Sam leía, los otros niños se entretenían mirando las curiosas y atractivas figuras que cubrían el programa. Se veía un carro dorado dentro del cual caballeros con corazas tenían en la mano grandes trompetas; tiraban de la carroza veinticuatro corceles con las cabezas, crines y colas adornadas con plumas; payasos, titiriteros, hombres que levantaban pesas y jinetes que volaban por el aire como si para ellos no existiera la ley de la gravedad.

Pero lo que más les llamó la atención fue el gran conjunto de animales: la jirafa emergía por detrás del elefante, la cebra parecía querer saltar por encima de las focas, el hipopótamo se acercaba como si friese a devorar a una pareja de cocodrilos y unos cuantos leones y tigres saltaban en todas direcciones con las fauces muy abiertas y las colas tan tiesas como la del famoso león de la Casa de Northumberland.

-¡Madre mía!... ¡Cómo me gustaría ver esto!... -exclamó al pequeño Cyrus Fay, quien esperaba que la jaula que encerraba todas esas admirables bestias fuera bien segura.

-Difícilmente lo conseguirás. Eso sólo existe en figuras. En la realidad verás poco más que esto -y Ben, que había parado el oído al oír la palabra "circo", señalo con el dedo la figura de un hombre colgado por la nuca con un niño en cada brazo, otros dos colgados de los pies y un tercero que se apoyaba sobre la cabeza.

-Yo pienso ir -declaró Sam muy decidido, pues aquel desfile de maravillas le había ganado el alma hasta al extremo de hacerle olvidar el peso de su propia gordura.

-¿Cómo se las arreglarán para ir y pagar la entrada? -preguntó Ban, cuyas piernas comenzaron a temblar como le había ocurrido siempre que su padre lo alzaba para arrojarlo a través del aro de fuego.

-Iremos caminando con Billy. Son solo cuatro millas y tenemos bastante tiempo, de modo que podremos hacer el viaje con toda tranquilidad. Mamá no se inquietará ni pondrá inconvenientes si le avisamos -explicó Sam al mismo tiempo que sacaba del bolsillo medio dólar con la desenvoltura de. quien está acostumbrado a manejar semejante suma.

-Vamos, Brown... Tú eres un buen camarada y nos explicarás todas las triquiñuelas da la función -agregó Billy.

-Hum... Ni sé que hacer -murmuró Ben, quien deseaba ir, pero temía un rotundo "no" de la señora Moss si iba a pedirle permiso.

-¡Tiene miedo!... -se mofó un muchacho de cara colorada que se acababa de sentar en el suelo y ciaba así rienda suelta a toda su amargura ya que para el no había esperanzas de poder ir.

-¡Repite eso y te arrancare la cabeza!... -y Ben miró a su alrededor con tal expresión de furia que el atrevido se dio rápidamente a la fuga.

-Será tal vez que no tiene dinero... -sugirió un muchacho andrajoso que nunca tuvo en los bolsillos nada más que un par de manos sucias.

Con toda calma Ben mostró un billete de un dólar y lo sacudió ante las narices del incrédulo diciéndole con dignidad:

-Tengo dinero suficiente como pasa llevarlos a todos ustedes, si quisiera, peso no pienso hacerlo.

-Pues entonces ven y diviértete con Sam y conmigo. Compraremos algo pasa comes y haremos el viaje sin advertirlo - dijo Billy con tono conciliador al mismo tiempo que le daba unos golpecitos en la espalda y le sonreía de tal manera que a Ben le fu¿ imposible negarse.

-¿Pos qué se demoran? -preguntó Sam-. Yo ya estoy preparado pasa partir.

-No sé qué haces con Sancho. Se perderá o me lo robarán si lo dejo y ustedes están muy apurados para darme tiempo de llevarlo a casa -comenzó a decir Ben que quería convencerse de que ésa esa la causa de su vacilación.

-Dile a Cy que te lo lleve. El lo hará por unos pocos céntimos, ¿no es verdad, Cy? -preguntó Billy, esforzándose' pos vences todos los inconvenientes, pues quería a Ben y sabía que el muchacho deseaba ir.

-No, yo no se lo llevaré. No me gusta ese perro. Gruñe siempre que me le acerco- exclamó el travieso Cy de quien con justa sazón desconfiaba el pobre Sancho.

-Allí está Bab; ella lo llevará. Corre, amiguita, Ben te necesita -llamó Sam haciendo señas a la pequeña figura trepada en la cerca.

Esta salto y corrió emocionada y orgullosa de que la hubiera llamado el capitán del equipo.

-Quiero que lleves a Sancho a casa, le digas a tu mamá que me voy a caminas y que tal vez no vuelva hasta el anochecer. La señorita Celia me dio permiso pasa que hiciera lo que quisiese durante el día. ¿Recuerdas?

Ben hablo sin levantas la vista y simulo estas muy ocupado arreglando la correa del perro. Es que el muchacho y el perro rara vez se separaban porque eso no le gustaba a ninguno de los dos. Peso Ben cometió un error, pues mientras él se demoraba ajustando la correa, Bab tuvo tiempo de enterarse de lo. que decía el papel que San sostenía aún entre las manos, con lo que se confirmaron las sospechas que despertaran en ella las casas de los muchachos.

-¿Adonde van? Mamá querrá saberlo -preguntó dominada pos una gran curiosidad,

-Eso no te importa a ti. Las niñas no tienen pos qué saberlo todo. Torna la correa y vete a casa. Deja a Sancho atado durante una hora y dile a tu mamá que estoy bien -contestó Ben que quiso haces gala de su autoridad varonil delante de sus camaradas.

-Va al circo-susurro Fay deseando provocar una pelea.

-¿Al cisco? ... ¡Oh!, ¡Ben!... ¡Llévame!... -gritó Bab muy excitada al oís hablas de semejante maravilla.

-No podrás hacer cuatro millas a pie. . . -comenzó a decir Ben.

-Podré caminarlas como cualquiera de ustedes.

-No tienes dinero...

-Peso tienes tú... Vi cuando mostrabas tu dólar. ¿No me puedes prestar? Mamá te lo devolverá luego...

-No podemos aguardar hasta que te vistas...

-Voy como estoy. No importa que tenga puesto el sombrero viejo. -Y Bab se encasqueto más su viejo sombrero de paja.

-Tu madre no querrá que vayas...

-Entonces tampoco querrá que vayas tú ...

-Ella no es mi ama ya. La señorita Celia no se enojará cuando lo sepa, de manera que puedo ir.

-¡Pos favor! ... ¡Llévame, Ben! ... ¡Me portaré bien y cuidaré a Sancho durante todo el viaje!... - rogó Bab uniendo las manos y mirando a su alrededor como si quisiera sorprender un poco de piedad en las casas de aquellos muchachos.

-No nos molestes; no queremos tener niñas siempre pegadas a nuestros talones - exclamó Sam que dio media vuelta fastidiado.

-Yo te traeré un paquete de pastillas si nos dejas marchas tranquilos -le susurro pos lo bajo el bueno de Billy dándole unos golpecitos en señal de consuelo sobre el vicio sombrero.

-Cuando venga el cisco aquí irás con Betty -manifestó Ben un poco molesto de tener que mentir así.

-¡Nunca vendrá el cisco a un pueblo tan pequeño!... ¡No me engañas! ... Pues bien: yo no cuidaré a Sancho. ¡Allí lo tienes... -gritó Bab furiosa y al borde de las lágrimas: ¡tanto esa su desconsuelo!

-Supongo que no serás tan mala... -murmuró Billy paseando la mirada de Ben a la niña que pestañeaba pasa disimulas el llanto.

-Me gustaría sabes como hará para caminas cuatro millas. No me incomoda pagas su entrada. Lo que me preocupa es tener que llevarla hasta allá y traerla de regreso. ¡Las niñas son tan molestas!

-No, Bab. No puedes ir. Vete a casa y no fastidies. Vamos, muchachos. Van a ser las once y no nos conviene tener que ir muy aprisa Ben -habló muy resueltamente y en seguida tomo a Billy del brazo y los tres se alejaron. La pobre Bah y Sancho llorando la una y gruñendo el otro tristemente, los siguieron con la mirada hasta perderlos de vista.

Pero a Ben le pareció que las dos fisuras iban delante suyo a lo largo del hermoso camino. Y la alegría ya no pudo ser completa para él. Pues aunque reía y hablaba sin cesar, cortaba cañas y cantaba como un grillo, no lograba dejar de pensar que debía haber pedido permiso para hacer ese paseo y que debió' ser más bondadosa con Bah. Por eso murmuraba rara sí:

-Quizá la señora Moss hubiera arreciado las cosas de modo que pudiéramos ir todos... Me habría gustado llevar a pasear n Bab, ¡ha sido tan buena conmigo! ... Pero eso no tiene remedio ahora. Les llevaré algunos caramelos a las niñas y todo terminará bien.

Se aferró a esa idea y así consiguió continuar el camino mí, alegremente. Esperaba que a Sancho no le ocurriera nada durante su ausencia y mientras pensaba eso no dejaba de preguntarse si encontraría a algunos de los hombres que formaban la "troupe" de Smithers y hacía proyectes para divertir a sus compañeros.

El calor apretaba, v al llenar a los alrededores, de la ciudad se detuvieron junto a un manantial de agua para lavarse las caras llenas de polvo y refrescarse antes de sumergirse en el bullicio de la ciudad. Mientras se lavaban llegó junto a ellos, tambaleándose, el carro de un panadero, y Sam propuso que tomaran un liviano refrigerio mientras descansaban. Compraron un pan de jengibre y trepando a una lona cubierta de pasto verde, se tendieron en el suelo bajo un cerezo silvestre; y ni mismo tiempo que devoraban la comida con aran apetito paseaban la mirada por las grande s carpas del circo cuyas banderas flameaban al viento y que fácilmente podían verse desde la colina.

-Cruzaremos el campo. Resultará más corto que ir por el camino y así podremos dar un paseo por los alrededores antes de entrar. Quiero verlo todo y en especial los leones - dijo Sam mientras se engullía el Último bollo.

-Me parece oírlos rugir. -Y Billy se irguió para mirar con sus grandes ojos en dirección a las lonas que el viento hacía ondular y que ocultaban a su vista a los terribles leones.

-No seas tonto, Bill. Es una vaca que muge. Cuando oigas el rugido de un león temblarás de pies a cabeza - exclamó Ben

quien en ese momento se ocupaba de hacer secar su pañuelo que había hecho el doble oficio de toalla y servilleta.

-¡Convendría que te apuraras, Sam! ... La gente comienza a ir para allá. Lo veo desde aquí... -Billy se movía impaciente. Era la primera vez que él iba a ir a un circo y creía firmemente que vería cuanto anunciaba el programa.

-Aguarda un poco a que beba otro trago de agua. Los bollos son muy secos- manifestó Sam, quien se deslizó hacia la orilla de la barranca para poder descender más fácilmente.

No obstante ello, a punto estuvo de rodar de cabeza, pues al mirar abajo antes de saltar descubrió algo que atrajo poderosamente su mirada durante unos instantes.

En seguida se dio vuelta e hizo una seña a sus compañeras al mismo tiempo que les decía en voz baja pero muy ansiosamente:

-¡Miren rápido, muchachos!...

Ben y Bill se asomaron y con gran esfuerzo lograron contener una exclamación de profundo asombro: allí, abajo, se hallaba Bah aguardando que Sancho concluyera de calmar su sed en el arroyuelo.

Tenían un aspecto cansado y miserable. Bab, con la cara roja como un camarón, surcada de grandes lagrimones, los zapatos blancos de polvo, el delantal desgarrado de cuyo cinturón colgaba algo y uno de los zapatos con el talón afuera como si le lastimara el pie. Sancho, con los ojos cerrados, bebía ansiosamente; el pelo sucio, la cola gacha y el pompón a media asta como si estuviera de duelo por el amo que lo había abandonado. Bab sostenía aún la correa como si fuera a conducir al perro; pero se había perdido y el coraje comenzaba a abandonarla. Miraba sin cesar a ambos lados del camino, pero sin poder descubrir a las tres figuras conocidas a las que había seguido sin perderles pisada como si fuera un pequeño indio que corriera tras los rastros de un enemigo.

-¡Oh, Sancho!... ¿Qué haremos si no los encontramos? Sin embargo, no deben hallarse lejos. Este parece-ser el único camino que conduce al circo..

Bab hablaba como si el perro pudiera entenderla y darle alguna contestación. Y pareció que Sancho iba a hacerlo, porque dejó de beber, paró las orejas y mirando en dirección a la loma se puso a ladrar sospechosamente.

-Debe haber ardillas. No te inquietes y pórtate bien. ¡Estoy tan cansada que no sé qué hacer!... - suspiró Bab, quién echó a caminar y procuró arrastrar al perro tras de sí, ansiosa de poder admirar, aunque más no fuera,. la- parte exterior del circo.

Pero Sancho había oído un ligero silbido y dando un fuerte tirón cortó la correa, trepo de un salto la barranca y cayo sobre Ben que estaba inclinado espiando. Fue recibido con alegres carcajadas y al encontrar a su amo de tan buen humor, aprovecho para echarse sobre él, lamerle la cara, husmearle el cuello, morderle los botones del saco y ladrar jubilosamente como si fuera la cosa más divertida hacer una caminata de cuatro largas millas para jugar a las escondidas.

Antes de que Ben lograra apaciguarlo, Bab había trepado también la barranca y su rostro sucio e infantil tenía una expresión tan pintoresca mezcla de temor, fatiga, decisión y alivio, que los muchachos no pudieron ser severos como hubieran querido.

-¿Como se atrevió a seguirnos, señorita? -preguntó Sam mientras ella echaba una mirada a su alrededor antes de sentarse en el suelo.

-Sancho quiso seguir a Ben. No conseguí llevarlo a casa, de modo que tuve que venir tras él hasta dejarlo seguro aquí donde no podía perderse y evitar así que Ben se enojase.

La inteligente excusa divirtió a los muchachos. Y en tanto que Ben lograba a duras penas esquivar las caricias del perro y se incorporaba, Sam prosiguió su interrogatorio:

-Supongo que ahora pretenderás ir al circo...

-Naturalmente... Ben dijo que a él no le importaría pagarme la entrada si yo no lo molestaba. Así lo haré, y luego me volveré sola a casa. No tengo miedo, Sancho sabrá cuidarme si ustedes no quieren hacerlo -respondió Bab muy resuelta.

-¿Qué te dirá tu madre cuando regreses? -interrogo a su vez Ben en tono de reproche.

-Estoy segura que pensará que tú me has inducido a emprender esta aventura... - Y la astuta chiquilla sacudió la cabeza como si lo desafiara.

-Eso se arreglará a la vuelta. Ahora será mejor que aprovechemos a divertirnos- aconsejo Sam a quien hacía gracia Bab por la sencilla razón de que ninguna de las picardías de la niña lo perjudicaban a él.

-¿Qué habrías hecho si no nos hubieses encontrado? -preguntó Billy cuya impaciencia se trocó en admiración por la resuelta chiquilla.

-Hubiese seguido por el camino hasta encontrar el circo y luego, de regreso a casa, le habría contado todo a Betty - respondió Bab sin vacilar.

-Pero no tienes dinero para la entrada...

-¡Oh! ... Le habría pedido a cualquiera que me pagara la entrada. Como soy pequeña el gasto no habría de ser mucho.

-Lo más probable es que nadie te la hubiera pagado y entonces no ibas a tener más remedio que quedarte afuera.

-Pensé en la posibilidad, pero tenía muy bien planeado lo que haría si no hallaba a Ben. Obligaría a Sancho a realizar algunas pruebas y estoy segura de que de ese modo iba a obtener algunas monedas. Y ahora, sigamos viaje... - exclamó Bab muy resuelta y decidida a salvar cualquier obstáculo.

-No dudo de que habrías puesto en práctica lo que dices, Bab. Eres una gran muchacha, y si me alcanza el dinero, yo te pagaré la entrada -concluyo Billy mirándola con afecto.

-No es necesario. Yo me hago cargo de ella. Está muy mal que hayas venido, pero lo hecho, hecho está. Ahora quédate tranquila y no te preocupes por nada. Yo no me separaré de tu lado y te divertirás en grande-manifestó Ben resuelto a cargar él con todas las responsabilidades y dispuesto a ser bueno y condescendiente con su fiel amiga.

-Espero que así sea -murmuró Bab cruzándose de brazos como si lo único que le quedara por hacer, a partir de aquel momento, fuera divertirse.

-¿Tienes hambre? -preguntó Billy buscando en sus bolsillos restos del pan de jengibre.

-Estoy desfalleciente... -Y Bab se comió el trozo de pan con tanta desesperación que Sam, compadecido, le dio una parte de lo que le había quedado. Ben busco un poco de agua límpida en la parte en que el arroyuelo saltaba sobre unas piedras.

-Lávate la cara, arréglate el cabello v enderézate el sombrero. Luego reemprenderemos la marcha -ordenó Ben haciendo señas a Sancho para que se revolcara por el pasto y se limpiara.

Bab se restregó la cara hasta dejarla brillante y cuando levanto el delantal para secarse, dejo caer un montón de tesoros que había encontrado en el camino. Algunas flores mustias. mucho y ramitas verdes cayeron a los pies de Ben y un manojo de hojas anchas y un racimo de bayas blanquecinas atrajeron su atención.

-¿Donde encontraste esto? -preguntó removiendo las hojas con el pie.

-En un pantano. Sancho vio alzo allí y yo me acerqué creyendo que encontraría una rata almizclera.

-¿Y qué encontraste? -preguntaron los tres muchachos a coro con sumo interés.

-Un gusano. Pero a mí no me gustan los gusanos. En cambio me agrado esa planta

por lo verde y bonita. A Thorny también

le gustan las hojas raras -recordó Bab concluyendo de peinar sus trenzas.

-Pero éstas no deben gustarles ni a ti ni a él porque son venenosas. ¿No te habrán envenenado ya? Por las dudas, no las vuelvas a tocar. Las plantas que crecen en los pantanos son malas. Así" lo aseguró la señorita Celia. - Y Ben comenzó a mirar ansiosamente a su amiguita quien se miraba las manos sucias asustada. Luego preguntó muy preocupada:

-¿Crees tú que me enfermaré antes de ir al circo?

-No. Tengo entendido que el efecto sólo se siente al cabo de dos o tres días. Pero entonces es terrible...

-Poco me importará si antes he conseguido ver esos curiosos animales. Vamos pronto y no bacas caso de malas hierbas - aconsejó Bab más tranquila, pues la felicidad del presente era lo único que conmovía su juvenil y despreocupado corazoncito.

CAPITULO 14

Olvidando las preocupaciones. el grupo de chiquillos bajó corriendo la loma seguido por el inquieto perro que saltaba alrededor de ellos, y poco después pudieron ver de cerca la gran carpa del circo. Pero como ya la gente comenzaba a entrar, no pudieron demorarse mucho en la puerta de acceso.

Ben tuvo de inmediato la. sensación de que pisaba terreno conocido, y con tal indiferencia y tranquilidad arrojo su dólar en la taquilla, recogió el vuelto y echo luego a andar en dirección a la puerta de entrada con las manos en los bolsillos, que hasta el grandote de Sam domino su impaciencia y siguió humildemente al cabecilla que los conducía de un linar a otro como si fuera el dueño de todo aquello y tuviera que hacerle los honores a sus invitados. Bab, que se había asido fuertemente a los faldones de la chaqueta de su amigo. miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos v escuchaba profiriendo grandes exclamaciones de asombro y alegría al oír el rugido de los tigres v los leones. el chillido de los monos. los quejidos de los camellos i la música de la banda ubicada en el alto palco rojo.

Cinco elefantes comían su heno dentro de las jaulas y Billy sintió que se le aflojaban las piernas cuando vio esas enormes bestias de largas trompas y ojos pequeños pero muy vivos. A Sam lo divertía tanto el ruido que hacían los monos. que sus compañeros lo dejaron frente a la jaula de esos animales y ello, se fueron a ver la cebra.

-…rayada como el vestido de gasa de mamá -observó Bab.

Pero en cuanto descubrió . a los "ponnies" con sus crías se olvido por completo de aquélla. Sobre todo le llamo la atención un caballito muy pequeño que dormía sobre un colchón de heno, tan igualito a su madre, tan pequeñito que parecía mentira que fuera un animal de verdad.

-¡Oh, Ben!... ¡Yo quiero acariciar a ese caballito!... -dijo Bab. Y paso las sogas para tocar suavemente con la mano al hermoso caballito mientras la madre la vigilaba con ojo atento, husmeaba el sombrero marrón de la niña y el caballito entreabría perezosamente los ojos para ver qué sucedía.

-¡Sal de allí!... ¡Eso no se debe hacer!... -ordenó Ben que aunque deseaba hacer lo mismo sabía respetar la propiedad y su propia dignidad.

De mala gana Bah se dejo arrastrar adonde estaban los cachorros de leones parecidos a grandes perros y los tigres que se lavaban la cara igual que los gatos.

-¿Se enojarán si los acaricio? -preguntó Bab dispuesta a pasar su mano a través de los barrotes dándole a Ben tiempo justo para que le pegara un tirón de la falda y le impidiera así cometer esa locura.

-No se te ocurra acercarte porque te arrancarán la mano. Los tigres ronronean cuando están satisfechos y contentos, pero nunca son mansos y gruñen constantemente -explicó Ben. Luego se abrió paso en dirección al sitio donde los gibosos camellos con una expresión triste en los ojos que parecía indicar cuánto añoraban el amplio desierto, rumiaban pacíficamente.

Apoyado contra las sogas, mordiendo con displicencia una paja Ben parecía el empresario de aquel circo. Pero el agudo relincho de un caballo lo saco de aquella posición y le recordó que adentro los aguardaban maravillas superiores.

-Es mejor que nos apuremos a entrar para conseguir buena ubicación. La gente comienza a amontonarse. Quiero estar cerca de la entrada de los artistas para ver si descubro a alguno de los hombres de Smithers.

-Yo prefiero no sentarme por allí porque no se ve bien y además el tambor hace tanto ruido que no nos dejará oír nada -dijo Sam cuando se les reunió.

Puestos por fin de acuerdo, se ubicaron en un sitio desde el cual podían ver y oír cuanto ocurría en la pista y hasta alcanza

ban a divisar a los caballos blancos de arneses de colores y el brillo de los yelmos que se encontraban del otro lado del sucio cortinado rojo. Ben compro maníes y maíz frito para Bab y adoptó una actitud de padre indulgente mientras la niña. sentada entre él y Bílly, murmuraba con la boca llena de palabras de agradecimiento.

Sancho, por su parte, se excitaba con todas aquellas escenas y ruidos familiares y su pobre mente de animal no alcanzaba a comprender la actitud de su amo; porque él consideraba que debían estar dentro del escenario, con la ropa de trabajo y aguardando su turno para actuar. Miraba con ansiedad a Ben v mordisqueaba la correa como si quisiera indicarle que en lugar de ella un moño rojo tenía que adornarle el cuello; y luego separaba con la pata las cáscaras de maníes como si buscara las letras para escribir.

-Te comprendo muy bien, amigo mío, pero nosotros no tenemos nada que hacer allí. Hemos renunciado a ese trabajo v ahora no somos más une simples espectadores. Por eso, a quedarse quieto y a portarse bien-musito Ben acomodando al perro bajo su asiento y dando unos golpecitos a la cabeza que asomaba entre sus pies.

-¿Quiere salir al escenario a trabajar? -preguntó Billy y agregó:

-¿.Y tú también? ¡Me gustaría verlos! ... ¿No sería divertido que Ben se presentara en el escenario?

-A mí me daría miedo verlo montado sobre un elefante o dando saltos a través de los arcos como lo hacen los acróbatas... -respondió Bah que se puso a estudiar su programa.

-¡Bah!... Yo he hecho eso infinidad de veces y me gustaría demostrarles de qué soy capaz. No creo que tengan un muchacho en la compañía y no sería extraño que me tomaran si llegara a ofrecerme -dijo Ben, quien se movía inquieto en su asiento y dirigía ansiosas miradas en dirección al interior de la carpa donde sin duda se habría hallado más en su ambiente que allí, en medio de la platea.

-He oído decir a unos señores que la ley prohibe trabajar a los niños. porque es peligroso y no le conviene esa clase de trabajos. Si eso es verdad. tú no tienes nada que hacer aquí. Ben -observo Sam con aire de persona entendida v sin olvidar las alusiones que Ben había hecho. con, respecto a "los niños gordos".

-No creo que eso sea verdad y te aseguro que si Sancho y yo nos presentáramos seríamos contratados al instante. Formamos un número muy interesante y me están entrando ganas de demostrárselo a todos -dijo Ben comenzando a ponerse nervioso y un poco petulante.

-¡Oh!... ¡Ya comienza la funciona… Vienen carruajes dorados, hermosos caballos, banderas. elefantes... -gritó Bab y dio un tirón al brazo de Ben en el momento en que toda la comparsa hacía su aparición encabezada por la banda de música cuyos músicos soplaban con tantas ganas en sus instrumentos que sus caras se ponían rojas como sus uniformes.

Dieron varias vueltas alrededor de la pista para que la concurrencia pudiera verlos a todos. Luego los jinetes, con las plumas de sus sombreros agitadas por el viento, quedaron haciendo caracolean a los caballos que piafaban ruidosamente, y los acróbatas se sentaron con desgano sobre la arena como si fueran a echarse a dormir allí no más.

-¡Qué hermosura!... -exclamó Bab cuando vio como saltaban los jinetes sin esperar que se detuvieran sus cabalgaduras.

-Eso no es nada. Aguarda a que monten en pelo y hagan saltos acrobáticos... -dijo Ben luego de dirigir una nueva mirada al programa y con la entonación de quien conoce todo perfectamente y ya nada puede sorprenderlo.

-¿Qué son saltos acrobáticos? -preguntó Billy que ansiaba toda clase de informaciones.

-Saltar muy alto haciendo pruebas. Pero mira qué hermoso caballo... -Y Ben olvido todo lo demás y solo tuvo ojos para contemplar el espléndido animal que se acercaba con paso de danza, tumbaba sillas v las volvía a colocar, derechas, en su lugar, se arrodillaba, saludaba, realizaba varias pruebas y concluía dando un rápido galope mientras su jinete se abanicaba con ambas piernas cómodamente cruzadas sobre el cuello del caballo-. ¡Eso sí que es maravilloso!... -Y tos ojos de Ben brillaban de admiración y envidia mientras seguían a la pareja que desapareció tras el telón.

Dando saltos, la pareja de acróbatas vestidos de rojo y plata entraron a la pista. Esta parte del programa entusiasmo a los niños, y no era para menos, ya que la fuerza y la agilidad, atributos varoniles que los niños admiran, eran poseídos en alto grado por los saltimbanquis que volaban por el aire como pelotas de goma rivalizando en destreza hasta culminar con el doble salto mortal que dio el jefe del grupo pasando por encima de cinco elefantes.

-¿Qué me dicen, amigos? ¿Qué les parecen esos saltos? -preguntó Ben restregando satisfecho las manos mientras sus amigos aplaudían hasta no poder más.

-Cuando volvamos a casa instalaremos un trampolín y procuraremos imitarlos -dijo Billy loco de entusiasmo.

-¿De donde- sacarás los elefantes? -preguntó Sam despectivamente, pues a él las acrobacias no le entusiasmaban.

-Tú harás el papel de uno de ellos-replico Ben, y Billy

y Bab se echaron a reír con tantas ganas que un hombre que estaba sentado detrás de ellos y que había seguido toda la conversación dijo que eran unos niños muy divertidos y no apartó la mirada de Sancho, que comenzaba a insubordinarse.

-¡Hola! ... ¡Eso no estaba en el programa!... -gritó Ben al ver entrar a un payaso pintarrajeado seguido de media docena de perros.

-¡Qué alegría!... ¡Ahora también Sancho podrá divertirse! ... Allí va un perro que podría ser su hermano mellizo. Ese de la cinta azul... -exclamó Bab inclinándose llena de satisfacción a contemplar los perros que ocupaban sus sitios en sillas dispuestas especialmente para ellos.

Sancho demostró que le gustaba mucho esta -parte del programa, pues salió de abajo del asiento y se adelantó a saludar a sus congéneres. Pero como no pudo hacerlo, se sentó tan humildemente a los pies de su amo, que Ben no tuvo valor para obligarlo a colocarse nuevamente bajo su asiento. Sancho se quedó quieto un momento, pero cuando el perro negro que hacía de payaso efectuó su gracioso número y todos los aplaudieron, intentó saltar a la pista y vencer a su rival, lo que obligó a Ben a darle un sacudón y ponerle un pie encima para tenerlo quieto, no fuera que el animal provocara algún desorden y por su culpa los obligaran a abandonar el circo.

Sancho estaba demasiado bien educado como para intentar rebelarse nuevamente, de modo que se tendió a meditar sus culpas mientras concluía la representación de los perros. Se abstuvo de hacer demostraciones o de mostrar su interés por las proezas de los animales. y con disimulo y de reojo miró a dos pequeños cachorritos que salieron de un cesto y comenzaron a subir y bajar una escalera apoyándose sólo en sus patas delanteras, bailaron luego sobre sus patas traseras y realizaron una serie de cabriolas

ara gran satisfacción del público infantil.

-Si me dejaran, yo podría hacerlo mejor y dejarlos a todos boquiabiertos... -pensaba Sancho encogiéndose y volviendo

espalda a ese mundo que no lo comprendía.

-Me da pena tenerle que ordenar que se quede quieto, fíjese que él podría trabajar mejor que todos esos perros juntos. Daría cualquier cosa por poder exhibirlo como antes. La gente lo admiraba y yo me sentía orgulloso de él. Ahora está nervioso porque lo he tenido que castigar y no quiere saber nada conmigo -dijo Ben mirando con un poco de remordimiento a su ofendido camarada aunque sin decidirse todavía a pedirle disculpas.

Hubo luego varios números hípicos y Bab miraba conteniendo la respiración a la hábil amazona que conducía cuatro caballos y los obligaba a saltar aros y vallas a tal velocidad y con tanta seguridad y soltura que nadie podía imaginarse hubiera algún peligro en aquellos ejercicios. En seguida, dos niñas se echaron a volar desde un trapecio v bailaron sobre la cuerda floja, con lo que hicieron pensar a Bab que por fin había descubierto su vocación y podría responder a la pregunta' que su madre siempre se hacía:

-No sé para qué me servirá esta hija mía. Lo único que sabe hacer son travesuras...

-Cuando vaya a casa .me arreglaré un vestido para que se parezca a ésos y le demostraré a mamá lo hermoso que es esto. Puede ser que me permita, entonces, usar pantalones rojos y dorados y trepar y saltar como estas niñas... -comenzó a maquinar el activo cerebro de Bab, muy excitado a raíz de todo lo que había visto durante ese día memorable.

Pero una pirámide de elefantes en cuya cúspide se hallaba sentado un caballero vestido con un brillante atavío, con un turbante rojo sobre la cabeza y altas botas negras consiguió hacerle olvidar ese interesante proyecto. Ese número llamó poderosamente su atención, lo mismo que la aparición de una jaula con tigres de Bengala junto con los cuales estaba encerrado un hombre quien corría el riesgo de ser devorado por las feroces fieras. Justamente en el momento en que los animales salían a la pista con paso pesado se oyó un espantoso trueno que causó gran alarma entre el público. Los hombres que estaban sentados en los asientos más altos se asomaron por entre las lonas y anunciaron que se venía un fuerte aguacero. Algunas madres ansiosas comenzaron a recolectar sus hijos igual que hacen las gallinas al atardecer; algunos graciosos mal intencionados relataron divertidas historias de carpas voladas por el viento, de jaulas que se abrían y dejaban escapar a las fieras.

Muchos huyeron, y los artistas se apresuraron a dar por terminada la función lo

antes posible.

-Me voy antes de que empiece a salir toda la gente. De una carrera llegaré luego a casa. He visto a dos o tres conocidos de modo que me marcho con ellos. -Y con unos pocos saltos San desapareció dejando a sus amigos sin más ceremonias.

-Es mejor esperar que pase el chaparrón. Podemos volver a ver los animales y luego regresar a casa sin mojarnos -observó Ben procurando infundir valor a sus compañeros, pues notó que Billy miraba ansioso las lonas que comenzaban a chorrear agua y los postes que se balanceaban y escuchaba las pisadas de los que huían de la tormenta, cosas que bastaban para justificar el miedo de los niños sin necesidad de agregar el melancólico rugido del león que sonaba lúgubremente a través de la penumbra que ya invadía el recinto.

-Por nada del mundo quisiera perderme el número de los tigres. ¡Mira! ... ¡Ahora acercan más la jaula y el domador prepara su rifle! ¿.Le tirará a alguno de ellos, Ben? -preguntó Bab, acercándose asustada al muchacho, pues temía más el estampido de un rifle que los truenes más terribles.

-¡Pero no, criatura!... Sólo lo carga con pólvora y hace un poco de ruido para atemorizar a las fieras. A pesar de ello, a mí no me gustaría estar en su lugar. Papá decía que no hay que confiar en los tigres como se puede hacerlo en los leones por muy domesticados que aquéllos parezcan. Son taimados como los gatos y un rasguño de sus garras no hace ninguna gracia -explicó Ben moviendo significativamente la cabeza. mientras los barrotes de la jaula crujían y las pobres bestias saltaban, hacían pruebas y luego volvían a ponerse en acecho furiosas de que las obligaran a hacer tal despliegue de fuerzas en cautividad.

Bab recogió las piernas y pestañeó rápidamente muy. nerviosa al ver cómo "cl hombre del brillante uniforme" acariciaba a los enormes felinos que se tendían a sus pies, les abría las grandes fauces, se acostaba entre ellos y los obligaba a saltar sobre su cuerpo moviendo un gran látigo. Cuando el rifle del domador dejó escapar un disparo y los tigres cayeron como muertos, Bah apenas si pudo contener un gritó y se tapó los oídos con las manos. Pero el pobre Billy ni siquiera ovó el estampido porque. pálido y tembloroso, estaba pendiente de la "artillería celeste" que descargaba toda su furia por encima de su cabeza al mismo tiempo que la luz enceguecedora de un relámpago le hizo temer que los palos y las lonas del circo se vinieran abajo. Se cubrió los ojos y deseó con todas sus fuerzas hallarse pronto a salvo en su casa, junto a su madre.

-¿Tienes miedo a los truenos, Bill? -preguntó Ben procurando hablar despreocupadamente aunque el sentido de su propia responsabilidad comenzaba a inquietarlo. ¿Cómo llevaría a Bah a su casa en medio de ese diluvio?

-Las tormentas me enferman. No puedo soportarlas. Desearía no haber venido - suspiró Billy quien, demasiado tarde ya, se daba cuenta que una limonada y unas pastillas no eran alimento suficiente, y que una carpa cerrada no era el sitio apropiado para pasar una calurosa tarde de julio, especialmente si prometía ser tormentosa como ésa.

-Yo no te pedí que vinieras; fuiste tú quien me entusiasmo a mí, de modo que yo no tengo culpa ninguna -dijo Ben, un poco incomodo, mientras la gente se amontonaba. para salir sin prestar atención a las canciones cómicas del payaso que seguía cantándolas sin hacer caso de la contusión.

-¡Oh!... Yo estoy tan cansada... - rezongó Bab desperezándose y estirando brazos y piernas.

-Debiste sentirte cansada antes de venir. Nadie te invito a ti tampoco - y Ben miro con expresión contrariada a su alrededor buscando un rostro conocido o tratando de

hallar a alguien con más cabeza que el para que le ayudara a salir de aquel atolladero donde se había metido.

-Yo dije que no los molestaría y así será. Me iré a casa en seguidita. No le temo a los truenos y la lluvia no estropeará más de lo que está mi ropa vieja. ¡Vamos!... -gritó Bah muy resuelta y animosa, y decidida a mantener su palabra, aunque una vez concluida la función las cosas ya no parecían tan sencillas.

-Me duele la cabeza atrozmente. ¡Como me gustaría que apareciera el viejo Jack y me llevara a casa -murmuro Billy, a quien una súbita energía lo llevaba a seguir a sus compañeros en desgracia mientras se dejaba oír una nueva y más potente descarga de truenos.

-Sería mejor que desearas que apareciera Lita con el coche para que pudiéramos volver todos juntos -contestó Ben al mismo tiempo que los conducía en dirección a la salida donde se había detenido mucha gente que aguardaba que amainara la tormenta.

-¡Pero si es Billy Barton! ... ¡Como diablos has llegado hasta aquí?. .. -gritó alguien con tono de sorpresa mientras un bastón en forma de cavado alcanzaba al muchacho y lo sujetaba por el cuello obligándolo a enfrentarse con un joven granjero quien trataba de abrirse paso seguido de su mujer y varios niños.

-¡Oh!... ¡Tío Eten!... ¡ Qué alegría me da que me hayas encontrado! ... Tenía que volver caminando a casa, llueve y no me siento bien... ¡Déjame ir contigo, por favor!... -pidió Billy colgándose con desesperación del brazo que lo tenía sujeto. -No me explico como tu madre permitió que vinieras tan lejos convaleciente como estás de la escarlatina. Nosotros somos muchos, como de costumbre, pero te haremos un lugarcito -dijo la bondadosa mujer del tío que se ocupaba de abrigar al pequeñuelo que llevaba en sus brazos y empujaba a otros dos para que no se separaran del padre.

-Pero yo no vine solo. Sam consiguió que alguien lo llevara a grupas en su cabalgadura. Quedan Ben y Bab ¿no podrían hacer un lugar también para ellos? Ninguno de los dos ocupará mucho sitio... -rogó Billy ansioso de ayudar a sus amigos.

-Nos es imposible. De regreso, debemos levantar a mamá en el camino y solo nos queda lugar para ella. Está aclarando; date prisa. Lucy, y procuremos salir de este atolladero lo más rápido posible... - dijo el tío Eten con impaciencia. Porque eso de ir a un circo con una familia numerosa no es cosa muy sencilla, como lo sabrán muy bien los que han pasado por esa experiencia.

-Siento realmente que •no haya un lugar para ti, Ben. Le diré a la mamá de Bab donde están ustedes y quizá ella envíe alguien a buscarlos -explicó Billy apresuradamente, mientras partía apesadumbrado de tener que abandonar a sus compañeros; aunque su compañía no le sirviera a ellos de mucho.

-Vete tranquilo y no te preocupes por nosotros. Yo estoy muy bien y Bab se portará lo mejor posible -fue todo lo que alcanzo a decir Ben antes de que su camarada fuera arrastrado por la muchedumbre que se agolpaba en la puerta de salida abriendo y cerrando paraguas en medio de una gran confusión de muchachos y hombres que aumentaban con sus voces la agitación general.

-No hay necesidad de meterse en esa aglomeración donde correríamos el riesgo de que nos aplastaran. Esperaremos un poco y luego podremos salir cómodamente. Llueve mucho y tú te empaparás antes de llegar a tu casa. Eso no te gustaría,' ¿no? -preguntó Ben observando la lluvia que caía incesantemente como si no fuera a parar nunca.

-¡Bah!... Eso no me preocupa… -contestó Bab que se balanceaba sobre una soga con aire satisfecho, pues seguía muy alegre y estaba dispuesta a disfrutar de ese día hasta el fin-. Me gusta el circo con locura y me habría agradado quedarme a vivir

aquí. Dormir en uno de esos carros, como-lo hacías tú y tener esos lindos potrillitos para poder jugar con ellos.

--No te habría gustado tanto si te hubieras encontrado sola, sin nadie que cuidara de ti -comenzó a decir Ben pensativamente mientras miraba aquellos lugares, familiares para él, donde los hombres daban de comer a las bestias, se acomodaban luego para comer o se tendían a descansar un poco antes de que empezara la función vespertina. De pronto, el muchacho dio un salto y dejando la correa de Sancho en manos de Bah dijo apresuradamente:

-Allí veo un muchacho conocido. Tal vez el pueda decirme

algo acerca de papá. No te muevas de aquí hasta que yo regrese.

Salió corriendo y Bab pudo ver como desaparecía persiguiendo a un hombre que terminaba de dar agua a la cebra y se alejaba con un cubo en la mano. Sancho intento seguirlo, pero lo detuvo un enérgico:

-¡No!... ¡Tú no puedes ir!... ¡Que molesto eres!... ¿Siempre has de correr tras la gente que no te necesita?

Sancho podría haber respondido:

-¿Y tú? - pero como era un perro muy gentil se sentó con expresión resignada y se puso a observar a los potrillos, que, despiertos va, comenzaron a jugar al escondite con sus mamás. Bab disfrutaba en grande de aquel espectáculo y festejaba la gracia de los saltos de los potrillos. Y para acercarse más a ellos, ato a Sancho a un poste y paso por debajo de las cuerdas de modo que le fuera posible acariciar al más pequeño, un caballito de color gris que se arrimo a ella y le dirigió una confiada mirada con sus ojos oscuros y un amable relincho.

¡Ay, desventurada Bab!... ¿Por que te volviste de espaldas? ¡Oh Sancho, animal inteligente!... ¿Por que desataste el nudo con tanta habilidad y, una vez libre. huiste para ir a reunirte con ese despreciable "bull-dog" que, desde la puerta principal, te llamaba agitando cordialmente su corto rabo? ¡Oh infeliz Ben!... ¿Por que demoraste tanto y llegaste cuando ya era demasiado tarde para salvar a tu querido compañero de las garras de aquel mal hombre que puso un pie sobre la soga que arrastraba Sancho v se llevo al perro lejos del tumulto?

-Era Bascum, un antiguo amigo, pero no sabía nada de nada... ¿Dónde está Sancho? -interrogó Ben.

Su voz ansiosa obligo a Bab a darse vuelta. Vio entonces a Ben que miraba a todos con una profunda alarma pintada en el rostro, como si hubiera perdido a un niño.

-Lo até aquí... Debe estar por aquí... Yo..., con los "ponnies".. -tartamudeó Bab consternada al darse cuenta que por ninguna parte se veían rastros del perro.

Ben silbo. llamo y busco en vano. Por fin, un hombre que andaba por allí le dijo:

-Si buscas un perro grande, lanudo, vete afuera. Yo lo vi salir persiguiendo a otro perro.

Con Bah tras de el. Ben se precipito en dirección al lunar indicado, sin cuidarse de la lluvia. Ambos se daban cuenta que sobre elles se cernía tina gran desgracia. Pero Sancho ya había desaparecido mucho entes, y nadie se había preocupado de los furiosos ladridos que dio cuando lo encerraron en un carro cubierto.

-Si se pierde, no te lo perdonare nunca, ¡nunca!... - y Ben no pudo dominarse y propino varios coscorrones a Bab y le dio dos buenos tirones de trenzas.

-¡Lo siento mucho!... Pero Sancho volverá; tú dijiste que siempre vuelve... - murmuro Bab desconsolada, presa de gran angustia y un poco asustada también del aspecto furioso de Ben, ya que rara vez lo había visto de aquel humor, pues el nunca era rudo con las niñas.

-Si no vuelve no me dirijas la palabra por espacio de un año. Ahora me vuelvo a

casa.

Y comprendiendo que sus palabras no alcanzaban a demostrar todo su enojo, se alejo caminando con toda la seriedad que cabe en un muchacho de su edad.

Pero criatura de aspecto más afligido y desconsolado que Bab difícilmente se hubiera podido encontrar. Caminaba salpicándose de barro, pues no se cuidaba de evitar los charcos, y se empapaba de arriba abajo como si con ello quisiera purgar sus pecados. Camino así, trabajosamente pero resuelta, poco más de una milla. Ben iba adelante guardando un solemne silencio que termino por tornarse insoportable. La castigada Bab deseaba con toda su alma una palabra de indulgencia, pero esta no llegaba, y entonces se puso a pensar muy afligida como haría para soportar la pena si el cumplía la terrible amenaza de no hablarla durante un año entero.

Pero poco a poco fue apoderándose de ella un nuevo malestar. Tenía los pies mojados, fríos y cansados, y como los maníes y el maíz frito no constituyen, en verdad, gran alimento, no era extraño que también se sintiera hambrienta y débil. El deseo de ver un espectáculo desconocido pudo haberla mantenido antes, pero eso ya había pasado y lo único que tenía en esos momentos eran ganas de acostarse y dormir. Hacer un largo camino para ir al circo era muy distinto a hacer el mismo recorrido de regreso a casa, donde espera tan solo una madre enojada y afligida. El fuerte chaparrón se había transformado en una tupida llovizna; comenzaba a soplar un frío viento del este; el camino que subía y bajaba las lomas parecía alargarse delante de sus cansados pies, mientras la figura muda con traje de franela gris se alejaba con paso cada vez más rápido sin volver la cabeza. Esto hizo' que la tristeza y los remordimientos de Bab llegaran al máximo.

Pasaban los carros por el camino, pero todos iban completos y nadie les ofrecía un sitio. Los hombres y los niños los dejaban atrás no sin antes burlarse del pobre aspecto de la solitaria pareja. Pues la lluvia había transformado a los dos niños en unos pequeños vagabundos. Y no tenían al bravo Sancho para que los defendiera e hiciera frente a los impertinentes. Esta idea se les ocurrió a ambos casi simultáneamente cuando vieron pasar a un perro ovejero que pasaba trotando bajo un coche. El buen animal se detuvo para dirigirles una palabra de aliento en su lenguaje mudo. Miró a Bab con sus ojos mansos, metió luego el hocico en la mano de Ben y prosiguió luego su viaje con la cola levantada.

Ben se sobresaltó al sentir el frío contacto del hocico entre sus dedos, luego dio un golpecito en la cabeza del animal y se quedo mirándolo alejarse a través de la niebla cine la lluvia y la humedad levantaban. Bah se sintió desfallecer: la mirada del animal le había hecho recordar la de Sancho. Se puso a sollozar suavemente y á mirar hacia atrás deseosa de ver al querido y viejo amigo aparecer saltando por el camino. Ben oyó el dolorido sollozo y miró a la niña rápidamente por sobre el hombro. Ofrecía aquélla un espectáculo tan lastimero que se calmó en parte su enojo y para justificar su rudeza anterior se dijo:

-Bab es una niña traviesa, pero que ya ha sufrido bastante. Cuando lleguemos al señalero volveré a dirigirle la palabra, pero no la perdonaré hasta que Sancho haya regresado.

Pero su naturaleza era más bondadosa que todos sus propósitos. Antes de alcanzar el poste indicador Bab, cegada por las lágrimas, tropezó con la raíz de un árbol y rodó hasta caer sobre un colchón de ortigas. Ben la ayudó a levantarse y trató, aunque vanamente, de consolarla. La niña se sentía tan desamparada que nada lograba calcarla y lloraba a lágrima viva retorciéndose las manos que le ardían y dejando rodar por sus sucias mejillas gruesos lagrimones que corrían igual que los hilos de agua que descendían hasta el camino.

-¡Oh Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Estoy llena de ronchas y tengo hambre!. .. ¡Me duelen los pies, tengo frío!. -gemía la pobre niña tirada sobre el pasto con un aspecto tan miserable que habría conseguido ablandar el corazón más rudo.

-No llores así, Bab. Me he portado mal contigo. Discúlpame. Te perdonaré y nunca .más te castigaré -exclamó Ben quien, como buen hombrecito que era, se olvidó de sus propias aflicciones para tener en cuenta sólo las de ella.

-Pégame otra vez, si quieres. Sé que procedí mal al atar y abandonar luego a Sancho. No lo haré más. Estoy tan arrepentida que no sé qué hacer -respondió Bab completamente vencida por la generosidad y bondad de Ben.

-No te preocupes. Límpiate la cara y sigamos viaje. Le contaremos todo a tu mamá y ella nos dirá qué debemos hacer. Tal vez Sancho haya llegado a casa antes que nosotros.

Así procuraba Ben darse ánimos y alegrar a Bab con la esperanza de encontrar al perro.

-No creo que pueda seguir caminando. Estoy muy cansada, y las piernas se niegan a llevarme. Además, el agua que tengo dentro de los zapatos los hace muy pesados. Quisiera que ese muchacho que viene por allí me llevara un trecho en su carretilla. ¿Crees que se negará? -preguntó Bab levantándose pesadamente al mismo tiempo que aparecía un muchachón alto arrastrando una carretilla desde un corral cercano.

-¡Hola, Joslyn!... -saludó Ben reconociendo al muchacho que era uno "de los amigos de la loma" quien bajaba los sábados al pueblo a jugar o a hacer algún mandado.

-¡Hola, Brown!... -respondió el otro deteniendo la marcha, sorprendido al verlos en tan deplorable estado.

-¿Adónde vas? -preguntó Ben con parquedad.

-Voy a llevar este maldito trasto a casa.

-,Hacia allá?... -y el. muchacho señaló la granja que se veía al pie de la colina.

-Varios para allá. Yo llevaré la carretilla.

-¿Por qué? -preguntó el prudente muchacho desconfiando de tan espontáneo ofrecimiento.

-Bab está cansada y quiere que la lleve. Te dejaré la carretilla en perfecto estado, te lo prometo... -aseguró Ben medio avergonzado pero ansioso de terminar pronto aquel viaje, ya que los contratiempos comenzaban a multiplicarse.

-No podrás llevarla por ese camino. Debe pesar tanto como un saco de arena -se burló el muchacho divertido con esa proposición.

-Soy más fuerte que la mayoría de los muchachos de mi edad. Ya lo verás -y Ben se cuadró e hizo un saludo al que el otro contestó muy amablemente.

-Está bien: veremos si eres capaz de hacerlo.

Bah se dejó caer dentro del nuevo. carruaje sin temor alguno, y Ben la condujo a buen paso mientras el muchacho se refugiaba debajo de un granero para observar la marcha de su amigo, muy contento de haberse librado de aquella carga.

Al principio todo anduvo bien, pues el camino era cuesta abajo v la carretilla, chirriando, daba ligeras vueltas. Bah sonreía a su conductor llena de gratitud y Ben proseguía "puesta la voluntad sobre el músculo" como suelen decir.

Pero luego el camino se torno más barroso y empezó a subir. La carga se hacía paso a paso más y más pesada.

-Ahora puedo bajarme. Me gusta que me lleves, pero me parece que soy demasiado pesada -dijo Bab viendo que el otro que tenía frente a ella se ponía violentamente rojo y la respiración del muchacho se tornaba agitada.

-¡Quédate quieta!... Joslyn dijo que no podría llevarte y yo no voy a permitir que

tenga razón. Aún nos está mirando... -jadeó Ben y, la cabeza gacha, los dientes apretados y con todos los músculos de su delgado cuerpo en tensión, empujo la carretilla y subió por el camino que llevaba hasta la puerta del granero de los Batchelor.

-¿Vio alguien cosa parecida? ¡Ah!... ¡Ah!... "Las calles estaban limpias y los senderos eran estrechos. El trajo a su esposa de regreso al hogar en una pequeña carretilla" - canto una voz que obligo a Ben a dejar su carga, echar el sombrero hacia atrás v levantar la cabeza para encontrarse con la roja de Pat que asomaba por encima de la cerca.

Haber sido sorprendido allí por su enemigo y en tal situación fue la gota de hiel que rebaso la copa de amarguras y humillación que bebía el pobre Ben. Un agudo silbido de admiración que llegó desde el otro lado de la colina lo consoló un poco y le dio ánimos para ayudar a Bab a descender de la carretilla con toda calma, aunque tuviera las manos llenas de ampollas y solo le quedaran Tientos para decir:

-Vete a casa y no te ocupes de el.

-¡Qué lindos niños!... Escapan de casa, dejan a las mujeres afligidas y me obligan a correr en busca de ellos en lugar de dejarme gozar tranquilo mi día franco -rezongó Pat, adelantándose a desatar a Duke, cuya nariz roma ya había reconocido Ben, como asimismo el cómodo coche detenido junto a la puerta.

-¿Billy les dio noticias nuestras? -preguntó Bab, alegre de haber encontrado aquel cómodo refugio.

-Pues así, y el señor alcalde me envió a que los llevara a sus casas sanos y salvos. Ustedes me encontraron justo en el momento en que me detenía a buscar fuego para mi pipa. Arriba los dos, y no me hagan perder más tiempo, que no quiero pasarme la vida corriendo' detrás de un granuja a quien de buena gana daría con el látigo -dijo Pat, ásperamente, cuando Ben, que ya había dejado la carretilla en un cobertizo, se adelantaba hacia el coche.

-Ya lo creo que harías eso si pudieras... No necesitas esperarme. Yo me iré cuando quiera - contesto Ben, escabulléndose por detrás del coche, resuelto a demostrar a Pat que no precisaba de é1 aunque para ello tuviese que pasarse la noche en el camino.

-Haz lo que quieras. Me tiene sin cuidado lo que digas o narras comprobado centro ce unas horas.

Y dicho eso, Pat dio un fuerte rebencazo y arranco antes de que Bab tuviera tiempo de recomendar a Ben que fuese más humilde y aprovechara el viaje en coche. Bab lamentaba dejar a su amigo mientras Pat se reía. Pero ambos olvidaron que Ben era ágil como un mono y por eso no se les ocurrió mirar hacia atrás. No advirtieron entonces que el señorito Ben se había colgado de las correas y los elásticos y hacía gestos burlones a su despreciado enemigo a través de la ventanita trasera del coche.

Al llegar al portón, Ben saltó y pasó corriendo adelante haciendo muecas picarescas, con lo que atrajo a todos a la puerta. Pat tuvo entonces que conformarse con agitar amenazadoramente el puño en dirección al divertido pilluelo, v mientras se alejaba alcanzo a oír la calurosa bienvenida que daban a los fugitivos como si fueran estos un par de niños modelos.

La señora Moss no había estado, en realidad, muy preocupada, pues Cy le había dicho que Bab iba tras de Ben, y Billy, que trajera las últimas noticias, aseguro que la niña había estado a Salvo entre ellos. Por eso, madre al fin, los seco, abrigo y consoló antes de retarlos. La reprimenda vino después, mas fue poco enérgica. Y cuando ellos se pusieron a relatar las aventuras corridas tan fantásticas les parecieron; produjeron gran asombro entre Su auditorio, que festejo todo con ruidosas carcajadas, especialmente el episodio de la carretilla que Bab se empeñó en relatar ron todo detalle en

prueba de su agradecimiento hacia el confundido Ben.

Thorny gritaba de risa y hasta la dulce Betty olvido las lágrima que le hiciera derramar' la noticia de la desaparición del perro para unirse al concierto de carcajadas de la familia cuando Bab imito a Pat recitando el poema de "Mamá Gansa".

-No debemos reír más, de lo contrario estos niños creerán que han realizado una gran hazaña al escaparse sin decir nada -manifestó la señorita Celia cuando las carcajadas se callaron un y agrego:

-Yo no estoy muy contenta, pero no agregare una palabra más porque creo que Ben ya ha recibido suficiente castigo.

-Así es... -murmuró Ben, cuya voz tembló ligeramente al mirar el vacío jergón donde acostumbraba a echarse el lanudo animal y desde donde lo miraba con sus ojos brillantes llenos de simpatía y cariño.

CAPÍTULO 15

Grande fue el duelo causado por la pérdida de Sancho, porque tanto sus virtudes como sus habilidades eran queridas y admiradas por todos. La señorita Celia puso avisos reclamándolo y Thorny ofreció una gratificación a quien lo devolviese, y hasta el rulo Pat dirigió miradas inquisidoras. a cuanto perro lanudo encontraba en el camino cuando iba al mercado. Pero ni rastros del animal se veían por ninguna parte. Ben estaba inconsolable y muy enojado, le lijo a Bab que bien merecido tenía lo que le ocurría cuando esta comenzó a sentir los efectos del venenoso cornejo en las manos y la cara. La pobre Bab. también lo pensó así y no se atrevió a esperar compasión de nadie, aunque Thorny, muy diligente, se había apresurado a recomendarles fomentos con hojas le llantén, y Betty, compungida, le ponía las hojas mojadas sobre las ronchas. Este tratamiento fue tan eficaz que bien pronto la paciente volvió a ocupar, como antes, su puesto en las reuniones. Pero para el mal de. Ben no había remedio y el muchacho sufría inmensamente.

-No parece que este bien esto de que yo deba soportar tantas perdidas. Primero papá y ahora Sancho. Si no fuera por la señorita Celia y por Lita, no sé si podría soportarlo -dijo cierto día, en un acceso de desesperación, una semana después de que hubiera ocurrido el triste suceso.

-¡Oh!... ¡Vamos!... ¡No te pongas así!... Si vive aún lo encontraremos, y si no, yo te conseguiré otro tan bueno como él -prometió Thorny, dándole un amistoso golpecito en el hombro, mientras Ben se sentaba entre las plantas de habas por donde había estado carpiendo la tierra.

-¡Como si hubiera algún otro perro que se pudiera comparar con él, aunque sea medianamente!... -exclamó Ben indignado-. O como si y o fuera capaz de reemplazarlo por otro perro por más hermoso que sea y por bien que mueva la cola!... ¡No, señor!... ¡Hay un solo Sancho en el mundo, y si ése no vuelve, yo no quiero ningún otro perro!...

-Busca otro animal, entonces. Elige el que prefieras. Te celo uno de los míos. Allí tienes los pavos reales... ofreció Thorny lleno de infantil simpatía y buenos propósitos hacia su amigo.

-Son muy hermosos, pero yo no los quiero. Gracias -replicó el triste niño.

-Entonces toma un conejo. Tómalos todos...

-Eso era un importante ofrecimiento, pues había, por lo menos, una docena de conejitos.

-No son fieles como los perros y sólo se ocupan de escarbar entre los desperdicios y rumiar todo el día. Me disgustan los conejos...

-No era difícil que Ben estuviera cansado de ellos porque había tenido que cuidarlos desde su llegada y cualquier niño que haya criado conejos alguna vez sabe el trabajo que dan.

-Tampoco a mí me gustan. ¿Qué te parece si hacemos un remate y los vendemos? Y Jack, ¿no te consolaría? Si fuera así, es tuyo. Yo me encuentro tan bien que puedo caminar o montar cualquier caballo -agregó Thorny en un nuevo arranque de generosidad.

-Jack no podría estar siempre conmigo como lo hacía Sancho ni dormir a mi lado.

Ben procuraba mostrarse agradecido pero nada, a excepción de Lita, habría podido calmar su aflicción', y ella no pertenecía a Thorny, de lo contrario y con toda seguridad el muchacho se la habría ofrecido a su desconsolado amigo.

-Por supuesto que no puedes llevar a Jack a dormir contigo ni guardarlo en tu habitación y me temo, además, que él nunca aprendería a hacer algo con destreza. Quisiera poseer algo que te gustara y que yo amase para ofrecertelo...

Habló Thorny con tanta dulzura y se mostró tan bondadoso que Ben levantó los ojos y al mirarlo comprendió que el niño le había dado una de las cosas más hermosas que tiene la vida: amistad. Quiso manifestar lo que sentía, pero no supo cómo hacerlo, de modo que volvió a tomar el rastrillo y se puso a trabajar diciendo con una voz que permitió a Thorny entender lo que verdaderamente significaban sus palabras:

-Eres muy bueno conmigo. 'le prometo no atormentarme más. Aunque considero que esta desgracia ha seguido muy de cerca a la otra...

Calló, y una lágrima ardiente rodó hasta las hojas de una planta de habas. Ben la vis y movió rápidamente la planta para que nadie más pudiera advertirla.

-¡Por Júpiter!... ¡Yo encontraré a ese perro aunque tenga que buscarlo bajo la tierra! ... ¡Anímate, ando mío, y no dudes de que volveremos a tener a nuestro antiguo camarada entre nosotros!...

Y después de esa profética exclamación, Thorny se puso a hacer trabajar su cerebro para hallar la manera de resolver aquel asunto.

Media hora más tarde, la música de un organillo que venía desde la avenida le hizo levantarse del mullido césped sobre el que se había recostado a pensar en el problema. Asomándose a la pared Thorny dirigió una mirada de inspección, y como encontrara buena la música, de aspecto simpático al italiano que hacía de organillero y gracioso al monito, hizo entrar a todos como una nueva y delicada prueba de atención hacia Ben, ya que pen- saba que la música y los bailes del mono traerían gratos recuerdos al muchacho y le harían olvidar un poco su pena.

Entraron por el pabellón escoltados por Bab y Betty todo alborozadas, pues rara vez se veían organilleros por esos contornos y a las niñas les gustaban mucho. Sonriente, mostrando sus clientes que resplandecían de blancos que eran y haciendo centellear sus ojos negros, el hombre tocó el organillo mientras el mono hacía serios saludos y recogía las monedas que Thorny le arrojara.

-Hace calor y usted parece cansado. Siéntese, que ordenaré que traigan algunos bocados -dijo el joven señorito indicándole el asiento que estaba junto al gran portón.

Después de dar las gracias en un mal inglés el hombre obedeció de muy buena gana, y Ben pidió que también dejaran que Jacko, el mono, se pusiera cómodo. Según explicó, él conocía cuáles eran los gustos y las costumbres de esos animales. Así, pues, quitaron al pobre bicho su sombrero de candil y su uniforme, y lo alimentaron con pan y manteca y hasta le permitieron tirarse sobre el césped fresco a dormir una siesta. Mostraba tal parecido con un pequeño hombrecito cubierto con un abrigo de

piel que los niños no se cansaban de mirarlo.

Entretanto. la señorita Celia, que también había aparecido, se puso., a hablar en italiano con Giácomo, con lo que puso un poco de alegría en el nostálgico corazón del organillero. Ella había estado en Nápoles y comprendía los sentimientos del hombre por la ciudad que le viera nacer. Sostuvieron una larga conversación en ese musical idioma y el organillero se sintió tan agradecido que se puso a tocar el organito para que los niños bailaran hasta que el cansancio los rindiera. Y cuando se detuvo, pareció que lamentaba tener que volver a deambular, solitario, por esos polvorientos caminos.

-Me gustaría irme con él y andar rumbo por lo menos una semana. Podría vivir fácilmente si también tuviera mi perro para exhibirlo -dijo Ben mientras trataba de convencer a Jacko para que se dejara poner el-traje que el animal detestaba.

-¿Vendrás conmigo? ¿Sí? -preguntó el hombre sacudiendo la cabeza y sonriendo contento ante la perspectiva de tener compañía.

Por otra parte, su ojo avezado y lo que había visto y oído decir a los niños le convenció de que Ben no era uno de ellos.

-Si tuviese mi perro, sin duda alguna -contestó con vehemencia el triste Ben y en seguida relato la historia de la perdida de su amigo. pues su pensamiento no se apartaba de eso un solo instante.

-Recuerdo haber visto un perro muy gracioso en Nueva York. Hacía trampas con las cartas, bailaba y andaba con la cabeza y hacía mil gracias más... -manifestó el hombre después de haber oído el relato de las proezas de Sancho.

-¿Quién era el dueño? -preguntó Thorny movido por un súbito interés.

-Un hombre a quien no conozco. Mal tipo, ese... Castigaba al perro cuando acomodaba mal las letras.

-¿Escribía su nombre? -gritó Ben conteniendo la respiración.

-No, por eso el hombre lo castigaba. Se llamaba General, pero el animal se empeñaba en escribir "Sancho" y aullaba cuando su amo lo castigaba con el látigo... ¿Su verdadero nombre sería Sancho en vez de General? -se preguntó el hombre moviendo la cabeza y contagiado de la inquietud de los niños.

-¡Es Sancho!... ¡Vamos en seguida a buscarlo!... -exclamó Ben, quien hubiera deseado partir al instante.

-¡Hay cien millas hasta allí! ... Además, apenas si tenemos un indicio. Conviene esperar un poquito y estar seguros antes de partir-aconsejo la señorita Celia, quien estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, pero no se dejaba convencer tan fácilmente como los niños. ¿Qué clase de perro era? ¿Grande, de pelo blando y lanudo, y una cola rara? -preguntó a Giácomo.

-No, señorita... Nada de pelo lanudo blanco. Negro, lacio y una cola muy pequeñita, chiquitita así... -y el hombre levanto un dedo bronceado haciendo un gesto que representaba una cola muy corta.

-¿Oyes? ¿Comprendes cuán equivocado estabas? A menudo se encuentran perros de nombre Sancho especialmente ese tipo de perros españoles. Porque la raza de Sancho es de origen español. Pero ese perro no es el tuyo. Lo siento, muchacho...

Los niños quedaron con la cara larga, desilusionados al ver sus esperanzas frustradas, mas Ben no se dio por vencido. Para él no podía haber sino un Sancho en el mundo y acuciado por su afecto y su inteligencia hizo una objeción que solo a el podía habérsele ocurrido:

-Puede muy bien ser ni¡ perro pintado de la misma manera

como nosotros solíamos pintar a los caballos. Ya les dije que era un perro de valor y quienes lo robaron debieron hacerlo así. De otro modo, ¿de qué les hubiera servido su robo si no lo ocultaban? Cualquiera podría haberlo reconocido, ¿no se dan cuenta?

-Pero el perro negro no tenía cola... -comenzó a decir Thorny, quien deseaba ser convencido, pero aun conservaba muchas dudas.

Ben tembló como si le doliera en carne propia lo que iba a decir:

-Pueden haberle cortado la cola...

-¡Oh, no! ... ¡No habrán sido capaces de cometer tal villanía!.

-¿Como puede haber alguien tal malvado? -gritaron Bab y Betty al mismo tiempo, horrorizadas.

-Ustedes no saben lo que son capaces de hacer esos hombres para disimular un robo y poder usar luego los animales de los cuales se apoderan -explicó Ben olvidando que alguna vez también él había pensado recurrir a esos medios para ganarse la vida.

-¿No es tu perro, entonces?... ¡Lástima!... -lamentó el italiano-. Adiós, señorita. Gracias, señorita. ¡Buenos días, buenos días!... - Y cargando al hombro organillo y mono el hombre se preparo para partir.

La señorita Celia lo detuvo un momento, el tiempo necesario para darle su dirección y rogarle le hiciese saber si encontraba al pobre Sancho en alguno de sus viajes; porque los artistas ambulantes a menudo se cruzan por los caminos. Ben y Thorny caminaron con-el y lo acompañaron hasta la esquina de la escuela, pues querían obtener más informes acerca del perro negro y su dueño. Ninguno de los dos se resignaba a dejar de lado tan pronto ese asunto.

Esa misma tarde, Thorny escribió a un primo suyo que vivía en Nueva York y suministrándole todos los antecedentes del caso, le rogó tratara de dar caza al hombre y lo vigilase. Averiguara de quién era el perro y luego diera cuenta a la policía. Algo más tranquilo después de haber enviado la carta los niños se dedicaron a aguardar ansiosamente la respuesta. Pero cuando ésta llego por fin, poco hallaron en ella que pudiera servirles de pista. El primo Horacio había cumplido sus deberes como un perfecto caballero, pero sospechaba que su contestación no iba a darles ninguna luz. El dueño del perro lanudo era considerado un individuo sospechoso, pero había contado una historia que parecía verídica acerca de como había adquirido el perro a un desconocido, luego lo había exhibido con todo éxito hasta que le fue robado. No sabía nada más del animal y el hombre aseguraba que estaba muy apenado porque el perro era extraordinariamente inteligente.

"...Le he pedido a mi veterinario que lo busque, pero el opina que deben haberlo matado junto con otros perros. Por eso creo que no hay más remedio que poner punto final al asunto y lamento que mis gestiones hayan terminado con este fracaso", concluía la carta del primo de Thorny.

-¡Buen muchacho Horacio!... Ya decía yo que el se ocuparía del asunto hasta darle fin -comentó Thorny cuando hubo leído el último párrafo de la interesante epístola.

-Puede ser que ese haya sido el fin de aquel perro; pero no lo habrá sido del mío. Yo juraría que se escapo, y si era Sancho volverá a casa. Ya verán si no tengo razón - exclamó Ben que se negaba a aceptar que todo hubiera concluido así.

-¿Crees que será capaz de recorrer cien millas? No obstante su inteligencia no podrá hacerlo, ni encontrarle sin ayuda -comentó Thorny incrédulo.

Ben se sintió nuevamente descorazonado, pero la señorita Celia levantó su ánimo, diciendo:

-Sí que sería capaz... Mi padre tenía un amigo que abandonó a su perro en París v el pobre animal lo siguió hasta Milán donde, por fin. lo hallo aunque murió al día siguiente de fatiga. ¡Fue algo maravilloso!... Por eso no dudo que Sancho volverá si vive. Seamos optimistas y aguardemos.

-¡Así lo-haremos!... -exclamaron los niños, y a partir del día siguiente, los dos

muchachos se dedicaron a esperar la vuelta del ausente para quien guardaban un buen hueso en el sitio de costumbre por si el perro llegaba de noche y sacudían su camastro para que estuviera mullido y ofreciera su buen descanso a sus huesos fatigados. Pero los días pasaron y siguieron sin tener noticias de Sancho.

Sin embargo, ocurrió algo tan serio por ese entonces que el asunto de Sancho paso a segundo plano por un tiempo. Y Ben tuvo oportunidad de pagar, en parte, la deuda de gratitud que tenía con su mejor amiga.

La señorita Celia salió cierta tarde a dar un paseo a caballo y una hora después, mientras Ben se hallaba sentado en el "porch" entregado a la lectura vio a Lita lanzarse dentro del patio con las riendas colgando a los costados de las patas, la montura dada vuelta y un costado del cuerpo muy embarrado, lo que mostraba bien a las claras que el animal había rodado. Por un instante, el corazón de Ben pareció detenerse; luego arrojo su libro, corrió en dirección al caballo y se dio cuenta al momento por los flancos hinchados, las narices dilatadas y el cuerpo cubierto de sudor que el animal venía de lejos y a toda carrera.

-Lita ha rodado, pero no parece estar lastimada ni muy asustada -pensó el muchacho mientras el hermoso animal frotaba la nariz sobre su hombro y mordisqueaba el freno como si quisiera darle noticias del desastre.

-Lita. ¿dónde está la señorita Celia? -le preguntó mirándola fijamente a los ojos que, aunque inquietos, no parecían espantados.

Lita levanto la cabeza y relincho con fuerza, como si llamara a su ama y se lamentara de que no la hubiese retenido fuertemente por las riendas.

-Bien, bien... Ya la encontraremos... -Y arrancándole la montura destrozada arrojo lejos sus zapatos, ajusto con firmeza el sombrero y monto de un salto. Ben sintió como un hormigueo que le recorría todo el cuerpo y experimentaba una sensación de seguridad y poder al apretar con sus rodillas cl cuerpo del animal, mientras que en los ojos de Lita también se reflejaba una mirada

de alegría.

-¡Oiga usted, señora Moss!... Algo le ha ocurrido a la señorita Celia y yo salgo en

su busca. Thorny duerme: déle la noticia con cuidado. Yo volveré en cuanto la encuentre.

Luego, aflojando las riendas a Lita partió sin dar tiempo a la asustada mujer más que para que se retorciera las manos y gritara:

-¡Ve en busca del alcalde!... ¿Que haremos?

Como si supiera lo que esperaban de ella, Lita hizo el camino y a recorrido, según Ben pudo comprobar por las huellas aún frescas que se veían en el sendero por donde el animal había venido en busca de ayuda. Anduvieron más de una milla hasta que se detuvieron frente a unas barreras bajas para permitir el paso de unos pesados carros que iban hacia los lejanos campos donde se recogía el heno. Volvieron en seguida a emprender la marcha a galope tendido y atravesaron campos recién segados hasta llegar al arroyo por el que, evidentemente, la yegua había pasado antes. Porque del otro lado, hacia un sitio donde los animales solían acercarse a beber, se veían, sobre el barro, señas de una caída.

-Fuiste una tonta al saltar por aquí, pero, ¿donde está la señorita Celia? -preguntó Ben, quien se dirigía a los animales como si fueran personas y era entendido por ellos mucho más de lo que puede imaginar el que no está acostumbrado a tratar con animales.

Pero Lita parecía haber perdido el rastro y bajaba la cabeza como si esperara encontrar a su dueña donde la había dejado, tirada sobre el barro. Ben llamo, pero no obtuvo respuesta. Siguió entonces a lo largo del arroyuelo mirando ansiosamente en todas direcciones.

-Tal vez no se haya herido y haya, en cambio, buscado refugio en aquella casa -pensó el muchacho deteniéndose a echar un último vistazo y abarcando con la mirada todo el campo bañado por el sol sobre el cual solo podía verse una enorme piedra que se levantaba junto a una de las orillas del arroyo. Ben se fijo y entonces le pareció que algo oscuro se movía detrás de la piedra; tal vez fuera una falda con cuyos pliegues jugaba el viento o una pierna que se extendía. Hacia allí condujo a Lita y hallo a la señorita Celia tendida a la sombra de la piedra, tan pálida e inmóvil que Ben temió que estuviera muerta. Saltó a tierra, la toco y hablo, y como no recibiera respuesta corrió al arroyo para traer un poco de agua en su sombrero de trapo y humedecerle el rostro, como lo había visto hacer en el circo cuando alguno de los jinetes sufría un accidente o se desmayaba a consecuencia del cansancio, después de haber trabajado sin descanso cumpliendo el lema "trabajar o morir".

Al instante, los ojos azules se abrieron y la joven reconoció el rostro ansioso que se inclinaba sobre ella y acariciándolo dijo débilmente:

-Mi bueno y fiel Ben... Yo sabía que me encontrarías... Por eso mandé a Lita... Me lastimé tanto que no pude volver a montar...

-¿Donde, donde se ha herido? ¿Qué hacer? ¿Será mejor que regrese a casa de un galope en busca de auxilio? -preguntó Ben contento de haberla encontrado, pero afligido de haberla hallado en aquel estado, pues sabía muy bien, por haberlo visto y por experiencia propia lo peligrosas que eran aquellas caídas.

-Estoy muy dolorida y tenlo que se me haya roto un brazo. Lita resbalo y ambas rodamos. Yo me arrastré hasta la sombra y creo que después me desvanecí. Busca a alguien que te ayude y llévame a casa.

Cerro los ojos y volvió a ponerse tan pálida que Ben se apuro a correr en busca de auxilio. Según la señora Paine, quien estaba tejiendo tranquilamente cuando Ben, llego, éste la sobresalto "como una tormenta que se desatara de pronto".

-No hay un solo hombre aquí. Todos están allá, junto a la gran parva recolectando heno -fue la respuesta que dio la señora cuando el muchacho, jadeando, solicito en

frases entrecortadas:

-...que vayan todos a auxiliar a la señorita Celia.

Ben, que se había arrojado del caballo antes de que el animal

se detuviera, volvió a montar, pero la anciana, dejando su tejido, le hizo, unas tras otra, más de media docena de preguntas:

-¿Quién es esa señorita? ¿Qué se ha roto? ¿Cómo se cayó?

-¿Dónde está? ¿Por qué no vino ella hasta aquí? ¿Se ha insolado?

Ben contestó rápidamente a todas las preguntas para poder pegar la vuelta de inmediato pero la mujer lo detuvo para darle indicaciones, expresar su compasión y ofrecer hospitalidad, todo ello en un discurso bastante incoherente:

-¡Dios mío!... ¡Pobre querida!... La traeremos aquí... ¡Lidia! ¡Busca el alcohol! ¡Y tú, Melisa, prepara una cama para acostarla!... Las caídas son cosa peligrosa. No quiero ni pensar que se pueda haber roto la columna vertebral. Papá está allá abajo, y él y Bijah irán en su busca. Vete a llamarlos que yo haré sonar el cuerno para advertirlos. Dile a tu señorita que con gusto la auxiliaremos y que no tema causarnos molestia alguna.

Ben no se detuvo a oír ni una palabra más, y cuando la señora Paine se volvió a tomar el cuerno de latón, él fustigó a su cabalgadura y partió.

Varios y largos trompetazos parecieron azuzar más a Lita que ya galopaba por el sendero, pues el sonido de un cuerno siempre excita a los caballos de raza, y "papá" y Bijah alarmados por el llamado del cuerno, inesperado a esa hora, se apoyaron en sus rastrillos para mirar más extrañados aún la curiosa figura del pequeño jinete que se aproximaba envuelto en una nube de polvo.

-Tal vez el abuelo ha tenido otro ataque... Le avisé que podía repetirse -manifestó el campesino con toda calma.

-Esperemos que no se haya declarado un incendio... - murmuró un peón buscando en el cielo alguna nube de humo.

Pero en lugar de adelantarse e ir al encuentro del jinete todos permanecieron. rígidos como estatuas y aguardaron a que el muchacho llegara junto a ellos y les comunicase lo que ocurría.

-¡Oh!... ¡Malo, malo!... -comentó el granjero cuando se enteró de lo sucedido.

-Ese arroyo siempre fue un lugar peligroso - agregó Bijah.

Después los dos hombres se pusieron rápidamente en movimiento: el primero corrió hacia el lugar donde se encontraba la señorita Celia, mientras que el segundo trajo un carro e improvisó un lecho de heno para colocarla allí.

-Ahora tú, muchacho, ye en busca del medico. Mi gente cuidará a la señorita y será mejor para ella quedar quieta en casa hasta saber que es lo que tiene -dijo el granjero después que hubieron transportado a la pálida niña, con mucho cuidado, cuatro poderozosos brazos hasta el carro.

-¡Monta ya!... - exclamó el granjero-. Tendrás que ir hasta Benyville. El doctor Mills es un maestro para componer huesos rotos. No hay más que tres millas desde aquí hasta su casa y será mejor que yayas en su busca no sea que se produzcan más inconvenientes por esperar.

-¡No mates a Lita!... -rogó la señorita Celia desde el carro y cuando éste comenzaba a ponerse en movimiento.

Pero Ben no la oyó, porque ya estaba muy lejos, cabalgando otra vez a través de los campos como si de su rapidez dependiera la vida o la muerte de alguien.

-¡Ese muchacho se romperá la cabeza!... -dijo el señor Paine al ver cómo, caballo y jinete, saltaban una tapia.

-No teman por Ben. El sabe montar, y Lita está acostumbrada a saltar cualquier

clase de obstáculos -advirtióles la señorita Celia al mismo tiempo que se dejaba caer sobre el colchón de heno con un pequeño quejido. Involuntariamente había levantado la cabeza para mirar a su fiel escudero y el movimiento le hizo mal.

-Espero que tenga usted razón. Sería un buen "jockey" ese muchacho. Jamás he visto nada mejor. Ni en las pistas de carrera -aclaró el granjero Paine mientras caminaba junto al carro sin dejar de mirar la figura ecuestre que atravesaba el puente haciéndolo retumbar, trepaba una colina y luego se perdía de vista dejando tras de sí una nube de polvo.

Una vez que hubo dejado a su señorita a salvo, Ben podía entregarse al placer de aquella carrera. Y lo mismo parecía ocurrirle a la yegua haya. Lita era un animal de pura sangre y así lo demostró ese día recorriendo las tres millas en un tiempo verdaderamente récord. La gente que iba sacudiéndose en carros y coches a lo largo del camino miraban con curiosidad y asombro a la temeraria pareja que los dejaba atrás. Las mujeres que plácidamente cosían asomadas a las ventanas dejaban caer la aguja y lanzaban exclamaciones de alarma seguras de que era un malhechor que huía; los niños que juraban a la orilla del camino se dispersaban como polluelos cuando se acerca el gavilán, mientras Ben pasaba profiriendo un gritó de advertencia para que le dejaran libre la senda.

Pero cuando entró a la población y los cascos del caballo repiquetearon sobre las piedras, a la vista de aquel niño descalzo montado en ¡in sudoroso caballo, media docena de voces preguntaron:

-¿Quien se ha matado?

Ben pudo llegar hasta la casa del médico. pero éste no estaba.

-Acaba de salir por allí. El niño de la señora Flynn ha tenido un nuevo ataque -indicó una robusta señora desde el "porch" sin dejar de hamacarse en su sillón. Era la esposa del médico y estaba acostumbrada a que llegaran agitados mensajeros de todas partes y a todas horas del día y de la noche.

Ben, sin dignarse a contestar ninguna de las preguntas que se le hicieron, siguió su camino deseando tener que salvar un abismo, escalar un precipicio o vadear un torrente agitado para probar así su devoción a la señorita Celia y también, ¿por qué no?, su habilidad como jinete.

Pero no encontró nada de eso en su camino y muy pronto halló al médico detenido para descansar y dar de beber a su cabalgadura precisamente en el mismo sitio donde Bab y Sancho habían sido descubiertos aquella memorable jornada.

Ben relató lo ocurrido, y después de escucharlo y prometer que iría para allá tan pronto como pudiese, el doctor Mills siguió viaje rumbo a la casa de los Flynn para calmar el ataque del niño, el cual se había descompuesto por haber ingerido un trozo de jabón y varios botones durante un almuerzo que él mismo se habría preparado mientras su madre se hallaba lavando.

Ben agradeció una vez más a su buena estrella saber hacer ciertas cosas. Por ejemplo, cuidar a un caballo cansado y sudoroso. Se detuvo junto al improvisado bebedero el tiempo suficiente para refrescar a Lita y calmar su sed pasándole un manojo de hierbas húmedas por la boca y el cuello, dejándola luego que bebiera un poco de agua. Regresaron luego lentamente, atravesando la rumorosa fronda y Ben no dejaba de palmear el cuello de Lita alabando la inteligencia y velocidad del buen animal. Lita sabía que se había portado bien y sacudía la cabeza con orgullo, arqueaba el lomo y trotaba con elegancia con la consciente coquetería de una jovencita. Se daba vuelta a mirar a su jinete y devolvía los cumplidos con miradas cariñosas, con alegres relinchos y pasando su hocico de terciopelo por los pies desnudos del muchacho.

La mujer y las hijas del granjero habían colocado confortablemente en una cama a

la señorita Celia, v cuando el medico llegó soportó con mucha entereza que le arreglaran el brazo. Fuera de eso, lo demás no era de cuidado. Las magulladuras poco a poco dejaron de dolerle y Ben fue enviado de regreso a llevar noticias a Thorny y a pedir al alcalde que enviara su coche al día siguiente para transportar a la señorita Celia, siempre que ella pudiera moverse.

La señora Moss había sido lo suficientemente discreta como para no decir nada, pero había preparado varias cosas que pensó podrían necesitarse y quedó aguardando noticias. Bab y Betty salieron al campo a juntar bellotas, de modo que nadie molestó a Thorny y éste durmió su larga siesta tranquilamente. Fu¿ una siesta particularmente larga, debido a la quietud que reinaba con la ausencia de todos los niños. Cuando despertó se quedó tendido en la cama leyendo hasta que se le ocurrió ponerse a pensar dónde se hallarían los demás. Salió de la casa y encontró a Ben y a Lita descansando uno al lado del otro sobre la paja en el amplio "box" que en la cochera habían instalado para la yegua. Los cepillos, el balde y las esponjas esparcidos alrededor decían bien claramente que el animal había sido bañado y cepillado y su devoto cuidador yacía semidormido a su lado.

-Bueno, de todos los muchachos raros que yo he conocido ninguno te gana a ti. ¡Mira que pasarte una tarde tan calurosa galopando con Lita por el solo placer de hacerlo!... -exclamó Thorny mirando a Ben muy divertido.

-Si supieras lo que hemos tenido que hacer no hablarías así y comprenderías que ambos tenemos derecho a descansar - contestó el muchacho levantándose vivamente, como movido por un resorte. Ansiaba contar la emocionante historia tan pronto como fuera posible, y gran esfuerzo tuvo que hacer para no correr en busca de Thorny no bien llegó.

Hizo un rápido pero detallado relato de todo lo ocurrido y quedó muy complacido con el efecto que produjo. Pues su oyente se mostró sucesivamente sobresaltado, aliviado, nervioso y por fin tranquilo, aunque tuvo que sentarse en un cajón y suspirar profundamente para descargar la emoción que oprimía su pecho. Entonces exclamó:

-¡Ben Brown!... ¡Jamás olvidaré lo que has hecho hoy por Celia!... Y no volveré a decirte "piernas torcidas" mientras viva.

-¡Por San Jorge!... Me parecía que tenía seis piernas cuando íbamos a todo galope. Lita y yo parecíamos un solo ser e hicimos una buena carrera, ¿no es así, mi linda? - Y Ben rió mientras apretaba la cabeza de Lita contra su pecho. La yegua le contestó con un relincho que casi lo voltea.

-Te pareces al mensajero que llevó las buenas nuevas desde Cante hasta Aix -dijo Thorny observando a la pareja con gran admiración.

-¿A qué mensajero? -preguntó Ben, imaginando que se refería a Sheridan, de cuyo viaje él había oído hablar.

-¿No conoces esos versos? Yo los solía decir en la escuela. Te los recitaré ahora.

Y alegre de haber encontrado un desahogo para su nerviosidad, Thorny trepó a un cajón y con una voz muy aguda recitó la conmovedora balada con tal entusiasmo que Lita paró las orejas y Ben lanzó un admirativo "bravo" después de oír el último verso.

Y todo lo que recuerdo son amigos congregados,
Mientras sobre mis rodillas lo tenían reclinado,
Y sus voces ensalzaban a mi Rolando divino.
En tanto yo le escanciaba nuestro último odre de vino,
Que (votaron los burgueses en un acuerdo brillante)...
Se merecía quien trajo las buenas nuevas de Gante.

CAPÍTULO 16

Pocos días después se le permitió a la señorita Celia caminar un corto trecho, y aunque tenía un brazo en cabestrillo y andaba algo tiesa estaba mucho mejor de lo que hubiera podido esperarse, razón por la cual todos estuvieron de acuerdo y afirmaron que el señor Paine había estado en lo cierto al asegurar que el doctor Mills "era un experto en arreglar huesos rotos". Dos devotas enfermeras la atendían y dos pajes estaban siempre prontos para cumplir sus órdenes; vecinos afectuosos enviaban, de continuo, ricos presentes y la gente joven, gracias a ello, estaba siempre muy ocupada.

Todas las tardes colocaban en el jardín una silla de reposo, y la interesante inválida era llevada hasta allí por la robusta Randa, que era su "nurse" de cabecera, mientras la seguían chales, almohadones, banquitos y libros que eran transportados por lo que parecía un enjambre de abejas que iba zumbando en pos de su reina. Cuando todo quedaba en orden, las pequeñas enfermeras se ponían a coser y los dos pajes leían en alta voz. La lectura era amenizada con abundantes comentarios, porque se había establecido que todos debían atender y que si alguno no entendía debía pedir inmediatamente una explicación. Cualquiera podía dar la explicación pedida, y al final de la lectura, la señorita Celia podía hacer preguntas o agregar los comentarios que creyese oportuno. De ese modo podía sacarse gran provecho de las lecturas que hacían Ben y Thorny, cada uno podía hacer gala de sus conocimientos, y, como si esto fuera poco, crecía la pila de toallas finalmente vainilladas, trabajo por el que Bab y Betty eran remuneradas como cualquier costurera.

De esta manera, las vacaciones no eran sólo una continua diversión, y, después de aquella hora tranquila y de trabajo transcurrida en compañía de la señorita Celia, las niñas encontraban sus excursiones y sus juegos con las muñecas más divertidas. Thorny también había mejorado notablemente y se advertía más energía en él, especialmente después del accidente de su hermana; pues mientras ella tuvo que guardar cama, él se convirtió en el jefe de la casa y gozó mucho con esa nueva posición. Pero Ben no se mostraba contento como antes. La pérdida de Sancho lo llenaba de tristeza v el deseo de ir en busca de su perro se hacía cada día más imperioso y difícilmente lograba resistirlo. Poco hablaba de eso, pero después, en cuanto alguna palabra se le escapaba, descubría su estado de ánimo y cuál era la idea que lo obsesionaba. Pero, por ese entonces; poca atención le prestaban, de modo que él sólo rumiaba su pena día tras día, en silencio y en medio de una forzosa quietud. Pues los paseos se habían suspendido. Thorny sólo se ocupaba de su hermana a quien quería demostrar que no olvidaba lo buena que había sido con él cuando estuviera enfermo, y las niñas, por su parte, se entregaban a sus juegos.

La señorita Celia fue la primera en advertir el estado de ánimo de Ben, va que no tenía otra cosa que hacer sino mirar a los que trabajaban o se divertían a su alrededor. Ben demostraba interés por las lecturas porque con ellas olvidaba su dolor, pero cuando aquellas concluían y sus distintas tareas habían sido realizadas, buscaba refugio en su cuarto o junto a Lita que, mansa y tranquila como de costumbre, parecía comprenderlo muy bien.

-Thorny, ¿qué le ocurre a Ben? -preguntó la señorita Celia cierto día en que se encontré, a solas con su hermano en el "locutorio verde", como ellos llamaban a la

avenida de las lilas.

-Supongo que rehuirá lamentando la pérdida de Sancho. Te aseguró que a veces deseo que ese perro no hubiese nacido nunca. Su pérdida ha dañado a Ben. Ni rastro de alearía queda va en él y no quiere aceptar nada de lo que le ofrezco para consolarlo.

Thorny hablaba, con impaciencia v fruncía las cejas mientras se inclinaba sobre las flores que delicadamente pegaba en su herbario.

-¿No estará tramando algo? Actúa como si quisiera disimular una inquietud de la que no se atreve a hablar.

-¿No has conversado con él respecto a esto? -preguntó la señorita Celia como si fuera ella la que sufría.

-¡Oh, sí!... He tratado de interrogarlo, de hacerlo hablar, pero ha mostrado tal disgusto que he tenido que abandonar toda intención de ayudarlo. Tal vez extraña su vida en el circo. No sería raro que fuese así.

-No, no creo. Ben jamás huiría como un ladrón. Por eso lo quiero.

-¿No has observado en él ningún signo de deslealtad o villanía? -inquirió la señorita Celia bajando la voz.

-No. Ben es el mismo de siempre: sincero y honesto. Sólo demuestra estar muy abatido, pero lucha contra su abatimiento como un verdadero hombre. Naturalmente, como no ha vivido antes con nadie como nosotros; todo esto es nuevo para él. Yo conseguiré que mejore en poco tiempo.

-Me parece, Thorny, que por aquí hay tres pavos reales, y tú eres el más grande de los tres -rió la señorita Celia mientras su hermano, que había hablado con un tono de gran suficiencia, levantaba las cejas en un gesto verdaderamente cómico y digno de verse.

-Y hay también dos burritos... Y Ben es uno de ellos... Porque no se da cuenta donde está bien y puede ser feliz -replicó el caballerito pegando un ejemplar seco en una de las hojas del álbum con un fuerte golpe que sin duda habría querido destinar a Ben por descontento.

-Ven para aquí y déjame contarte algo que me tiene inquieta. No te hablaría de ello si no fuera que me siento impotente ahora. Creo que tú podrás hacer algo y resolver el asunto mejor que yo.

Thorny, quien mostró gran desconcierto, buscó un banquito y se sentó a los pies de su hermana para que ésta pudiera susurrarle confidencialmente al oído:

-He extraviado dinero que tenía guardado en un cajón y temo que Ben lo haya tomado.

-Pero, ¿acaso no tienes siempre guardadas las llaves de tus cajones y cerrada tu habitación?

--Sí, mas el dinero falta, aunque no haya abandonado en ningún momento mis llaves.

-¿Y por qué sospechas de el y no de Randa, de Kitty o de mí?

-Porque confío en ustedes tres como en mí misma. Hace años que conozco a las muchachas y tú no tendrías por qué apoderarte así de In que, de todos modos, es tuvo, querido.

-Por supuesto, así como todo lo mío es tuyo. Pero Celia. ;cómo habría podido apoderarse del dinero? Sé que él no lograra abrir la cerradura sin la llave porque una vez fue incapaz de hacerlo con la del cajón de mi escritorio que al final tuvimos que hacer saltar.

-Tampoco yo lo hubiera creído capaz; hasta hoy , cuando lo vi jugar a la pelota. Recuerda que ésta cayó en una de las ventanas altas y Ben trepó por el "porch" para

ira buscarla. Recuerda que tú le dijiste: "Si se te hubiera caído en uno de los caños de la bohardilla no la habrías alcanzado". Y él contestó: "Por qué no? No hay caño por el que yo no pueda trepar ni lugar de estos techos que no haya recorrido".

-Es verdad. Eso dijo. Pero junto a la ventana del cuarto no hay ningún caño. Hay un árbol, y un niño tan ágil como Ben podría descolgarse de él dentro de mi habitación y luego volver a saltar hasta una rama. Pero entiéndeme, Thorny: me cuesta creer que sea él, mas como ya he notado dos veces que falta dinero quiero poner fin a esto. Lo hago por su propio bien. Si él ha planeado escapar, el dinero le será necesario. Y él puede pensar que el dinero es suyo, porque todo lo que gana me lo da para que se lo guarde en el banco. Tal vez no se atreva a pedírmelo porque no halla razones para explicar ese pedido. No se qué pensar ni qué hacer. Estoy muy preocupada y confundida.

Y parecía en realidad tan confundida que Thorny la estrechó entre sus brazos como si así quisiera defenderla de toda angustia o preocupación.

-No te inquietes, Celita querida. Deja este asunto en mis manos. Yo arreglare a ese bribón desagradecido...

-No es así como debes hacer las cosas. No lo disgustes, de lo contrario no podremos conseguir nada de él.

-¿Disgustarlo? Le diré sencillamente y con toda calma: "¡Vamos, acércate, Ben, y devuélveme el dinero que has sacado del cajón de la cómoda de mi hermana; yo te dejaré en libertad". O algo por el estilo.

-No, así no, Thorny. Su reacción podría ser terrible. Quizá huiría antes de que pudiéramos saber si es culpable o no. ¡Ay! ... ¿Cómo resolver este problema?

-Déjame pensar... -Y Thorny apoyó el mentón sobre el brazo del sillón y miró fijamente el llamador como si esperara que la boca del león se abriera para aconsejarlo.

-¡Por Júpiter!... No dudo ya de que Ben lo ha robado -exclamó el muchacho de repente-. Porque cuando subía esta mañana a su habitación para saber por que no había bajado aún a limpiar mis botas, oí que cerraba de golpe el cajón de su cómoda y vi que se ponía rojo al mismo tiempo que preguntaba por qué no había llamado antes de entrar.

-No creo que guarde allí el dinero. Ben es demasiado inteligente como para cometer semejante imprudencia.

-Tal vez lo esconda temporariamente en ese sitio. Después de ese encuentro apenas si me ha dirigido la palabra y cuando le pregunté por qué estaba su bandera a media asta, se negó a responderme. Además, tú misma has advertído que apenas si presta atención a las lecturas y cuando esta tarde le preguntaste en qué estaba pensando, enrojeció y balbuceó algo acerca de Sancho. Te aseguro, Celia, que esto no me gusta nada, nada...

-Y Thorny movió la cabeza con aire severo.

-Puede ser como tú dices, pero también puede ser que estemos equivocados. Esperemos un poco más y démosle oportunidad de que él mismo confiese antes de que le hablemos. Prefiero perder el dinero antes que acusarlo falsamente de ladrón.

-¿Cuánto dinero tenía guardado?

-Once dólares. Primero desapareció un billete, y yo supuse entonces que había hecho mal los cálculos, pero cuando desaparecieron los diez restantes, ya no tuve dudas.

-Pues bien, hermana. Has puesto el asunto en mis manos, déjame proceder. No diré nada a Ben hasta que tú me lo indiques, pero lo vigilare, y ahora que estoy sobre aviso no logrará engañarme.

A Thorny le agradaba su papel de detective y quería demostrar que sabría desempeñarlo. Pero cuando la señorita Celia le preguntó que haría, se limitó a responder confuso:

-Dame las llaves. Yo dejare unos billetes dentro del cajón y puede que así lo descubra.

Tomó, pues, posesión del llavero y el pequeño tocador donde la señorita Celia guardara su dinero fue cuidadosamente vigilado uno o dos días. Ben se mostró algo más alegre, como si adivinara que lo estaban vigilando y la señorita Celia, sintiéndose algo culpable por abrigar sospechas en contra de él, trató de ser bondadosa y complaciente con el muchacho.

Thorny quedaba muy cómico con ese aire misterioso v el innecesario alboroto que desplegaba. Con afectada indiferencia seguía los pasos de Ben y procuraba no perder ninguno de sus movimientos. Se escabullía arriba y abajo por las escaleras haciendo ostentación de las llaves y tendía trampas cuidadosamente preparadas para atrapar al ladrón, tales como arrojar la pelota por la ventana de la habitación de su hermana y enviar luego a Ben a que fuera a buscarla trepando por el árbol, con lo que salía de dudas respecto a las habilidades del muchacho ara llegar así hasta la habitación. Otro descubrimiento que hizo fue hallar la cerradura del cajón tan vieja y gastada que cualquiera podría abrirla con sólo introducir la punta de un cuchillo a través de sus dientes.

-Ahora todo está claro como la luz del día y es mejor que me permitas hablar-pidió Thorny lleno de orgullo aunque también apenado por el éxito de su primera labor como detective.

-Aún no, y te ruego que no hagas nada más. Creo que he cometido un error al inducirte a hacer esta investigación. Me entristecería que se cortaran tus relaciones con Ben, porque yo no puedo creerlo culpable -respondió la señorita Celia.

-¿Por qué no? -y Thorny mostró un poco de fastidio.

-Porque también yo he hecho investigaciones por mi propia cuenta y he observado que Ben no es falso ni hipócrita. Hoy le pregunté si necesitaba dinero o si prefería que se lo guardara con el resto y mirándome a la cara con ojos honestos y agradecido dijo con un tono que desvanecía mis dudas: "Guárdamelo, por favor. Yo no necesito nada más, aquí. Son todos ustedes tan buenos y espléndidos conmigo..."

-¡Vamos, Celia!... No seas niña. Él es astuto y sabe que lo observo. Cuando le pregunté qué vio sobre tu cómoda al ir a buscar le pelota, al observar que yo lo estaba mirando fijamente, sonrió y contestó: "Un ratoncito desvergonzado que se paseaba por allí".

-¡Oh!... Hay que poner una trampa. Anoche una laucha que roía no sé qué no me dejó dormir. Debemos buscar un gato, de lo contrario los ratones invadirán la casa.

-Bien ya arreglaremos eso. ¿Regañaré yo a Ben o lo harás tú? -preguntó Thorny, quien desdeñaba ese pequeño botín que era cazar a un ratón resuelto a probar que el tenía razón en lo que afirmara.

-Mañana te comunicare lo que haya decidido. Mientras tanto, sé bondadoso con Ben o me arrepentiré de haberte pedido que lo vigilaras.

El asunto fue asi postergado para el día siguiente y la señorita Celia resolvió hablar ella misma a Ben. Bajaba a desayunarse cuando el sonido de fuertes voces la obligó a detenerse a escuchar. Provenía de la habitación de Ben donde parecía que los niños estaban discutiendo.

-Espero que Thorny haya cumplido su promesa -pensó y rápidamente cruzó por la puerta de atrás para investigar.

La pieza de Ben estaba al final del corredor y pudo ver y oír lo que estaba

sucediendo antes de estar lo suficientemente cerca como para intervenir. Ben, de pie junto a la puerta de su armario se hallaba rojo de furor; Thorny, frente de él, severo y amenazador, decía:

-Tienes escondido algo allí; no puedes negarlo.

-No lo niego.

-Mejor entonces. Pero yo debo ver qué es.

-No, no lo veras.

-¿Qué es lo que ocultas? ¿Algo robado?

-Yo no he robado nada. Es algo mío y lo traje aquí cuando lo creí oportuno.

-Sé a qué te refieres. Pero es mejor que lo devuelvas antes de que yo obligue a ello.

_¡Quieto!... -gritó una tercera voz al mismo tiempo que Thorny alargaba un brazo para empujar a Ben, quien parecía dispuesto a defenderse hasta el último aliento.

-¡Niños!. .. Yo arreglaré este asunto. ¿Tienes algo escondido en ese armario, Ben? -y la señorita Celia se interpuso entre los dog contrincantes separándolos con la mano.

Thorny se apartó al instante avergonzado de su arrebato y Ben contestó brevemente, y no se podía saber si era rabia o timidez lo que quitaba firmeza a su acento.

-Sí, señorita.

-¿Es tuyo lo que guardas?

-Sí, señorita: es mío.

-¿De .dónde sacaste eso?

-De un sitio próximo a la casa del alcalde,

-Es mentira... -murmuró para sí Thorny.

Ben lo oyó. Sus ojos echaron chispas y su puño se levantó amenazador, pero se contuvo por respeto a la señorita Celia, quien parecía muy confundida y sin saber cómo proseguir el interrogatorio. Hizo una nueva pregunta:

-¿Es dinero lo que guardas, Ben?

-No, señorita. No es dinero.

-Entonces, ¿qué es?

-¡Miau!... -contestó una cuarta voz desde el interior del armario, y como Ben abriera de par en par las puertas de éste apareció un gatito pardo ronroneando de placer al verse en libertad.

La señorita Celia se dejó caer sobre una silla y rió hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas. Thorny parecía atontado y Ben, con los brazos cruzados y con la nariz levantada, miraba a su acusador con gesto de sereno desafío mientras el gatito se sentaba a lavarse la carita como si deseara continuar el interrumpido aseo matinal.

-Todo esto está muy bien, pero las cosas no quedan por ello definitivamente aclaradas para que te eches a reír tan tranquila, Celia... -empezó a decir Thorny recobrándose y resuelto a investigar y aclarar el asunto desde el principio.

-No hay nada de particular y yo habría aclarado todo sin necesidad de este interrogatorio. La señorita Celia dijo que quería un gato; por eso fui a buscar el que me regalaron cuando estuve en la casa del señor alcalde. Salí esta mañana temprano y me lo traje sin pedirlo, pues era mío -explicó Ben muy disgustado de que hubiesen desbaratado la sorpresa que pensaba darles.

-Eres muy amable, Ben, y el gatito me gusta mucho. Lo encerraremos en mi dormitorio para que cace los ratones que lo están invadiendo -dije la señorita Celia alzando el gatito al mismo tiempo que pensaba cómo haría para que los dos muchachos se reconciliaran y bajaran en paz a desayunarse.

-Tú conoces el camino de su dormitorio, ¿verdad? Y no necesitas llave para entrar -agregó Thorny con acento tan sarcástico que Ben comprendió que sus palabras tenían

una segunda intención y se consideró terriblemente ofendido.

-No me pidas nunca que trepe en busca de las pelotas que pierdes ni esperes que mi gato cace tus lauchas.

-Lo que necesito es alguien que cace ladrones, y de eso no se ocupan los gatos. Yo ando detrás de uno...

-¿Qué quieres decir? -preguntó Ben furioso.

-A Celia le han sacado dinero del cajón de su cómoda y como tú no quieres dejarme ver qué guardas dentro de tu armario yo, lógicamente, puedo sospechar que tú lo has tomado -gritó Thorny, sin consideración alguna hacia su amigo, completamente trastornado e imposibilitado por su mismo enojo para encontrar palabras más suaves.

Durante un instante pareció que Ben no acababa de comprenderlo, no obstante la claridad de las palabras de Thorny, pero luego se puso intensamente colorado y dirigiendo una mirada de reproche a la señorita Celia abrió de un tirón el pequeño cajón de su guardarropa para que ambos pudieran ver todo lo que guardaba allí dentro.

-No hay nada que valga algo, pero es cuanto yo tengo... Temí que se burlaran de mí, por eso lo escondía... Los otros días fue el cumpleaños de papá, y yo estaba tan triste recordando que lo había perdido a él y a Sancho...

La voz indignada de Ben fue haciéndose más débil a medida que hablaba y tembló cuando pronunció las últimas palabras.

Sin embargo, no lloró, pero arrojó sus pequeños tesoros como si éstos hubieran perdido su valor. En seguida, haciendo un supremo esfuerzo para dominarse, miró a su alrededor y por último preguntó a la señorita Celia con dolorido acento:

-¿Creyó usted que yo podría robarle algo?

-No quería creerlo, Ben, pero las circunstancias condenaban. Han desaparecido varios dólares y tú eres el único extraño en la casa.

-¿Y no había otro a quien echarle la culpa? -preguntó Ben tan desconsoladamente que la señorita Celia quedó convencida de que él era inocente como el gatito que en ese momento le mordía los botones del vestido a falta de otra cosa para comer.

-No. Conozco muy bien a las muchachas. En fin, que los once dólares se han perdido y yo no sé dónde ni cuándo pudo ocurrir eso, pues tanto mi cómoda como mi dormitorio están siempre cerrados con llave, ya que guardo allí mis papeles y documentos de valor.

-¡Qué fastidio!... Pero, ¿cómo podía entrar yo si tiene todo cerrado con llave? -y Ben hizo la pregunta como si estuviera seguro de que no iba a obtener contestación.

-Quienes trepan árboles y saltan ventanas y techos en busca de una pelota pueden hacer lo mismo para apoderarse de un poco de dinero, sobre todo cuando sólo tienen que hacer saltar una cerradura vieja...

La mirada y el tono de voz de Thorny demostraba bien a las claras qué era lo que ellos sospechaban, y Ben, sabiéndose inocente, perplejo y dolorido no atinó a defenderse. Sus ojos fueron de uno a otro rostro, y viendo duda en ambos sintió que su pobre corazón de niño se rompía dentro de su pecho. Su primer impulso fue huir de inmediato, pues bien comprendía él que no podría probar su inocencia.

-Sólo puedo asegurarles que yo no tomé ese dinero. Pero ustedes no me creerán, de modo que es mejor que vuelva al sitio de donde vine. Allá no eran muy buenos conmigo, pero me tenían confianza y estaban seguros de que yo jamás les tocaría ni un céntimo. Ustedes pueden quedarse con mi dinero y también con el gatito. Yo no quiero llevarme nada -y tomando el sombrero, Ben hizo ademán de irse. Y habría partido si Thorny no se hubiese interpuesto en su camino.

-¡Vamos!... No seas tonto... Discutamos el asunto, y si me pruebas que estoy

equivocado retiraré mis acusaciones y te pediré disculpas -dijo Thorny con tono amistoso y un poco asustado de las consecuencias que podrían tener sus palabras, aunque continuaba creyendo que él estaba en lo cierto.

-Me destrozarías el corazón si te fueses de ese modo, Ben. Quédate por lo menos hasta que se pruebe tu inocencia...

-Ignoro cómo podrá demostrarse eso -respondió Ben algo más tranquilo al notar que la señorita Celia deseaba confiar en él.

-Nosotros te ayudaremos, y para eso, lo primero que haremos será revolver de arriba abajo mi vieja cómoda. Yo lo hice una vez, pero pudo haber ocurrido que los billetes se deslizaran hasta donde no pudiese verlos. Vamos a ver ahora mismo, que no podré estar tranquila hasta que se haya disipado tu tristeza y hayamos convencido a Thorny de su error.

La señorita Celia echó a andar y encabezando la marcha entró en su habitación. Turbado y aún con el sombrero entre las manos Ben la siguió, en tanto que Thorny iba detrás decidido a vigilar al "pequeño bribón" hasta que los hechos se aclararan satisfactoriamente. La señorita Celia había decidido realizar esa pesquisa con el propósito de aquietar los sentimientos lastimados de uno y dar una salida a la energía del otro, ya que no abrigaba ninguna esperanza de que esa investigación arrojara alguna luz sobre la misteriosa desaparición.

La había impresionado la reacción de Ben y estaba muy arrepentida de haber permitido que su hermano interviniese en el asunto.

-Henos aquí -dijo abriendo la puerta con la llave que Thorny le entregara de muy mala gana-; esta es la habitación y allí, a la derecha, está la cómoda. Los cajones de abajo casi no han sido abiertos y no guardan más que libros viejos de papá. Los de arriba pueden abrirlos y tomarse todo el tiempo que quieran para buscar... ¡Dios bendito!... ¡Ha caído un ratón en tu trampa,, Thorny!... -y la señorita Celia dio un salto, pues estuvo a punto de pisarle la larga cola Gris que colgaba por la trampa.

Pero su hermano no le prestó mayor atención, pues estaba absorto en su tarea. De un tirón había sacado el cajón, que cayó al suelo, por donde se desparramó todo su contenido.

-¡Diablos!... Estaba tan duro que tuve que hacer mucha fuerza para abrirlo v las cosas se han caído - exclamó Thorny confundido por su torpeza.

-No te aflijas. Nada de lo que guardaba allí podía romperse. Ben, busca en el fondo a ver si algún papel se ha escurrido por allí. Debe haber una hendidura en la empuñadura. Vi ese látigo en la talabartería por ese lado, pero el cajón no está nunca tan lleno como para que las cosas disparen por allí.

La señorita Celia se dirigía a Ben quien, de rodillas sobre el piso. recogía los papeles esparcidos entre los que encontró dos dólares marcados: el anzuelo que Thorny había dejado al ladrón.

Ben metió la mano en el agujero que había tras el cajón y dijo:

-Aquí no hay más que un trozo de tela roja.

-Mi viejo limpiaplumas. Pero... ¿qué sucede ahora? -preguntó la señorita Celia al ver que Ben dejaba caer un montón de basura.

-Algo tibio se mueve dentro de esto -respondió Ben inclinándose para examinar el contenido del montoncito de desperdicios-. ¡Ratoncitos!... ¡Qué lindos!... ¡Tan pequeñitos!... Habrá que matarlos para que sigan el camino de la pobre madre que cayó en la trampa - exclamó Ben, olvidándose por un momento de sus tribulaciones y lleno de infantil curiosidad por aquel "descubrimiento

La señorita Celia se agachó y levantó con toda suavidad la cuna roja, dentro de la cual y en medio de un montón de hilachas chillaban alarmados los pequeños

ratoncitos. De pronto gritó:

-¡Niños!... ¡Niños!... ¡Encontré al ladrón!... Vengan y reúnan estos trozos de papel. Con ellos formarán los billetes perdidos.

Dejaron a los pequeños huérfanos sobre el piso y cuatro manos ansiosas deshicieron el confortable nido, y entre los fragmentos desmenuzados fueron apareciendo trozos de papel verde: los billetes perdidos. Un trozo mostraba un número bien grande y parte de un grabado, v eso bastaba para explicar el destino que habían seguido los dólares.

-¿Soy un ladrón y un embustero? -preguntó imperiosamente Ben, señalando satisfecho los trozos reveladores extendidos sobre la mesa.

-No, y te ruego me perdones. Te aseguro que lamento mucho no haber investigado más antes de hablar. De esa manera todos nos habríamos ahorrado este mal rato.

-Bien, muchachos. Olviden esto y perdonen. Yo no volveré a desconfiar nunca de ti, Ben. Te doy mi palabra de honor.

Después de pronunciar esas palabras, la señorita Celia y su hermano extendieron a Ben sus manos con toda franqueza y cordialidad. Ben apretó ambas, aunque poniendo una ligera diferencia en los apretones. Tomó la más suave con gratitud, recordando que su dueña había sido siempre bondadosa con él, mientras que a la morena la apretó con tal fuerza que obligó a Thorny a retirarla apresuradamente al mismo tiempo que le hacía exclamar desconcertado:

-¡Vamos, Ben!... No me guardes rencor. Tú has quedado mejor que yo. Yo he hecho el ridículo, ya que después de todas mis investigaciones lo único que he cazado ha sido un ratón.

-Y su familia... Pero yo estoy tan contenta de que haya sido así, que casi siento pena por la pobre mamá rata. Ella y sus hijos debían vivir muy cómodos y felices dentro del viejo limpiaplumas... -dijo la señorita Ceda atropelladamente y simulando alegría, deseosa de distraer a Ben, cuya indignación no había desaparecido del todo aún, cosa que lamentaba la joven.

-Sin duda, la casa es bonita pero un poco cara - agregó Thorny que se puso a buscar a los huérfanos que habían abandonado mientras examinaban los papeles.

Pero ya no tenían por qué preocuparse por ellos. El gatito había hecho su aparición en la escena y, haciendo de juez y jurado, dio buena cuenta de los pequeños culpables. Apenas si alcanzaron a ver cómo desaparecía la última y rosada lauchita por la boca de Kitty.

-A esto le llamaría Yo justicia sumaria. Toda la familia ejecutada en el lugar del hecho. Ahora que todo el mal entendido ha desaparecido vuelvo a tener apetito - dijo la señorita Celia riendo, y su risa era tan contagiosa que Ben se unió a ella a despecho del mal humor que lo embargaba momentos antes. Por eso, tampoco pudo resistirse a la muda súplica que le dirigían los ojos de la joven que parecían volver a pedir perdón.

-Hay demasiada alegría en este funeral... -comentó Thorny que los seguía con la trampa en la mano y con el gatito pegado a sus talones, y agregó como para consolar su vejado orgullo de detective-: Bien, aseguré que daría caza al ladrón, y lo he logrado, aunque los ladrones estos hayan resultado, al final, tan pequeños...

CAPÍTULO 17

-¡Celiaa!, opino que deberíamos regalar algo a Ben. Algo así como una ofrenda de paz..., ¿me entiendes? Porque creo que él se considera muy ofendido aun por nuestras anteriores sospechas

-dijo Thorny ese día a la hora del almuerzo.

-Sí, también yo creo que continúa resentido, aunque trate de comportarse alegre y amable como siempre. He estado pensando cómo podríamos hacerle olvidar este mal rato, pero no acierto a hallar con el medio. ¿Se te ocurre algo a ti?

-Podríamos regalarle un par de gemelos. Vi unos muy hermosos en Benyville. Eran de plata antigua, adornados con cabezas de perros de ojos amarillos. Creo que a Ben le vendrían muy bien, ahora que-va a estrenar su primera camisa blanca.

La señorita Celia no pudo menos que echarse a reír ante la sugestión tan infantil, pero por eso mismo estuvo de acuerdo con ella, pues pensó que Thorny sabría mejor lo que le gustaría al muchacho y deseó que los ojos amarillos del perro de los gemelos pudieran ser un bálsamo para las heridas de Ben.

-Bien querido. Tú le regalarás esos gemelos y Lita un pequeño látigo con una cabeza de caballo de plata en la empuñadura. Vi ese látigo en la talabartería del pueblo, y a Ben le gustó tanto que yo había resuelto regalárselo para su cumpleaños.

-Eso le agradará, sin duda, y si le permites que remiende mis botas viejas, se las ponga y se coloque un penacho en el sombrero cuando te acompaña sentado en el asiento de atrás del faetón, se considerará el muchacho más feliz de la tierra... -rió Thorny, quien sabía que una de las ambiciones de Ben era llegar a ser "palafrenero de primera categoría".

-No, esas cosas no se estilan en América, y sería absurdo en un lugar tan pequeño como éste verlo vestido de azul y lleno de adornos. Me gusta más con su viejo sombrero de paja, y puedes decirle que con librea o sin ella será siempre el mejor palafrenero da la tierra.

-Se lo diré, y se pondrá tan orgulloso como Punch. Porque él considera que una palabra tuya vale más que todas las que puedan decirle los demás. Y tú, ¿no la regalarás nada? Regálale cualquier cosa, así le demuestras que ambos estamos arrepentidos de lo injusto que hemos sido con él en esta asunto del dinero y los ratones.

-Le regalaré una colección completa de libros y procuraré que se ponga al día con el estudio para cuando las vacaciones toquen a su fin. Darle una educación es el mejor regalo que podemos ofrecerle. Me agradaría que me ayudaras a prepararlo para que no tenga dificultades. Ya Bab y Betty, esas dos queridas niñas, le ayudaron a dar los primeros pasos y le prestaron sus libros, de modo que Ben tiene algunos conocimientos; animándolo un poco, marchará bien, estoy segura.

-¡Esa idea es digna de ti, Celia! ... Siempre se te ocurre lo mejor. Te ayudaré con todas mis fuerzas, siempre que él me lo permita. Pero ha estado tan serio conmigo que no creo me haya perdonado.

-Lo hará muy pronto, y si tú eres bueno y paciente con él, se borrará su rencor y agradecerá tu ayuda. Le haré comprender quiero que tú vuelvas a— tus latines o al álgebra antes de que que me alegrará mucho si, de vez en cuando, te permite que revises sus lecciones. Y esto es verdad, por otra parte, porque no refresque. Corregirle los deberes a Ben será un buen pasatiempo para ti. Las últimas palabras de la señorita Celia hicieron que su hermano frunciera el entrecejo; porque él deseaba volver- a

tomar sus libros, y la idea de ser profesor auxiliar de su "criado" no lo entusiasmaba mucho.

-Lo prepararé rápidamente. Yo me encargaré de enseñarle geografía y aritmética, y

tú puedes prepararlo en escritura y gramática. A mí me pone nervioso ver la mala letra de los niños y corregir los enredos que hacen con las palabras. ¿Busco los libros cuando compre las otras cosas? ¿Puedo ir esta tarde?

-Sí, aquí tienen la lista. Bab me la dio. Puedes ir si me prometes regresar temprano y te dejas curar el diente.

Al instante se ensombreció el rostro de Thorny, y expresó su descontento con un silbido tan agudo que sobresaltó a su hermana, la que se apresuró a agregar con tono persuasivo:

-No te hará daño, y cuanto más tiempo dejes pasar sin ir al dentista peor será. El doctor Mann te aguarda en cualquier momento, y una vez que hayas ido, quedarás tranquilo por mucho tiempo. Vamos, mi héroe, prepárate y dile a una de las niñas que te acompañe en esta hora difícil. Lleva a Bab; a ella le gustará al paseo y te divertirá con su charla.

-¡Cómo si necesitara niñas a mi alrededor para una tontería como ésa!... -respondió con presteza Thorny, encogiéndose de hombros, aunque en su interior continuara protestando, como lo haría cualquiera de nosotros en su caso.

-No llevaré a Bab por nada del mundo. Con seguridad se meterá en algún lío y echará a perder todos mis planes. Betty as mejor compañía para mí. Es una señorita formal, delicada y suave como una gatita.

-Muy bien ... Pídele permiso a la mamá y cuídala mucho. Deja que lleve su muñeca, y así se sentirá feliz en cualquier sitio que vayan. Sopla un airecito fresco. y el faetón tiene la capota puesta, de modo que no hay que temer al sol. Salgan a las tres y conduce con cuidado.

Betty se mostró encantada con la invitación, pues Thorny era una especie de príncipe* de ensueño a sus ojos, y que la llevara a hacer una excursión con él era un honor que casi la abrumaba. Bab no se sorprendió de que no la invitaran, ya que desde la pérdida de Sancho consideraba que había caído en desgracia. y se había vuelto muy humilde. Ben la dejaba sola, y eso la afligía porque ella lo admiraba y se sentía muy orgullosa cuando el muchacho aprobaba sus exhibiciones de destreza y habilidad. Lo único que le restaba era aguardar que se presentara una oportunidad para recobrar la consideración de Ben. Pero en vano se arriesgó a romperse la cabeza saltando de las más altas vigas del granero, o se mantuvo en equilibrio sobre el lomo del burrito o

saltó el portoncito de un solo brinco. Ben no le concedió ni el pre mío de una mirada o de una sonrisa o una palabra de estímulo Entonces comprendió que nada más que el retorno de Sancho restablecería la antigua amistad.

En el pecho de la fiel Betty volcaba Bab sus lamentaciones llenas de remordimientos, y a veces exclamaba apasionadamente:

-Si pudiera encontrar a Sancho y devolvérselo a Ben no me importaría darme un golpe y romperme las dos piernas.

Esos desesperados lamentos causaban honda impresión en Betty, y esta se apresuraba a consolar a su hermana con profecías opti- mistas y con la firme creencia de que el organillero aparecería un buen día con el perro perdido.

-He guardado cinco céntimos de la venta de mis bellotas, y si encuentro, te compraré una naranja. -prometió Betty deteniéndose a besar a Bab cuando el faetón se detuvo delante de la puerta y Thorny descendió de él para ayudar a la joven señorita, cuyo blanco delantal almidonado crujía como si fuese de papel.

-Tráeme un limón si no consigues naranjas. Me gustará tomar el jugo con azúcar -respondió Bab, quien consideraba que en aquellos momentos, una bebida ácida no sería extraña en su copa.

-¿No está hermosa, mi querida? -murmuró la señora Moss observando con orgullo

a su hija menor.

En verdad, se la veía muy bonita sentada bajo la capota que tenía escrito "Belinda" con grandes letras. Lucía Betty sus mejores galas, y cuando-se volvió para sonreírles y saludarlas con su carita animada y simpática que resplandecía bajo el sombrerito azul, no es de extrañar que ambas, madre y hermana, pensaran que no había niña más perfecta que "nuestra Betty".

El doctor Mann estaba ocupado cuando llegaron, pero les dijo que los atendería al cabo de una hora, de modo que ellos se apresuraron a hacer las compras, luego que se aseguraron que el látigo estaba aún en la vidriera de la talabartería.

Thorny agregó unos dulces a los limones para Bab, y Belinda recibió unas masitas que, naturalmente, su mamá comió por ella. Betty pensó que ni en el palacio de Aladino habría tantas piedras preciosas como las que se veían en la joyería donde entraron a comprar los gemelos para Ben. Pero cuando entraron en la librería, olvidó el oro, la plata y las piedras preciosas para gozar contemplando los libros llenos de láminas, mientras Thorny seleccionaba el equipo escolar para Ben. Advirtiendo el embeleso de Betty y sintiéndose particularmente pródigo y con mucho dinero en el bolsillo, el joven caballero completó la felicidad de la niña, diciéndole que eligiera el libro que más le gustase de la colección infantil de Walter Crane, que con mágicos colores aparecía ante sus ojos.

-¡Este!... Bab siempre ha querido conocer a este hombre terrible y esta lámina lo muestra - respondió Betty apretando contra su pecho un magnífico ejemplar de "Garza Azul".

-Muy bien. Tómalo entonces. Y ahora vamos; la parte divertida del programa ha tocado a su fin y pronto comenzará el suplicio -dijo Thorny encaminándose a cumplir su condena, apretando los dientes y lleno de temor su viril corazoncito.

-¿Debo cerrar los ojos y sostenerte la cabeza? -preguntó con temblorosa voz la amable Betty mientras subían los escalones que otros pies tan pesados como los de ellos subieran muchas veces antes.

-No es necesario, pequeña ... No te preocupes por mí. Puedes asomarte al balcón y entretenerte allí. Lo mío no llevará mucho tiempo, imagino... -y diciendo esto, Thorny entró con la secreta esperanza de que el dentista hubiese recibido un urgente llamado o que hubiera alguien con un terrible dolor de muelas aguardando que lo curaran para tener un pretexto y poder posponer su visita.

Pero no, el doctor Mann estaba desocupado y lleno de cordial interés esperaba a su víctima mientras acomodaba con desesperante cuidado sus pequeños y horribles instrumentos.

Contenta de no tener que contemplar aquella operación, Betty se retiró hasta la ventana posterior para estar lo más lejos posible, y por espacio de media hora se mantuvo absorta en la lectura de su libro, con tal intensidad, que ya podría el pobre Thorny haber gritado de dolor que ella ni siquiera habría oído.

-Bueno, hemos terminado -dijo por fin el doctor Mann. Y Thorny, luego de dar un gran boztezo, exclamó:

-¡Gracias a Dios!... ¡Apróntate para partir, Betty!...

-Estoy lista...

Cerró la niña el libro de golpe y abandonó el cómodo sillón, sin olvidarse de llevar todas las cosas. Pero el dentista debía aún revisar la boca de Thorny, lo que le llevó bastante tiempo, y antes de que terminara, Betty tuvo tiempo de leer otro cuento más interesante aún que el de "Barba Azul". Pero mientras leía la distrajo un confuso rumor de voces infantiles que llegaba desde el estrecho callejón situado detrás de la casa. Un enorme ventanal se abría sobre el patio cerrado por un portón que el viento

sacudía.

Curiosa como las mujeres de Barba Azul, se acercó Betty a mirar, pero todo lo que vio fue un grupo de niños muy excitados que trataban de espiar por entre los barrotes de otro portón.

-¿Qué ocurre? -preguntó a dos niñas que no se atrevían a acercarse demasiado al grupo.

-Los muchachos quieren dar caza a un enorme gato negro -- respondió una de las niñas.

-¿Quieres venir a ver? -invitó la otra con toda cortesía.

La idea de que un pobre gato estuviese en apuros decidió a Betty a enfrentar a los muchachos. Por eso resolvió seguir a las dos niñas e ir a donde unos niños corrían de aquí para allá como si fuesen portadores de importantes mensajes, a juzgar por la ansiosa expresión de sus rostros.

-Sostén con todas tus fuerzas, Jimmy, y ustedes miren, si quieren. Ahora ya no podrá hacer daño a nadie - dijo uno de los cazadores que se hallaba sentado sobre una pared mientras otros dos apretaban el portón.

-¡Bah!... Es sólo un perro viejo... -exclamó Susy, una de las niñas después de mirar.

-Está rabioso y Jud ha ido en busca de una escopeta para matarlo -gritó un travieso muchachón, a quien disgustó el desprecio con que la niña se había referido a su presa.

-No está rabioso - exclamó otro desde su punto de observación-. Los perros rabiosos no beben agua, y este está lamiendo un cubo lleno de ese líquido.

-Bien podría estarlo, y nosotros no darnos cuenta. No tiene puesto bozal alguno y lo matará la policía si no lo hace Jud -comentó el sanguinario joven que había sido el primero en tratar de dar caza al pobre animal que había aparecido cojeando y dando muestras de haber perdido a su dueño, razón por la cual los niños, se atrevieron a arrojarle piedras.

-Debemos volver a casa. Mamá le tiene miedo a los perros rabiosos y tu madre también -dijo Susy. Y como habían satisfecho su curiosidad, ambas niñas se retiraron prudentemente.

Pero Betty no había visto nada todavía y quiso enterarse por sus propios ojos de lo que ocurría. Había oído hablar del extraño aspecto que ofrecían los perros en ese estado y pensó que a Bab le agradaría que ella le hiciese un relato de todo eso. De modo que se empinó en puntas de pie y logró ver a un perro oscuro, cubierto de polvo, tendido sobre el pasto, con la lengua afuera y jadeando como si estuviera exhausto, medio, muerto de fatiga y también de miedo, pues arrojaba recelosas miradas en dirección a la pared que lo separaba de sus tenaces perseguidores.

-Tiene los ojos iguales a los de Sancho - se dijo Betty, y no se dio cuenta que había pronunciado el nombre en alta voz, sino cuando vio que el animal paraba las orejas y hacía esfuerzos para incorporarse, como si quisiera acudir a su llamado.

-Parece como si me conociera... Pero no es nuestro Sancho... Aquél era un perro hermoso... -explicó Betty a un niño que se hallaba a su lado. Pero antes de que éste respondiera, el animal se levantó y ladró interrogativamente mientras sus ojos brillaban como dos cuentas de topacio y la pequeña cola se movía nerviosamente.

-Sancho ladraba de ese mismo modo -exclamó Betty asombrada por los detalles familiares que encontraba en aquel perro desconocido.

Como si el nombre pronunciado por segunda vez hubiera puesto fin a sus vacilaciones, saltó el animal en dirección al portón y metió su hocico rosado entre los barrotes, lanzando un alegre ladrido de reconocimiento cuando estuvo más cerca de Betty. Los muchachos abandonaron precipitadamente sus puestos de observación, y la niña retrocedió alarmada, aunque no hizo ademán de huir y abandonar a aquel par de ojos implorantes que la llamaban con una expresión tan elocuente a través de los barrotes.

-Se comporta como nuestro perro, pero no puedo creer que sea él. ¡Sancho!... ¡Sancho!... ¿Eres tú realmente? -gritó Betty sin saber a ciencia cierta qué hacer.

-¡Guau!... ¡ Guau!... ¡Guau!... - respondió moviendo la cola si quisiera agregar algo a esos ladridos, y sus ojos estaban tan llenos de amor y muda alegría que la niña no vaciló ya y se convenció de aquel pobre guiñapo era su querido Sancho extrañamente transformado. Un repentino pensamiento la asalto:

-¡Qué contento se pondrá Ben!... Podrá volver a ser dichoso... Debo llevar el perro a casa.

Sin detenerse a pensar en el peligro que podría correr y dejando de lado todas sus

dudas, Betty apartó la mano de Jimmy que sostenía el picaporte del portón y manifestó ansiosamente:

-¡Es nuestro perro!... ¡Déjame entrar!... ¡Yo no le tengo miedo!...

-No entrarás hasta que Jud vuelva: El dio órdenes de que no lo hiciéramos -dijo Jimmy asombrado y creyendo que la niña estaba tan loca como el perro.

Recordando confusamente que Jud había ido en busca de la escopeta para matar a Sancho, Betty dio un fuerte tirón a la puerta y corrió resuelta a salvar a su amigo. Que era su amigo no hubo la menor duda, pues, aunque el animal se abalanzó hacia ella como si fuera a devorarla de un mordisco, lo único que hizo fue echarse a sus pies. lamerle las manos y mirarla a la cara, dándole así la bienvenida que no podía expresar de otra manera. Una persona mayor y más prudente, se habría asegurado de que era el perro conocido antes de entrar, pero la confiada Betty ni se imaginó el peligro que pudo haber corrido. Su corazón habló más rápidamente que su cabeza, y sin detenerse a investigar, confió en aquel perrito oscuro y descubrió así que era el querido Sancho.

Sentándose sobre el pasto, lo atrajo hacia ella sin hacer caso de su sombrero caído ni de que las patitas llenas de tierra ensuciaban su limpio delantal ni del grupo de muchachos que, extrañados, la contemplaban desde el otro lado de la tapia.

-¡Perrito querido!... ¿Dónde has estado tanto tiempo? -preguntó llorando y con el pobre animal que se apelotonaba sobre su falda como si quisiese estar más cerca de su valiente y pequeña salvadora-. Te tiñeron de negro el pelo y te maltrataron, ¿verdad? ¡Oh, Sancho!... ¿Dónde está tu cola, tu cola tan bonita?

Un aullido conmovedor y un patético movimiento de cola fu¿ toda la respuesta que el animal pudo dar a tan tiernas preguntas. Jamás la historia de su degradación sería conocida como tampoco podría ser restaurada la gloria de su belleza canina. Betty procuraba consolarlo con cariñosas palmadas y ternezas cuando otro rostro apareció por el portón y la voz autoritaria de Thorny llamó:

-¡Betty Moss!... ¿Qué diablos estás haciendo ahí adentro con ese sucio animal?

-¡Es Sancho! ... ¡Es Sancho!... ¡Ven y míralo!... -gritó Betty levantándose y arrastrando consigo a su presa.

Pero el portón estaba cerrado otra vez, porque alguien había dicho "perro rabioso", y Thorny, que había visto un animal en ese estado, se sintió profundamente alarmado.

-No te quedes ahí ni un minuto más. Súbete a ese banco que yo te ayudaré a salir -indicó Thorny trepándose a la pared para rescatar a su amiga. En realidad, el perro se comportaba de manera alarmante: renqueaba y corría de uno a otro lado como si estuviese ansioso por escapar. No era extraño que lo quisiese, pues, aunque había descubierto otra voz y otro rostro conocido no había recibido las mismas afectuosas demostraciones de bienvenida.

-No, no saldré si no es con él. Es Sancho y lo llevaré a casa para devolvérselo a Ben - respondió Betty decidida mientras humedecía su pañuelo en un poco de agua y ataba la pata herida que tanto camino había recorrido para ir a apoyarse en una mano amiga.

--¡Estás loca! ... Ese es el perro de Ben tanto como yo...

-¡Mira si lo es!... -exclamó Betty inconmovible. Y recordando algunas de las órdenes que daba Ben a su perro, trató de que Sancho realizara alguna de sus habilidades. El pobre animal, cansado y herido como estaba, hizo lo que pudo, pero cuando llegó el momento de tomarse la cola entre los dientes para bailar no consiguió hacerlo y, dejándose caer, escondió la cabeza entre las patas como acostumbraba a hacerlo cuando fracasaba en alguna de sus habilidades. La escena era casi patética, pues tenía una ele las patitas delanteras vendada y con su actitud expresaba la humillación de un espíritu vencido.

Aquello conmovió a Thorny y convencido de la identidad del perro y de que no estaba rabioso saltó desde la tapia silbando como lo hacía Ben, lo cual alegró al desconsolado Sancho al mismo tiempo que las torpes caricias que le prodigó el muchacho consolaron su nostálgico corazón.

-Llevémoslo a casa y sorprendamos a Ben. ¿No crees que se pondrá loco de alegría? -dijo Betty. Y tan decidida estaba a hacerlo sin más pérdida de tiempo que quería levantar ella misma al perrazo a despecho de sus gruñidos de protesta.

-Has demostrado ser muy inteligente al descubrirlo, no obstante todo lo que le han hecho para desfigurarlo. Debemos buscar una soga para llevarlo, pues no tiene collar ni bozal. Y ahora que ha encontrado a sus amigos, veremos quién se atreve a tocarlo. ¡Fuera del camino, muchachos!... -Con ademán resuelto y aspecto autoritario Thorny abrió el camino mientras Betty, pasando un brazo alrededor del cuello de Sancho, sacó orgullosamente a su tesoro ignorando con magnanimidad a sus enemigos y sin dejar de mirar al fiel amigo a quien su tierno corazón había reconocido, a pesar de lo cambiado que estaba.

-Yo lo encontré... -se adelantó a decir uno de los muchachos que esperaba alguna recompensa aunque él hubiera sido de los que más insistieron para que matasen al animal.

-Yo cuidé que no lo mataran -agregó Jimmy, el carcelero.

-Y yo dije que no estaba rabioso -gritó un tercero, pensando que esa declaración merecería la aprobación general.

-Yo no tengo nada que ver con Jud -explicó el cuarto ansioso de librarse de complicaciones.

-Pero fueron ustedes los que le dieron caza, y lo apedrearon. ¿no es así? Abran paso, entonces, o de lo contrario haré la denuncia a la "Sociedad Protectora de Animales".

Con esta terrible y misteriosa amenaza Thorny dejó a los interesados muchas líos con un cuarto de narices dándoles, además, una buena lección.

Después de una mirada llena de asombro, Lita recibió cordialmente a Sancho y lo saludó refregándole la nariz por el lomo. Después el perro se acomodó en su antiguo lugar, bajo la colchoneta, con un gruñido de intensa satisfacción y en seguida se quedó profundamente dormido, vencido por el cansancio.

Ningún conquistador romano que llegara a la Ciudad Eterna cargando valiosos tesoros se habrá sentido tan contento y orgulloso como lo estaba Betty mientras iban en el carruaje que rodaba rápidamente en dirección a la pequeña casa rojiza llevando al cautivo que ella rescatara con sus propios brazos. La pobre Belinda yacía olvidada en un rincón. Los cuentos de "Barba Azul" fueron arrojados bajo un almohadón y el hermoso limón quedó machucado después que se le sentaron encima, pues los dos niños no podían pensar sino en la alegría que proporcionaría a Ben en que liberarían a Bab de su pesada carga de remordimientos, y en la sorpresa que darían a la mamá y a la señorita Celia. Betty no acababa de convencerse de que fuese verdad tan feliz suceso y, a cada instante, miraba si su querido y sucio hallazgo estaba todavía allí.

-Te explicaré lo que haremos -dijo Thorny rompiendo el prolongado silencio mientras Betty se ajustaba el sombrero que se le escapaba cada vez que inclinaba la cabeza para espiar al perro-. Mantendremos a Sancho escondido al llegar y luego lo ocultaremos en el cuarto que Ben ocupaba antes en tu casa. Luego yo me las arreglaré para enviar a Ben a buscar algo allí y veremos qué hace. Jugaría un dólar a que no reconoce a su perro...

-No sé cómo me dominaré para no gritárselo apenas lo vea... ¡Oh!..., ¡va a ser una escena muy divertida!... -Y Betty dio unas palmadas de júbilo por anticipado.

El plan había sido perfectamente trazado, pero Thorny olvidó las posibles reacciones del animal que en esos momentos roncaba pacíficamente entre sus botas. No bien detuvieron el coche frente al portón y apenas había alcanzado a decir en su susurro a su compañera: "Allí viene Ben", cuando ya el perro había saltado del carruaje y se arrojaba con la velocidad de una bala sobre el muchacho que se acercaba. Ambos rodaron por el suelo donde dieron varias vueltas en medio de grandes gritos de alegría y reconocimiento.

-¿Quién se ha lastimado? -preguntó la señora Moss saliendo de la casa muy alarmada.

-;,Qué es eso? ¿Un oso? -interrogó a su vez Bab corriendo tras de su madre. Su mayor deseo era ver un oso alguna vez.

-¡Hemos encontrado a Sancho!... ¡Hemos encontrado a

Sancho!... - gritaba arrojando su gorra en alto como un poseído.

-¡Encontrado a Sancho... ¡Encontrado a Sancho!... -repetía Betty como un eco, quien bailaba y saltaba como si también hubiera perdido la cordura.

-¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién lo encontró? -preguntaba la señora Moss, muy contenta, golpeando sus manos blancas de harina.

-¡No puede ser!... ¡Ese no es Sancho!... ¡Ese guiñapo sucio y feo!... - balbucía Bab incrédula.

Entonces Thorny. interrumpido constantemente por Betty, comenzó a hacer el relato del maravilloso encuentro en tanto que Bab y su madre lo escuchaban llenas de admiración, olvidando por completo los bollos que habían puesto al horno donde se estaban carbonizando sin que nadie se ocupara de ellos.

-¡Mi preciosa ovejita! ... ¿Cómo te atreviste a hacer eso? exclamó la señora Moss abrazando a su pequeña heroína con una mezcla de admiración y temor.

-¡También yo me hubiese atrevido y hasta habría golpeado a esos terribles muchachos! ... ¡Cómo quisiera haber estado allá!... -manifestó Bah comprendiendo que había perdido una gran oportunidad de lucirse.

-¿Quién le cortó la cola? -preguntó Ben con tono amenazador. mientras se acercaba al grupo lleno de tierra, rojo y sin aliento, pero radiante.

-El que lo robó, supongo. Merece que lo cuelguen -contestó Thorny con énfasis.

-Si lo pudiese encontrar... le cortaría la nariz -rugió Ben con tal resplandor en la mirada que Sancho lanzó un furioso ladrido. Y tuvo suerte el malvado de no encontrarse allí porque las hubiese pasado muy mal ya que hasta la bondadosa Betty había fruncido el ceño y Bab blandía amenazadoramente el batidor que tenía en la mano mientras su madre declaraba, llena de indignación, "que aquello había sido demasiado".

Apaciguados un tanto los ánimos luego de esa explosión general, procuraron tranquilizarse. y mientras el hijo pródigo iba de uno a otro en busca de caricias, la historia de su hallazgo fue contada otra vez, con más calma. Ben escuchaba sin separar los ojos del animal herido y cuando Thorny concluyó se volvió hacia la pequeña heroína y, colocando la mano de esta y la suya propia sobre lacabeza de Sancho, dijo con tono solemne:

-Betty Moss: nunca olvidaré lo que has hecho. Desde este momento, la mitad de Sancho te pertenece y si yo muriese. él será

tuyo... - Y Ben selló ese juramento con un par de sonoros besos que dio a la niña en las sonrosadas mejillas.

Betty se sintió profundamente conmovida y sus ojos azules se llenaron de lágrimas que sin duda habrían corrido por las mejillas

Sancho no hubiese sacado la lengua como quien ofrece un pañuelo de bolsillo para

secarlas. Las lágrimas se trocaron entonces en risas, a las que la única que no se unió fue Bab, pues ella se había apartado sombríamente murmurando:

-Voy a ponerme a jugar con todos los perros rabiosos que encuentre. Puede que así me consideren una buena niña y alguien une recompense por ello.

-¡Oh!.. ¡Pobre Bah... Yo te perdono y te prestaré la parte que me corresponde de Sancho cuantas veces quieras -dijo Ben que se sentía magnánimo con todo el mundo, incluso con las niñas que juegan como los varones.

-Vamos a llevárselo a Celia - rogó Thorny deseoso de volver a hacer el relato.

-Es mejor que lo layes antes. Está espantoso, pobre animal... -comentó la señora Moss antes de correr precipitadamente en dirección a la cocina al recordar sus bollos.

-Tendré que darle varios baños para poder sacarle esa tintura marrón. Su hermosa piel rosada está manchada con esa grasa. La haremos desaparecer poniéndolo al sol: el pelo le volverá a crecer y pronto será el hermoso perro de antes. Todo será como antes, excepto...

Ben no pudo concluir y se oyó un lamento general por la desaparecida cola que el animal ya no podría volver a mover con tanto orgullo.

-Le compraré una nueva. Y ahora, pónganse en fila y marchemos en orden - exclamó Thorny alegremente mientras empujaba por el hombro a Betty y caminaba silbando "Atención: el héroe conquistador llega". seguido por Ben y su perro, en tanto que Bab cerraba la marcha golpeando una lechera de aluminio con el batidor.

CAPÍTULO 18

Si el secuestro de Sancho causa tanto revuelo, es de imaginar que su regreso y la noticia de sus padecimientos habrían de provocar un revuelo mucho mayor. Le prodigaron una calurosa y afectuosa bienvenida. Por varios días fue objeto de demostraciones de curiosidad y cariño por parte de las niñas y de los muchachos conocidos que acudían a compadecerlo por el pedazo de cola que le faltaba.

Sancho se comportaba con digna afabilidad y sentado en la cochera sobre la colchoneta observaba a sus visitantes pensativamente, y con toda paciencia soportaba sus caricias, mientras Ben y Thorny, por turno, relataban los pocos hechos dramáticos que conocían respecto a su desaparición y a su encuentro. Si a la interesante víctima le hubiera sido posible contar sus aventuras habría referido cosas emocionantes, pero el pobre no sabía hablar y los secretos de ese mes memorable jamás iban a ser conocidos.

La herida de la patita cicatrizó pronto, la tintura fu¿ desapareciendo gracias a los interminables lavados y el pelo se tornó nuevamente sedoso y crespo. Un nuevo collar con elegantes letras le dio otra vez categoría de perro respetable y Sancho se consideró que era el mismo de antes. Pero era evidente que su genio, otrora manso y amable, se había agriado y a menudo parecía que él había perdido la confianza en los hombres.

Antes había sido un perro condescendiente y amigo de todos, pero desde su retorno observaba a los extraños con gesto receloso, y la presencia de un hombre andrajoso lo hacía aullar y encolerizarse como si acudieran a él el recuerdo de pasados agravios.

Por fortuna, su gratitud era más fuerte que sus resentimientos y demostró que no olvidaba que debía la vida a Betty, pues salía al encuentro de la niña en cuanto ésta aparecía, obedecía al instante sus órdenes y no toleraba que nadie la molestara cuando él caminaba vigilante a su lado conducido por la mano que lo llevaba del cuello igual

que como lo hiciera para sacarlo de aquel patio fatal. Eran fieles amigos para siempre.

La señorita Celia los llamaba la pequeña Una y su león, y viendo a los niños ansiosos por saber a quiénes se refería, les leyó la historia. Ben, con gran trabajo, pudo enseñar a Sancho a deletrear "Betty" y así sorprendió a la niña con esta nueva demostración de inteligencia de su perro. La pequeña no se cansaba nunca de ver cómo la pata delantera de Sancho acomodaba las cinco letras en su sitio y luego corría a poner el hocico entre las manos de Betty como si quisiese agregar:

-Ese es el nombre de mi querida amita...

Por supuesto, a Bab le alegraba que hubieran retornado la paz y alegría de antaño, pero en un pequeño y escondido rincón de su corazón se ocultaba un asomo de envidia y ansiaba, desesperadamente, hacer algo que la pusiera en evidencia frente a su pequeño mundo y recibir los mismos halagos que Betty. Comportarse con bondad y gentileza no era suficiente. Ella debía hacer algo que demostrara su valor y sorprendiera a todos, pero no se le presentaba ninguna oportunidad. Betty era tan afectuosa como siempre y los muchachos muy bondadosos, pero a ella no se le escapaba que ambos niños preferían a la pequeña Bet, como la llamaban, por haber sido quien encontrara a Sancho, demostrando gran arrojo al defender al perro de aquellos que la aventajaban en número y fuerza.

Bab no confió a nadie sus sentimientos. Muy por el contrario: procuraba ser amable mientras esperaba que llegase su oportunidad. Y cuando ésta llegó, se comportó lo mejor que pudo, aunque no consiguió que su acción tuviera un matiz heroico que aumentase su valor.

El brazo de la señorita Celia mejoraba rápidamente, pero, por supuesto, no podría hacer uso de él hasta dentro de mucho tiempo. Habiendo descubierto que la lectura de la tarde la entretenía tanto como a los niños, empezó a sacar sus viejos libros favoritos, con lo que disfrutaba de un doble placer ya que veía que el pequeño auditorio se deleitaba como se deleitara ella de niña. Para todos, a excepción de Thorny, aquellas historias eran completamente nuevas. Uno de estos relatos divirtió extraordinariamente a los niños y produjo una gran satisfacción a uno de ellos.

-Celia, ¿trajiste nuestros viejos arcos? -preguntó con ansiedad su hermano al mismo tiempo que ella abandonara el libro del cual había leído "No malgastes, no pidas" y "Dos cuerdas para tu arco".

-Sí, traje todos los juegos que dejamos guardados en el desván cuando salimos de viaje. Los arcos están en la caja larga donde hallaste las cañas de pescar y las paletas. Creo que el viejo carcaj y las pocas flechas que quedan también están allí. ¿Qué se te ha ocurrido? - preguntó a su vez la señorita Celia, mientras Thorny echaba a correr con gran prisa.

-Voy a enseñar a Ben a tirar al blanco. Es una excelente diversión para esta época calurosa. Pronto tendremos unos buenos tiradores y tú podrás otorgar premios a los mejores. Vamos, Ben... Hay suficiente cuerda como para poner los arcos en condiciones. Luego haremos una exhibición de tiro al blanco para las damas.

-Yo no sabré. Jamás tuve un arco entre las manos. El pequeño dardo que sostenía cuando hacía de Cupido no servía para nada - respondió Ben, a quien le parecía que aquel niño "prodigio" que fuera él en otro tiempo no tenía nada que ver con el joven respetable que en aquellos momentos caminaba del brazo del joven dueño de casa.

-Lo único que necesitas es práctica. Yo fui un gran tirador, pero ahora no creo que pueda acertar a otra cosa que no sea la puerta del granero -comentó Thorny para darle ánimos.

En tanto que los muchachos se alejaban con gran ruido de botas y rechinar de espuelas. Bab observó con, ese tono de señorita que había adoptado desde que se

dedicara con entusiasmo a la costura:

-Nosotras acostumbrábamos a hacer arcos con ballenas cuando éramos más chicas, pero ahora somos demasiado grandes para entretenernos con eso.

-Yo me divertiría lo mismo, pero Bab, como ya cumplió los once años, no quiere jugar más -declaró honestamente Betty que en ese momento alisaba su aguja en el esmeril.

-La gente adulta también practica la ballestería, como se llana en Inglaterra a tirar con arcos y flechas. Días pasados estuve leyendo algo a ese respecto y vi una fotografía de la reina Victoria con un arco. De modo que no tienes por que avergonzarte, Bab - dijo la señorita Celia quien se puso a revolver los diarios y revistas que tenía junto a su sillón buscando aquella fotografía de que hablara.

Por su parte consideraba que ese nuevo entretenimiento divertiría tanto a los muchachos como a las niñas.

-¡Una reina!... ¿Te das cuenta? -comentó Betty muy asombrada y también complacida de que su amiga no la considerara una tonta porque se divertía con esos sencillos juguetes fabricados en casa.

-En épocas pasadas, los arcos y las flechas eran usados en los combates y ya hemos leído cómo los arqueros ingleses oscurecían el cielo con las flechas y cómo mataban a sus enemigos.

-También los indios las usaban. Yo he encontrado algunas flechas de piedra junto al río hundidas en el barro -exclamó Bab demostrando repentino interés. Las batallas atraían su atención más que las reinas.

-Mientras ustedes dan termino a sus costuras yo les contare una breve historia sobre los indios - dijo la señorita Celia recostándose sobre los almohadones mientras las agujas se movían sin cesar en las pequeñas manos.

-I-lace más o menos cien años, en un pequeño campamento a orilla del río Connecticut vivía una niñita llamada Matty Kilburn. Sobre una colina se alzaba el fuerte adonde la gente corría en busca de protección cuando amenazaba algún peligro. El país era poco conocido y salvaje y más de una vez los indios habían bajado por el río y habían quemado las casas, matado a los hombres y llevado prisioneros a mujeres y niños. Matty vivía sola con su padre, pero se sentía muy segura en la pequeña choza hecha de troncos; pues su padre nunca se apartaba del lugar. Una tarde, mientras los labradores estaban ocupados en sus campos, la campana de alarma comenzó a sonar repentinamente, era la señal que indicaba un peligro cercano razón por la cual los hombres, abandonando sus palas y hachas, corrieron hacia sus casas para proteger a sus esposas e hijos como también a sus pobres bienes. El señor Kilburn tomó la escopeta con una ruano y a su hija con la otra y corrió tan rápido como le fue posible en dirección al fuerte. Pero antes de llegar oyó alaridos de guerra y vio aparecer por el río a los pieles rojas. Comprendió que les sería imposible llegar hasta hasta el fuerte, de modo que buscó a su alrededor un sitio donde dejar a salvo a su pequeña Matty hasta que el pudiese volver a buscarla.

Era un hombre de mucho valor y sabía pelear, de manera que no quiso esconderse mientras sus vecinos necesitaran su ayuda. Pero su primer pensamiento fue dejar fuera de peligro a su hija.

En un rincón del solitario campo de pastoreo se levantaba un enorme olmo hueco y hacia allá se dirigió el granjero rápidamente. Ocultó a Matty en la oscura concavidad alrededor de la cual habían crecido algunos retoños que disimulaban el hueco.

-Hija mía: quédate hasta que yo venga a buscarte. Reza y aguarda a tu padre -dijo el hombre al separar las ramas para ver una vez más a la asustada carita que se alzaba hacia el.

-¡Vuelve pronto!... -susurró Matty y trató de sonreír valientemente cómo debía hacerlo la hija de un padre tan valeroso.

El señor Kilburn se alejó y en seguida fue hecho prisionero y llevado muy lejos. Durante muchos años nadie supo que había sido de él: si vivía aún o si había sido muerto. La gente buscó a Matty, pero creyeron que había corrido .la misma suerte que su padre y no creyeron que la volverían a ver. Muchos años después vieron llegar a un pobre hombre, andrajoso, que no era otro que el señor Kilburn quien, habiendo conseguido escapar, trataba de encontrar el camino de regreso a su casa. Lo primero que hizo fue preguntar dónde estaba Matty, pero nadie supo responderle, y cuando les contó dónde la había dejado todos sacudieron la cabeza como si lo creyeran loco. Sin embargo, fueron a mirar dentro del olmo hueco y allí encontraron un pequeño esqueleto, restos de un genero descolorido y dos hebillas de plata sobre lo que pudieron haber sido unos zapatos que decían "Matty". Un arco indígena caído junto al árbol explicaba por que la niña no había salido ni pedido auxilio sino que se había dejado morir aguardando que su padre fuese a rescatarla".

Si la señorita Celia pensó que cuando acabara su relato hallaría las labores terminadas, buen chasco se llevó. Las niñas habían dado unas pocas puntadas. Luego Betty había usado la hermosa toalla de pañuelo y Bab había dejado caer su trabajo mientras escuchaba con los ojos enormemente abiertos la breve y tan trágica historia.

-Pero ese relato, ¿es verídico? -preguntó Betty, quien esperaba tener el consuelo de saber que era pura invención.

-Sí. Yo vi el árbol y la pequeña colina sobre la que se levantaba el fuerte. Y hasta he visto las pequeñas hebillas que una antigua familia de la región conserva - respondió la señorita Celia, quien volvió a buscar la fotografía de la reina Victoria para ver si con ella lograba consolar y alegrar nuevamente a su auditorio.

-Nosotros podríamos reproducir la historia usando el viejo manzano. Betty puede esconderse allí; yo seré el padre y la ocultaré con algunas ramas. Luego me convertiré en un enorme piel roja que la atacará. Haremos arcos y todo será muy divertido, ¿no es verdad? - exclamó Bab encantada ante la idea de poder representar los principales personajes de aquella tragedia.

-¡No, no, no!... No quiero esconderme en el agujero de un tronco lleno de telarañas y que luego tú me mates -chilló Betty-. Haré un hermoso fuerte con heno y colocaré allí a Dina que hará el papel de la pequeña Matty. Yo no quiero más esa muñeca porque ha perdido su otro ojo, de modo que a ella puedes tirarle con cuantas flechas quieras.

Antes de que Bab pudiera dar su visto bueno a las disposiciones de su hermana, apareció Thorny cantando mientras apuntaba con su arco en dirección a un pequeño petirrojo cuyo chaleco de plumas era de un hermoso color rojo.

Armó con la flecha el arco, Apuntó aguzando el ojo Y dijo: “Le acertaré Al pequeño petirrojo”.

"Pero no lo consiguió", pareció gorjear el petirrojo, que voló hacia otra rama moviendo despectivamente su colita negra.

-¡Niños!... Eso es lo que deben prometerme que nunca harán. Tiren al blanco cuanto quieran, pero no hagan daño a los pájaros -pidió la señorita Celia, mientras armaba a Ben con el equipo de arcos y flechas que le perteneciera y que hacía tanto tiempo no usaba.

-No lo haremos si tú nos lo pides, pero estoy seguro que, con un poco de práctica bajaría cualquier pájaro de un árbol tan bien como lo hacía ese personaje del cual nos

leíste la historia -respondió Thorny, a quien le había gustado ese relato tanto como a su hermana le causara pena la matanza de inocentes pajarillos.

-Bien podrías pedirle prestada al alcalde su vieja lechuza embal- amada y usarla de blanco. Podríamos practicar y como es grande, tendría más probabilidades de acertar - bromeó su hermana que acostumbraba a burlarse de Thorny cuando éste se daba aires de importancia.

La única respuesta de Thorny fue arrojar una flecha hacia arriba, y tan alto fue que se perdió de vista y tardó unos segundos en descender y clavarse en el suelo, cerca de ellos. Sancho la trajo entre sus dientes, muy contento con ese juego en el cual él también podía intervenir.

-No está mal... Ahora, Ben, tira tú ...

Pero Ben tenía muy poca experiencia en materia de tiro con arco y no obstante sus esfuerzos para imitar a su predecesor, la flecha dio un débil salto y descendió peligrosamente cerca de la nariz levantada de Bab.

-Si ustedes ponen en peligro la vida y la integridad de los demás, lo único que conseguirán será que yo les confisque las armas. Tomen la huerta como campo de práctica. Es un lugar seguro y nosotras los miraremos desde aquí. Si tuviera sanas las manos les dibujaría un hermoso blanco -y la señorita Celia miró apesadumbrada el brazo que de muy poco le servía aún.

-También tú podrías tirar. Vencerías a todos v yo me sentiría muy orgulloso de ti - aseguró Thorny con afectuoso acento de persona mayor.

-Gracias. Pero puedo cederle mi lugar a Bah y Betty, si ustedes les fabrican algunos arcos y flechas. Ellas no podrán usar esos tan grandes.

Los jóvenes caballeros no tomaron la sugestión con tanto entusiasmo como esperaba la señorita Celia. La verdad fue que ambos se mostraron más bien indiferentes, como ocurre generalmente cuando se les propone a los muchachos que acepten en sus juegos a dos niñas pequeñas.

-Tal vez sea una molestia demasiado grande... -comenzó a decir Betty con su suave vocecita.

-Yo puedo hacerme el mío -declaró Bab con un rebelde movimiento de cabeza.

-Nada de eso. Te haré el arco más hermoso que jamás se haya visto. Betty -se apresuró a prometer Thorny enternecido por la mirada suplicante de la niña.

-Y tú puedes usar el mío, Bah. Tienes puños fuertes y creo que lo podrás manejar - agregó Ben pensando que no le vendría mal tener un compañero que tirara peor que el. pues le molestaba sentirse inferior a Thorny en tantas cosas acostumbrado como había estado a ser siempre el primero. Pero eso ya no ocurría desde que se retirara a la vida privada.

-Yo seré el árbitro y daré como premio provisorio, y hasta que encontremos otro más apropiado, el aro de plata con que suelo recoger mis cabellos -propuso la señorita Celia, contenta de que todo se hubiese arreglado y que el nuevo juego presentara tan agradables perspectivas que ayudarían a pasar más entretenida la estación estival.

Resultó asombroso cómo el juego de arcos y flechas se puso de moda en toda la población. Los niños lo practicaron entusiasmados esa tarde y al día siguiente fundaron el club "Guillermo Tell" con Bab y Betty como miembros honorarios. Antes de que la semana concluyera se pudo ver a muchos muchachos con "curvados arcos y temblorosas flechas" arrojando lejos sus proyectiles con una encantadora indiferencia por la vida de los moradores del lugar.

Advertidos por las autoridades, los socios del club llevaron sus blancos a lugares más seguros y practicaron infatigablemente, en especial Leen, quien pronto descubrió que los ejercicios que practicara de niño habían hecho su brazo robusto y su ojo de

mirada certera. Llevaba a Sancho como socio para que recogiese las flechas y así hacía más tiros en una hora de los que podían hacer los otros que debían correr de un lado a otro.

Thorny recuperó muy pronto su antigua destreza, más la fuerza no era la de antes, por lo cual en seguida se sentía fatigado. Bab, por el contrario, se entregó con cuerpo y alma al nuevo deporte y tiraba con el nuevo arco que la señorita Celia le había regalado, pues el de Ben resultaba muy pesado para su brazo. Ninguna otra niña fue admitida en aquel club, de modo que las mujercitas tuvieron que fundar el suyo propio que llamaron "Victoria", nombre que les fue sugerido por el artículo de la revista, que comenzó a circular como guía general y manual de consulta.

Bab y Betty pertenecían también a ese club y con toda puntualidad informaban lo que se hacía en el de los varones. Allí tenían ellos derecho a tirar con sus arcos, pero pronto comprobaron que los muchachos se alegraban cuando ellas se alejaban.

La fiebre del tiro al blanco se hizo tan intensa como lo fuera antes la del baseball. Y no solamente circuló la revista sino también el cuento "Dos cuerdas para tu arco". Lo leyeron con avidez y niñas y varones imitaron a sus personajes.

Todos gozaban con el nuevo entretenimiento, que trajo aparejado un placer mayor y mar duradero, pues persistió hasta mucho después que los arcos y flechas fuesen olvidados.

Al comprobar con cuánto afán los niños buscaban nuevos relatos, a la señorita Celia se le ocurrió mandar un cajón de libros -nuevos y usados- a la biblioteca del pueblo que estaba muy poco surtida, como ocurre con todas las bibliotecas de las pequeñas ciudades. Esta donación produjo muy buen efecto, y otras personas buscaron y enviaron cuantos volúmenes hallaron que trataran del mismo asunto. De modo que muy pronto, los polvorientos estantes de la pequeña sala ubicada detrás del correo se vieron asombrosamente colmados de libros.

Como llegaban en vacaciones fueron recibidos con mayor entusiasmo y tanto los libros con relatos de antiguos viajes como los de historias modernas eran leídos con placer por la gente joven que disponía de mucho tiempo para dedicarlo a la lectura.

El éxito de ese primer ensayo en pro del bien público, complació a la señorita Celia y le sugirió otros medios de ayudar a la tranquila ciudad que parecían estar aguardando que ella lo pusiese en práctica. A pocos habló de sus proyectos, a excepción de aquel amigo lejano, y muchos planes trazó en silencio para ir realizándolos poco a poco.

CAPÍTULO 19

EL primero de septiembre pareció llegar demasiado pronto. Comenzaron las clases. Entre el grupo de niños y niñas que subían en montón hacia "El rincón del saber", como llamaban a la escuela, se encontraba Ben, quien llevaba una pila de libros bajo el brazo. Se sentía algo extraño y muy tímido, pero tomó una actitud resuelta para no dejar traslucir su estado de ánimo. Aunque tenía trece años, era la primera vez que iba a una escuela de verdad. Le señorita Celia había hablado con la maestra y la había enterado de cuál había sido la vida de Ben. Como la maestra era una mujer comprensiva hizo cuanto pudo para facilitarle los comienzos. En lectura y escritura demostró ser bueno y orgullosamente se colocó entre los muchachos de su misma edad; pero cuando llegó el turno de demostrar sus conocimientos en aritmética y geografía tuvo que descender casi hasta la altura de los principiantes, no obstante los

esfuerzos que hiciera Thorny para "sacarlo a flote". Esto lo mortificaba enormemente y en algunas ocasiones tuvo que sentarse al lado de la querida Betty, quien se condolía cuando el se equivocaba y sonreía con verdadera alegría cada- vez que Ben la aventajaba, coa que fue ocurriendo poco a poco con mayor frecuencia. Ella no era una niña muy inteligente y avanzaba con trabajo, muy por detrás de Bab que ya se destacaba entre las alumnas mayores que ella.

Afortunadamente, Ben era un muchacho bajo e inteligente, de modo que no quedaba muy fuera de lugar entre los niños de diez y once años. Había tomado con tanto empeño sus estudios como en otra época sus entrenamientos para dar un salto en alto o tocarse la cabeza con los talones. Esa clase de ejercicios le habían dado vigorosa elasticidad a su pequeño cuerpo; ahora le tocaba el turno de adiestrar su mente para que sus facultades le respondieran con tanta rapidez y seguridad como sus músculos que le permitían ubicarse con confianza donde cualquier otro podía haber temido caer y romperse la nuca. Su consuelo era comprobar que aunque los ejercicios de aritmética le daban mucho trabajo, podía en cambio pegar saltos mortales y quedar firme y derecho sobre el suelo como no sabría hacerlo ningún otro. Cuando los muchachos se burlaban de él al oírle decir que China estaba en África, los dejaba mudos revelando los conocimientos que poseía acerca de los animales que poblaban aquel país. Y cuando lo nombraron "el número uno en lectura" se sintió muy orgulloso y superior a sus compañeros.

La maestra lo estimulaba cuanto le era posible y corregía sus muchos errores con tal paciencia que Ben dejó de sentirse intimidado y afligido y trató de abrirse paso hacia adelante. Nadie pudo dejar de respetar sus esfuerzos y todos disimularon sus torpezas. De este modo se deslizó la primera semana y, aunque el corazón del muchacho más de una vez se había encogido de vergüenza frente a la lucha con su propia ignorancia, se propuso vencer, volvió a reanudar la batalla al lunes siguiente con renovado celo y nuevos bríos provocados, sobre todo, por la alegre charla que sostuviera con la señorita Celia el domingo al atardecer.

No le confió a ella, sin embargo, una de sus más grandes preocupaciones, pues pensó que no podría ayudarlo de ningún modo. Algunos de los muchachos lo trataban un tanto despectivamente llamándolo "vagabundo" y "limosnero", y lo molestaban diciéndole que había venido de un circo donde había vivido en carpas como los gitanos. Los niños no querían ser crueles, pero les divertía molestarlo, sin pensar por un momento que esas bromas lo hicieran sufrir tanto. Ben simuló no hacer caso, pero sufría mucho, pues hubiera deseado olvidar el pasado y ser como los demás compañeros. No se avergonzaba de su vida anterior, pero como descubría que los que estaban a su alrededor la criticaban deseaba olvidarla. Por su propio bien, además, pues los recuerdos de los últimos días que pasara allá no eran muy gratos y las comodidades de que gozaba en el presente le hacían parecer más terribles las penurias pasadas.

No dijo nada de todo eso a la señorita Celia, pero ella llegó a saberlo. Entonces lo quiso más al darse cuenta de que era capaz de soportar con tanta entereza sus sinsabores. Bab y Betty llegaron llenas de indignación cierto lunes por la tarde a consecuencia de ciertos insultos que Sam había. proferido contra Ben. La señorita Celia las vio tan conmovidas que comprendió no iban a prestar atención a sus lecturas, de modo que les pidió le contaran lo acaecido. Las niñas prorrumpieron entonces en exclamaciones y frases entrecortadas e no dieron, por cierto, una idea muy clara del motivo de su indignación.

-...y dilo que Ben debía vivir en la casa de los cuidadores...

-...y Ben le contestó une el debía vivir en un chiquero.

-Y tiene razón. Ese es el sitio que le corresponde a un muchacho tan glotón que siempre lleva grandes manzanas y nunca convida a nadie...

-Sam se enojó v nosotras nos echamos a reír. Entonces él preguntó: "¿Quieres pelear?"

-Y Ben contestó: "No gracias. No es muy divertido golpear a un fardo de estopa".

-Sam se puso furioso v corrió a Ben hasta el arce gigante.

-Allá quedó Ben, trepado al árbol, de donde Sam no lo dejará bajar si no retira todo lo dicho.

-Ben se niega v Yo me temo une tendrá que quedarse allí toda la noche -manifestó Betty afligida.

-Á él no le importa, y nosotros nos divertiremos llevándole la comida. Torta de nueces, queso v también algunas peras asadas. Se las arrojaremos y él las recogerá en el aire. ¡es tan diestro!... -agregó Betty dispuesta a sacar buen partido de aquella situación.

-Si no' aparece a la hora del té iremos a buscarlo. Me parece que va he oído decir algo acerca de los malos ratos que Sam hace pasar a Ben. No estoy mal informada, .verdad? -preguntó la señorita Celia dispuesta a- defender a su protegido de las persecuciones injustas.

-Sí, señorita. Sam y Moses están siempre molestando a Ben. Ellos son más grandes y nosotros no podemos hacerlos callar. Yo no he permitido que las niñas los imiten y los más pequeños no se atreven a hacerlo después de la reprensión de la maestra -explicó Bah. ilustrando sus palabras con amplios gestos.

-;Por qué no ha hablado la señorita con los otros?

-Porque Ben no los ha acusado ni ha permitido ore lo hagamos nosotras. Nos ha dicho que sabe defenderse solo y que odia los chismes. Estoy segura de que tampoco le gustará saber que se lo hemos contado a usted. Pero no importa que lo sepa. Todo eso está muy mal. - Y Betty parecía próxima a echarse a llorar al recordar las tribulaciones por las que debía pasar su amigo.

-Estoy contenta de que hayan hablado. Ya me ocuparé yo de esto -respondió la señorita Celia después que las niñas le hubieron revelado las afrentas que había soportado Ben.

En ese momento apareció Thorny, quien parecía muy divertido.

y las niñas corrieron hacia él para preguntarle al unísono:

-¿Viste a Ben? ¿Lo ayudaste a bajar del árbol?

-Se bajó de la forma más graciosa que ustedes pueden imanar -contestó Thorny riendo.

-¿Dónde quedó Sam? -preguntó Bah.

-Mirando para arriba para ver por dónde voló Ben.

-¡Oh, cuenta, cuenta!... - rogó Betty.

-Bueno... Yo pasaba por allí y encontré a Ben trepado al árbol mientras Sam le arrojaba piedras. Ordené al "gordo" que dejara de hacer eso y me contestó que no lo haría hasta que Ben no le pidiese perdón. Ben le respondió que nunca le pediría perdón, así tuviese que estar una semana allí arriba. Yo me disponía entonces a dar su merecido al bribón de Sam, cuando acertó a pasar un carro cargado de heno. Ben se dejó caer sobre él tan rápidamente rape Sam no lo advirtió. A mí me causó tanta gracia que dije a Sam que lo dejaba solo para que se las entendiese con Ben, y allá debe estar preguntándose por dónde diablos ha desaparecido su enemigo.

La idea del chasco que se había llevado Sam divirtió a todos y rieron a carcajadas hasta que la señorita Celia los hizo callar para preguntar:

-¿A dónde ha ido Ben?

-Sin duda dará un buen paseo. Luego vendrá para aquí corriendo muy divertido. Pero yo tendré que poner en su lugar a Sam. No quiero que haga daño a Ben ni que éste se deje intimidar por nadie.

-A excepción de ti, naturalmente -dijo su hermana con una sonrisa burlona, pues Thorny se mostraba a veces muy altivo con su amigo.

-Á él no le importa que yo le haga reproches de vez en cuando. Es por su bien que procedo así, y siempre me pongo de su parte contra los demás. Sam es muy pendenciero, lo mismo que Mose, y n ambos les daré una buena paliza si no dejan de molestar a Ben.

Deseando que su hermano no interviniese en ninguna pelea, la señorita Celia propuso métodos de convicción más suaves, y aseguró que ella misma conversaría con los muchachos si se producía nutra pelea.

- He estado pensando que se podría preparar una alegre reunión para el cumpleaños de Ben. Mi plan era hacer una fiesta sencilla, pero la haremos más grande, invitaremos a todos los muchachos y Ben será el rey de la fiesta. Necesita que se lo premie por los esfuerzos que ha hecho en el colegio. Ahora que ha dado los primeros pasos, creo que seguirá adelante con mucho entusiasmo. Si lo tratamos con respecto y demostramos que lo tenemos siempre en cuenta, los demás nos imitarán. Y eso será mejor que andar peleándose por ahí.

-¡Tienes mucha razón!... ¿Qué haremos para que la reunión .resulte fiesta de primera? -preguntó Thorny, cayendo de inmediato en la trampa que le tendiera su hermana.

-Proyectaremos algo interesante. Alguna "gran combinación", como acostumbras a llamar a tus raras mezclas de tragedia, comedia, melodrama y farsa -respondió su hermana con la cabeza llena de divertidos planes.

-Haremos alguna representación teatral. Creo que esta gente no ha visto teatro en su vida, ¿eh, Bab?

-He visto un circo...

-Nos disfrazaremos y representaremos "Los niños en el bosque" -propuso Betty.

-¡Bah... Eso no vale nada. Yo les enseñaré lo que es representar una obra y haré que se les pongan los pelos de punta. Ustedes también intervendrán en la representación. Bab podrá hacer muy bien el papel de la niña perversa... -empezó a decir Thorny entusiasmado ante la perspectiva de producir sensación en las tablas y siempre listo para azuzar a Bab.

Antes de que Betty pudiese protestar diciendo que no quería que se pusieran los pelos de punta y de que Bab rechazara indignada el papel que le ofrecían, se ovó un agudo silbido v la señorita Celia susurró haciendo una señal de advertencia:

-¡Chist!.:. Ben se acerca. El no debe enterarse de nada aún.

El día siguiente era miércoles, y la señorita Celia concurrió a una audición de recitado que daban los niños. Era muy poco frecuente que las madres o hermanas mayores dispusiesen de tiempo para concurrir a aquellas audiciones, de modo que cuando la señora Moss y la señorita Celia se presentaron en el colegio, fueron muy bien recibidas por la complacida y orgullosa maestra y un murmullo general se levantó en el aula al verlas aparecer. Todas las niñas dirigieron sus miradas hacia las visitantes v las señalaron luego a Bab y Betty, quienes sonreían con sus redondas caritas iluminadas de alegría al ver a "mamá'.' sentada junto a la maestra. Y los muchachos sonrieron a Ben. cuyo corazón se puso a latir desordenadamente al ver que su querida señorita había venido sólo para oírle decir su parte.

Thorny le había recomendado que eligiese "Marco Bozzans", pero Ben prefirió " John Gilpin" e hizo el recitado de la famosa carrera con gran elocuencia, poniendo

mucho más énfasis en algunos párrafos y si bien en otros necesitó ayuda concluyó su parte con éxito, aunque casi sin alientos. Se sentó en medio de grandes aplausos, algunos de los cuales, cosa muy curiosa, le pareció que llegaban desde afuera. Y así era en efecto, pues Thorny, que no había querido perderse el placer de escucharlo, había permanecido afuera para no confundir al orador.

A continuación se oyeron otros recitados guerreros o patrióticos los que decían los muchachos, sentimentales los de las niñas. Sam fracasó en su intento de recitar uno de los grandes discursos de Webster y el pequeño Cy Fay atacó resueltamente:

-¡Otra vez al combate!

Y lo dijo todo, sin equivocarse, con su vocecita anuda, haciendo así honor a su hermano mayor que se lo había hecho ensayar con tanto cuidado, Billy había elegido un trozo muy conocido, pero lo recitó de tal modo que lo hizo interesante. Sus gestos eran vivos y asombrosas las modulaciones de la voz.

Cuando recitó:

"La selva sobre un fondo de cielo tormentoso
sus gigantes ramas sacudió"

giraron sus brazos como aspas de un molino de viento. Y "los himnos de orgullosos vítores" no solamente "sacudieron las profundidades de las desiertas tinieblas" sino también a los pequeños niños sentados en sus bancos y la escuela toda celebró "los cánticos de los libres". Cuando "el águila marina remontó su vuelo" Billy pareció remontarse también. Una expresiva mirada representó "el ojo sagaz de la mujer" y los bucles caídos sobre la ardiente frente del orador dieron fuerza a "las cejas del hombre severamente fruncidas". Con un fuerte golee sobre su pecho señaló dónde estaba situado "el fuero corazón del joven".

-"¿Qué buscan tan lejos?" -preguntó con un topo tan natural fijando sus ojos en Mamie Piters que la pequeña. sobresaltada, respondió:

-No sé... -razón por la cual el recitador se apresuró a señalar con su dedo gordezuelo su propio corazón y concluir In poesía, que fue considerada la más preciosa joya de la colección. Billy volvió a su asiento muy orgulloso, completamente convencido de que su pueblo natal tenía un orador que con el tiempo eclipsaría a Edward Everett y a Wendell Phillips.

Sally Folsom atacó "El bosquecillo de coral", elegido con el expreso propósito de sobresaltar y hacer sonrojar a su amiga Almira Mullet al recitar la segunda estrofa de ese hermoso poema que hablaba de un "mullet" que efectuaba correrías.

Una de las niñas mayores recitó "Perdido Amor", de Wodsworth con acento melancólico, apretando las manos y lanzando un ¡oh! ... tan fuerte como si le hubiesen extraído una muela.

Bab prefería las piezas cómicas y ésa divirtió e hizo reír a todos por la gracia con que dijo el jocoso poema "La casa de los gatitos". Lanzaba unos estridentes "miau" y cuando explicó cómo la "afectuosa mamá gata se rascaba la nariz" imitó tan bien el gesto del animal que los niños lo festejaron con chillidos de alegría. Y concluyó con un "miau" tan perfecto que su auditorio consideró que jamás se había escuchado mejor imitación.

La pequeña y dulce Betty murmuró más que recitó "Lirio blanco", balanceándose de derecha a izquierda como si solamente así pudiese decir los versos.

-Hemos llegado al fin de este recital. Si alguna de las señoras desea dirigir unas

palabras a los niños yo las agradeceré encantada -dijo cortésmente la maestra antes de despedir a sus alumnos con una canción.

-Permítame, entonces, señorita. Me gustaría dirigirles unas palabras a los niños -manifestó la señorita Celia obedeciendo a un repentino impulso; y adelantándose con el sombrero en la mano hizo un gracioso saludo antes de recitar la hermosa balada de Mary Howitt, "Mabel en un día de verano". Se la veía tan joven y alegre y sus ademanes eran tan sencillos y expresivos, hablaba con voz tan dulce y clara que los niños quedaron encantados como si hubiesen sido hechizados. Aprendieron la lección que quería darles esta nueva profesora y entendieron el consejo que ratificaba la última estrofa:

"Es bueno hacer todas las tareas gratas,
estar alerta y ser bondadoso.
Y es bueno tener como la pequeña Mabel
un espíritu ansioso de aprender".

Por supuesto, mientras la señorita Celia regresaba a su asiento la acompañó un caluroso aplauso, y en tanto las manos golpeaban con entusiasmo las conciencias se despertaban y más de uno lamentó sus gestos hoscos y los errores cometidos.

-Ahora cantemos -propuso la maestra. Y mientras todos se apuran a componer sus gargantas la puerta se abrió y apareció Sancho con el sombrero de Ben en la cabeza, caminando sobre las patas traseras, las delanteras cruzadas humildemente, acompañada su marcha por una voz que, desde afuera, cantaba:

Benny tenía un perrito
de pelo todo blanquito;
y dondequiera que iba
el perrito lo seguía.

Cierta vez se fue a la escuela
y entró sin pedir permiso.
Todos los chicos rieron.
al ver un perro...

El travieso Thorny no pudo continuar; pues una gran carcajada ahogó sus últimas palabras y la orden de Ben "¡fuera, bribón!"... obligó a Sancho a escapar corriendo sobre sus cuatro patas.

La señorita Celia procuró disculpar a su hermano frente a la maestra, quien le aseguró que la broma carecía de importancia, en tanto que la señora de Moss trataba, aunque en vario, de hacer callar a sus hijos por medio de gestos. Ellas, como los demás; no podían dejar de reír y sólo se apaciguaron cuando sonó la campanilla ordenando silencio. La hermosa dama que había recitado antes volvió a ponerse de pie

y dijo con su tono cordial:

-Deseo agradecerles el hermoso momento que me han hecho pasar y espero poder gozar de otro igual muy pronto. También quiero invitarlos a todos a la reunión que haremos para festejar, el próximo sábado, el cumpleaños de nuestro querido amigo Ben. Por la tarde se realizará el concurso de los tiradores de arco y espero que los dos clubs estén representados. Nos divertiremos y reiremos sin temor de contravenir a ninguna regla. Los invito en nombre de Ben e imagino que vendrán todos, pues deseo que este sea el cumpleaños más feliz de su vida.

Había veinte alumnos en el aula, pero los ochenta pies y manos hicieron tal barullo al escuchar la invitación, que cualquiera que hubiese pasado por allí hubiera podido pensar que eran más de cien los alumnos de la escuelita. Todos quisieron un poquito más a la señorita Celia a quien siempre habían estimado porque nunca dejaba de saludar a las niñas, llamaba por sus apellidos a los varones y hasta los trataba de "señor" algunas veces, y si ella les hubiese dicho que los aguardaba para darles una buena paliza, habrían acudido seguros de que se trataba de una broma divertida.

Es de imaginar con cuánta alegría recibieron la invitación; sin que a ninguno se le ocurriera pensar cual era el verdadero motivo de esta, y era un espectáculo digno de ver la cara que puso Ben. Estaba tan contento y orgulloso por el honor que le hacían. que no sabía cómo ni adónde mirar. Por eso respiró aliviado cuando pudo disparar con los otros muchachos y saltar por el campo para dar rienda suelta a su emoción. No se le había escapado que algo tramaban para su cumpleaños, pero jamás soñó que fueran a invitar a su fiesta a la escuela entera con maestra y todo. Muy pronto se vieron los efectos de la invitación, cosa que resultó bastante cómica. Los niños pugnaban por superarse en atenciones hacia Ben y hasta Sam, quien temió lo dejaran de lado, ofreció el olivo de la paz en la forma de una tibia manzana que extrajo de su bolsillo. Mose propuso un cambio que ofreció enormes ventajas a Ben, pero quien hizo el sacrificio mas grande fue Thorny, pues dijo a su hermana cuando regresaban a su casa:

-No quiero ser un competidor de ellos. Tiro mejor, pues he tenido una larga práctica, y no deseo ganarles el premio. Ben y Billy son, después de mí, los que tiran mejor. Ben tiene más fuerte el brazo, pero Billy calcula mejor la puntería, y ambos quieren ganar. Si le dejo la vía libre, Ben tendrá más probabilidades, ya que su único competidor será Billy, pues los demás no podrán competir con el.

-Te equivocas. Bab puede ser una seria competidora. Tira tan bien como Ben y desea ganar el premio tanto como los dos muchachos. Habrá que darle también su oportunidad.

-La tendrá, 'pero no conseguirá nada. Las muchachas no pueden ganarle a los varones, por más deseos que tengan de conquistar el premio.

-Si yo tuviese mis dos brazos sanos te enseñaría lo que una mujer es capaz de hacer cuando quiere. No te vayas tan alto, jovencito, porque puedes venirte abajo -advirtió la señorita Celia divertida con la fatuidad de su hermano.

-No hay peligro de que eso ocurra -aseguró Thorny y con toda calma se alejó en busca de los cartones que ¡bu a llevar para que Ben practicara.

-Veremos... -contestó la señorita Celia quien, a partir de ese momento se propuso hacer de Bab su alumna y dar una lección al señor Thorny, a quien le gustaba demasiado creerse superior e infalible.

También hacía aquello con un poco de traviesa intención, ya que ella, no obstante sus veinticuatro años. era una niña aún en lo más íntimo de su corazón y deseaba demostrar que las niñas podían triunfar y llegar a hacer lo que se proponían con paciencia y tenacidad.

De modo que se ocupó de adiestrar a Bab mañana y tarde, guiándola con la mano que tenía sana. Bab estaba encantada pensando que podía llegar a competir por su club en el concurso.

Le dolían los brazos y se le endurecían los dedos cuando ponía el arco tenso, pero era infatigable y como, además, era más fuerte y alta de lo que correspondía a su edad y tenía una gran disposición para los deportes, progresó mucho y rápidamente. Aprendió a tirar flecha tras flecha y cada vez con mayor seguridad y más cerca del blanco.

CAPÍTULO 20

UN grandioso despliegue de banderas y gallardetes se movían agitados por la brisa aquella mañana de septiembre, día en que Ben cumplía sus trece años. Algo extraño parecía haber invadido la vieja casa, pues estandartes de toda forma y tamaño, color y diseño se agitaban desde el interior hasta la galería, desde el "porch" hasta la puerta de entrada, con lo cual, ese lugar tan apacible, parecía una carpa de circo: lo que más deseaba Ben y lo que más feliz le hacía.

Los muchachos se habían levantado muy temprano para preparar todo, y la brisa matutina hacía hacer extrañas contorsiones a los pendones a medida que los iban colgando. El león alado de Venecia parecía querer volar a su tierra; el dragón chino blandía su doble cola corno si quisiese apoderarse del pavo real birmano; el águila rusa de doble cabeza picoteaba con uno de sus picos a la media luna turca. mientras otros parecían gritar a la efigie real inglesa que se acercara. En el apuro de izar los pabellones, el elefante siamés quedó cabeza abajo, y se movía graciosamente sobre su cabeza, con la estrella y banda moviéndose sobre él. Una gran bandera con un arpa y un manojo de trébol colgaba de la puerta de la cocina y Katy, la cocinera, les sirvió el desayuno cantando "El día de San Patricio por la mañana".

Cubrieron el jergón de Sancho con un brillante papel que representaba el brillante estandarte español, y en el mástil de la cochera, izaron el sol y la media luna de Arabia como un homenaje a Lita, ya que se considera a los caballos árabes como los mejores del mundo.

Las niñas salieron a ver y declararon que aquello era el espectáculo más hermoso que habían visto en su vida, mientras Thorny ejecutaba en su pífano "Arriba Columbia" y Ben, montado sobre el portón de entrada, cantaba a voz en cuello como si fuese un feliz galopín que había llegado a la mayoría de edad. Se había sorprendido y había quedado encantado con los obsequios que encontrara esa mañana, al despertarse. en su habitación y se ¿lió cuenta que los presentes venían de Thorny y la señorita -Celia por la caja de fósforos que simulaba una trampa de ratones y que estaba junto con ellos. Los gemelos y el látigo constituían un verdadero tesoro que la señorita Celia no le había regalado cuando pensara, ya que el regreso de Sancho había devuelto la alegría a Ben. Este agradeció también a la señora Moss el rico postre con que le obsequiara y a las niñas los mitones rojos que con tantos sacrificios y en secreto habían tejido para él. El que había tejido Bah era alzo angosto y tenía el pulgar muy estrecho, en tanto que el de Betty era corto y ancho, con un pulgar casi sin punta. Imposible les resultó emparejarlos; no obstante los esfuerzos que hizo la señora Moss con la plancha, para gran desesperación de las niñas. Pero Ben les aseguró que los prefería así, de lo contrario nunca sabría cuál era el derecho ni cuál el izquierdo. Se

los puso de inmediato y salió haciendo restallar el flamante látigo con una expresión tal de alegría que era diana de verse, mientras los otros muchachos los seguían llenos de admiración hacia el héroe del día.

Estuvieron muy ocupados durante toda la mañana preparando las cosas y tan pronto como el almuerzo tocó a su fin corrieron todos a ponerse sus mejores galas, pues, aunque estaban invitados para las dos de la tarde, desde la una ya se podía ver a niños y niñas dar vueltas, impacientes, por las avenidas.

El primero en llegar fue un personaje a quien no se había invitado. En cierto momento en que Bab y Betty estaban sentadas en los escalones del "porch" vestidas con sus rosados trajecitos de algodón y sus delantales almidonados, descansando hasta que comenzase la fiesta, oyeron un crujido por detrás de las lilas y en seguida hizo su aparición Alfred Tennyson Barlow, ataviado como un pequeño Robin Hood, con una blusa verde, una enorme hebilla plateada en el cinturón, una pluma en la gorra y una flecha en la mano.

-He venido al concurso de tiro. Oí hablar de él y mi papá me explicó qué es la ballestería. ¿Hay masitas? ¡Me gustan tanto!...

Después de pronunciar las anteriores palabras, el poeta tomó asiento y aguardó la respuesta. Las jovencitas rieron divertidas, pero en seguida recordaron sus buenos modales y se apresuraron a informarle que había montañas de dulces y que la señorita Celia no tornaría a mal su visita aunque el no hubiese sido invitado.

-Ella me pidió que volviera, pero yo he estado muy ocupado. Tuve sarampión. ¿Lo tuvieron ustedes? preguntó el visitante ansiando poder hacer comparaciones sobre ese asunto.

-¡Oh, sí!..., pero hace mucho tiempo. ¿Qué otra cosa estuviste haciendo además de eso? -preguntó Betty demostrando gran interés.

-Pelee contra un moscardón.. .

-¿Quien venció? -preguntó Bab.

-Yo ... Salí corriendo, y él no pudo alcanzarme.

-¿Sabes manejar bien el arco?

-Di en el blanco apuntando a una vaca. pero ella ni lo notó siquiera. Creo que pensó que se trataba de un mosquito.

-¿Sabe tu mamá que vendrías? -preguntó Bah que experimentaba extraordinario interés por los prófugos.

-No. Ella había salido de paseo, de modo que no pude pedirle permiso.

-Eso está muy mal hecho. Mi libro de los domingos dice que los niños desobedientes no van al cielo -observó la virtuosa Betty con tono de amonestación.

--Yo no quiero ir allá - fue la rápida respuesta del niño.

-¿Por qué no? -preguntó severamente Betty.

-Allá no hay barro. Así me lo dijo mamá, y a mí me gusta jugar con barro. Me quedare aquí donde abunda. -Y el inocente niño comenzó a arrancar yuyos del suelo.

-Temo que seas un niño muy malo.

-¡Oh!... ¡Lo soy!... Mi papá lo dice a menudo, y él sabe mucho -replicó Alfred con un involuntario temblor que respondía tal vez, a tristes recuerdos. Luego, como si ansiara cambiar de conversación y que esta no versase sobre temas tan personales, preguntó señalando en dirección a una hilera de burlones rostros que asomaban sobre el muro:

-¿Esos son los blancos de ustedes?

Bab y Betty levantaron rápidamente la cabeza y reconocieron las caras familiares de sus amigos.

-¡Debieran avergonzarse de espiar antes de que comience la fiesta!... -les gritó Bah

frunciendo amenazadoramente las cejas.

-La señorita Celia nos dijo que viniéramos antes de las dos para recibir a los invitados si ella no estaba lista todavía -agregó Betty para darse importancia.

-Están dando las dos. ¡Entremos, niñas!... -invitó Sally Folsom trepando por encima de la cerca seguida de varias audaces como ella. En ese momento apareció la señorita de la casa.

-Parecen ustedes amazonas que toman por asalto un fuerte -les dijo mientras las niñas se acercaban provistas cada una de sus arcos y flechas-. ¿Cómo está usted, señor? Hace tiempo que aguardábamos su visita -agregó la señorita Celia dando la mano al hermoso muchachito, quien ya estaba impaciente esperando el reparto de dulces y caramelos.

En ese momento apareció un tropel de muchachos y ya no se hicieron más comentarios porque todos ansiaban que comenzase la fiesta. La columna se puso en marcha precedida por Ben, que ocupaba el sitio de honor, mientras las niñas y los niños lo seguían en parejas tomados del brazo, con los arcos colgados del hombro en correcta formación.

Thorny y Bill eran los músicos e iban uno con su trompeta y el otro con su tambor tocando con brío una marcha a cuyo compás se movían todos los pies. Los ojos brillaban de alegría y los cuerpos se movían con gracia. El pequeño extranjero llevaba el premio delicadamente colocado sobre un almohadón rojo. Lo sostenía con gran dignidad y caminaba al lado del portaestandarte, Cy Fay, quien llevaba la bandera preferida de Ben: blanca como la nieve con una guirnalda verde que rodeaba un arco y una flecha.

Tal era la alegre comitiva que marchaba dando vueltas por el lugar, que se internó por los ondulados senderos hasta detenerse en la huerta donde habían colocado el blanco y donde había varios bancos para que se sentaran los tiradores, mientras aguardaban su turno. Se discutieron las reglas y después de ponerse de acuerdo comenzó el certamen. La señorita Celia insistió en que debían invitar a las niñas a competir con los varones y estos aceptaron sin discutir, diciéndose los unos a los otros:

-Dejemos que prueben, si quieren. Ellas no podrán hacer nada.

Hubo muchas demostraciones de destreza antes de que comenzara verdaderamente el certamen. Y en esos ensayos los muchachos descubrieron que las niñas podían hacer algo, pues Bab y Sally, por ejemplo, tiraban mejor que muchos de ellos. La expresión de asombro que se pintó en todos los rostros y los murmullos de admiración fueron un justo premio para la destreza de las dos niñas.

-¡Vaya, Bab!..., lo haces tan bien como si yo hubiese sido tu maestro -dijo Thorny muy sorprendido y no del todo complacido por la habilidad de la pequeña.

-Me entrenó una dama y yo pienso vencerlos a todos ustedes -respondió Bab con arrogancia, mientras sus ojos se volvían hacia donde estaba la señorita Celia para hacerle un guiño travieso.

-No te hagas ilusiones -aconsejó Thorny muy seguro, pero se acercó a Ben y le murmuró al oído -: Pórtate lo mejor que puedas, viejo, porque mi hermana ha adiestrado a Bab y le ha descubierto los secretos de la técnica, y la muy tunante tira mejor que Billy.

-Pero nunca podrá superarme a mí - aseguró Ben preparando sus mejores flechas y probando la cuerda de su arco con tal aire de confianza que tranquilizó a Thorny quien, a partir de ese momento, consideró imposible que una niña pudiese aventajar a un muchacho, cualquiera fuese el campo en que compitieran.

No obstante, por muchas razones se hacía presumible que, cuando llegara el

instante decisivo. Bab resultaría ganadora, y los niños se sentían inquietos a medida que los seis últimos competidores seleccionados en las pruebas preliminares iban ocupando sus sitios frente al blanco. Thorny era el árbitro y estudiaba todos los tiros, pues la flecha que más se aproximase al centro sería la del ganador. Cada uno tenía derecho a tres tiros finales v muy pronto los espectadores pudieron comprobar que Ben y Bab eran los mejores tiradores, y que uno de ellos, seguramente, ganaría la flecha de plata.

Sam siempre se había mostrado muy perezoso en la práctica del tiro al blanco se retiró muy pronto del certamen pretextando e imitando así a Thorny, "que no estaba bien que un muchacho grande como el compitiera con los pequeños", declaración que provocó grandes risas y demostró su falta absoluta de capacidad. Mose fue un competidor más serio, y si su ojo hubiese sido tan seguro como su brazo los "pequeños" habrían temblado. Pero ninguno de sus tiros se acercó tanto al centro como los de Billy y tuvo que retirarse después del tercer tiro errado diciendo que era imposible tirar contra el viento, aunque en realidad apenas soplaba una tenue brisa.

Sally Folsom estuvo a punto de superar a Bab y empuñó el arco con gran estilo. Pero todo fue en vano. L o mismo le sucedió a María Newcomb, la tercer niña que se presentó en la competencia. Como era un poco corta de vista había llevado puestos los anteojos de su hermana, razón por la cual tenía mucho menos probabilidades de éxito; porque como sentía que algo le apretaba la nariz se distraía y, para su desesperación, ninguna de sus flechas llegó siquiera al segundo círculo. Billy demostró mucha destreza. pero se puso nervioso cuando le llegó el turno de efectuar el último tiro y perdió la oportunidad de dar en el blanco a raíz de su impaciencia.

A Bab y a Ben les quedaba aún un tiro. Ellos sabían muy bien que ése decidiría la victoria. Ambos se habían aproximado al blanco, pero no habían .conseguido aún dar en el centro, de modo que tendrían que hacer un esfuerzo y superarse. Los niños se amontonaban a su alrededor gritando impacientemente:

-¡Vamos, Ben!...

-¡Ahora, Bab!...

-¡Véncela. Ben!...

-¡Ganale tú, Bab!

Y Thorny estaba tan ansioso como si el destino del país dependiese del éxito de su protegido.

Primero le tocaba tirar a Bab y mientras la señorita Celia examinaba su arco para comprobar si estaba en perfectas condiciones, la niña dijo clavando la mirada en el rostro nervioso de su rival:

-Quiero ganar, pero Ben se quedará tan triste si lo consigo, que espero no vencerlo.

-A veces perder un premio puede hacer más feliz que ganarlo. Tú has demostrado que eres superior a los demás competidores, de modo que si no resultaras vencedora, lo mismo podrás sentirte orgullosa -respondió la señorita Celia con una expresiva mirada que decía mucho más que sus palabras.

Esto dio a Bab una idea. Por su cabeza cruzaron rápidamente recuerdos, deseos y planes de otrora, y, obedeciendo ciegamente a un impulso generoso, murmuró:

-Creo que Ben será el vencedor -al mismo tiempo que una luz de bondad iluminaba sus ojos mientras se acercaba a disparar su flecha sin tomarse el trabajo de hacer puntería.

Su flecha fue a dar a la derecha del centro, tan cerca de este como ocurriera con la otra flecha que tirara antes sobre el lado izquierdo. Un clamor de alegres gritos acogió el resultado de este tiro proclamado por Thorny. El muchacho se había acercado en seguida a Ben para decirle preocupado:

-¡Firme, viejo, firme!... ¡Debes ganarle si no quieres que se burlen de nosotros hasta el fin de nuestros días!...

Ben no respondió. Apretó los dientes, arrojó al suelo su sombrero y juntando las cejas con expresión resuelta se preparó para hacer puntería. El corazón le golpeaba dentro del pecho y el dedo pulgar temblaba cuando oprimió la flecha con la cuerda del arco.

-Espero que ganes. Lo deseo sinceramente -susurró Bab a su lado. Y como si el generoso deseo hubiese servido de impulso, la flecha voló derechamente y fue a clavarse muy cerca de donde la flecha disparada por la niña había dejado su señal.

-¡Empataron!... ¡Empataron!:.. -gritaron las niñas y corrieron adonde estaba el blanco.

-¡No!... ¡La flecha de Ben ha dado más cerca del blanco!... -exclamaron los muchachos arrojando sus sombreros hacia lo alto.

La diferencia era mínima y Bab hubiera podido, honestamente, discutir la decisión. Pero no lo hizo, aunque por un instante no pudo dejar de desear que la aclamación general hubiese sido "¡Bab es la vencedora!... " "¡Hurra por Bab!... " Esas palabras habrían sonado deliciosamente en sus oídos. Pero luego vio el rostro iluminado de Ben, oyó el suspiro de alivio de Thorny y alcanzó a darse cuenta de la mirada bondadosa con que la envolvía la señorita Celia.

Y entonces comprendió, al mismo tiempo que su carita se arrebolaba de placer, que era verdad aquello de que perder un premio deparaba, a veces, más placer que ganarlo. Tiró ella también su sombrero al aire y gritó con voz chillona su "¡Hurra!..., hurra!", que sonó más fuerte y gracioso, ya que se oyó después que el rumor general se hubo apagado.

-¡Bien por Bab!... - exclamó a su vez Thorn -. Eres un honor para el club y yo estoy orgulloso de ti. - Y le dio un apretón de manos, pues, aunque su protegido había salido victorioso no podía dejar de reconocer que la niña lo había puesto en un serio peligro.

A Bab la regocijaron enormemente tales palabras, pero mucho más orgullo experimentó cuando, minutos después, mientras escondida detrás del árbol se chupaba un dedo maltratado y Betty le arreglaba las trenzas deshechas, se acercó Ben y le dijo:

-Creo que debiéramos haber considerado que el certamen terminó con un empate, Bab. Por eso deseo que tú luzcas esto. Quería ganar, pero no me interesa el premio. Será mejor que tú, que eres una niña, lleves sobre tu pecho este adorno femenino.

Y diciendo así Ben le ofreció la roseta de cintas verdes que sostenía la flecha de plata. Los ojos de Bab brillaron de alegría, pues ella había deseado tanto aquel "adorno femenino" como la misma victoria.

-¡Oh, no!... ¡Debes usarlo tú!... Es para el vencedor y a la señorita Celia no le gustaría que éste lo rechazara. No me preocupa no haberlo ganado. Demostré ser mejor que los demás y no me habría disgustado vencerte, pero me conformo con el resultado - respondió Bab poniendo inconscientemente en sus palabras infantiles la dulce generosidad que hace que muchas niñas renuncien, contentas, a los halagos y premios merecidos en favor de sus queridos hermanos mayores.

Pero si Bab era generosa, Ben era justo, y, aunque no sabía expresar sus sentimientos se negó a aceptar toda la gloria para sí y obligó a su querida amiga a compartirla.

-Debes usar esto. Yo no sería feliz si lo rechazaras. Te esforzaste más que yo, pero a mí me favoreció la suerte. ¡Por favor, Bab!, ¡tómalo!... -rogó Ben quien quería prender el adorno en el blanco delantal de la niña con sus manos torpes.

-Bien, lo aceptaré, pero, ¿me perdonas por fin por haber dejado que se perdiera Sancho? -preguntó Bab con tanta ansiedad que Ben se apresuró a contestar:

-Lo hice desde el día que él regresó.

-¿Ya no me crees mala?

-No, por cierto. Eres una de las mejores niñas y yo estaré siempre a tu lado -replicó ansioso por comportarse dignamente con su rival femenino cuya habilidad lo había hecho elevarse a sus ojos.

Comprendiendo que Ben no diría nada más, Bab dejó que colocará la roseta sobre su pecho convencida en su interior de que tenía algún derecho sobre él.

-Allí es donde debe lucir. Ben es un verdadero caballero. Obtiene una victoria, pero ofrece el trofeo a su dama -dijo la señorita Celia a la maestra en tanto que los niños se reunían para jugar y llenaban la huerta con sus gritos.

-Sin duda los ha aprendido en algún espectáculo del circo. Es un buen muchacho y yo tengo mucho interés en que progrese. El, por su parte, pone las dos principales cualidades que necesita un hombre para ir adelante: paciencia y valor -respondió la maestra.

Al mismo tiempo miraba cómo el joven caballero se dedicaba a jugar al salto de rana y la honorable damita corría con sus compañeras.

--Bab es una niña deliciosa -agregó la señorita Celia -: es rápida como una flecha para captar una idea y llevarla a la práctica. Estoy segura de que, si se hubiese empeñado, habría podido vencer, pero debe haber considerado que era más noble dejar que triunfase Ben y reparar así la pena que ella le causó cuando perdió el perro. Yo vi cruzar un resplandor de bondad por sus ojos hace un momento. ¡Ah!... ¡Ben no sabrá nunca por qué ganó!...

-Bab tiene arranques semejantes en el colegio. Yo no puedo reprocharle esas pequeñas satisfacciones, aunque a veces sus sacrificios me parezcan inútiles -comentó la maestra -. No hace mucho descubrí que había estado dando -todos los días su merienda a una niña más pequeña. Cuando le pregunté por qué lo hacía me respondió con los ojos llenos de lágrimas que ella se había estado burlando de su compañera porque no llevaba más que un mendrugo de pan. Pero luego se enteró que la niña llevaba eso porque era muy pobre y entonces, para castigar su torpeza, resolvió darle su comida para sentir en carne propia lo que era pasar hambre y no burlarse más de eso.

-¿Le impidió usted que continuara sacrificándose?

-No. Le ordené que le diera la mitad de su comida. Yo agregaría también un poco de la mía.

-Venga usted y cuénteme lo que sepa acerca de la pequeña niña necesitada. Quiero hacerme amiga de toda esa gente pobre, pues muy pronto podré ayudarlos. - Y enlazando su brazo al de la maestra, la señorita Celia condujo a aquella hacia el "porch" donde podrían conversar tranquilamente. Quería que su visitante pasara una tarde feliz y entretenida y con tal propósito deseaba confiarle sus planes y pedirle sus sabios consejos.

CAPÍTULO 21

A los juegos siguió una comida servida sobre el césped y más tarde, hacia el atardecer, se condujo a la gente menuda a la cochera transformada en improvisado teatro. Al abrirse la enorme puerta se vieron los asientos acomodados a lo largo frente a dos grandes manteles que hacían de telón. Una hilera de lámparas eran las candilejas

y una orquesta invisible ejecutaba una obertura wagneriana con peines, trompetas, tambores y flautas y acompañamiento de risas ahogadas.

Muchos de aquellos niños no habían visto jamás una cosa parecida y luego de sentarse paseaban en derredor sus ojos agrandados por el asombro. Pero los mayores criticaban con toda libertad y opinaban acerca de los ruidos que se oían tras de las cortinas.

Mientras la maestra se encargaba de vestir a las actrices para la representación, la señorita Celia y Thorny, viejos expertos en esta clase de diversiones, hicieron ejecutar a sus títeres una pantomima llamada "La papa" como número de relleno.

De uno a otro lado de la pared habían atado una cortina verde bastante alta como para que no pudieran verse las cabezas de los operadores. Al levantarse una pequeña cortina del mismo color se descubrió el frente de una pagoda china pintada sobre cartón con una puerta y una ventana que se habrían por sí solas. Hacia la izquierda, un grupo de árboles con papeles colgados de las ramas que decían "Jardín de té" indicando la naturaleza de ese lugar encantador, ocupaba la escena.

Pocos eran los que habían visto las representaciones de los famosos "Punch y Judy", de modo que resultó un éxito la primicia. Antes de que los espectadores tuvieran tiempo de pensar qué significaba aquello se oyó una voz cuyas palabras se escucharon con

toda claridad:

"En China vivía un buen mandarín
cuyo nombre era Chingery Wangery Chist.

No bien la voz calló, el héroe se hizo cargo de la escena con gran dignidad. Vestía chaqueta suelta amarilla sobre una camisa azul bajo la cual se escondía la mano que movía su cuerpo. Un sombrero puntiagudo adornábale la cabeza, y al quitárselo para saludar, mostró la colita negra que le colgaba sobre la nuca y una carita china delicadamente pintada en una papa, hueca en la parte inferior para dar cabida al dedo índice de Thorny, al mismo tiempo que el dedo pulgar y el del medio se disimulaban dentro de las mangas de la blusa, lo que hacía que los brazos parecieran tener vida. Mientras saludaba, la canción proseguía así:

"De piernas muy cortas y pies pequeñitos;
andar no podía el pobre hombrecito".

Pero esta declaración era falsa, ya que el hombrecito poseía una gran agilidad, como lo demostró al bailar en tanto que el coro travieso continuaba:

"Chinguery, changuery ca ra cú,
hombre feliz con la ú.
Minguily manguily mimimoy
vamos galopando a China hoy".

Al finalizar el baile y el canto, Chin se retiró al jardín de té y bebió tantas tacitas de la infusión nacional con gestos tan cómicos que los espectadores se sintieron apesadumbrados cuando se abrió la ventana del otro lado y tuvieron que volver la cabeza hacia allí. Tras de la reja apareció un hermoso ser. La primera papa tenía su pareja, que era otra papa de mejillas sonrosadas, labios rojos, ojos negros y cejas oblicuas. Entre el manojo de seda oscura de la cabeza brillaban innumerables pinches y la bata suelta color rosado envolvía la redonda figura de esta dama china de primera clase. Después de asomarse discretamente para que todos pudiesen verla y admirarla, se puso a contar el dinero que extrajo de una petaca grande, que sus manos pequeñas apenas podían sostener sobre el alféizar de la ventana. Mientras ella estaba ocupada con aquello, la canción proseguía:

"La señorita Ki Hi era pequeña y redondita;
ella tenía dinero, pero el no.
Por eso, a cantarle una cancioncita
a la dama el se acercó".

Y en tanto se oía la canción pudo verse cómo Chan afinaba el instrumento hasta que se dirigió resueltamente en dirección al balcón a cantar la siguiente estrofa:

Whang fun li,
tang hua ki,
Hong Kong do ra me!
¡Ah sin lo
pan to fo,
Tsing up chin leute?"

Llevado por su pasión, Shan abandonó el banco, cayó sobre sus rodillas y apretando sus manos, inclinó la frente en el polvo de su ídolo. Pero, ¡oh!...

"Ki Hi oyó la canción de amor
y un jarro levantó con gracioso ademán.
Un chorro de agua cayó sobre el pobre cantor
y ese fue el fin de Chingery Chan".

Y así ocurrió, en realidad. Porque cuando la cruel dama arrojó agua de verdad, el pobre Chan expiró en medio de espantosas convulsiones. Su cabeza rodó en dirección al auditorio y, al asomarse Ki Hi para ver que le había sucedido a su víctima, el telón cayó con tal fuerza que también su cabeza fue a caer en manos de la concurrencia, para gran alegría de los niños que comenzaron a pasarse las cabezas diciendo que la pantomima de "La papa" era "de primera calidad".

Luego empezaron a prepararse para presenciar el número prin- cipal de la función mientras el empresario Thorny anunciaba que iban a ver el espectáculo más elegante y

variado "jamás presentado en escenario alguno". Y cuando se lea la no muy afortunada descripción que sigue habrá que reconocer que la promesa fue fielmente cumplida.

Luego de ciertas demoras y ruidos extraños detrás del cortando que divertían mucho a la concurrencia, el espectáculo comenzó con la bien conocida tragedia "Barba Azul", pues Bab se había empeñado en que se representara, y los otros actores, que la habían representado varias veces, estuvieron de acuerdo. Fue fácil por esa razón proveerse de ropas y fabricar un escenario apropiado. Thorny estaba soberbio representando al tirano con una barba espesa de lana azul, gran sombrero godo con una larga pluma; saco de piel, medias rojas, botas de goma y una espada de verdad que sonaba trágicamente cuando caminaba. Hablaba con voz profunda, fruncía las cejas pintadas con corcho ennegrecido y miraba en forma tan terrible que no era de asombrarse que la pobre Fátima temblase delante de él al recibir un pesado manojo de llaves en medio de las cuales se destacaba una particularmente grande y muy brillante.

Bab también era digna de ser admirada. Lucía el vestido azul de la señorita Celia cuya cola arrastraba, llevaba una pluma blanca en su flotante cabellera y un collar verdadero, con fino cierre, alrededor del cuello. Realizó su papel a la perfección, especialmente cuando gritó luego de mirar dentro del fatal gabinete, después al refregar la llave con toda energía, y por último, hicieron su aparición en medio de un ruido tal que, en lugar de dos, parecían veinte jinetes.

Ben y Billy no habían escatimado las armas. Sus cinturones parecían un verdadero arsenal y las espadas de madera eran lo bastante grandes como para infundir terror a cualquiera aunque no sacaran chispas como la de Barba Azul durante el terrible combate que procedió a la caída y muerte del villano.

Los muchachos disfrutaron intensamente de esta parte y con gritos de "¡Pegale fuerte, Ben!" "¡Otra vez, Billy!" `¡No está bien dos contra uno!" "¡Thorny necesita un compañero!" "¡Ya cayó el tirano y murió agitando convulsivamente sus piernas escarlatas. Las damas cayeron desmayadas elegantemente una en brazos de la otra y los caballeros concluyeron sacudiendo las espadas y dándose las manos sobre el cadáver de su enemigo.

El número fue aplaudido con mucho entusiasmo y los artistas tuvieron que aparecer varias veces a saludar conducidos por el difunto Barba Azul, quien divirtió suavemente a la concurrencia que si no se dominaban romperían los asientos y entonces si se produciría una verdadera tragedia. Calmados por esta advertencia los espectadores se aquietaron y guardaron ansiosos el segundo número que prometía ser magnífico a juzgar por los gritos y risas ahogadas que llegaban desde el otro lado del telón.

-Sancho aparecerá en este número, estoy seguro, pues he oído decir a Ben "téngalo firme; no los morderá" - susurró Sam que no podía quedarse quieto en su asiento ante esa idea. Todos consideraban al perro la primera estrella de la compañía.

-Me gustaría que Bab representase algo más, ¡es tan graciosa! ... ¿No es verdad que estaba muy elegante con ese vestido? -dijo Sally Falsom ansiando lucir también ella un vestido largo de seda y una pluma en el cabello.

-Ale gustaba más Betty. ¡Con que astucia miraba por la ventana para ver si venía alguien!...-comentó a su vez Liddy Peckham resolviendo interiormente conseguir que su madre le obtuviera unas rosas. como aquellas antes del próximo domingo.

Por fin volvió a levantarse el telón y una voz anunció "Una tragedia en tres actos". '" i Allí está Betty!...", fue la exclamación

general, pues el auditorio reconoció en seguida la carita de la niña bajo la caperuza roja. Ella recibía una cesta de manos de la maestra que hacía el papel de madre y

quien, levantando un dedo parecía recomendar a la pequeña que no se entretuviese en el camino.

-Yo sé qué representa ese cuadro - gritó Sally -. Es “Mabel en un día de verano". ¿No recuerdan la historia que nos leyó la señorita Celia?

-No se ve a ningún niño enfermo y Mabel usaba un pañuelo alrededor de la cabeza. Yo te digo que es "Caperucita Roja" -respondió Liddy que había comenzado a aprender de memoria el bonito poema de Mary Howitt y conocía todo el argumento.

Toda duda quedó despejada cuando apareció el lobo en el segundo cuadro. ¡Y qué lobo!... En muy pocas representaciones de aficionados podía encontrarse un actor que hiciese tan bien ese papel, que actuase con tanta naturalidad y tuviese un traje tan adecuado, ya que Sancho llevaba con mucha gracia la piel de lobo gris que en otras ocasiones solía verse junto a la cama de la señorita Celia y que en aquellos momentos quedaba perfecta sobre su lomo. La habían atado debajo de su cabeza que asomaba por un extremo mientras que por el otro se agitaba la larga cola de la piel. ¡Qué consuelo era para Sancho aquella cola! ... Solamente otro perro a quien lo hubiesen privado de ella podía comprenderlo. Eso bastaba para que aceptara con .agrado el odioso papel que le tocaba y desde el primer ensayo demostró su satisfacción. Luego, al presentarse delante del público, no pudo dejar de dar varias vueltas para admirar aquel apéndice ajeno mientras agitaba su propia colita contento con aquella cola prestada, que era lo bastante larga como para que todos, hombres y perros, la pudiesen ver.

Fue el segundo un cuadro muy interesante. La niña de la caperuza apareció caminando y llevando su cesta al brazo. Era tan inocente la cara que asomaba bajo la caperuza roja que a nadie podía extrañar que el lobo se dirigiese a ella con fingida amistad, que la niña lo recibiera y le contara, confiada, que llevaba manteca, para la abuelita y que luego se alejasen juntos llevando él con toda gentileza la cesta mientras ella apoyaba su mano sobre la innoble cabeza sin sospechar siquiera los malos pensamientos que allí se escondían.

Los niños pidieron que se repitiese ese cuadro, pero como no había tiempo, tuvieron que conformarse con escuchar las risas ahogadas que volvieron a oírse detrás del telón e imaginar si el próximo cuadro sería aquel en el cual el lobo asomaba su cabeza por la ventana al golpear Caperucita a la puerta o bien el que representa el trágico fin de la dulce niña.

Pero ni uno ni otro de los cuadros imaginados representaron, sino aquel que muestra a la falsa abuela en la cama con un gran gorro de dormir, una camisa blanca y anteojos. A su lado Betty parecía estar diciendo: "¡Oh, abuelita!, ¡que dientes tan grandes tienes!... ", pues Sancho había abierto la boca y mostraba su larga lengua roja mientras jadeaba por el esfuerzo que tenía que hacer para quedarse quieto en esa posición.

Agradó tanto al auditorio la labor de los artistas que aplaudieron y gritaron a rabiar hasta el extremo de que Sancho ya no pudo estarse quieto y habría saltado sobre los que hacían ese alboroto si Betty no lo hubiese tomado por las patas traseras al mismo tiempo que caía el telón. Pareció así que el malvado lobo iba a devorarse a la niña.

Tuvieron que presentarse a saludar al público con las ropas en desorden por la lucha: la gorra de dormir caída sobre un ojo de Sancho y la capa de la actriz completamente fuera de su sitio. No obstante eso, la niña saludó muy graciosamente y su compañero se inclinó con toda la dignidad que le permitía conservar su corta camisa. En seguida se retiraron ambos para tomarse un merecido descanso.

Luego apareció Thorny, muy nervioso, a hacer la siguiente declaración:

-Como uno de los actores que intervendrá en el número síguiente es nuevo en el

oficio, ruego a todos que se queden muy quietos y no se muevan hasta que yo les permita. Será preciso que no griten, pues estropearían la representación.

-¿Quién será? -se preguntaban unos a otros y escuchaban con toda atención tratando de captar el menor ruido que pudiese orientarlos. Pero lo que oyeron aguzó aún más la curiosidad del auditorio y más los desconcertó. Se oyó la voz de Bab que susurró:

-¿No está hermoso Ben?

Y luego hubo un ruido como de una caída al mismo tiempo que la voz de la señorita Celia pedía ansiosamente:

-¡Oh!, ¡ten cuidado!... -mientras Ben reía sin preocuparse de que lo oyeran en tanto que Thorny lanzaba un "¡oh!..." que habría atraído la atención general si ésta no hubiese sido retenida por la cabeza de Lita que se había asomado fuera de su "box" para observar, asombrada, a los invasores de sus dominios.

-Esto parece un circo, ¿no? -dijo Sam a Billy quien había salido para recibir las felicitaciones de sus compañeros y esperaba

continuar disfrutando del espectáculo situándose a una distancia conveniente.

-Espera y verás lo que viene. Esa música que oyes la tocan en todos los circos - explicó como si él hubiese estado en muchos circos y no en uno solo.

¡Listo!... Dejen el paso libre cuando la soltemos - murmuró Ben, y como todos lo oyeron, se prepararon para ver cohetes o petardos ya que no se les ocurrió qué otra cosa podía seguir a tales advertencias.

Un "¡oh!..." unánime se dejó oír cuando levantaron la cortina, pero un enérgico "¡chist!" de Thorny los hizo enmudecer. Abrieron entonces muy grandes ojos y se prepararon a admirar el más extraordinario espectáculo de la tarde. Allí estaba Lita, con una montura ancha y plana sobre el lomo, cabezada y riendas blancas, rosetas azules en las orejas y una expresión de sorpresa en sus mansos ojos. Pero, ¿quién era esa criatura alada, brillante y etérea, con una corona dorada, un pequeño arco en la mano y una zapatilla blanca levantada mientras la otra parecía apenas tocar la montura? Al principio nadie lo reconoció, tan extraordinaria y hermosa era la aparición. No es de extrañar que nadie descubriese a Ben bajo aquel singular disfraz, sin embargo, esas ropas eran tan familiares para él como los pantalones azules para Billy o los trajes de buen corte para Thorny. ¡labia rogado tanto para que se le permitiese presentarse "una vez más", como solía hacerlo cuando "papá" lo alzaba sobre el lomo del viejo "General", para que cientos de espectadores lo admiraran, que la señorita Celia había dado, al fin, su consentimiento aunque muy a pesar suyo. Rápidamente le arregló un disfraz con un brillante tarlatán, las viejas zapatillas de baile de la joven le calzaron muy bien y Ben, seguro de su dominio sobre Lita, prometió no romperse los huesos. Varios días pasó pensando que podría, finalmente, demostrar a los muchachos que no había mentido cuando relató sus proezas, habilidades y pasadas glorias.

Antes de que los niños volvieran de su asombro Lita comenzó a dar señales de que le molestaban las candilejas. Entonces Ben alzó las riendas que caían sobre el lomo del animal, profirió el antiguo gritó de "¡op-la!.-." y dejó que Lita marchara como lo hacía cuando la sacaba de la cochera para dar un galope.

-Dénse vuelta lentamente y podrán verla bien. Pero no se muevan hasta que ella vuelva -ordenó Thorny al notar signos de nerviosidad en el excitado auditorio.

Obedientes, los veinte niños giraron al mismo tiempo la cabeza como movidos por un resorte y vieron la fantástica figura iluminada por la luna que se movía de un lado a otro acercándose a veces hasta permitirles distinguir el rostro sonriente bajo la corona de oro, alejándose tanto, otras, que semejaban una luciérnaga entre el verde sombrío

de los árboles. Lita disfrutaba como de costumbre con ese galope, y caracoleaba como si ansiara compensar su falta de habilidad con rapidez y obediencia. No hay palabras que puedan relatar cuánto y cómo gozó Ben con aquel paseo, y además pudo comprobarse el gran bien que le habían hecho tres meses de vida reposada y laboriosa. Porque mientras hacía alegres piruetas bajo las ramas cargadas de manzanas rojas y amarillas, ya maduras, se dio cuenta que esa carrera al aire libre y ante un auditorio formado exclusivamente por sus pequeños camaradas gozaba más que cuando se exhibiera bajo aquella gran carpa llena de animales, hombres de todas clases y mujeres pintadas.

Después que la primera. impresión hubo pasado, se sintió contento y enteramente feliz de volver a sus vestidos sencillos, a la escuela provechosa y a la gente bondadosa que cuidaba de el para hacerlo un buen muchacho sin interesarle que hubiese sido el más gracioso Cupido que se viera montado sobre un caballo.

-Ahora pueden hacer todo el bullicio que deseen, Lita ya ha dado un buen galope y ahora se quedará quieta como una oveja. Deténla. Ben, y regresa. Mi hermana dice que puedes enfriarte - gritó Thorny mientras el jinete se acercaba a medio galope después de haber saltado dos veces el portón de entrada.

No bien Ben se detuvo, los niños y niñas lo rodearon haciendo elogios en alta voz mientras contemplaban a la hermosa yegua y al personaje mitológico que descansaba cómodamente sobre su lomo. Parecía muy pequeño, como el verdadero dios del amor. Había perdido una zapatilla y tenía las piernas salpicadas de rocío; la corona se le había deslizado hasta el cuello y las alas de papel colgaban del manzano donde las había dejado al pasar bajo aquél en fantástica carrera. Ya no importaba que le reconocieran, pero por quién sabe qué extraña razón, no quiso que continuaran observándolo y en lugar de quedarse a oír las palabras de admiración, huyó y desapareció con Lita tras el cortinado, en tanto que el público se dirigía a la enorme cocina donde harían el último juego del día:. la gallina ciega.

-Y bien, Ben, ¿estás satisfecho? -preguntó la señorita Celia deteniéndose a su lado para ayudarle a desembarazarse de su túnica transparente.

-Sí, señorita, ¡muchas gracias!. .. Fue una gran emoción.

-Pero estás muy serio. ¿te sientes cansado o no quieres quitarte esas ropas y volver a ser el simple Ben de siempre? -inquirió

la joven mirándolo a la cara mientras le alzaba la cabeza para sacarle la corona.

-¡Oh, sí!... ¡Quiero quitarme estas ropas! De otro modo no me consideraría respetable -y dio un fuerte puntapié a la corona que antes hiciera con tanto cuidado- Luego agregó con una expresiva mirada: Deseo ser "el simple Ben" porque ése es el que usted quiere.

-Así es, y me alegra mucho oírtelo decir, pues temía que añoraras la vida de antes. Entonces, todo cuanto hemos hecho para ayudarte habría sido inútil. ¿Es verdad que no deseas, volver a lo de antes?

La señorita Celia sostuvo el mentón para observar la carita morena que le devolvía con honestidad la mirada.

-No, no deseo volver..., a no ser que él fuese allí y me necesitara a su lado.

Tembló el pequeño mentón pero los ojos negros miraban fijos y la voz sonaba sincera. Ella comprendió que decía la verdad. Acarició suavemente con su mano blanca la ensortijada cabeza y respondió con esa tierna voz que el niño tanto amaba, pues nunca le habían hablado así:

-Tu papá no volverá allá y, como sé que te quiere, estoy segura de que se alegrará de verte en este hogar. Ahora vete a vestir, pero antes dime si ha sido éste un cumpleaños feliz.

-¡Ah, señorita!... ¡Nunca imaginé que pudiese ser tan hermoso y éste es el momento más dichoso de todos! ... No sé cómo agradecérselo, pero probaré a hacerlo. - Y no contento con sus palabras, Ben echó los brazos al cuello de la joven. Luego, avergonzado de su gesto, se arrodilló y se puso a desatar la única zapatilla que le quedaba.

Pero a la señorita Celia le agradó su gesto más que cualquier palabra que hubiese podido decirle y se alejó caminando bajo la luz de la luna diciendo para sí:

"Si puedo hacer volver una oveja descarriada al redil demostrare que puedo ser una buena esposa para un pastor."

CAPÍTULO 22

Muchos días pasaron antes de que los niños se cansaran de hablar de la fiesta de cumpleaños de Ben, pues fue ésta un suceso maravilloso en el mundo de la gente menuda. Pero luego otros intereses ocuparon sus cabezas y comenzaron a trazar planes para los juegos que harían durante la recolección de las mieses, faena que, invariablemente, seguía a las primeras heladas. Mientras aguardaban a que Jack abriese las barreras que les impedían llegar a los castaños trataron de matizar la monotonía de los días escolares con un juego que llamaban "la pelea de los leños".

A las niñas les gustaba jugar en la cochera semivacía y los muchachos, por el simple placer de molestarlas, declaraban que eso no les agradaba y bloqueaban el portón de acceso no bien las niñas terminaban de despejarlo. Advirtiendo que la riña era un pretexto para divertirse y que el ejercicio les sentaba mejor que estar tendidas tomando sol, o leyendo dentro del aula, la maestra se abstenía de intervenir y la barrera caía y 'se levantaba continuamente.

No hubiese sido posible decir cuál de los dos bandos trabajaba con más ahínco, ya que los muchachos se reunían frente a la escuela a levantar la barricada antes de que comenzaran las clases y las niñas se quedaban luego de finalizadas las tareas del día para echar abajo hasta el último obstáculo puesto durante el recreo de la tarde. Y los muchachos podían oír los gritos y risas de las niñas, el ruido de los leños al caer y cómo se venía abajo la barrera tan levantada. Después, cuando las niñas entraban sonrosadas, sin aliento pero triunfantes, los varones salían corriendo a reconstruir la barrera y trabajaban afanosamente hasta dejarla firme y fuerte.

De este modo se divertían, y los únicos que salían un poco mal parados de aquellos juegos eran los dedos, que a veces se llenaban de astillas, los zapatos y los pobres leños zarandeados. Pero algo más resultó de aquel juego: fue hecha la paz entre dos de los participantes.

Después de que se realizara la gran fiesta, Sam volvió a su antiguo placer de atormentar a Ben llamándole con sobrenombres ofensivos y, como no le costaba nada inventar motes ridículos, los pensaba para dirigírselos en los momentos durante los cuales más podía molestarlo. Ben soportaba como mejor podía al fastidioso muchacho, pero al fin y como les sucede siempre a los que saben tener paciencia, la fortuna se puso de su parte y pudo poner freno a su atormentador.

Tan pronto como las niñas demolían la pila de leños, festejaban el triunfo usando sus peines como flautas y sus jarros como tambores y los muchachos, a su turno, silbaban y tamborileaban con palos en la pared del cobertizo. Billy trajo su tambor y a Sam se le ocurrió revolver la casa hasta encontrar un tambor viejo de su hermana para

unirse a la banda. Pero no tenía los palillos y pensó hacerlos con unos juntos.

"Me servirán a las mil maravillas, si puedo conseguirlos", se dijo saliendo del camino que conducía a su casa para ir a buscarlos.

Por allí había un pantano muy traicionero y se contaba una trágica historia de una vaca que cayó en él y se hundió, y fue hundiéndose en el barro hasta que sólo sus cuernos se vieron. Sam había visto saltar ágilmente a Ben de un montículo a otro cuando iba a juntar velloritas que allí crecían en profusión para Betty. Sam dio dos o tres saltos pero que no lo llevaron, precisamente, en dirección a los juncos como él esperaba, sino dentro de un charco de agua fangosa donde comenzó a hundirse con rapidez alarmante. Muy asustado procuró salir pero apenas si pudo acercarse a un grupo de altas hierbas y prenderse de ellas para tratar de libertar sus piernas. Lo consiguió por fin, pero no pudo llegar hasta el montículo de tierra firme y salir de aquel mar de barro. Exhaló, entonces, un gritó angustiado y se puso a pensar en las sanguijuelas y las culebras que andarían por debajo del agua esperando poder prenderse de sus pobres piernas. El recuerdo de la vaca desaparecida cruzó por su mente y entonces volvió a lanzar otro gritó que se parecía esta vez a un mugido.

Muy pocos pasaban por esos lugares y el sol comenzaba ya a ocultarse. La terrible perspectiva de tener que pasar una noche en el pantano le dio brío para hacer un nuevo esfuerzo y tratar de refugiarse en el islote de juncos que estaba más cercano que la orilla. Pero fracasó y se vio forzado a quedarse prendido de una prominencia que bien podían ser los cuernos de "la pobre vaca" cubiertos de musgo. Por último se quedó quieto y comenzó a pedir auxilio a gritos y en todos los tonos que puede modular la voz humana. Gritos, aullidos y gruñidos como aquellos jamás se habían oído por esos solitarios pantanos y asustaron a la grave rana que residía allí en un tranquilo refugio.

Sam no esperaba más respuesta que el graznido del cuervo que sentado sobre una cerca lo observaba con interés y cuando un alegre "¡hola!, ¿quién está allí?" llegó desde el camino se sintió tan contento que dos gruesas lágrimas rodaron por sus rollizas mejillas.

-¡Acércate! ¡Soy yo que estoy en el pantano! ¡Dame una mano y ayúdame a salir!... -gritó Sana esperando ansiosamente que apareciera su salvador porque hasta ese momento sólo había podido divisar un sombrero que surgía y se escondía entre los avellanos que crecían a los lados del camino.

Los pasos se acercaron entre los árboles y entonces, por sobre el cerco, apareció una figura muy conocida que hizo dar ganas de sumergirse en el barro al pobre Sam para desaparecer de su vista. Porque de todos los muchachos conocidos, el último que hubiera deseado que lo viese en esas lastimosas condiciones era aquél, Ben.

-¿Eres tú, Sam? Estás en el lugar que te corresponde -y los ojos de Ben comenzaron a brillar con travieso fulgor, pues el espectáculo que ofrecía Sam hubiese divertido a la persona más formal.

Prendido de aquella saliente, las piernas encogidas en el barro, el rostro desmayado, salpicado de lodo y la mitad del cuerpo que tenía fuera, negra, como si la hubiese sumergido en un tintero, ofrecía un aspecto tan dolorosamente cómico que Ben se puso a bailar y a reír a su alrededor como un alegre fuego fatuo que conduce a un viajero por caminos extraviados y luego le hace bromas.

-¡Basta ya o te arrancaré la cabeza!... -rugió Sam furioso. -Sal y hazlo. Aquí te espero -respondió Ben fingiendo aprontarse para pelear mientras el otro hacía esfuerzo para no caerse de su percha.

-No te rías. Sé bueno y sácame de algún modo o me moriré aquí, en medio de esta fría humedad -lloriqueó Sana cambiando de tono y dándose cuenta de que era Ben

quien dominaba la situación.

También Ben lo comprendió así, y, aunque era un muchacho de buen corazón, no pudo resistir el deseo de aprovecharse de esa ventaja, por lo menos durante unos instantes.

-No quisiera reírme, pero no lo puedo remediar. Te pareces tanto a una enorme rana gorda y manchada que no se puede contener la risa. Te sacaré en seguida, pero antes tengo que hablar contigo -dijo Ben muy serio acercándose a Sam y sentándose cerca de él.

-Apúrate entonces. Estoy duro de frío y no me divierte hallarme prendido de este tronco -gruñó Sam muy incómodo.

-Me lo imagino, pero "eso es bueno para ti", como dices tú cuando me golpeas en la cabeza. Escucha: te he encontrado en un aprieto y no te ayudaré hasta que me prometas que, en lo sucesivo, me dejarás tranquilo. Vamos, ¡promételo!... -y el rostro de Ben se tornó grave al recordar las maldades de su enemigo a quien miraba con ojo severo.

-Te lo prometeré si tú no cuentas a nadie lo sucedido -respondió Sam mirándose y observando a su alrededor con gran disgusto.

-Eso lo veremos...

-Entonces no te prometo nada. No quiero que toda la escuela se burle de mí -rezongó Sam que temía al ridículo mucho más que Ben.

-Muy bien. Buenas noches, entonces -y Ben se alejó con las manos en los bolsillos tranquilo como si Sam quedara en el pantano como en su refugio predilecto.

-¡Detente!... ¡No te apresures tanto a irte!... -gritó Sam comprendiendo que si él se iba se alejaba la única probabilidad que tenía de que lo rescataran esa misma noche.

-Perfectamente - y Ben regresó dispuesto a proseguir las negociaciones.-

-Prometo no molestarte, pero tú no hables mucho de esto, ¿de acuerdo? -propuso Sam, impaciente por resolver su dilema lo antes posible.

-Ahora que pienso, creo que hay algo más. Me conviene hacer un buen trato -dijo Ben con expresión astuta-. Debes prometerme que también harás callar a Mose. El te obedece y si le dices que deje de molestarme lo hará. Si yo tuviese suficiente fuerza en los puños les haría tener la lengua quieta a los dos, pero carezco de ella, de modo que me valgo de este recurso.

-Sí, sí, yo hablaré a Mose. Ahora trae un palo y ayúdame a salir de aquí. Tengo las piernas entumecidas... -se lamentó Sam pensando que había pagado bien cara la ayuda; aunque sin dejar de admirar la inteligencia de Ben que tan buen partido había sabido sacar de su accidente.

Ben acercó un palo, pero en el preciso instante en que iba a colocarlo entre la tierra firme y el montículo se detuvo diciendo con un pícaro fulgor en la mirada:

-Aun hay que resolver una cosita más antes de ponerte a salvo. Prométeme que tampoco molestarás a las niñas., en especial a Bab y a Betty. Tú les tiras de las trenzas y a ellas les desagrada eso.

-Tampoco lo haré más. No tocaría a Bab ni que me ofrecieran un dólar: rasguña y muerde como un gato rabioso -fu¿ la amarga respuesta de Sam.

-Mejor así. Ella sabe cuidarse. Pero Betty no, y si tú llegas a tocarle la punta de un cabello, digo a todos que te encontré en el pantano llorando como un niño. Bueno, vamos; ahora... júralo -y Ben dio un fuerte golpe con el palo mojando la cara de Sam y venciendo su última resistencia.

-¡Lo juro!... ¡Lo

-Júramelo por tu vida -ordenó Ben que quería hacer el juramentó más solemne.

-¡Por mi vida te lo jura!... -prometió Sam. Y al jurar se privaba de una de sus

diversiones favoritas: tirarle de las trenzas a Betty y preguntarle si estaba en casa.

-Subiré para sujetar el madero -dijo Ben y saltó al promontorio para poner varios maderos más que le permitieron llegar al tronco donde se sostenía el otro muchacho.

-Nunca pensé que podría haber hecho eso - confesó Sam observando la habilidad de Ben.

-Creía que habías escrito tantas veces "mira bien antes de saltar" que la frase había terminado por entrar en tu cabeza dura -comentó Ben burlonamente-. Pon un pie aquí. Tómate de mi mano.

Sam obedeció y Ben se sentó sobre las maderas para que no se moviesen en tanto que el embarrado Robinson Crusoe atravesaba lentamente el puente, paso a paso, hasta llegar a salvo y sentir la tierra firme bajo sus pies. Entonces se volvió a decir burlón y desagradecido:

-Y ahora, ¿qué va a ser de ti, rana vieja?

-Las tortugas embarradas no saben salir si no las ayudan, pero las ranas saltan y no se asustan por un poco de agua - contestó Ben y, ágilmente, corrió hacia otro lado. Sam se metió en el arroyuelo que corría cerca del sendero para quitarse el barro que le cubría las piernas antes de presentarse delante de su madre y salía del agua y se hallaba estrujando los vestidos cuando reapareció Ben nuevamente tranquilizado y muy contento con el pacto que había celebrado a su favor y al de sus amigos.

-Lávate mejor la cara. La tienes llena de manchas. Aquí tienes mi pañuelo si el tuyo está mojado -dijo ofreciéndole uno bastante sucio que ya había prestado servicio de toalla.

-No lo quiero -contestó Sam ásperamente mientras sacaba el agua de sus zapatos embarrados.

-A mí me enseñaron a decir "gracias" cuando alguien me sacaba de un apuro, pero tú nunca has sido muy bien educado aunque hayas vivido siempre en una casa bajo techo -le dijo sarcásticamente Ben, repitiendo la frase que tanto le había dirigido el otro en son de burla. Después se alejó muy disgustado con la ingratitud de los hombres.

Sam olvidó los buenos modales, pero recordó sus -promesas y las observó tan fielmente que la escuela entera estaba asombrada. Nadie podía adivinar cómo había obtenido Ben ese poder secreto que ejercía sobre Sam y que se daban cuenta existía porque en cuanto éste intentaba comenzar con alguna de sus antiguas burlas Ben levantaba un dedo y lo sacudía amenazadoramente o bien gritaba "juncos", Sam obedecía sumiso aunque de mala gana con gran asombro de sus compañeros. Cuando se le preguntaba qué significaba eso, Sam se tornaba irascible. Ben, en cambio, se divertía en grande asegurando a los otros muchachos que aquello era el santo y seña de una sociedad secreta a la cual pertenecía él y Sam y les prometía darles todos los detalles si Sam se lo permitía, lo cual, por supuesto, nunca ocurría.

Este misterio y los esfuerzos realizados para descubrirlo marcaron un paréntesis en la guerra de los leños y antes de que se les ocurriese un nuevo juego algo sucedió y los niños tuvieron material para comentar durante largo tiempo.

Una semana después de que tuviera lugar el pacto secreto, Ben llegó corriendo con una carta para la señorita Celia. La encontró gozando del calor que producían al quemarse las niñas que Bab y Betty habían recogido para ella y á las dos niñas sentadas en sillas hamacas entretenidas en arrojar, por turno, más piñas para avivar el fuego. La señorita Celia se volvió rápidamente para tomar la carta tanto tiempo esperada, y después de observar la letra y el sello con alegre sorpresa la apretó contra su pecho y salió corriendo de la sala después de haber dicho:

-¡Ha vuelto!... ¡Ha vuelto!... ¡Ahora puedes contarlo, Thorny!.

-¿Contarnos qué? -preguntó Bab parando el oído.

-Poca cosa: que George ha vuelto y que tendremos que partir para casarnos de inmediato -explicó Thorny restregándose las manos y, al parecer, muy satisfecho con la perspectiva.

-¿Se van a casar los dos? -preguntó Betty con tal seriedad que los muchachos estallaron en carcajadas. Cuando se calmaron Thorny continuó:

-No, pequeña. Mi hermana es quien se casa y yo debo acompañarla para cuidar que todo se haga en orden y traerles una porción de pastel de bodas. Ben las cuidará mientras yo esté ausente.

-¿Cuándo partirán? -preguntó Bab relamiéndose ya por su trozo de pastel.

-Mañana, me imagino. Celia ha preparado las valijas y todo está listo desde hace una semana. Habíamos concertado reunirnos con George en Nueva York y se casarán tan pronto él pueda desempaquetar sus ropas. Somos hombres de palabra y ambos cumplimos. -Pero, ¿cuándo volverán? -preguntó Ben con evidente ansiedad.

-No sé. Mi hermana quiere regresar pronto, pero seguramente pasaremos la luna de miel en otro sitio: en las cataratas del Niágara o en las Montañas Rocosas -agregó Thorny nombrando los dos lugares que más ansiaba conocer.

-¿Te gusta él? -preguntó Ben pensando al mismo tiempo si el nuevo amo le satisfaría el joven palafrenero.

-¡Ya lo creo!... George es muy alegre, aunque tal vez ahora que ha llegado a ministro protestante se haya vuelto más serio y formal. ¿No sería una pena que hubiese ocurrido así? -y Thorny se alarmó ante la idea de perder a aquel amigo con quien congeniaba tanto.

-Hablábamos de él. La señorita Celia dijo que podías hacerlo -observó Bab cuya experiencia acerca de "alegres ministros protestantes" era muy escasa.

-¡Oh!, no hay mucho que contar. Nos encontramos en Suiza escalando el monte San Bernardo durante una tormenta... -¿Es en ese monte donde viven esos perros tan buenos? -lo interrumpió Betty a quien le hubiera gustado que esos animales participasen en la historia.

-Sí. Tuvimos que pasar la noche en un refugio y él nos ofreció su habitación. Como había mucha gente yo quise ir a otra parte, pero él no me lo permitió. Celia agradeció su actitud y se mostró muy amable con él. Después seguimos encontrándonos y más tarde me enteré que se habían comprometido. Eso no me preocupó, pero lo malo fue que él tenía que regresar a concluir sus estudios. Eso sucedió hace un año. Durante el invierno vivimos en Nueva York en casa de nuestro tío, y como yo me enfermara, resolvimos venir para aquí y aguardar hasta que llegase George. Eso es todo.

-¿Continuarán viviendo aquí? -preguntó Bab cuando Thorny se detuvo para tomar aliento.

-Esos son los deseos de Celia. Yo iré al colegio y George ayudará al viejo ministro de aquí hasta que compruebe si le gusta el lugar. Si George sigue siendo tan alegre como antes pasaremos gratos momentos juntos. Ya lo verán ustedes.

-Quisiera saber si yo le resultaré simpático -observó Ben, quien no se sentía con fuerzas para reemprender su vida de vagabundo.

-Sin duda alguna, de modo que no tienes por qué afligirte, querido -respondió Thorny dándole una fuerte palmada en el hombro, lo cual valía más que cualquier promesa.

-Me gustaría ver una boda. Podríamos hacer una con las muñecas. Tengo un trozo de tul de mosquitero y el vestido de Belinda está bien blanco. ¿Crees que la señorita Celia nos invitará a su boda? -dijo Betty dirigiéndose a Bab mientras los muchachos discutían animadamente algo referente a los perros de San Bernardo. -Quisiera poder

hacerlo, queridas -respondió una voz detrás de ellas. Allí estaba la señorita Celia con una expresión tan radiante que las niñas se preguntaron interiormente qué podría decir aquella carta para ponerla así.

-No estaré ausente mucho tiempo y cuando vuelva continuaré siendo la misma. Viviré entre ustedes durante varios años porque adoro esta casona y quiero que sea mi hogar - agregó acariciando las rubias cabezas que le eran tan queridas.

-¡Ah!... ¡Qué bien!... -exclamó Bab mientras Betty murmuraba estrechando entre sus brazos a la joven:

-Yo no podría soportar que otra persona que no fuera usted viniera a vivir aquí.

-Me alegra oírte decir eso. Yo tengo resuelto hacer muchas buenas obras en este lugar. He procurado comenzar este verano y cuando regrese trabajaré con fervor para ser así la digna esposa de un ministro, religioso. Tú me ayudarás.

-¡La ayudaremos!... -prometieron las dos niñas dispuestas a hacer de todo, excepto predicar desde el púlpito.

Entonces la señorita Celia se volvió hacia Ben diciéndole con tono respetuoso que hacía que el muchacho se sintiera como de la familia:

-Nosotros saldremos mañana. Dejo todo esto a tu cuidado. Procede como si estuviéramos aquí y yo te prometo que nada cambiará a nuestro regreso.

El rostro de Ben resplandeció, pero lo único que pudo hacer para demostrar su satisfacción y alivio fue echar más leña al fuego y avivar la hoguera hasta el extremo de que casi quema a sus compañeros.

A la mañana siguiente el hermano y la hermana partieron y los niños corrieron a la escuela ansiosos de comunicar la noticia de que "la señorita Celia y Thorny iban a casarse y que luego regresarían para quedarse a vivir allí por el resto de sus días".

CAPÍTULO 23

Durante las siguientes semanas, Bab y Betty se entretuvieron jugando por las tardes en la avenida de árboles. Pero en cuanto las sombras comenzaban a invadirlo todo, las niñas abandonaban sus juegos y se sentaban en el pórtico a esperar a Ben quien, en compañía de los otros niños, se dedicaba a recolectar nueces. Cuando jugaban en la casa, Bab siempre hacía de padre y partía de caza o de pesca en las que tenía gran éxito, pues regresaba con toda clase de bichos, desde elefantes y cocodrilos hasta picaflores y mojarritas. Betty era la madre y la más habilidosa de las esposas; pues preparaba imaginarios y deliciosos manjares mezclando arena en ollas y sartenes viejos que ponía en un horno de su propia construcción.

Ambas habían trabajado mucho cierto día y estaban contentas cuando se retiraron a su lugar favorito de descanso donde Bab practicaba equilibrio sobre la balaustrada y Betty gozaba hamacándose y mirando cómo se reponía su hermana de los golpes. En aquella ocasión, luego de que ambas hubieran disfrutado de sus respectivos placeres dejaron sus juegos para conversar un poco sentándose una al lado de la otra como un par de pollitos que quieren descansar.

-¿Qué te parece? ¿Traerá Ben su canasto lleno? Nos divertiremos comiendo nueces y castañas mientras anochece -manifestó Bab cruzando las manos bajo su delantal porque era octubre y el aire se ponía muy fresco.

-Mamá dijo que podemos calentar las castañas en nuestras ollitas y Ben nos prometió la mitad de su cosecha -dijo Betty pensando aún en sus tareas culinarias.

-Guardaré algunas para Thorny.

-Y yo muchas para la señorita Celia.

-¿No te parece que ya ha pasado mucho tiempo desde su partida?

-Quisiera saber qué nos traerán.

Antes que Bab tuviese oportunidad de hacer conjeturas al respecto ruido de pasos y un silbido familiar las hizo mirar ansiosamente en dirección al camino y prepararse para gritar a voz en cuello: "¿Cuántas trajiste?" Pero ambas permanecieron sin pronunciar ni una sola palabra porque la figura que se detuvo frente a ellas no era le da Ben sino la de un desconocido, la de un hombre que dejó de silbar y se acercó lentamente quitándose el polvo de los zapatos en el pato y cepillándose las mangas de su gastada chaqueta de pana como si quisiese conseguir un aspecto más presentable.

-Es un vagabundo. ¡Huyamos!... -susurró Betty luego de dirigir una rápida ojeada al desconocido.

-Yo no tengo miedo - aseguró Bab resolviendo adoptar una actitud valiente, pero un repentino estornudo echó por tierra su compostura y tuvo que tomarse con fuerza del portón.

El hombre levantó la vista, mostró su rostro curtido y clavó en ellas la mirada de sus ojos renegridos con tal fijeza que Betty se echó a temblar y Bab pensó que hubiese sido mejor ponerse a salvo detrás del portón.

-¿Cómo están ustedes? -preguntó el hombre con bondadosa sonrisa procurando tranquilizar a las niñas que lo miraban asombradas y asustadas.

-Muy bien, gracias, señor -respondió Bab cortésmente devolviendo el saludo.

-¿Hay gente en la casa? -preguntó el hombre mirando hacia la vivienda por encima de las cabezas de las niñas. -Solamente está mamá. Los demás han ido a casarse.

-Eso suena muy bien y produce alegría. En otros lugares la gente sólo habla de entierros -v el hombre rió al mismo tiempo que observaba la gran casona sobre la colina.

-¿Conoce usted al alcalde? -inquirió Bab muy sorprendida y ya tranquilizada.

-Tengo el propósito de ir a verlo. Ahora estoy dando unas vueltas para entretenerme hasta que él regrese -dijo el desconocido exhalando un impaciente suspiro.

-Betty creyó que usted era un vagabundo, pero yo no le tuve miedo. Me gustan los vagabundos desde que conocí a Ben - explicó Bab.

-¿Quién es Ben? Y el hombre se aproximó tanto a ella que Betty casi se cae al querer retroceder-. No te asustes, pequeña. A mi me gustan los niños, de modo ave tranquilícense v cuéntenme lo que sepan acerca de Ben -pidió el hombre con tono persuasivo e inclinando tanto su rostro el de las dos hermanas, que éstas pudieron apreciar bien aquellos rasgos que no les resultaban desconocidos.

Ben es el ayudante de la señorita Celia. Lo encontramos decfallecido dentro de la cochera y desde entonces está con nosotros -explicó Bab.

-Dime algo más acerca de él. A mí también me gustan los vagabundos -y pareció que era verdad lo que el hombre decía -lo confirmaba su expresión mientras escuchaba el relato de Bab matizado con sus comentarios infantiles que lo hacían más interesante.

-Ustedes han sido muy buenas con el cobre muchacho -fue todo cuanto dijo el hombre cuando la niña terminó su relato, a veces un poco confuso, pues mezclaba en él la descripción de la vieja cochera de la señorita Celia, sus cacerolas y ollas, las castañas v el circo.

-Naturalmente, porque también él es muy bueno y nosotros lo queremos mucho - manifestó Bab sinceramente.

-Sobre todo yo -aseguró Betty perdido el temor al ver que le suavizaba la mirada

de los ojos negros y el rostro moreno adquiría una expresión de intensa alegría.

-No se admiren si les digo que ustedes son al par de niñas más encantadoras que he conocido en estos últimos tiempos - y el hombre extendió sus brazos como si quisiese abrazarlas. Pero no lo hizo limitándose a sonreírles y a dirigirles nuevas preguntas que las niñas, muy confiadas v conversadoras contestaban sin vacilar conquistadas por aquel desconocido que ya no lo era para ellas, tan familiar les resultaba su rostro. Bab preguntó de pronto:

-¿No lo conozco yo a usted? Me parece haberlo visto antes...

-Es la primera vez en la vida que nos encontramos, pero tal vez han conocido a alguien 'parecido a mí.

Los ojos negros se clavaron en las caritas asombradas y luego el hombre continuó:

-Ando en busca de un niño fuerte y ágil. ¿Creen ustedes que Ben me servirá? Necesito un niño como él.

-¿Es usted empresario de circo? -preguntó Bab rápidamente.

-No, creo que no. Por lo menos, ahora no trabajo en eso... -Me alegro que así sea. Nosotros no estamos de acuerdo con esa vida aunque yo, particularmente, creo que es maravillosa. Bab empezó a hablar repitiendo las palabras de la señorita Celia, pero terminó con aquella expresión de admiración que contrastaba con su primera declaración.

Betty agregó ansiosamente:

-No dejaremos partir a Ben bajo ningún pretexto. El tampoco querrá irse y la señorita Celia se enojará si eso ocurriera. Por eso, no le pida que lo acompañe.

-Supongo que él resolverá lo cine desee. ¿No tiene parientes?

-No. Su padre murió en California y él sufrió mucho al enterarse. Nosotros también nos apenamos como él y le ofrecimos cine compartiera nuestra mamá para que no se sintiese tan solo -explicó Betty con su tierna vocecita y con una mirada tan suplicante que el hombre se inclinó para acariciarle la mejilla y decir muy suavemente:

-¡Dios te bendiga por eso, hija mía!... Yo no lo llevaré lejos ni haré nada que pueda ocasionarle algún sufrimiento a quienes han sido tan buenos con él.

-Allí se acerca. Oigo a Sancho que ladra a las vizcachas -exclamó Bab incorporándose para ver mejor.

El hombre se volvió rápidamente y Betty observó que parecía muy agitado mientras clavaba la mirada hacia el poniente donde el sol, al desaparecer, levantaba una hoguera roja entre los arces.

Y en ese lugar, iluminado apareció el desprevenido Ben silbando "Rory O'Moore" con toda energía y caminando y cargando tina pesada bolsa de castañas sobre sus espaldas iluminado por los últimos resplandores del sol. Sancho fue el primero que vio al desconocido, pues la luz enceguecía a Ben. Desde que se perdiera odiaba a los vagabundos y no bien distinguió al hombre comenzó a gruñir y a mostrar los dientes queriendo prevenirlo.

-No te hará daño... -comenzó a decir Bab para tranquilizarlo, pero antes de que pudiese agregar una palabra más el perro había dado un formidable salto y se había lanzado al cuello del desconocido como si fuese a morderlo.

Betty gritó y Bab se aprestaba a socorrer al hombre cuando vieron que el animal le lamía la cara con alegría y que aquél abrazaba la crespa cabeza y decía:

-Mi bueno y viejo Sancho... Ya sabía que no olvidarías a tu amo.

-¿Qué sucede? -preguntó Bab acercándose rápidamente con los puños apretados.

Pero no hubo necesidad de darle explicaciones, porque cuando entró en la sombra y vio al hombre se quedó mirándolo como si fuese un fantasma.

-¡Benny!... ¡Soy papá!... ¿No me conoces? -preguntó el hombre con voz

temblorosa mientras apartaba al perro y tendía sus brazos al muchacho.

Las nueces rodaron por el suelo y gritando: "¡Oh, papá!... ¡papito mío!..." Ben se arrojó a los brazos del desconocido de chaqueta de terciopelo raída mientras el pobre Sancho daba vueltas en derredor ladrando locamente como si esa fuese la única manera de demostrar su alegría.

-Bab y Betty no se detuvieron a mirar lo que ocurrió después porque como dos asustados pollitos saltaron y corrieron para comunicar la asombrosa noticia de que... el padre de Ben ha vuelto y Sancho lo reconoció al instante.

La señora Moss acababa de concluir sus tareas y se disponía a descansar antes de poner la mesa, pero saltó del sillón hamaca cuando las niñas le contaron la extraordinaria historia y exclamó no bien las niñas terminaron.

-¿Dónde está él? Tráiganlo para aquí. Esa noticia me ha trastornado.

Antes de que Bab tuviese tiempo de obedecer o su madre ocasión de tranquilizarse llegó Sancho y se puso a dar vueltas en derredor como un trompo enloquecido, ya parándose sobre la cabeza, caminando sobre las patas traseras, danzando y ladrando al mismo tiempo, pues el buen animal había perdido en tal forma la cabeza que hasta habíase olvidado de la pérdida de su cola.

-¡Mi Dios!... ¡Pero si son iguales!... En cualquier lugar que lo hubiese encontrado habría adivinado que era el papá de Ben -exclamó la señora Moss corriendo muy agitada en dirección a la puerta.

En verdad se parecían mucho y resultaba cómico ver las mismas piernas combas, el sombrero puesto igual, idéntico brillo en los ojos, la misma sonrisa bondadosa y el andar elástico. El viejo Ben llevaba la maleta en una mano mientras el joven se colgaba de la otra, un poco confuso por la emoción que apenas podía dominar y que denunciaban las mejillas húmedas de lágrimas, pero demasiado feliz para disimular la alegría enorme que experimentaba al tener de nuevo a su padre junto a él.

La señora Moss, sin que ella se diera cuenta de eso, estaba muy hermosa cuando de pie, en la puerta de su casa, el rostro resplandeciente de júbilo y los brazos extendidos decía con voz amable que era una cordial bienvenida:

-¡Me alegro mucho de saberlo vivo y sano, señor Brown!... Pase y póngase cómodo. Creo que esta noche no debe haber niño más feliz que Ben.

-Y yo s¿ que no hay hombre más agradecido que yo por sus bondades con mi pobre y abandonado muchacho -respondió el señor Brown dejando a un lado la maleta y desprendiéndose del niño para poder dar un fuerte apretón de manos a la gentil señora.

-¡Vamos!... ¡Vamos!... A no decir ni una palabra más sobre ese asunto. A sentarse y descansar que yo en seguida prepararé un poco de té. Ben estará cansado y hambriento, pero se encuentra tan feliz que ni siquiera debe darse cuenta de ello - rió la señora Moss alejándose para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos y deseando brindar un recibimiento cómodo y probar su hospitalidad.

Pensando así sacó su mejor juego de porcelana y llenó la mesa con golosinas en cantidad suficiente para una docena de comensales dando gracias a su buena estrella de que ese día lo hubiese dedicado a hacer cosas al horno y que todo le hubiera salido tan rico. Ben y su padre conversaron sentados junto a la ventana hasta que fueron llamados para sentarse a la mesa y• servirse todo lo que gustaran, ofrecimiento hecho con tanta bondad que las golosinas les resultaron más ricas aún a la hambrienta pareja.

Ben hacía una pausa de rato en rato para tocar con los dedos sucios de manteca la áspera manga del saco como si quisiera convencerse de que "papa" estaba realmente allí y el padre procuraba olvidar todas sus preocupaciones y emociones alimentándose como si la comida fuese algo desconocido en California. La señora Moss les sonreía a los dos por detrás de la enorme tetera con su sonrisa cándida de luna llena mientras

Bab y Betty se interrumpían la una a la otra ansiosas de contar más cosas de Ben y referir cómo había perdido Sancho su cola.

-Bueno, ahora dejen hablar al señor Brown. Todos deseamos saber "cómo volvió a la vida" -pidió la señora Moss en tanto que todos se acomodaban cerca del fuego y dejaban tranquilos los pocillos de té.

No fue una historia larga la que relató, pero sí muy interesante. Contó toda su vida en lugares desiertos adonde fue en busca de potros salvajes, la patada que recibiera y que casi lo mata; los largos meses pasados inconscientes en un hospital de California; la lenta convalescencia, el viaje de regreso, el relato del señor Smithers sobre la desaparición del muchacho y luego la ansiosa búsqueda para ir a casa del alcalde Allen en procura de noticias del niño.

-Les pedí a los enfermeros del hospital tan pronto como me repuse que te escribieran y ellos prometieron hacerlo. Pero se olvidaron; por eso, tan pronto como me dieron de alta, fui en tu busca esperando hallarte donde te había dejado. Luego temí que te hubieras marchado también de aquí porque sé que te gusta viajar tanto como a tu padre.

-Estuve a punto de hacerlo varias veces, pero la gente de aquí es tan buena conmigo que no pude irme -confesó Ben, secretamente sorprendido de que la perspectiva de tener que irse con su padre le producía una extraña angustia. El niño se había arraigado en aquel: suelo amigo y ya no era un vagabundo a quien arrojaba hacia cualquier parte el viento que soplaba sobre él.

-Sé cuánto les debo a todos ellos. Nosotros procuraremos ahora pagar esa deuda aunque necesitemos toda la vida para hacerlo o dejaremos de llamarnos "B", "B" -dijo el señor Brown dando un enfático golpe sobre su rodilla que Ben imitó inconscientemente mientras agregaba lleno de calor:

-¡Así se hará!... -Y luego agregó con más calma-: ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Volver con Smithers al antiguo trabajo?

-¡Ni pienso en eso después del trato que te dieron, hijo!... He terminado con Smithers y estoy seguro de que quedó sin ganas de verme por un buen tiempo -respondió el señor Brown con un fiero brillo en los ojos que le recordó a Bab el que viera en los ojos de Ben cuando éste la sacudió por la pérdida de Sancho.

-Hay otros circos además del suyo en el mundo, pero yo tendré que entrenarme mucho antes de estar en condiciones de volver a ese trabajo -dijo el muchacho extendiendo y observando sus nervudos brazos con una mezcla de satisfacción y de pena.

-Has estado viviendo en la abundancia y has engordado, tunante -y el padre lo palmeó como hacía el señor Smithers con el gordo Wackford cuando lo exhibía como ejemplar de una famosa dieta-. No creas que podría levantarte como antes; sobre todo, porque yo no he recuperado las fuerzas y ambos estamos fuera de entrenamiento. Pero no me interesa. He resuelto dejar ese trabajo y asentarme en cualquier sitio por una temporada. En un lugar donde pueda ganarme el sustento -prosiguió el padre cruzándose de brazos y mirando el fuego pensativamente.

-Me preguntó si a usted no le gustaría quedarse por estos lados. El señor Town tiene una gran caballeriza no lejos de aquí y siempre ha dicho, que necesita un ayudante -comentó la señora Moss, ansiosamente, porque temía que Ben se alejara, ya que nadie podría impedir al padre que se lo llevase.

-Me gusta esa idea. Gracias, señora, procuraré hablar con ese hombre y probar suerte. ¿Te parece que tu padre descendería mucho si se convirtiera en un simple peón de caballos después de haber sido el primer jinete en el "Gran Coliseo y Casa de Fieras", Ben? -preguntó el señor Brown subrayando aquel pomposo título con grandes

risas.

-No, no me importaría. Debe ser hermoso ver el gran establo lleno de animales y tener que cuidar más de ochenta caballos. El señor Town me llamó para que fuese a ayudarlo cuando monté la yegua arisca a la que todos temían. Estuve por aceptar, pero la señorita Celia había comprado los libros y pensé que se entristecería si no regresaba al colegio. Ahora estoy contento de no haber aceptado, pues soy uno de los mejores alumnos Y me gusta ir a la escuela.

-Has hecho bien, hijo. Estoy contento contigo. No seas nunca ingrato con los que te han hecho bien si quieres prosperar. Visitaré la caballeriza el lunes Y veré qué se puede hacer. Debo marcharme, pero volveré mañana por la mañana si usted me permite que lleve a pasear a Ben. Me gustaría pasar el domingo con él para que conversemos, ¿no te parece, hijito? -Y el señor Brown, que se había puesto de pie para partir, apoyó una mano sobre el hombro de Ben como si le costara separarse de él por una noche. La señora Moss se dio cuenta de eso y olvidando que el hombre era aún un desconocido, dejó hablar a su corazón bondadoso, que dijo:

-El camino hasta la posada es largo y tenemos una piecita desocupada en el fondo. No me producirá ninguna molestia, y si a usted no le incomoda pasar la noche en un lugar tan estrecho, puede quedarse.

El señor Brown se mostró complacido, pero vaciló antes de aceptar otro favor de aquella gentil señora que tanto había hecho por ellos. Pero Ben no le dio tiempo para responder, porque, corriendo hacia la puerta, la abrió de par en par y haciéndole señas con la mano le dijo ansiosamente:

-¡Quédate, papá!... ¡Será muy hermoso tenerte aquí!... Es un lindo cuarto. Yo pasé allí la primera noche y la cama me resultó muy cómoda después de dormir quince días en el suelo.

-Me quedaré y como estoy muy fatigado, pido permiso para retirarme ya -contestó el nuevo huésped. Luego, y como si el recuerdo de lo bien que habían tratado a su pobre muchachito sin hogar se apoderase de su corazón, el señor Brown se detuvo en la puerta para decir precipitadamente poniendo ambas manos sobre las cabezas de Bab y Betty en actitud de hacer una formal promesa:

-No olvidaré sus amabilidades, señora, y estas niñas no tendrán amigo mejor mientras viva Ben Brown.

Luego cerró la puerta con tal presteza que no escuchó el ansioso "¡Escucha!"„ que le dirigió el otro Ben.

-Supongo que habrá querido decir que nosotros tendremos una parte de Ben como éste tuvo una parte de nuestra mamá - comentó Betty sencillamente.

-Eso es, ¿no crees que es un señor muy bueno, mamá? - exclamó Bab entusiasmada.

-¡Vayan a dormir, niñas!... -fue la respuesta de la mamá. Pero cuando las pequeñas se hubieron alejado y mientras lavaba las tazas de té la señora Moss miró mes de una vez en dirección a cierta percha donde desde hacía cinco años no se colgaba ningún sombrero de hombre y pensó qué aspecto natural y qué aire protector emanaba de aquel sombrerete que colgaba en esos momentos de la percha.

Si una boda no fuese suficiente para una historia infantil podemos sugerir algo que nuestros lectores nunca soñaron. Antes de que pasara un año del encuentro de los Brown, Ben había hallado una madre y Bab y Betty un padre y el sombrero del señor Brown colgaba de la puerta de la cocina como si estuviese en su casa. Pero, por ahora será mejor que no digamos nada más sobre esto.

CAPITULO 24

A la mañana siguiente los Brown se levantaron tan temprano que Bab y Betty temieron que hubiesen huido durante la noche. Pero al ir a buscarlos los hallaron observando a Lita con ojos de entendidos, las manos en los bolsillos, mordiendo una paja con los dientes y tan iguales el uno al otro como podía serlo un elefante grande y uno chico.

-Es una yegüita muy bonita. Hacía tiempo que no veía otra igual -decía Ben padre, en el momento en que las niñas hacían su aparición corriendo de la mano y sacudiendo sus trencitas terminadas en moños azules.

-Esta es mi favorita, pero aquélla corre mejor, aunque es dura de boca -comentó Ben dándose tales aires de experto jockey que su padre se echó a reír.

-Vamos muchacho. Olvidemos esa jerga ya que hemos resuelto abandonar la antigua vida. Esta buena gente ha hecho un caballero de ti y no quiero estropear la obra. Acérquense, queridas.Yo les enseñaré cómo se dice buenos días en California - agregó haciendo señas a las invitadas que llegaban sonrosadas y sonrientes.

-El desayuno los espera, señor -comunicó Betty contenta de haberlos encontrado.

-Creímos que se había marchado -explicó Bab extendiendo las manos para apretar las que se tendían hacia ella.

-Eso hubiese sido una mala jugada. Pero pienso escaparme con ustedes - y antes de que las niñas se diesen cuenta de lo que ocurría, el señor Brown las cargó a ambas sobre sus hombros en tanto que Ben, acordándose que era domingo hizo un esfuerzo para dominarse y no ir dando vueltas de carnero hasta la puerta donde los estaba aguardando la señora Moss.

Después del desayuno Ben desapareció para reaparecer al cabo de unos momentos vestido con su traje dominguero, tan pulcro y tan bien puesto que su padre lo observó con orgullo y sorpresa mientras el niño se acercaba lleno de infantil satisfacción al poder lucir esas hermosas galas.

-¡Esto es lo que se dice un joven elegante. ¿Te has arreglado así para salir a pasear con tu padre? -preguntó el señor Brown acariciando la cabecita, habían quedado solos en ese momento, pues la señora Moss y las niñas habían subido a arreglarse para' ir a la iglesia.

-Pensé que podríamos ir a misa primero -sugirió Ben mirándolo tan contento que habría sido imposible rehusarle nada.

-Yo estoy muy mal vestido, hijito; de otro modo te acompañaría con mucho gusto.

-La señorita Celia dice que a Dios no le importa que la ropa sea pobre y a mí me llevó un día que estaba más desarreglado que tú -murmuró Ben haciendo dar vueltas a su sombrero entre las manos.

-¿Tú tienes muchos deseos de ir? -preguntó el padre sorprendido.

-Quiero complacerla a ella, si tú no te opones. Podríamos ir de paseo por la tarde...

-Yo no he vuelto a la iglesia desde que murió tu madre y creo que me costará trabajo volver, aunque comprendo que debo intentarlo ahora que voy A vivir contigo - y el señor Brown miró con seriedad alegrándose de estar vivo en aquel hermoso mundo otoñal después de los peligros y penas pasados.

-La señorita Celia dice que la iglesia es el mejor lugar para llevar nuestros dolores. Yo fui por primera vez cuando te creí muerto y quiero volver ahora que te sé vivo.

Como nadie los podía ver, Ben dio rienda suelta a sus deseos y estrechó a su padre con un fuerte abrazo, que le fue devuelto con la misma intensidad.

-Iré a darle las gracias al Señor por haber hallado a mi hijo mejor de lo que lo dejé.

Durante unos segundos, lo único que se oyó fijé el tic tac del reloj y los gruñidos de Sancho que había sido atado en el cobertizo para que no fuera a hacer su aparición en la iglesia a donde no había sido invitado.

Después, como se percibiera el sonido de unos pasos en la escalera, el señor Brown tomó rápidamente el sombrero diciendo:

-No estoy lo bastante presentable como para entrar con ellas en la iglesia. Explícaselo. Yo me sentaré en uno de los últimos asientos, después que todos hayan entrado. Sé el' camino. -Y antes de que Ben pudiese contestarle había desaparecido.

No lo vieron cuando se dirigieron a la iglesia, pero él sí pudo distinguir la pequeña comitiva y nuevamente se regocijó al contemplar a su hijo tan cambiado y mejorado. Ben demostraba que había sabido mantener puro su corazón a través de las borrascas de la vida.

"Prometí a Mary que cuidaría al pequeño que ella tuvo que abandonar, pero hay alguien que ha hecho más que yo por él y le prestó su ayuda en el momento que más lo necesitaba. No me humilla ser yo quien lo siga a él ahora", pensó el señor Brown mientras torcía por la carretera principal luego de haber cruzado por un atajo, y se dijo que resultaría muy agradable quedarse por esos tranquilos lugares que lo harían, sin duda, tan feliz como a su hijo.

La campana ya había llamado a los feligreses cuando él llegó, pero un solitario muchacho estaba sentado aún en los escalones de la entrada cuando él se aproximó y corrió a su encuentro diciendo con una mirada de reproche:

-No te iba a dejar solo para que la gente creyera que me avergüenzo de mi padre. Ven, papá; nos sentaremos juntos.

Y Ben condujo a su padre hasta el banco del alcalde y lo hizo sentar a su lado con expresión tan llena de alegría e inocente orgullo que mucha gente habría sospechado la verdad si él no se hubiese encargado de contarla antes. El señor Brown, confuso y avergonzado de sus ropas gastadas, demostraba cierta turbación, pero el apretón de manos del señor alcalde y el bondadoso saludo de la señora Allen le dieron ánimos para enfrentar la curiosidad de la concurrencia entera, cuya parte juvenil lo miró fijamente durante todo el tiempo que duró el sermón, no obstante los ceños fruncidos de los respectivos y las advertencias de las madres.

Pero lo que coronó gloriosamente el día fueron las palabras que dijo el alcalde a Ben con voz lo bastante alta que hasta Sam pudo oírlo:

-He recibido una carta de la señorita Celia para ti. Ven conmigo y trae a tu padre que quiero hablar con él.

El muchacho escoltó muy orgullosamente a su papá hasta el viejo coche y, después de sentarse atrás con la señora Allen, tuvo la satisfacción de ver delante de él el sombrero blando de fieltro al lado del sombrero dominguero del alcalde no bien arrancó "Duke" muy briosamente, como si sintiera la fuerza de la mirada experta que se posaba sobre él.

El interés que despertó el padre en un principio fijé debido al afecto que se tenía por el hijo, pero cuando se conoció su historia, Ben, el viejo, conquistó muchos amigos, no sólo por los infortunios que había soportado con tanta valentía, sino porque no ocultaba su agradecimiento por lo que habían hecho por su hijo, y manifestaba su deseo de realizar cualquier trabajo honesto que le permitiese mantener a Ben feliz y contento en el hogar que hallara allí.

-Le daré una carta de recomendación para Town Smithers me habló muy bien de usted, aunque creo que su propia habilidad será la mejor recomendación -dijo el alcalde al despedirlos en la puerta de su casa después de entregar a Ben la carta.

Ya hacía quince días que la señorita Celia se había ido y todos deseaban que volviese. A la semana, de haberse ido, Ben recibió un diario que traía una marca alrededor de un aviso en la sección matrimonios señalado con una mano al margen. Thorny había enviado aquello, v a la semana siguiente llegó una gran encomienda para la señora Moss. Al abrirla encontraron una caja con una porción de la torta de bodas para cada uno de los miembros de la familia, incluso Sancho, que la devoró de un bocado y luego se quedó largo rato lamiendo la cinta de papel que la envolvía. Se cumplía la tercera semana de ausencia y como si no fuera bastante la felicidad gozada durante ese día, Ben leyó en la carta que su querida señorita regresaría el próximo sábado, Uno de los pasajes que más le alegró decía:

"Me gustaría que abrieran la puerta principal para que el nuevo dueño haga su entrada por ella. Procura tú que todo se realice según mis deseos y que las cosas estén en orden. Randa te dará la llave y si quieres puedes sacar a relucir todas tus banderas para que la vieja casona nos parezca más alegre a nuestro regreso al hogar."'

Aunque era domingo; Ben no pudo contenerse, y agitando la carta sobre su cabeza corrió a contar a la señora Moss las felices nuevas, dispuesto a empezar al momento los preparativos para recibir y dar la bienvenida a la señorita Celia (El no podía llamarla de otra manera.)

Durante el paseo por la tarde y bajo el cálido sol, Ben continuó hablando de ella sin cansarse de comentar lo feliz que había sido durante el verano que pasara bajo su techo. Y el señor Brown no se fatigaba de oírlo, porque a cada minuto que transcurría él comprobaba con más claridad, la buena influencia que ella había ejercido sobre el alma del niño. Aumentaba entonces su gratitud y el deseo de devolver de cualquier forma y aunque fuese muy humildemente, toda aquella bondad pudo realizar ese deseo suyo cuando menos esperaba que se presentaría una oportunidad.

El lunes fue a ver al señor Town y gracias a la buena, recomendación del alcalde lo contrataron a prueba por un mes, Pero se mostró tan hábil y se hizo tan necesario que pronto comprendieron que era el hombre ideal para aquel trabajo. Vivía en la parte alta de la colina, pero no dejaba de bajar diariamente, al atardecer, en dirección a la casita roja para ver a Ben, quien estaba tan atareado como si estuviesen por llegar el presidente y todo su gabinete.

Ordenaron la casa por dentro y por fuera. Limpiaron el gran portón principal, y después de grandes chillidos de goznes fue abierta de par en par. El primero en cruzarla fue Sancho, que lo hizo arrastrando una enredadera que había crecido en la cerradura del portón.

Las heladas de octubre habían respetado algunas hojas para que lucieran en esa ocasión. Y el sábado el cerco de la entrada fue adornado con alegres guirnaldas, cubrieron las banderas con rojo y oro, mientras el "porch" era una fiesta de color cubierto por la enredadera cuyas hojas había dorado el otoño.

Afortunadamente los niños tenían otra vez vacaciones, y podían prepararse y conversar con toda libertad, y las pequeñas corrían por todas partes poniendo graciosas decoraciones hasta en sitios a donde nadie se le ocurriría ir a mirar. Ben, dedicado a sus banderas, las distribuyó a lo largo de la avenida, y el señor Brown lo ayudó en esta tarea. Desplegaron tanta actividad que la señora Moss se habría afligido si no fuera por que ella misma estaba muy ocupada dando el último toque al acomodo de las habitaciones, mientras Randa y Katy preparaban un suculento té.

Todo prometía salir bien y faltaba una hora para que llegase el tren cuando Bab estuvo a punto de transformar la alegría en dolor y la fiesta en desastre. Cuando oyó que su madre dijo a Randa "debería haber fuego en todas las habitaciones; el aire está frío y la casa parecerá más alegre" salió corriendo sin detenerse a escuchar la

explicación de que en algunas chimeneas no podía encenderse fuego. Llenó su delantal de astillas e hizo un buen fuego en la chimenea de la habitación del frente, que había sido dejada sin encender porque su respiradero no funcionaba bien. Encantada con las llamas luminosas y el crepitar del fuego, Bab volvió a llenar su delantal de maderas y a avivar la fogata. Pero la chimenea empezó a retumbar siniestramente, aparecieron chispas en la parte superior mientras el hollín y hasta un nido de golondrinas cayó entre las brasas. Entonces, asustada por lo que había hecho, la pequeña traviesa tapó rápidamente el fuego, barrió las basuras y escapó pensando que nadie descubriría su travesura si ella no lo contaba.

Como todos estaban muy ocupados, la enorme chimenea continuó arrojando llamaradas y haciendo ruido sin que nadie lo advirtiera, hasta que una nube de humo llamó la atención de Ben que estaba concluyendo de colocar el adorno de banderas, en una de las cuales había escrito con letras rojas muy grande: "Papá ha llegado".

-¡Hola!... Parece que han preparado fuegos artificiales sin consultarme. La señorita Celia nunca lo permitió porque el cobertizo y los alrededores estaban muy resecos.

-Debo de investigar eso. ¡Ayúdame a bajar, papá!... -gritó Ben saltando del olmo sin preocuparse en donde iba a caer, como una ardilla que salta de rama en rama.

Su padre lo recibió en los brazos y corrió detrás de su hijo que recorrió la avenida para detenerse a la entrada de la casa asustado por el espectáculo que se ofreció a sus ojos. Las chispas que volaban habían encendido el techo en varios sitios y la chimenea vomitaba humo y tronaba como un pequeño volcán mientras con gritos desesperados Katy y Randa pedían agua.

-Sube con unos trapos mojados mientras yo saco la manguera -gritó el señor Brown, quien de una ojeada abarcó la magnitud del peligro.

Ben desapareció, y antes de que el padre desenrollara la manguera del jardín, ya estaba en el techo con una sábana chorreando agua. La señora Moss se percató al instante de lo que ocurría y corrió a cerrar la chimenea para que no entrara más aire. Luego de preguntar a Randa si las chispas no habían quemado el interior, corrió a ayudar al señor Brown, quien no sabía dónde estaban las cosas. Pero no en vano él había recorrido tanto mundo; sin mucho buscar encontraba los objetos que necesitaba. Viendo que la manguera resultaba demasiado corta para alcanzar el techo de la casa, buscó dos baldes de agua y apagó el fuego antes de que hubiese hecho daño. Siguió con ese procedimiento hasta que apagaron la chimenea, y Ben recorrió la galería para ver si no había quedado alguna chispa encendida que pudiese continuar el fuego.

Mientras todos trabajaban. Betty corría de un lado a otro con su baldecito lleno de agua tratando de ayudar y Sancho ladraba violentamente. Pero ¿dónde estaba Bab que siempre se presentaba cuando había alguna algaraza? Nadie la echó de menos hasta que el fuego fue sofocado y la gente se reunió a comentar el peligro del que habían escapado.

-¡Pobre señorita Celia!... No le habría quedado techo donde cobijarse si no hubiese sido por usted, señor Brown -exclamó la señora Moss dejándose caer en una sillita de la cocina, pálida aún de emoción.

-Habría ardido todo con mucha facilidad, pero, por suerte, el peligro ha pasado. Vigilen el techo que yo daré una vuelta por el altillo para ver si allí no ha ocurrido nada. ¿No sabían que esa chimenea estaba sucia? -preguntó el hombre mientras se secaba la transpiración de su rostro tiznado.

-Sí, Randa me lo había dicho y me sorprende que haya ido a prender fuego allí -empezó a decir la señora Moss mirando a la mucama que pasaba con un caldero lleno de hollín.

-¡Por favor, señora!..., no crea que a Katy o a mí pudo ocurrírsenos semejante cosa.

Debe haber sido esa pícara Bab que ahora no se atreve a presentarse -respondió Randa enojada porque se había mojado su habitación.

-¿Dónde está la niña? -preguntó entonces la madre. Y comenzó a buscarla de inmediato ayudada por Betty y Sancho, en tanto que los demás se alejaban:

Inquieta y ansiosa, Betty buscó por todas partes. Llamo, gritó, pero todo en vano, y estaba ya por darse por vencida cuando Sancho se metió dentro de su perrera nueva y salió tirando de un zapato que tenía un pie adentro, mientras se oía una voz que gemía desde el fondo del jergón de paja.

-¡Oh, Bab!... ¿Cómo pudiste hacer eso? Mamá se asustó terriblemente -murmuró Betty tirando suavemente de la pierna arañada, mientras Sancho introducía otra vez su cabeza dentro de la covacha en busca del otro zapato.

-¿Se quemó todo? -preguntó una voz ansiosa desde el interior de la casilla.

Solamente una parte del techo. Ben y el padre apagaron el fuego y yo los ayudé -explicó Betty alegrándose un poco al recordar su participación en el hecho

-¿Qué castigo se les da a los que incendian una casa? - preguntó la misma voz angustiada.

-No lo sé, pero no temas porque no ha sido mucho el daño y la señorita Celia te perdonará, ¡es tan buena!...

-Pero Thorny no lo es. El me llama "la fastidiosa" y creo que lo soy, -suspiró la invisible culpable con sincero arrepentimiento.

-Yo le pediré que te perdone. El es muy condescendiente conmigo. Llegarán de un momento a otro, así que sal y ve a arreglarte un poco -sugirió procurando tranquilizarla.

-No saldré jamás de aquí porque sé que todos me odian - sollozó Bab metida entre la paja mientras volvía a esconder el pie como si quisiese abandonar para siempre ese mundo que le era hostil.

-Mamá no te castigará. Está muy ocupada haciendo la limpieza, de modo que es el momento oportuno para salir. Corramos a casa. Nos lavaremos las manos y estaremos limpias cuando nos vean -insistió Betty queriendo convencer a la pobre pecadora y proponiendo lo que creía más acertado para conseguir el perdón de los mayores, que aún debían estar un poco enojados.

-Quizá sea mejor que vuelva a casa. Sancho querrá su cama... -Y Bab se aferró a esa excusa para abandonar su escondite y aparecer con una cara compungida y el vestido arrugado y el cabello lleno de paja.

Betty la llevó lejos, no obstante las protestas de la hermana, que aseguraba que nunca se atrevería a presentarse delante de nadie. Pero quince minutos después ambas reaparecieron de muy buen humor y bien arregladas. Y Bab escapó por aquella vez de una merecida represión porque el tren estaba a punto de llegar.

Al primer sonido del silbato todos los ánimos se calmaron como por arte de magia. En seguida corrieron hacia el portón olvidando todos los contratiempos para esperar a los viajeros. La señora Moss se adelantó vivamente y fue la primera que saludó a la señora Celia cuando el coche se detuvo a la entrada de la avenida para que pudieran bajar el equipaje.

-Caminaremos hasta la casa y así podrá usted contarme las novedades -dijo la joven señora con su gentil manera después que la señora Moss les hubo dado la bienvenida y hubo presentado sus respetos al caballero, quien estrechó su mano con un cálido apretón que la convenció de que Thorny tenía razón cuando aseguraba que era "sencillo y llano", no obstante su condición de ministro protestante.

Para informarla de todo se había adelantado la buena mujer y le contó las últimas noticias lo más brevemente que pudo. Los recién llegados se alegraron al saber feliz a

Ben, y poca atención prestaron al relato del fuego que prendiera Bab, aunque hubieran corrido el riesgo de quedarse sin techo.

-No hablemos más de eso. Todos tenemos que estar contentos hoy -dijo el señor George con tal afecto de bondad que la señora Moss experimentó la sensación de que le quitaban un gran peso del corazón.

-Bab siempre pedía fuegos artificiales, pero creo que, por ahora, tendrá suficiente -rió Thorny, quien escoltaba galantemente a la madre de Bab a lo largo de la avenida.

-Todos ustedes son muy amables. La maestra estaba con los niños en la puerta de la escuela para saludarnos a nuestro paso, y aquí han puesto todo muy hermoso para recibirnos -manifestó la señora Celia sonriendo con lágrimas en los ojos, mientras se acercaba al gran portal que presentaba un aspecto imponente.

Randa y Katy, luciendo sus mejores ropas, estaban de pie a un costado; el señor Brown medio oculto tras el pórtico, del otro lado, sosteniendo a Sancho para que presentara sus respetos cuando apareciese la novia. Como las flores estuvieran escasas, en los dos testeros estaban dos sonrosadas niñas batiendo palmas, mientras que saliendo de tener las ramas de un macizo rojo y amarillo se veían la cabeza y las espaldas de Ben, quien agitaba su bandera más grande que tenía escrito con letras azules "¡Bienvenidos!"

-¡Qué maravilla!... -exclamó la señora Celia, arrojando besos a los niños, estrechando las manos de las mucamas y dirigiendo su brillante mirada al desconocido que sujetaba a Sancho.

-Mucha gente adorna la puerta de entrada con figuras de piedra, vasos o guirnaldas. Pero estos adornos vivientes son muchos mejores, queridos, sobre todo ese alegre niño del medio -dijo el reverendo George, mirando a Ben con interés, no obstante haber estado a punto de tropezar con la bandera que agitaba el niño.

-Tú tendrá que terminar lo que yo sólo he comenzado -manifestó Celia, agregando alegremente cuando Sancho, consiguiendo recuperar la libertad, se acercó a ambos a ofrecerle su pata y sus felicitaciones-: Sancho, presenta a tu amo que tengo que agradecerle que haya llegado justo a tiempo para salvar mi vieja casa de un desastre inminente.

-Aunque hubiese salvado doce casas no habría pagado ni la mitad de lo que usted ha hecho por mi hijo, señora -contestó el señor Brown, saliendo de detrás del pórtico rojo de gratitud y placer.

-Yo hice todo con mucho gusto, de modo que, por favor, recuerde que éste continuará siendo el hogar del niño hasta tanto usted pueda brindarle el suyo. ¡Gracias a Dios él ya no es huérfano!... Y el dulce rostro de la joven expresaba mucho más de lo que decían sus palabras cuando su blanca mano estrechó con un apretón cordial la morena manchada de tizne.

-Entremos, hermana. Veo la mesa del té servida y estoy terriblemente hambriento -interrumpió Thorny, que no se dejaba dominar por los sentimientos, aunque se alegrara mucho de que Ben hubiese recuperado a su padre.

-Acérquense, mis pequeños amigos, y déjenme que les agradezca esta amable bienvenida -y la señora Celia elevó su mirada divertida desde las cabezas infantiles a la vieja chimenea que aún continuaba echando humo.

-¡No mire usted!... -gritó Bab ocultando la cara. -¡Ella lo hizo sin querer!... -agregó Betty para disculparla.

-¡Tres hurras por la novia!... -exclamó Ben agitando su bandera cuando su querida señorita pasó bajo el arco apoyada en el brazo de su marido y continuó por el sendero hacia la casa que cobijaría su hogar feliz durante muchos, muchísimos años. El portal cerrado ante el cual se había detenido cierta vez el pequeño y solitario vagabundo,

permanecería siempre abierto, y el sendero donde sólo jugaban las niñas ofrecería libre entrada a cualquier caminante, a quien se brindaría una cálida bienvenida, fuese rico o pobre, joven o viejo, feliz o desgraciado, bajo las Lilas.

Fin

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar